

Lidia R. Nacuzzi

Identidades impuestas impuestas impuestas

Tehuelches, aucas y pampas
en el norte de la Patagonia



SOCIEDAD
ARGENTINA DE
ANTROPOLOGIA

Lidia R. Nacuzzi

Identidades impuestas

Tehuelches, aucas y pampas
en el norte de la Patagonia



SOCIEDAD
ARGENTINA DE
ANTROPOLOGIA

Colección Tesis Doctorales

Nacuzzi, Lidia R

Identidades impuestas - 2a ed. - Buenos Aires : Sociedad Argentina de Antropología, 2005.

270 p. ; 21x15 cm. (Tesis doctorales dirigida por Lidia R Nacuzzi)

ISBN 987-1280-00-9

1. Antropología. I. Título

CDD 306

Fecha de catalogación: 18/10/2005

La Tesis Doctoral "Los Tehuelches del norte de la Patagonia" estuvo dirigida por la Dra. Ana María Lorandi y fueron sus jurados los Doctores Alejandra Siffredi, Carlos A. Mayo y José A. Pérez Gollán. Fue defendida el 30 de septiembre de 1996 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Diseño de tapa: Beatriz Bellelli

1ª edición julio 1998

2ª edición noviembre 2005

©1998 by Lidia R. Nacuzzi

Sociedad Argentina de Antropología

Moreno 350. (1091) Buenos Aires

Los "Mapas" de la presente publicación se ajustan a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del I.G.M. -Ley 22.963- y fueron aprobados por Expte. GG05 2073/5, de octubre de 2005.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

ISBN 987-1280-00-9

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

INDICE

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	5
AGRADECIMIENTOS.....	7
PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULOS	
1. Las fuentes	25
Características de la información histórica sobre Patagonia	25
Las fuentes de archivo consultadas	31
El tipo de información disponible	34
2. Estado de la cuestión	43
3. Las identidades étnicas y sus límites	103
El cacique Negro y los “pampas”	111
Los “indios de las sierras” según el diario de Zizur	123
Los caciques, sus territorios y sus alianzas	141
4. El cacicazgo	165
¿Qué es lo que nos dicen los etnógrafos?	166
Las jefaturas duales en el siglo XVIII	168
Las cualidades de los caciques	177
Un ejemplo del siglo XIX	185
5. La complementariedad entre “nómades” y “sedentarios”	199
El nomadismo replanteado	199
Nómades y sedentarios	214
CONSIDERACIONES FINALES	235
BIBLIOGRAFÍA	251
FUENTES DE ARCHIVO	265

INDICE DE FIGURAS

1. Mapa tomado de Escalada 1949	60
2. Cuadro tomado de Casamiquela 1965	71
3. Mapa tomado de Casamiquela 1965.....	73
4. Mapa tomado de Casamiquela 1965.....	74
5. Mapa 1, de Casamiquela 1969	81
6. Mapa 2, de Casamiquela 1969	83
7. Mapa 3, de Casamiquela 1969	85
8. Mapa de Casamiquela 1985	91
9. Mapa de Vignati s/f.....	94

INDICE DE MAPAS Y CUADRO

1. El área en estudio	19
2. El área en estudio y los grupos que la habitaban según los etnógrafos	105
3. Parajes y localidades mencionados en el capítulo 3	113
4. Las identidades impuestas y su dispersión	163
5. Los paraderos indígenas	205
6. Parajes y localidades mencionados en el capítulo 5	219
Cuadro de los grupos del área en estudio y sus vecinos	107

prólogo a la segunda edición

Desde hace por lo menos dos años, muchas personas e instituciones se han interesado por obtener un ejemplar de *Identidades impuestas*. Durante todo ese tiempo, todos ellos preguntaron también cuándo se re-editaría. Por mi parte, creía terminada la empresa de dar difusión a ese estado del conocimiento y que el libro ya debía haber cumplido su cometido.

La insistencia de colegas, amigos y alumnos, me obligó a pensar seriamente sobre si los motivos que ellos esgrimían eran suficientes para lanzar una segunda edición y, sobre todo, sobre las características de la misma ¿Debía ser “corregida y ampliada”, como suelen ser las segundas ediciones?

Esa duda puede haber sido el motivo que más dilató mi decisión de re-editar este libro. Hoy pienso que no es posible revisarlo o ampliarlo, puesto que representa un momento del estado del conocimiento sobre la cuestión étnica en el norte de Patagonia y muestra el enfoque y la lectura del problema que fueron posibles con las herramientas teóricas y conceptuales que teníamos en ese entonces. Si dio impulso a nuevos estudios o alentó nuevas formas de pensar viejos problemas, ha cumplido un papel importante. Las críticas -virulentas o complacientes- ya han sido realizadas por los colegas y constituyen versiones posibles de una revisión de sus contenidos. Por ellas, agradezco profundamente a unos y otros puesto que han contribuido enormemente a la difusión de este libro y a que las opiniones e inspiraciones se multiplicaran, creo que fecundamente.

Hay cuestiones que continúan siendo actuales, como los recursos metodológicos utilizados. Otras que no se han continuado estudiando como parecía vislumbrarse por la discusión que dejábamos planteada: la cuestión étnica en el norte de la Patagonia o en el sur, región más delimitada espacialmente y con contactos interétnicos menos cambiantes. Hay temas que propone el libro que siguen esperando un estudio más profundo (y me incluyo en esta tarea). La más importante de esas cuestiones pendientes, con la que todos estamos en deuda, es la de los enfoques comparativos. Algo hemos comenzado a avanzar en este sentido con estudios etnohistóricos de la región del Chaco oriental en el siglo XVIII.

Sobre otros problemas -aquellos sobre los que no esperaba volverme realizado, por motivos coyunturales, estudios más minuciosos. Por

un lado, el de los grupos, sus territorios y los nombres que les dieron los “blancos” en el momento del contacto y cómo los etnógrafos mantuvieron o modificaron esos nombres según sus contextos de producción académica y las disputas que ellos mismos alentaron (Nacuzzi 2002a y 2005). Por otro, una reflexión sobre mi propia trayectoria académica desde la búsqueda de aportes mutuos entre la arqueología y la etnohistoria hasta el estudio de las identidades étnicas en perspectiva histórica (Nacuzzi 2000). Nuevos temas y problemas, también posibles de rastrear en otros ámbitos geográficos, han surgido al cambiar de enfoque en la cuestión de los grupos en contacto y analizar la figura de algunos jefes españoles de la expedición al río Negro (Nacuzzi 2002b).

En setiembre de 1996, cuando terminó el acto formal de defensa de mi Tesis Doctoral, alguien que no pude identificar en ese momento de saludos y emociones, me dijo: “se te nota la arqueología”. Lo dijo y lo entendí como un halago, aunque me sorprendió el comentario porque creía haber realizado un estudio basado fundamentalmente en las identidades étnicas. Hace unos días un joven colega me contó que estaba realizando investigaciones arqueológicas en el valle del río Negro y lo mucho que le había servido mi libro. Me dio una gran alegría saber que algo se estaba avanzando (¡por fin!) en el conocimiento de esa región y ahora creo haber entendido el comentario aquel, puesto que la conversación se extendió a otros temas de los que se ocupa el libro: los caciques, los territorios, los movimientos programados, el nomadismo.

El libro ha servido -y parece que continuará haciéndolo- a arqueólogos, antropólogos sociales, etnohistoriadores, etnógrafos y otros especialistas. Esto superó mis expectativas y creó un fuerte compromiso con colegas y alumnos. Si ellos siguen interesados en conocer este estado de la cuestión de la década de 1990, aunque concebido diez años antes, no puedo seguir dudando sobre la pertinencia de esta segunda edición.

Quiero expresar un especial reconocimiento al “equipo de Pampa Patagonia y el Chaco”: Ingrid de Jong, Paula Irurtia, Laura Horlent, Carina Lucaioli y Florencia Nesis, quienes han aportado fructíferos intercambios acerca de las identidades impuestas. Mis compañeros de la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la UBA también dieron su opinión. Desde casa, Alejandro fue el más entusiasta impulsor de la re-edición de este libro, más allá de mis argumentos académicos y Pablo, esta vez, realizó valiosas sugerencias sobre la forma y el contenido de este prólogo.

L. R. N.

Buenos Aires, octubre de 2005.

agradecimientos

Este libro se gestó en varias etapas. En cada una de ellas, amigos y colegas colaboraron de diferentes y muy apreciadas maneras.

En la etapa de Tesis de Doctorado, hubo una fase muy preliminar que tuvo lugar en Viedma-Carmen de Patagones y otra, más avanzada, en Buenos Aires. De los amigos de la Universidad del Comahue sede Viedma (o Centro Regional Zona Atlántica), estoy en deuda con Margarita Martínez, Orlando Canosa y Marina Magneres.

En Buenos Aires, la Sección Etnohistoria y sus integrantes me recibieron afectuosamente en 1990. De ellos, colaboraron acercándome papeles de archivo y bibliografía Roxana Boixadós, Mercedes del Río y Ana María Presta. También los colegas Martha Bechis y Axel Lazzari me facilitaron bibliografía difícil de conseguir en nuestro medio. Mónica Beil de Leiva me brindó su apoyo y solucionó eficazmente mis dificultades con el inglés. Con Cecilia Pérez de Micou y Francisco Berdichevsky mantuve largas charlas acerca del ser y no ser de una Tesis de Doctorado.

Alfredo Fisher vio y opinó sobre el Plan de Trabajo inicial y, muchos años después, leyó la versión final de la Tesis y realizó muy alentadores comentarios. Mi hijo Pablo me compartió con este mamotreto incomprensible al principio para él y luego, más crecido, me ayudó a solucionar algunos problemas técnicos de la informática, aguantó los nervios del final y aprendió a conocer a los "tehuelches".

Mis padres siempre me apoyaron económicamente, supliendo los subsidios que llegaron en muy pocas ocasiones.

Durante la etapa en la cual la Tesis pasó a ser este libro también tuve muy importantes ayudas. Los colegas que me sorprendieron viniendo a escuchar su defensa y los muchos que después me pidieron una copia de ella, me convencieron -más allá de la opinión del jurado- de la necesidad de publicarla. Sería injusto nombrar sólo a los pocos que me hicieron sugerencias puntuales. Pero debo destacar a Alejandra Siffredi, quien realizó comentarios muy cuidados sobre un texto que comprendió cabalmente en su forma y en su intención. María de Hoyos me ayudó en cues-

tiones logísticas (ésas que terminan haciendo que algo sea realmente posible): actualizó la versión del procesador de textos con el que escribí la tesis, realizó el tedioso trabajo de leer por mí la versión final de estas páginas, para descubrir los errores que yo ya no podía ver por muy conocidos, revisó conmigo las pruebas de imprenta, y muchos etcéteras más.

Con Pablo decimos ahora que: Planté un libro!

Para todos, mi más sincero y agradecido reconocimiento.

Buenos Aires, junio de 1998.

Pocos cambios inducidos por el ser humano habrán sido tan trascendentes como el ocurrido en el continente americano en el corto tiempo del siglo XVI. No sólo conquistadores y pobladores llegaban en sucesivas oleadas desde otro continente, no sólo perecían los aborígenes de a miles, sino que junto con aquellos llegaron dos cuadrúpedos más grandes y fuertes que casi cualquier otro animal terrestre que existiera en ese momento: los caballos y las vacas.

Ya en el siglo XVII estos animales erraban por las llanuras americanas en grupos enormes que en estampida destruían cuanto de les pusiera en el camino mientras el trajín de sus cascos cambiaba el pasto blando por pastos duros. El ecosistema de las llanuras fue trastocado ya que por definición, el ganado cimarrón se desarrolló en la fronteras del imperio. Los nómades de las llanuras, aquellos a los que no se les podía extraer labor, fueron “conquistados” por los nuevos cuadrúpedos. El indígena, por una urgente necesidad adaptativa al nuevo ambiente así como por aculturación antagónica porque entendía las ventajas del uso militar de los caballos y el uso económico que los españoles hacían del ganado bovino, fue domeñando a sus conquistadores.

Conocimientos, artes, creencias que los europeos habían usado e inventado durante miles de años tuvieron que ser usados, reinventados y creados por esos nómades en dos o tres generaciones. Dónde instalar los campamentos, cómo organizar la cacería, cómo transformar el ganado salvaje en doméstico, cómo enfrentar al competidor blanco cazador y recolector de los mismos bienes, cómo acompañar la manada o dónde esperarla, en qué estación, cuáles eran los caminos de los caballos, habrán sido sólo algunos de los interrogantes a los que había que enfrentar a medida que el ecosistema cambiaba.

Cuánta y de qué naturaleza fue la desarticulación social que se produjo entre la población de las praderas, no lo sabemos. Sí sabemos que a mediados del siglo XVII el indígena, en general, ya controlaba la nueva mesofauna. Aprendieron cuál era su valor de cambio y dónde es-

taban los centros de demanda así como las conveniencias diferenciales de ir a ofrecerlo en uno u otro de estos centros. Y con ésto quedaba inaugurada otra fuente de conflictos y armonías entre los grupos indígenas. Para el norte de la Patagonia a fines del siglo XVIII, nos muestra la autora a los grupos indígenas en el momento de mayor alcance de esos aprendizajes.

No todos los grupos o agrupaciones indígenas tenían acceso a los caballos a mediados del siglo XVII. La distancia con respecto a las llanuras pareció ser una variable importante en cuanto a la accesibilidad, aunque no absoluta ya que en 1670, cuando el Padre Mascardi realizó su primer viaje al Nahuel Huapí, el grupo que el llamó Puelches, en la costa norte del lago, no tenía caballos mientras que el grupo Poya de la costa sur y otros Poyas más al suroeste, casi en la cordillera, sí los tenían. Estos últimos “traían los caballos muy aderezados, con metal de bacinica y muchos pretales de cascabeles chicos y grandes de los antiguos de España”. Habían conseguido estos adornos de un cuarto grupo, también identificado por Mascardi como Poyas, “que viven río abajo del Desaguadero, donde sale el sol”. Sabemos que el “Desaguadero” era el río Limay por lo que pensamos que “el río abajo del Desaguadero” era el río Negro.

Unos meses después estos Poyas del este llegaron a visitar a Mascardi con “unos veinte caciques y principales de los Poyas de la parte principal de estas pampas ... tierras lejanas, [a] más de cien leguas y cercanas a la Mar del Norte y costa de Buenos Aires”. Así el misionero ubicaba a estos terceros poya como oriundos de la zona de la desembocadura del Negro o del Colorado. Mascardi dice que estos últimos “vinieron con mucho lucimiento y gente de a caballo y mucho más adornados que los primeros, con muchos machetones y espadas anchas, frenos, pretales, caballos enjaezados al uso de los españoles y caballos con hierros muy hermosos”.

Tenemos aquí una corta caracterización de cuatro grupos independientes con distinto grado de relación con los caballos. El primero, cercado por el Nahuel Huapí y el Limay, no tenía caballos; el segundo al sureste del lago tenía algunos pero los aparejos no llamaron la atención del jesuita; el tercero, del suroeste, llegó con caballos adornados pero el cuarto, del este lejano, venía con armas y aparejos de hierro muy bien trabajados. En el texto que sigue se hace evidente, a pesar de la confusión que hace Mascardi por su ofuscación por los Césares, que los adornos procedían de Buenos Aires. Esto nos hace suponer una movilidad y una relación entre grupos del tipo del que describe la autora en el capítulo 3.

En la Carta Relación de Mascardi también se anotan interesantes

datos sobre la organización política de los grupos que él encontrara. Dice que los caciques de esos poyas del este venían “juntados por el *cabo* de ellos, Yamquichen” (Yamquichen según Casamiquela). Es extraña esta forma de referencia pero ésto se aclara cuando, hablando con Yamquichen, otro indígena describe otro “*cabo*” que llaman “huinsa” (huinca), habitante de una ciudad quien tenía mucha autoridad, casa de altos, “caballos de regalo en caballeriza y no se deja hablar de todos ... trae bastón y espada ancha, tiene otros muchos sujetos a él que también mandan a los demás y todos ellos tienen armas”. Comparando la descripción que hace el indígena de ese cuerpo militar español con la que hace Mascardi de esos indígenas, el parecido superficial es sorprendente y nos permite pensar que esa apariencia de los indígenas era un ritual de magia imitativa u homeopática. Sobre todo nos sorprende que los dos jefes sean denominados *cabos* (“cabo” viene de “*caput*”) en el español de Mascardi, uno *huinsa* y otro indígena. El *cabo* indígena había “juntado” veinte caciques allí presentes. Ya no era la cabeza de un grupo familiar extenso, sino de una agrupación formada por lealtades que obedecían al prestigio del líder.

Las sociedades indígenas del área arauco-pampeana durante el período histórico se caracterizaron por la flexibilidad que les permitía su estructura en jefaturas competitivas sin estado. A través de los siglos se fueron dando algunos cambios en la organización política sin abandonar el rasgo básico de sociedades segmentales a pesar de los intentos voluntaristas de ellos mismos por tener “una sola cabeza” y de las manipulaciones de la sociedad blanca. A estas cuestiones nos remite también la autora para el siglo XVIII, y menciona la interesante actuación de los españoles compenetrados de las estrategias indígenas.

La estructura segmental en jefaturas competitivas tiene incorporado, constitutivamente, un delicado y complejo sistema de relaciones entre las partes, que cuenta con recursos para la guerra y para la paz, así como para la fusión y la fisión, mecanismos todos que permiten reproducir su estructura en su aparentemente caótica acción social. Esto quiere decir que las jefaturas necesariamente pasan por períodos de estabilidad, de aumento de prestigio y autoridad y de decadencia, aún si no hubiese factores exógenos que las apoyen o las repriman violentamente.

En el capítulo 4, la autora muestra cómo la sociedad estatal, con o sin proponérselo a veces induce y favorece la competencia entre las jefaturas y la fisión de algunas de ellas mientras en otros momentos induce y favorece la fusión de muchas en unas pocas jefaturas que se destacan entre las otras. Esto no deforma, sólo exacerba el sistema nativo. Es decir

que ese tipo de sociedades gozaba de un sistema constitutivamente flexible que “aprovechaba” tanto las situaciones del conflicto como las de paz en la sociedad estatal, con la que estaba relacionada, en su propio beneficio reproductivo. Muy importante era, tanto para la formación como para la desarticulación de los grupos superiores al nivel familiar, el que cualquier individuo o grupo familiar pudiera, por propia y pura voluntad, dejar a un líder sin que éste pudiera retenerlo. Ese individuo o grupo debía, sí, pedir permiso a otro líder para incorporarse como uno más de su agrupación. Este mecanismo básico vehiculiza la tarea de convocar seguidores en la conformación de grupos tan cambiantes como los que se describen también en el capítulo 3.

Las relaciones económicas con el blanco fueron cambiando. Ya establecido plenamente el comercio entre indios y blancos, el aumento de consumo del blanco de cueros, grasa, cebo y carne salada mantuvo la necesidad del indio ya como ladrón o como criador y, sobre todo, como transportista de un lugar a otro de la inmensa frontera desde el Pacífico al Atlántico. El mercado que más requería de sus servicios fue el mercado chileno, tanto al norte del Bio-Bio como al sur, por Valdivia.

Los indígenas chilenos tenían así una gran ventaja sobre los del este de la cordillera. A pesar de sus conflictos con las autoridades y con la población fronteriza, el comercio de animales y ponchos en Chile acercaba a ambas sociedades. En el este había mucho ganado alzado hasta el siglo XIX y los hacendados tenían rodeos abiertos fácilmente capturables. La demanda del oeste requería esos animales y desde ahí entraban tantos productos para el consumo de los indígenas como animales iban. Pero en la larga y desarticulada frontera del este -mucho más pobre siempre y con menos historia de contacto con el indígena- si bien también se alentaba ese comercio introduciendo así productos consumibles para el indígena, el hecho de ser saqueada más regularmente conducía a rencores y conflictos menos heroicos y más cotidianos. Así el indígena de las llanuras tenía una frontera mucho más conflictiva, con relaciones más contradictorias que las que tenía el indígena del oeste, en Chile.

Pero esa frontera también tenía otro interés que alimentaba su matiz ambivalente: el indio de las pampas llevaba ponchos pehuenches hacia la frontera del este. La demanda chilena de ponchos para exportar a Potosí y Lima, intentaba frenar ese drenaje de mercaderías hacia el este con la supresión del mercado de animales instalado en su propio sur al que, hasta aproximadamente 1780, abastecían los pehuenches-huilliches no tejedores de la cordillera conectados directamente con las agrupaciones de la zona sur de las llanuras. La guerra entre pehuenches propios y

huilliches pehuenches (1775-1790 aproximadamente) fue alentada por los gobiernos del Reino de Chile y el Virreinato del Río de la Plata por las razones ya expuestas y otras más. Con la derrota absoluta de los huilliches-pehuenches, se desarticularon las conexiones entre los grupos indígenas del norte de la Patagonia.

La fundación de Carmen de Patagones en 1779 llegaba en un buen momento para los indígenas nordpatagónicos. Con esa fundación se completaba el cuadrante Buenos Aires, Concepción, Valparaíso, Carmen de Patagones que rodeó al área arauco-pampeana. Una nueva boca de comercio se abría. Para los tehuelches del sur, los establecimientos de la costa patagónica significaban una novedad. Para los tehuelches del norte, que pertenecían a la sub-área del sur de las llanuras, fue una nueva y más cercana oportunidad. Para todos los indígenas emergía una zona de conflicto real y un símbolo más de la pérdida de su territorio: la frontera este se había extendido y habían instalado una comandancia en el epicentro de aquella adornada, orgullosa y militarizada -a su manera-agrupación "Poya del este" que conectaba por el sur a las agrupaciones de la sección surandina con Buenos Aires, ya en 1670.

Las jefaturas de la época de la ganadería en la sociedad indígena eran notorias ya a finales del siglo XVII. Por el norte, sobre Córdoba y el norte de Buenos Aires los Calelian, sobre todo Manuel, encabezaban grupos de caciques menores en discordancia con otros caciques de la misma zona -pero más al sur- que tenía buenas relaciones con los españoles de Buenos Aires y se habían instalado dentro de la frontera como indios amigos.

Por el centro el cacique Bravo, o Cacapol, o Cangapol, o Nicolás, o Nusanach se movía por el inmediato sur del Salado en 1677, por Córdoba en 1690, por el Cayrú en 1740, por Río Negro en 1744, por el Cabo Corrientes en 1747 y aún en 1780 había un Cancapol en Choele Choel. Obviamente no se trataba del mismo individuo no por la diversidad de nombres sino por la extensión temporal del registro de esos nombres. Decimos que no por la diversidad de nombres porque aun el más simple individuo de la sociedad aborigen -tanto en la cultura mapuche como en la que aquí llamaríamos tehuelche del norte- cambiaba sus nombres según su edad, según adopciones de nombres araucanos (para los tehuelches) o nombres cristianos, en todos, sin haber mediado una conversión al cristianismo ni haber sido dominado por invasores araucanos. Entre los tehuelches también se cambiaba el nombre según el tabú al nombre de un muerto de manera que, si un sobreviviente tenía el mismo nombre que el fallecido, debía cambiarlo.

El cacique Bravo o, mejor, “los Bravo” declinan en su protagonismo después de 1742, año aproximado en que llevan uno de los más tremendos malones en la historia indígena contra Buenos Aires. En 1747 tenemos el último registro de un “Bravo” en Cabo Corrientes y comienzan los Negro, o Lampilco, o Tampilco, o Chanel, o Yampalco o LLampilco a dominar el sur hasta 1828. La muerte de Yanquetruz en 1789 marcó un hito en la organización de la agrupación de los Negro que ya había sido atacada en 1785 por gente de Carmen de Patagones. Pero los Chanel o Negro rehicieron sus dominios. En 1823 se presentaron al parlamento concertado por García en Sierra de la Ventana con unos 420 hombres mandados por Llampilcó, “bien puestos a caballo ... con sus turbantes de cuero o sombreros de lo mismo, con plumajes”, dice García.

Cómo se mantuvieron, cómo perduraron, cómo desaparecieron los Negros, los Calpisqui, los Bravos, es decir las jefaturas de la época ganadera sólo se podrá comprender cuando urguemos más allá de sus idas y venidas, de sus malones y sus paces, como ha comenzado a hacerlo la autora. La diversidad onomástica, agregada a la flexibilidad social a la que ya hicimos referencia y sumada a la construcción temprana de grandes agregados más o menos estables, aumenta las dificultades que los estudios de micro historia indígena -como el que presenta Lidia R. Nacuzzi en este libro- tienen que enfrentar munidos de gran información, técnicas de investigación refinadas, seguridad en los marcos conceptuales y mucha humildad intelectual como ella demuestra exitosamente.

Los mecanismos de supervivencia estaban instalados en su práctica flexible de delimitación de territorio, en las diversas formas sucesorias de la jefatura más allá del nivel de la familia extensa, en su sistema de información y capacidad de procesarla, en su sistema de justicia consuetudinaria, en sus medios de concretar alianzas, es decir, en la fábrica social de las interacciones entre su estructura social, su acción social y su capacidad decisional. De todo esto fue emergiendo su devenir histórico, su persistencia y su cambio.

Martha Bechis

Buenos Aires, junio de 1998.

Identidades impuestas es una versión muy poco corregida de mi Tesis de Doctorado defendida en setiembre de 1996 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es por eso que, como ella, trata algunos otros temas relacionados con las poblaciones nativas que habitaban la región de la desembocadura del río Negro en el momento de la fundación del Fuerte de Nuestra Señora del Carmen (1779): sus límites étnicos, sus caciques, sus movimientos estacionales y sus relaciones interétnicas. Discuto principalmente aquí la adscripción étnica que tradicionalmente se ha hecho de tales grupos y sus vecinos, incluyéndolos en macro-etnías que ocupaban grandes extensiones geográficas, para presentar -en cambio- un análisis centrado en grupos pequeños identificados por los nombres de sus caciques, en un corte casi sincrónico, dado que las fuentes de archivo en las que me baso no van más allá de 1784. Otros subtemas, como la territorialidad y algunas de las relaciones interétnicas, serán tratados abarcando un lapso mayor, para encuadrar mejor las transformaciones provocadas por el contacto con el blanco.

El título original de la Tesis, “Los tehuelches del norte de la Patagonia”, fue elegido como una solución de compromiso para no utilizar rótulos ya existentes que podían darle desde el principio un sesgo teórico que quería evitar. Las otras opciones eran: referirme a los “tehuelches septentrionales” que son más o menos conocidos para historiadores y antropólogos, o utilizar el nombre con el cual los especialistas afirman que esos tehuelches se llamaban a sí mismos, *gününa küne* como lo escribió Harrington (1946) o cualquiera de sus variantes según los que lo siguieron. Además, mi intención no es la de abarcar todo el ámbito que esos estudiosos le han adjudicado al mencionado grupo: por lo menos desde el río Chubut por el sur hasta el Colorado por el norte, y aún todas las regiones pampeana y cuyana para algunos de ellos.

Tengo hasta aquí dos acotaciones muy importantes. Si me atenía al nombre y al ámbito geográfico, iba a tener que considerar en este estudio fuentes éditas e inéditas de muy diversa índole, de diferentes jurisdicciones administrativas para el caso de las inéditas, y en una cantidad que

sospechaba de volúmenes considerables, lo que se transformaba en un tercer motivo para acotar el área de estudio.

Al promediar la lectura el lector podrá plantearse, como yo misma lo he hecho en alguna de las etapas de esta investigación, si el título original estuvo bien elegido. Como se verá, mencionaré reiteradamente a la región de la Pampa y sus habitantes. Me preguntaba entonces: ¿Debería llamarse “Los tehuelches del norte de la Patagonia y de la Pampa”? Como mostraré a su tiempo, éste también puede ser un nombre correcto, puesto que es imposible referirse al norte de la Patagonia sin tener en cuenta a la Pampa. Otra idea que me preocupó fue si no debería definir al “norte de la Patagonia” más ampliamente de lo que se hace habitualmente: desde el sur de la provincia de Río Negro hasta el Colorado y la región serrana de Buenos Aires. Definirla más ampliamente hubiera implicado incluir las provincias de Buenos Aires y La Pampa, más el extremo sur de las de San Luis, Córdoba y Santa Fe. Ninguna de las dos soluciones parecen desatinadas, ambas tienen su base en las fuentes de archivo. Pero ninguna de ellas contribuía a acotar mi tema de estudio de una manera en que se transformara en algo manejable.

A esta altura de la explicación del por qué de un tema y un título, no parece inútil aclarar que no era mi primera aproximación a temas, problemas y fuentes del área patagónica. De otro modo, las variables que estoy enumerando hubieran aparecido después de relatar diversas visicitudes de “recortes” del tema y del área originalmente propuestos. Un trabajo anterior referido a los “tehuelches meridionales” (Boschín y Nacuzzi 1979), me había dado un amplio conocimiento de las fuentes éditas sobre Patagonia y la certeza de que la mayor cantidad de información de ese tipo provenía del sector sur. Ese conocimiento, más otras lecturas realizadas por aquellos tiempos con una perspectiva arqueológica, me hicieron proponer más tarde una clasificación en diferentes momentos del conocimiento por parte de los blancos (Nacuzzi 1989-90). Pero, ¿qué pasaba con el sector norte? Había algunos diarios, sobre todo de la región pampeana, viajes muy tardíos de los primeros naturalistas que recorrieron la región inmediatamente antes o durante la campaña al “Desierto”, recorridos de jesuitas y otras exploraciones desde Chile limitadas a la actual Neuquén, y muy poco más. *Debía* haber algo más, aquello no podía transformarse también en un “desierto” de papeles. Mi residencia por cinco años en Carmen de Patagones-Viedma y el ejercicio de la docencia en el marco de una carrera de Historia me hicieron conocer algunas obras de carácter muy regional e interesarme por el nacimiento de ese núcleo de dos poblaciones que ya habían festejado hacía tiempo sus 200 años. Fue así como ocurrieron mis primeras incursiones en el Archivo General de la Nación

buscando los papeles del antiguo Fuerte de Nuestra Señora del Carmen de Patagones.

Al estar en contacto con los numerosos legajos de la “Costa Patagónica” y comenzar a encontrar los documentos que citaba profusamente el padre Raúl A. Entraigas en *El fuerte del Río Negro* tuve una motivación de peso para, finalmente, delimitar cuál iba a ser mi área de estudio. Yo había buscado los legajos de ese lugar preciso de la costa patagónica, los que contenían los relatos de la fundación del fuerte, las exploraciones por la zona, los contactos con los indios, etc. Pero fueron esos mismos papeles y la información que contenían los que me impusieron los límites geográficos: una zona que abarcaba las desembocaduras de los ríos Colorado y Negro y una región considerable hacia el interior de esos cursos de agua hacia el noroeste; el actual golfo de San Matías y la península Valdés hacia el sur; las sierras de la Ventana hacia el norte. Ese iba a ser el espacio geográfico en el cual concentraría mi investigación (ver Mapa 1).

Si se toma como centro la desembocadura del río Negro y se apoya allí el eje de un compás abriendo su brazo para que abarque hacia el norte las sierras de la Ventana (región muy relacionada con la desembocadura en cuestión), el semicírculo que se dibuja incluye hacia el oeste los cursos medio e inferior de los ríos Colorado y Negro, y llega a abarcar en su extremo sur la desembocadura del río Chubut. Este juego de geometría y geografía brinda un modelo de área que proporciona muchas posibilidades. La inclusión de la desembocadura del Chubut servirá para incorporar datos de los grupos que habitaban al sur de ese curso de agua y que aparecen en la documentación diferenciados de los que rondan el Fuerte del río Negro; de los cursos de los ríos Colorado y Negro hay también información (la que proporciona el piloto Villarino como fruto de sus expediciones fluviales y la que brindan los indios que van al Fuerte sobre esas regiones y sus habitantes); de sierra de la Ventana también es abundante la cantidad de datos, aparece mencionada constantemente en los papeles de archivo.

De lo expuesto se desprende que este estudio no tratará *todo* el ámbito adjudicado a los tehuelches del norte y, a la vez, se refiere a “los tehuelches del norte de la Patagonia” sólo de manera parcial. Sin embargo, para tratar muchos de los temas aquí desarrollados he tenido que extenderme abarcando un área geográfica mucho más extensa. Esto ha sido así por las características sociales y culturales de los mismos grupos en análisis y por la necesidad de incluir la referencia a sus vecinos, lo que proporciona los límites sociales y territoriales dentro del área de estudio propuesta.

Como dije anteriormente, en varias de las etapas de esta investiga-

ción me pregunté acerca del acierto del nombre elegido. Primero fue por razones de delimitación geográfica, pero luego el cuestionamiento se volvió más grave. Cuando llegué al nudo de la cuestión, el tema de las identidades étnicas que se trata en el capítulo 3, hasta el mismo nombre de “tehuelches” quedó entre paréntesis. Tal denominación aparece poco en el área propuesta, es decir: no es exclusiva y preponderantemente con los “tehuelches” con los que se producen las interacciones que dan lugar a los documentos en los que se basa este estudio. Sin embargo, ese nombre sí aparece en el estado de la cuestión, puesto que allí se muestra un panorama válido para mediados del siglo XIX porque los etnógrafos que han escrito sobre esta región y sus habitantes se basaron en un conjunto cerrado de fuentes de esa época (preferentemente relatos de viajeros preocupados, como los mismos etnógrafos, por delimitar grupos y describir sus características culturales). Los papeles de archivo sobre los que trabajé son de fines del XVIII y tienen otras peculiaridades en cuanto a la información que brindan: son cartas, testimonios y diarios que dan cuenta de las dificultades cotidianas de las personas que ocupan un emplazamiento costero alejado del centro de poder y muy próximo a los grupos indios. Sin embargo, deseché la posibilidad de cambiar el nombre de este estudio porque el término *tehuelche* tiene actualmente mayor reconocimiento entre los especialistas de la región y, para los no especialistas, daría de una manera inmediata una idea sobre el contenido de estas páginas.

En cuanto a la delimitación temporal, traté de restringirme a un período muy corto desde la fundación del Fuerte (1779 hasta aproximadamente 1784) puesto que pretendía analizar las primeras acciones y reacciones de los grupos nativos ante la instalación del blanco en su territorio. Además, los papeles consultados se agrupan preferentemente en ese lapso. Pero cada vez que fue necesario recurrir a un enfoque cronológico más amplio para señalar cambios muy notables debidos a la aculturación, he debido obviar también estos límites. Es así como en algunos capítulos se encontrarán tanto referencias a los primeros contactos de los blancos con los nativos de Patagonia, como otras de pleno siglo XIX.

Por todo lo expuesto, queda claro que me he esforzado por delimitar mi área de estudio tanto en un sentido espacial y temporal como de grupos en presencia. Pero también está claro que, al enfrentarme con algunos de los problemas o preguntas suscitados por este mismo análisis, he debido rebasar esos límites tan arduamente contruídos. Esto es así porque así de cambiantes son los grupos en su composición, las identidades étnicas en su delimitación, las relaciones interétnicas en su acontecer, la movilidad de los grupos en su alcance, los cambios culturales en su profundidad. Sólo dentro de límites (espaciales, temporales y sociales) muy fluc-



Mapa 1: El área de estudio

tuantes y amplios se pueden acordar ciertas respuestas a las preguntas planteadas.

Viene al caso traer aquí dos referencias bibliográficas más, de muy diferente origen, pero relacionadas con el tema de la determinación del área de estudio. Una vez delimitada el área que, como dije, tiene mucho que ver con los documentos considerados (los disponibles para la desembocadura del río Negro al momento de la instalación del blanco en la región), releí -una vez más- el texto que Falkner ([1774] 1974: 123-139) redactó en base a observaciones realizadas entre 1746 y 1751 desde las reducciones “Nuestra Señora del Pilar” (en la laguna de los Padres) y “Virgen de los Desamparados” (cercana a la anterior, hacia el noroeste). En las páginas mencionadas proporciona el nombre y la distribución de los diversos pueblos nativos del área pampeano-patagónica que se complementa con un mapa. Hay, sobre todo en el mapa, una gran coincidencia de la región que propongo con la que Falkner atribuyó a los “Chechehet”: las desembocaduras de los ríos Negro y Colorado y el arroyo Sauce Grande, el Casuhati (sierra de la Ventana), teniendo al sur y al oeste a los “Tehuelhet” o “Patagones” hasta el arroyo Sauce Grande, y al noroeste a los “Taluhet” (que eran parte de los “pampas” para algunos estudiosos). Esta coincidencia, obviamente, no fue buscada. Pero resulta curiosa y sirve para preguntarse, por lo menos, por qué realiza esa distinción Falkner y si no tiene algo que ver con las características geográficas de la región y los recursos que ofrecía. Y, desprendiéndose de esas preguntas, si es que ya se configuraba como diferente *antes* de la instalación del Fuerte en la desembocadura del río Negro que aparece como el aglutinante de diversos grupos a su alrededor.

La segunda referencia bibliográfica es mucho más reciente. Bechis (1989) realiza una muy atinada definición de “área pan-araucana” para la primera mitad del XIX, con “unidades políticas o parcialidades, ... que en la vertiente argentina tendían a ocupar zonas exclusivas de una sola característica ecológica” y en la chilena “albergaba una mayor diversidad de grupos políticos en áreas geográficas similares”. Así, más allá de la posible “araucanización” o “tehuelchización” que puedan haber ocurrido en la pampa, la autora se refiere al área como una unidad cultural y social con diferentes zonas ecológicas (y, por lo tanto, diferentes recursos económicos) en el lado argentino: la semi-árida de los Ranqueles, la de las Salinas, la de la pampa húmeda del sudoeste de Buenos Aires (que incluiría la sierra de la Ventana), la interfluvial del Negro y el Colorado, la lacustre de Neuquén y la cordillerana de Neuquén. El presente estudio está centrado en los grupos que habitaban las zonas ecológicas que la autora denomina “del sudoeste de Buenos Aires” y “la interfluvial del Ne-

gro y el Colorado", pero también aparecerán, como grupos vecinos, los de las Salinas, los Ranqueles, y otros que habitaban la región que podríamos denominar *árida del sur del río Negro*.

Tengo, entonces, dos referencias a la identidad del área en estudio basadas en indicios que estás separados por cien años. Es cierto que es una zona muy particular por la presencia de abundante ganado en la sierras, por las salinas como otro centro importante de aprovisionamiento, por los dos importantes ríos que guiaban rutas de acceso hacia dos centros de mucho atractivo para el comercio como Buenos Aires y Valdivia y, luego, por la presencia del Fuerte del Carmen como otro punto de encuentro con los blancos. Pero ¿es posible que esa "identidad" del área comenzara a delinearse hacia 1750 y todavía conservara sus características hacia 1835? Aquí no podré responder a este interrogante, puesto que voy a presentar un corte casi sincrónico para el período 1779-1784, pero resulta interesante poder dejar propuesta esta cuestión para futuras investigaciones.

En cuanto a los objetivos de esta investigación, puedo decir que mi *pregunta básica* y sus *preguntas derivadas* (en el sentido de Topolski 1982) que conformaron el plan de trabajo original se vieron reformuladas permanentemente a medida que iba avanzando en la investigación y, sobre todo, al encontrar documentos que aportaban indicios nuevos y, por lo tanto, multiplicaban las preguntas iniciales. La pregunta básica fue: ¿Quiénes fueron los tehuelches del norte de la Patagonia?, y sus preguntas derivadas: ¿qué cultura compartían?, ¿qué territorio ocupaban (organización territorial y cacicazgo, movimientos)?, ¿cuáles fueron sus relaciones con otros grupos étnicos (parentesco, intercambio, circulación de los bienes)?, ¿cómo funcionaba su economía (circuitos de abastecimiento, explotación de recursos naturales y -nuevamente- organización territorial, circulación de bienes)? Los tres grandes temas en los que quedó dividida la pregunta básica y que acomodaron las preguntas derivadas que acabo de exponer, fueron: la identidad étnica, los cacicazgos y la territorialidad. Me proponía, además de estudiar estas cuestiones, ver cómo quedaron transformadas después del "proceso de transfiguración étnica" (en el sentido de Ribeiro 1971) a que se vio sometido el grupo en su larga relación con los blancos. Esta última pretensión sólo fue posible con algunos de los subtemas planteados.

Las preguntas iniciales se vieron permanentemente replanteadas, puesto que la recolección de datos fue subdividiendo y multiplicando las preguntas básicas. Se hizo necesario recortar determinados temas que aparecían como los más relevantes o como aquellos sobre los que se podía aportar información más novedosa y, por lo tanto, arribar a respuestas

más importantes o a nuevas preguntas que ampliaran para el futuro el panorama de la investigación de esta región y sus pueblos que aparecían a la luz del “conocimiento no basado en fuentes” (Topolski 1982: 313) como tan simples, poco cambiantes, escasos en número, pobres en fuentes para su estudio. Para Topolski, el concepto de “conocimiento no basado en fuentes” incluye las observaciones del mundo que hace un investigador, los resultados de sus propios estudios del pasado, los resultados de la investigación de otros y los resultados de la investigación en el campo de otras disciplinas, siempre en torno a un tema dado. Por lo tanto, queda englobado bajo ese rótulo todo lo escrito hasta ahora para el tema y el área propuestos, lo leído, lo sabido, lo tradicionalmente aceptado. Es un concepto que resulta muy útil para referirse de una manera concisa a todo lo que no proviene de fuentes de primera mano que -para el caso que me ocupa- es un caudal considerable de información. Resulta útil también para evaluar, por un lado, la información que proporcionan otros trabajos y, por el otro, la que uno mismo está proporcionando (por ejemplo: ¿en base a qué tipo de fuente estoy argumentando sobre algún tema en particular?, ¿se están filtrando en mi deducción datos del conocimiento no basado en fuentes?).

Replanteado el plan de trabajo, quedaron algunos subtemas del plan inicial sin tratar (como los aspectos demográficos, las relaciones de parentesco, los conflictos intergrupales) y adquirieron entidad otros como el del cacicazgo y el nomadismo que, a su vez, incluían subtemas de aquel plan. Siempre busqué destacar y analizar los aspectos menos conocidos o peor enfocados de la vida de los pueblos del norte de la Patagonia. El índice final del trabajo así lo muestra.

En el capítulo 1, dedicado a las fuentes, hago primero un enfoque macro-regional de cómo fue el proceso de conocimiento de la región por los blancos y qué tipo de fuentes produjo, para centrarme luego en el tipo, la cantidad y la calidad de los documentos que he utilizado para este estudio. Se encontrarán en este capítulo amplias referencias a los repositorios consultados y algunos ejemplos de los recursos metodológicos utilizados en la interpretación de los diversos papeles de archivo.

En el estado de la cuestión (capítulo 2) me he limitado a presentar algunos aspectos de los que tratan los diversos autores considerados. Ellos son: los límites geográficos entre grupos y su adscripción o autoadscripción étnica, más algunas referencias a relaciones interétnicas que tienen relación con la cuestión de la identidad. Los otros temas han sido dejados para su discusión en cada capítulo en particular, como por ejemplo: las características del cacicazgo, el funcionamiento de la economía, el nomadismo. Las obras tomadas en cuenta para este estado de la cuestión son

las que enfocan regionalmente el tema del poblamiento indígena de Pampa-Patagonia, no he considerado las obras de carácter general sobre los diferentes grupos indígenas que poblaron en el pasado nuestro país y otros estudios de carácter puntual o temático, quizás menos ambiciosos pero mejor sustentados. Mi intención fue la de discutir aquellas obras que hicieron escuela, que bosquejaron la presencia de determinados grupos en el ámbito pampeano-patagónico y que siguen siendo consideradas como referencia en estudios actuales sobre la región.

En el capítulo 3 puede leerse entre líneas la historia de este estudio, las diferentes etapas de aproximación al tema central de las identidades étnicas con subtemas bien particulares como la organización social y la organización territorial de los grupos. Muestra un esfuerzo de aproximación *ingenua* a los datos que iba obteniendo en mi exégesis de los papeles disponibles, aunque yo conocía desde mucho tiempo atrás las obras de los etnógrafos que después volví a releer y a analizar críticamente para redactar el estado de la cuestión. Hay también en ese capítulo un ejemplo de utilización de medios informáticos para el tratamiento de determinado tipo de datos que pueden presentarse reiterados o confusos, o que se hace necesario ordenar para su mejor comprensión (en este caso se trató de las menciones a diversos caciques y sus movimientos). Quedaron incluidos en este capítulo subtemas como el de la ubicación geográfica de los grupos, su organización territorial, las relaciones interétnicas (que se retomarían en los capítulos 4 y 5). Esos subtemas que supuse me llevarían al menos a bosquejar la identidad étnica de los grupos existentes, por el contrario me condujeron a una paciente de-construcción de las tipologías manejadas hasta el presente.

El capítulo 4 trata el tema de los cacicazgos y, en particular, de los que he denominado *duales* que me obligó, esta vez, a una mayor flexibilidad espacial. En efecto, el fenómeno de los cacicazgos duales se presenta con indicios muy débiles en los papeles de fines del siglo XVIII para después desaparecer, pero su presencia se da en toda la región de Pampa-Patagonia. Me pareció importante mostrar esta difusión para que no se pensara en un caso restringido al ejemplo mejor documentado, el de los indios de las sierras de Buenos Aires. Presento también los motivos por los cuales sostengo que se perdió esta modalidad y muy pronto predominaron las jefaturas unipersonales, con un ejemplo muy ilustrativo del siglo XIX. Aquí los subtemas tratados son: nuevamente el de la organización territorial de los grupos y sus relaciones interétnicas, el intercambio, las características de las jefaturas y su proceso de cambio en contacto con el blanco.

El capítulo 5 trata el tema de la complementación entre nómades y sedentarios que fue tomando forma a partir de un estudio previo (Na-

cuzzi 1991). Durante la búsqueda de bibliografía para el tratamiento de la cuestión del nomadismo en Patagonia, se fue delineando este otro tema de grupos nómades y grupos sedentarios que funcionaban complementándose en su economía. Me pareció que los datos que tenía se acercaban a un modelo de este tipo, tanto entre indios y blancos como entre diversos grupos indios, y aún pude plantear otro tipo de complementaciones, como por ejemplo las que se daban en el ámbito no-económico: ayudas, protección, informaciones sobre grupos, caminos, malones, etc. Finalmente esbocé un tipo de “movimiento entre dos polos”, el sedentario y el nómade, como otro ensayo de aplicación de un modelo factible. Los subtemas que quedaron incluidos fueron: otra vez el de las relaciones interétnicas y el de la circulación de bienes, el comercio y el intercambio con otros grupos. En este caso, el enfoque fue amplio tanto en un sentido espacial como cronológico, abarcando aproximadamente el período 1770-1870, puesto que la complementariedad es una característica que se da predominantemente como resultado del contacto con el blanco y se mantiene más allá de los límites temporales definidos para este estudio. Es más, la argumentación de este capítulo está basada en gran parte en fenómenos que no se hubieran dado en la región sin la presencia de los europeos y las nuevas condiciones de vida que imprimieron a las sociedades en estudio.

En las consideraciones finales retomo tres de las cuestiones tratadas que considero son los aportes fundamentales de este estudio: la identificación étnica, los cacicazgos y la territorialidad. Estos tres aspectos aparecen de tal manera imbricados que es imposible referirse a uno de ellos en particular sin mencionar a los otros dos. También hago referencia allí a mi aporte desde el campo metodológico: el conjunto de documentos inéditos utilizados, de los cuales he realizado una primera lectura y quedan ahora a la consideración de otros especialistas, para que vuelvan sobre ellos con su propia mirada y sus propias preguntas; la lectura *diferente* que he presentado de algunos relatos y papeles éditos, en general muy conocidos, que habían sido interpretados siempre de la misma manera, permitiendo que se cristalizaran las primeras interpretaciones de los temas que trataban; y una crítica a las fuentes de segunda mano y a las clasificaciones étnicas que proponen, que ha puesto en tela de juicio los rótulos que se vienen usando para los diversos grupos étnicos y hasta la misma composición de tales grupos.

capítulo 1

Las fuentes

Características de la información histórica sobre Patagonia

La ocupación europea del territorio americano tuvo formas y situaciones muy diferentes y, por ende, fueron diferentes las fuentes de archivo que se produjeron. Frente a regiones que podemos calificar como privilegiadas en cuanto a la variedad y la cantidad -y aún la calidad- de los documentos disponibles, hay otras que nos parecen, en una primera aproximación, muy pobres en materia de papeles de archivo.

La región patagónica continental argentina tuvo su identidad propia en cuanto a las formas y los momentos del contacto hispano-indígena y es, precisamente, de los casos que parecen pobres en papeles. Desierto ambiental-poblacional: desierto de fuentes ¿Qué buscar y dónde? Como veremos más adelante, ni el desierto era tan poco acogedor, ni estaba casi despoblado, ni hay una temible ausencia de fuentes. La zona que me ocupa perteneció siempre a la jurisdicción de Buenos Aires, lo cual constituye también un hecho a tener en cuenta en la búsqueda de información.

Los documentos escritos sobre la Patagonia continental argentina provienen casi exclusivamente de la actuación de misioneros y viajeros, por lo que hay un predominio de diarios y relaciones de viaje. A ellos se agregan los documentos administrativos producidos desde y para los establecimientos emprendidos por el Virreinato en la costa a partir de 1778.

Al sur del Estrecho, en la vertiente occidental de la Cordillera y en la región que hoy es la provincia de Neuquén (para la cual Schobinger 1958-59 presenta un panorama muy completo de las fuentes disponibles) se producen situaciones de contacto diferentes, había poblaciones nativas también distintas y, como consecuencia, existe una más amplia gama y una más abundante cantidad de fuentes de archivo.

Daré primero un panorama general de los papeles disponibles para la región patagónica, en su mayoría éditos, para referirme después espe-

cíficamente a aquellos que utilicé en este estudio, sus características, localización y contenidos.

En cuanto a la región patagónica continental argentina, las fuentes se pueden ordenar en varios períodos, que se corresponden con los acontecimientos de la conquista y la colonización, del establecimiento del Virreinato del Río de la Plata y de la conformación del Estado nacional. No hay actas de fundación ni actas capitulares ni visitas, y los procesos judiciales y las probanzas de servicios son raros. Esta falencia tiene relación directa con la imposibilidad por parte de los españoles de organizar pueblos, encomiendas, misiones o reducciones con los indígenas de Patagonia, dadas sus características de pueblo cazador-recolector no sedentario (cfr. Wachtel 1978: 139).

La información disponible se ordena, de acuerdo con sus características y con los motivos y momentos de su producción, de la siguiente manera:

1. Entre 1520 y 1580 se suceden los viajeros de la época del *descubrimiento* (Pigafetta, Loaysa, Alcazaba, Camargo, Sarmiento de Gamboa) que llegan en expediciones navales, desembarcan en distintos puntos de la costa (siempre al sur del paralelo 44°) y tienen contactos escasos y esporádicos con los nativos. En 1552 se funda Valdivia y en 1580 Buenos Aires, después de un primer intento fracasado entre 1536 y 1541.

Este momento coincide cronológicamente con el que Céspedes del Castillo (1972: 321) denomina de “fundación de las Indias” para la América nuclear y andina, pero en Patagonia no tiene la característica de asentar una nueva sociedad sino más bien la del período anterior (1493-1518): “torpes y fracasados ensayos colonizadores” como etapa previa a la “verdadera colonización”.

Los autores que relatan los primeros contactos con los habitantes nativos de Patagonia, generalmente describen los hechos dominados por la sorpresa y por la situación de descubrimiento, con interpretaciones y descripciones casi fantásticas de esos desconocidos. Sin embargo hay datos puntuales que sirven, a la luz de documentos posteriores, para esbozar una imagen de esos pueblos antes de la llegada del blanco.

2. Después del viaje de Sarmiento y hasta bien entrado el siglo XVIII, podemos identificar un segundo momento. Esta vez hay coincidencia de fechas y de características para el período que Céspedes de Castillo (1972: 439) llama “la centuria olvidada”, durante la cual la monarquía española sigue una política indiana “barata”, tendiendo a trasladar los “gastos de la colonización en sus súbditos de las Indias”. Por cierto, los súbditos interesados en colonizar la Patagonia no aparecen por ahora. Solamente

se registran:

- a) viajes de navegantes no españoles, que tocan la costa también al sur de los 44° pero no dejan relatos de encuentros con nativos o los que dejan son muy escuetos (Cavendish, Noort, Drake, Narbrough);
- b) entradas de misioneros jesuitas desde Chile -en la segunda mitad del siglo XVII y hasta 1713 aproximadamente- sobre todo en la zona del Nahuel Huapí y alrededores, con el establecimiento y fracaso de una misión;
- c) en 1707, Silvestre Antonio de Rojas realiza una “incursión a los Césares” desde Buenos Aires, pero no se encuentra con indígenas.

En el primer caso, la índole de los relatos en cuanto a calidad y cantidad de información casi no varía respecto del momento anterior, aunque estos viajeros llegan un poco más informados sobre lo que van a encontrar. En cuanto a los jesuitas, están más tiempo en contacto con los grupos indígenas y sus descripciones de rasgos culturales y aspectos físicos son más minuciosas, pero siempre teñidas por el afán de formar una reducción y bautizar el mayor número posible de almas. Además, se trata de un área geográfica restringida para lo que es la región patagónica.

3. En un tercer momento, predominan los viajes y reconocimientos que parten desde Buenos Aires, que en 1776 había sido transformada en capital del Virreinato del Río de la Plata. Es manifiesto el interés por reconocer la costa y sus lugares aptos para asentar poblaciones.

En este período se conoce la famosa obra de Falkner (1774), *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America*. No vamos a discutir aquí su probable intención geopolítica, pero diremos que coincide con expediciones francesas e inglesas que en sus viajes alrededor del mundo tocan las costas patagónicas (Byron, Bougainville), y con reiterados esfuerzos de la corona española de asentar con éxito fuertes en la costa sur (San Julián, Puerto Deseado, San José, Carmen de Patagones), más sus propias expediciones desde el Viejo Mundo, como la de Malaspina.

Desde Buenos Aires, ya en 1745 se produce el viaje de los jesuitas Strobel, Cardiel y Quiroga que llegan hasta el río Gallegos por mar, sin encontrarse con indígenas durante su desembarco e incursiones en puerto Deseado y en la bahía de San Julián. Más tarde recorren la costa patagónica: Barne, Perler, de la Piedra/Viedma/Villarino, Elizalde y Ustariz. Villarino, además, remonta el río Negro y el Limay, en la primera incursión hacia el interior patagónico partiendo desde la capital del Virreinato. Se destacan en este período las largas permanencias (y la producción de diarios y papeles administrativos) de los hermanos Francisco y Anto-

nio de Viedma en Carmen de Patagones y en San Julián (esta última también con exploraciones hacia el interior que llegan al actual lago Viedma).

Aquí comienzan a aparecer informaciones más minuciosas, primero sobre topografía y recursos naturales de las costas, y más tarde sobre recursos económicos, cantidad de personas por grupo, nombres de caciques, relaciones interétnicas y organización política de los grupos. La correspondencia de los hermanos Viedma con Buenos Aires tiene la particularidad de reflejar situaciones cotidianas en forma inmediata, mostrando los problemas y las situaciones de manera muy real. Para algunos aspectos a estudiar (como el de las relaciones indígena-blanco) se transforman en documentos de mayor calidad que los diarios, por ejemplo.

En el interior del territorio, se destacan la incursión del capitán Juan Fernández (1770), los viajes de Fray Francisco Menéndez a la región del Nahuel Huapí (1792, 1793 y 1794) y el viaje del marinero González desde puerto Deseado al río Negro en 1798.

4. Entre 1828 y 1870 misioneros protestantes y viajeros europeos recorren algunas zonas de Patagonia, o se instalan durante períodos más o menos prolongados junto a grupos indígenas (D'Orbigny, Arms y Coan, Guinnard, Schmid, Huzinker, Gardiner, Cox, Claraz, Musters). Hay que mencionar para este período el primer intento de "Conquista del Desierto" por parte de Rosas, que llegó sólo hasta el río Colorado. En 1865 se instala la colonia galesa del Chubut, en Puerto Madryn, y al poco tiempo se traslada a la actual Rawson.

Hacia 1870 hay tres ciudades en Patagonia: Valdivia (fundada en 1552), Carmen de Patagones (1779), Punta Arenas (fundada en 1843 como Fuerte Bulnes) y dos asentamientos de menor importancia: la Colonia Galesa (1865) e Isla Pavón en la desembocadura del río Santa Cruz (1866). Todos son focos de atracción para el trueque y el comercio de las etnias nativas.

Los datos sobre la vida indígena se hacen más específicos, ya que -aún los viajeros que no son misioneros- poseen buenos conocimientos sobre ciencias naturales y geografía (D'Orbigny, Claraz, Musters). Casi todos los relatos reflejan la convivencia de los autores con los grupos indígenas, a veces durante largas temporadas. Comparten sus viviendas, sus traslados, sus cacerías, sus parlamentos, y algunos hasta su tipo de vestimenta.

5. Entre 1874 y la Conquista del Desierto, y aún hasta principios de siglo, el Estado nacional envía a recorrer diferentes zonas de la Patagonia a naturalistas y científicos (Moreno, Lista, Spegazzini, Burmeister, Onelli)

con el objetivo de explorar el territorio, encontrar nuevas vías de comunicación, y actuar en la demarcación de límites con Chile. El interés estaba centrado en consolidar el control político sobre esa extensa región patagónica casi desconocida.

Excepto Moreno que visita la zona del Neuquén, los viajeros encuentran grupos pequeños fuera de sus territorios habituales y con una fuerte descaracterización cultural. De la Conquista del Desierto (1880-1883) quedaron abundantes partes de operaciones con datos sobre la ubicación de asentamientos indígenas, cantidad de hombres (o de lanzas) y de mujeres y niños, detalle de las acciones, muertos, heridos y prisioneros.

Hasta aquí me he referido al tipo de fuentes escritas que produjo la cultura europea y a la calidad de la información que contienen. Desde la óptica de los pueblos indios que protagonizaron el encuentro con europeos, se podría aplicar una tipología diferente que contemple cómo se dio el proceso de aculturación de los grupos nativos a través de estos diferentes momentos del contacto. Es útil la propuesta de Ribeiro (1971) respecto de los grados de integración de las poblaciones indígenas: *aisladas, en contacto intermitente, en contacto permanente e integradas*. A pesar de que se refiere al Brasil contemporáneo con poblaciones indígenas aún presentes, puede utilizarse para este caso. La poblaciones de Patagonia nunca estuvieron *aisladas*, es decir: “en zonas no alcanzadas” por la sociedad colonial. Aún antes de la primera fundación de Buenos Aires (1536) comienzan sus contactos con las expediciones marítimas (1520) que, como vimos, no fueron pocas y, para fines del XVI, ya tenían dos ciudades como foco de atracción: Valdivia (desde 1552) y Buenos Aires (re-fundada en 1580). Tampoco terminaron el proceso de contacto y descaracterización cultural (como lo expresaría el mismo Ribeiro) integradas a la sociedad nacional, antes fueron arrasadas por la Conquista “del Desierto”. Su situación varió entre el contacto intermitente y el contacto permanente.

Durante los dos primeros momentos el contacto es *intermitente*, luego, con el establecimiento de los fuertes en la costa a partir de 1778, podemos considerar que el contacto es *permanente*. A pesar de que se podría interpretar como en contacto permanente sólo a poblaciones sedentarias compartiendo el mismo espacio o espacios contiguos, aquí el contacto es permanente justamente porque se trata de grupos que se mueven sin dificultades para llegar, según el caso, a Valdivia, Buenos Aires, El Carmen, San Julián, la Colonia Galesa o a varios de esos destinos según sus posibilidades.

Estas categorías de *contacto intermitente* y *contacto permanente* me sir-

ven como meramente descriptivas, tienen sólo algunas de las características que propone Ribeiro (1971: 334-335). Por ejemplo, en cuanto a los grupos en *contacto intermitente*, no podemos decir estrictamente que sus territorios comienzan a ser alcanzados por la sociedad nacional (colonial, para el caso) pero sí que mantienen cierta autonomía cultural y van generando necesidades nuevas que sólo son posibles de satisfacer mediante relaciones económicas con los blancos. Todavía no se puede hablar de una diversificación de sus actividades productivas destinando un tiempo creciente a la producción de artículos o bienes para el trueque. Eso sucede recién desde mediados del XVIII, cuando ya están en *contacto permanente*, pero sin tomar este momento como el de la pérdida total de su autonomía sociocultural y el de una completa dependencia de la economía regional. Esto sucederá después de 1883 con los pocos grupos que sobreviven a las campañas militares.

Para terminar este breve análisis de cómo fue el contacto desde la perspectiva de las poblaciones nativas, diré que tampoco hubo “fuga hacia territorios deshabitados”, ni “reacción hostil” hacia los invasores (la suerte de la primera Buenos Aires es casi un episodio aislado, por lo menos no trastornó “toda la vida tribal por la imposición de un permanente estado de guerra”). En el área en estudio se dio más bien una “aceptación de la convivencia” pero no como una “fatalidad inevitable” después de los dos pasos anteriores sino, tal vez, con “la esperanza de controlar la nueva situación” (cfr. Ribeiro 1971: 20-21) y como una cuestión encarada con mucha naturalidad por parte de los nativos en cuanto a negociaciones, intercambios, servicios brindados y exigidos a los blancos.

Estos comportamientos tienen como resultado un mayor protagonismo durante la situación de contacto en sí y en los papeles de archivo que han quedado como testimonio de la misma. No podría afirmar lo mismo si se hubiera tratado de pueblos en fuga o en continuo estado de guerra, las descripciones hubieran resultado fuera de foco (mucha distancia) o mal encuadradas (demasiado movimiento). En cambio, tenemos buenas fotografías. Cada carta, cada informe, cada papel es una fotografía de un momento dado. Podrá argumentarse que están amarillentas, fragmentadas, que tienen el encuadre que les quiso dar cada autor, que quizás no incluyen a todos los protagonistas de un episodio dado. Pero esas son cuestiones a resolver con nuestros propios recursos metodológicos y nuestra propia búsqueda de los fragmentos faltantes o de otras tomas del mismo acontecimiento. Los pueblos nativos de Patagonia no se negaron a participar de la historia, antes bien, fueron protagonistas entusiastas y enérgicos.

Las fuentes de archivo consultadas

El repositorio más exhaustivamente revisado fue el del Archivo General de la Nación de Buenos Aires (en adelante AGN). En la División Colonia, Sección Gobierno (sala IX) se revisaron 24 legajos correspondientes a la “Costa Patagónica” desde la fundación del Fuerte de Carmen de Patagones hasta aproximadamente 20 años después. Calculo que cada una de esas carpetas de papeles sueltos tiene un promedio de 500 folios.

También en el AGN se revisaron 545 piezas documentales contenidas en 15 legajos de la colección “Biblioteca Nacional”. Seis de esos legajos contienen la “Colección Félix Frías” de manuscritos copiados en Río de Janeiro en 1874. Otros dos legajos son de la “Colección Vicente Gil Quesada” con copias de documentos del Archivo General de Indias de Sevilla (AGI) y de la Dirección de Hidrografía de Madrid, también de 1874.

Entre los legajos de “Biblioteca Nacional”, existen 183 rotulados como “Manuscritos varios. Años varios”. De ellos, revisé a manera de muestra nueve tomos (493 piezas documentales), para constatar si aparecían documentos de interés bajo ese tipo de clasificación. El resultado no fue satisfactorio.

Los manuscritos ubicados en la Sala IX y en la colección “Biblioteca Nacional” que me fueron de utilidad son de diversa índole: diarios, cartas, reales órdenes, informes, expedientes. Algunos de ellos estaban publicados en la Colección Pedro de Angelis o en la Revista de la Biblioteca Nacional. Como dije, traté de concentrarme en un período corto, desde la fundación del Fuerte del Carmen hasta unos 20 años después. Esto en lo que respecta a los papeles del Archivo General de la Nación.

Ante la evidencia de que algunos de los papeles que iba encontrando los había visto editados en algunos volúmenes de la Revista de la Biblioteca Nacional, el paso siguiente fue la cuidadosa revisión de 25 tomos de esa colección publicados entre 1937 y 1951. También consulté tres tomos de la Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1879-1881). En ambas publicaciones aparecían documentos de los legajos del AGN, como ya dije, más otros de interés como papeles relacionados a la expedición al estrecho de Magallanes de García de Loaysa, títulos de Comisario Superintendente de Juan de la Piedra y Andrés de Viedma, una Memoria del Gobernador Bucareli, entre otros.

En el Museo Etnográfico consulté las carpetas a que hace referencia Palermo (1992) en: *Documentos del Archivo General de Indias en el Museo*

Etnográfico. Catálogo y fichero analítico. Esta publicación contiene el temático de las 231 copias de documentos que posee el Museo en ocho carpetas. La colección tiene un origen emparentado al de otra que se conserva actualmente en el Instituto Ravignani (Palermo 1992: 8) que, por otra parte, se puede comprobar con sólo una mirada puesto que tienen características similares y las iniciales del mismo copista. En base al fichero temático mencionado, seleccioné para leer y fichar 54 documentos, que tienen en total 982 páginas.

En el Instituto Ravignani existe un archivo de documentos, entre los cuales hay copias mecanografiadas del Archivo General de Indias, del Archivo General de la Nación, del Museo Mitre, y de la Suprema Corte de Justicia. Consultado el “Inventario”, revisé ocho carpetas de copias correspondientes a documentos referidos a la costa de Patagonia entre 1776 y 1784. Aquí la tarea fue más lenta porque no existe un fichero temático. Cada carpeta consta de unos 400 folios, en su mayor parte mecanografiados. Algunos de los documentos ya han sido publicados. Los de mi mayor interés, los del AGI, no traían datos referidos al tema que me ocupa. Hay además dos cajones de documentos del AGI, que el Instituto Ravignani no tenía disponibles para su consulta.

El interés en revisar documentos del Archivo General de Indias se basaba en que deseaba obtener de alguna manera una muestra de qué tipo de papeles del tema y del área de mi estudio podía esperar encontrar en ese repositorio de reconocimiento internacional. Por este motivo revisé íntegramente tres tomos de un *Catálogo de documentos del Archivo de Indias en Sevilla referentes a la historia de la República Argentina*, dos de ellos de 1514 a 1810 y el tercero de 1778 a 1820, que existen en la Biblioteca del AGN, en la del Ministerio de Relaciones Exteriores y en la Biblioteca Nacional. Fueron editados por el Ministerio de Relaciones Exteriores, los dos primeros en 1901 y el tercero en 1910. A veces se encuentra un “Repertorio cronológico y alfabético” de los dos primeros tomos, editado por la Biblioteca Nacional en 1906. Este catálogo guió mi búsqueda, centrándome en temas como: Bahía Sin Fondo, Cabezada del Río Negro, Cacigol (cacique), Cardiel, Colorado (río), Concepción de los Sauces, Costas Patagónicas, Costas del Sud, Entradas contra los indios, Estroeibel (P. Matías), Francisco (cacique), y otras. El listado de documentos que por su título podrían haber tenido datos de interés estaba conformado por unos ochenta documentos, en su mayoría cartas, algunas de ellas editadas, otras ya vistas en el AGN. Un inconveniente para pedir algún documento era la antigüedad de las firmas correspondientes al AGI, y ello quedó demostrado por una gestión personal, que debo a la amabi-

lidad de Mercedes del Río, para conseguir tres fragmentos de diarios de los que llevaba puntualmente Francisco de Viedma en el Fuerte del Carmen. Dos de ellos fueron inubicables, a pesar de haber obtenido la nueva signatura, y el tercero sólo contenía ocho folios novedosos, el resto está publicado en la Revista de la Biblioteca Nacional.

Con este otro muestreo, más la consulta ya mencionada de copias existentes en el Museo Etnográfico y en el Instituto Ravignani, me quedó el convencimiento de que no era un hueco muy grande el que dejaba sin considerar dentro del abanico de fuentes probablemente disponibles en distintos repositorios.

Una última cuestión a resolver se presentaba con la tan conocida venta de documentos que realizó Pedro de Angelis a la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro al mismo tiempo que publicaba su conocida *Colección de Obras y Documentos* en 1836. En la Sala VII del AGN hay colecciones de documentos donados que pertenecieron a distintos personajes y han permanecido separados según sus procedencias, bajo un índice onomástico. Buscando un listado de documentos que Pedro de Angelis habría confeccionado para ofrecerlos a la Biblioteca de Río de Janeiro y cuya mención debo a la gentileza del Dr. Gastón Doucet, revisé cinco legajos con papeles de de Angelis.

Se conservan en ellos correspondencia, escritos y apuntes, un manuscrito titulado “Bibliografía del Río de La Plata”, borradores y manuscritos de artículos sobre temas diversos (en general, en francés), borradores de índices (onomástico, gentilicio, geográfico), ensayos y catálogos diversos. También hay un “Catálogo de Manuscritos. 1880” que podría ser el referido por Doucet. Muy pocos de los títulos parecen de interés, algunos fueron vistos en otros de los legajos de la Biblioteca Nacional del AGN (la Colección Félix Frías está conformada por muchos documentos mandados a copiar en 1874 en Río de Janeiro, por ejemplo) o en los de Sala IX, o ya están publicados.

El tema de los papeles vendidos por de Angelis tuvo solución cuando pude consultar un Catálogo de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro referido a la Colección de Documentos en cuestión, especialmente los correspondientes a Pampa y Patagonia, y luego solicitar microfilms de los que me interesaban. Ambas tareas se vieron facilitadas y solucionadas muy eficazmente por Roxana Boixadós, quien tramitó todos los pasos personalmente, durante consultas en esa Biblioteca por otros temas de su interés.

El tipo de información disponible

Los papeles predominantemente presentes en mi investigación fueron los diarios y las cartas. Son de características bien diferentes, sobre todo por la intencionalidad de el o los que produjeron tales testimonios.

Por ejemplo, los diarios de Francisco de Viedma, instalado desde 1779 cerca de la desembocadura del río Negro, son los que abarcan períodos más largos y relatan cuestiones más diversas: estado de la tropa y los pobladores, deserciones y/o toma de prisioneros, transacciones y encuentros con los indios, información sobre reconocimiento de parajes o expediciones diversas, datos que proporcionan ex-cautivos de los indios, pedidos al Virrey, situación patrimonial, avances en la construcción del fuerte y las viviendas. Dejan la sensación de brindar un grado de detalle incomparable de los inconvenientes, avances, logros y pequeños fracasos cotidianos de un emplazamiento que va creciendo desde la nada, o sea que crece a ojos vista (desde los papeles ante nuestra mirada).

Otros diarios como los de Villarino y Zizur son relatos de expediciones, españoles en la búsqueda de caminos o vías de comunicación que también dejan información muy valiosa en lo que respecta al trato con los indios, si uno puede entresacarla de tediosas noticias sobre rumbos, vientos, millas y estado del tiempo. El diario de Zizur en particular resulta un muy buen ejemplo de cómo un documento que parecía tener pocos datos que contribuyeran a responder las preguntas que me formulaba acerca de mi tema central de interés me proporcionó, sin embargo, un modelo de análisis muy útil.

El documento en cuestión es un diario del piloto Pablo Zizur que, si bien ha sido publicado por Vignati (1973), había permanecido poco utilizado por la investigación etnohistórica del área de la llamada “pampa” argentina. De hecho, consulté y transcribí el manuscrito que se conserva en los legajos de Sala IX del AGN antes de enterarme de la existencia de la mencionada publicación. Fue escrito entre octubre y diciembre de 1781, y da cuenta de una comisión que tenía varios objetivos: tratar la paz con el cacique Lorenzo Calpisqui de las sierras de la Ventana, intercambiar cautivos (entre ellos el propio hermano del cacique, Cayupilqui) y demarcar el camino al río Negro y el Fuerte del Carmen. La comunicación de la capital Buenos Aires con el mencionado fuerte se realizaba por mar, dado que para hacerlo por tierra era necesario atravesar las tierras de indios que Zizur sale a recorrer. El camino no se había intentado antes, y tampoco continuará usándose después.

En mi primera aproximación al mencionado relato, mi interés esta-

ba centrado en el punto de destino de la expedición, ¿cómo describiría Zizur el Fuerte del Carmen, sus habitantes y los indios que lo visitaban? No los describía de manera alguna. El relato termina en emocionadas palabras de alivio por haber divisado la bandera del Fuerte Nuestra Señora del Carmen y en una cuidadosa descripción de las construcciones que conformaban ese emplazamiento y sus terrenos circundantes.

Una lectura más minuciosa, me permitió enterarme del por qué de tanto alivio manifestado por el piloto Zizur: las tratativas en las que había participado, la cantidad de grupos indígenas que había visto, los caciques con los que había tratado, las juntas y reuniones que lo desvelaron. En su diario, Zizur no realiza ninguna referencia a cuestiones que no sean el tratado de paz y las discusiones cotidianas en torno a ese tema y al viaje a Buenos Aires que le proponen al cacique Calpiski para entrevistarse con el Virrey, supuestamente con el fin de tratar el intercambio de cautivos. No tuvo ninguna inquietud por describir otros aspectos de la cultura como lo han hecho otros viajeros y no muestra ninguna simpatía hacia los grupos indígenas. Su actitud es de temor o de desprecio, según las fluctuaciones de las tratativas.

Sin embargo, el diario es un documento importante, precisamente, para el estudio de otras cuestiones clásicamente descuidadas en este tipo de relatos: la organización territorial de los grupos étnicos de las sierras de Buenos Aires, sus relaciones interétnicas con los de las Salinas y el litoral atlántico del norte de la Patagonia a fines del siglo XVIII, las características del cacicazgo en esas comunidades. Es precisamente el objetivo de llevar a buen fin tratativas de paz con el cacique Lorenzo Calpiski, lo que hace que Zizur proporcione abundantes datos sobre las relaciones políticas y las alianzas entre los grupos de la Pampa y, lateralmente, sobre las posibles identidades étnicas de algunos de sus interlocutores. Estos temas se me fueron imponiendo como preguntas y terminaron haciéndose imposibles de soslayar. El diario que no contenía los datos esperados, pasó a ser una pieza clave para replantear el tema de las identidades étnicas y para proponer nuevos temas como el de los cacicazgos duales que, aunque aparecía en otras fuentes, había permanecido invisible ante mis lecturas.

De todas maneras, el relato terminó de adquirir su real valor ante la posibilidad de compararlo con otro documento del mismo período. Se trata de otro diario de 1781, pero de Francisco de Viedma. Abarca el lapso comprendido entre abril y diciembre de ese año, durante el cual diversos emisarios de Viedma visitan en tres oportunidades las tolderías del cacique Lorenzo Calpiski con el objeto de tratar el rescate de cautivos, mi-

sión que también tenía el propio Zizur, y de comprar ganado. Ahora quedaba probada la real conexión de los grupos de sierra de la Ventana con el Fuerte (y más tarde se reforzaría con datos del diario de Villarino) y se hacía posible ampliar las bases para sustentar el análisis de los problemas sugeridos y multiplicar las preguntas planteadas. En fin, el caso tomó entidad propia y resultó un tipo de análisis -y unos datos- aplicables a mi tema central de investigación.

Acabo de sintetizar aquí un proceso de retroalimentación de las preguntas iniciales de una investigación debido a las características de los datos hallados. No fue el único que se produjo en este estudio, pero es el más simbólico por la manera en que se fue dando y la fuerza que adquirió.

En cuanto a las cartas escritas cotidianamente por Viedma y sus sucesores a cargo del Fuerte del Carmen, son otros de los papeles que a veces sorprenden con la información que proporcionan. Tienen la ventaja de estar refiriéndose a hechos que han ocurrido muy cercanamente en el tiempo, con lo que podemos confiar bastante en la exactitud de lo que relatan. Muchas veces se reiteran informaciones en cartas sucesivas o se escriben, en un mismo día, diferentes cartas a destinatarios distintos. Con ellas es posible conformar nuestro propio diario de acontecimientos, corroborar hechos que se mencionan al pasar en los diarios o en otras cartas e ir armando sucesivos rompecabezas o aclarando situaciones que aparecen, en principio, contradictorias.

Como dije, los legajos revisados en el AGN comprenden un lapso de 20 años. Pero la cantidad de información no es constante a lo largo de esos años. Se verá que la mayor parte del material inédito citado corresponde al período 1779-1783, es decir: al lapso durante el cual fue Superintendente del Fuerte del Carmen Don Francisco de Viedma. Después de su traslado a otro destino, dejan de aparecer diarios y disminuyen notablemente las cartas al Virrey. Es cierto que esto coincide con una decisión política de abandonar los establecimientos de San José y San Julián y mantener El Carmen a cargo de un "Comandante" y ya no como la sede del "Comisario Superintendente" de todos los establecimientos patagónicos. Pero debemos reconocer también que la pluma de Francisco de Viedma era incansable. Como ejemplo, basta mencionar un informe que, a pedido del Virrey Loreto en 1787, produce en su nuevo destino: "Descripción de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra", firmado en Cochabamba en 1793. Ocupa más de 200 páginas de la edición moderna de la Colección de Angelis (1970) y está acompañado por una "Descripción y estado de las reducciones de indios chiriguano", firmada en 1788, de 57 páginas en la misma edición. Contiene descripciones de cada pue-

blo y curato con su ubicación geográfica, clima, detalle de la población, edificios, producción, con 18 páginas en cuerpo más pequeño dedicadas a un “Extracto en que se hace demostrable la exportación e importación, que por un cálculo prudencial se regula de los frutos y comercio comprensivo a esta provincia de Cochabamba”.

Indudablemente la gestión Viedma en la costa patagónica resulta muy beneficiosa para nuestros intereses históricos actuales. Veamos ahora con qué tipo de problemas y particularidades nos encontramos cuando tenemos los papeles entre manos. Como cada legajo de Sala IX del AGN conserva los papeles sueltos y, por lo tanto, no están ordenados por fecha, a medida que se avanza en su revisión va cambiando la interpretación de algunas cuestiones. Un ejemplo muy útil es el de cómo se me presentó el asunto de la muerte del cacique Julián.

En primer término, apareció un sumario o “sumaria información” iniciado en el Fuerte del Carmen el 11 de junio de 1788. Allí queda consignado que el cacique Julián y otro indio estaban prisioneros en un barco en la desembocadura del río Negro (por lo menos el cacique, engrillado), que se tiran al agua para escapar, que los balean desde cubierta y luego los persiguen en un bote, por lo que Julián muere acuchillado y el otro alcanza la costa y escapa. Uno de los declarantes dice que reconoció a Julián en el agua por su voz y otro que, ya muerto el cacique, lo reconoció por su “barba, estatura y gordura”.

Las preguntas que suscita este sumario son muchas. Entre ellas: ¿por qué estaba prisionero el cacique?, ¿cómo logra escapar si estaba engrillado?, ¿por qué tanto ensañamiento en la persecución que hace que terminen con la vida de Julián?, ¿cómo es posible dar crédito al declarante que afirma haber reconocido al cacique por su voz?

Un segundo documento que aparece aclara algunas de las preguntas y agrega detalles de interés. Se trata de una carta fechada el 30 de julio de 1788, seguramente del Virrey Loreto al Comandante del Establecimiento del Río Negro (Tomás José Gil), en el que hace mención a que recibió dos “oficios” del 9 y el 20 de junio y otros documentos (seguramente el sumario) y resume el contenido de esos papeles: el cacique Julián Camello había llegado al puerto de San José (al sur del Fuerte del Carmen) con dos indios y dos chinas, no demostró satisfacción con los obsequios que recibió, lo que sumado a “los demás indicios de infidencia que dio”, bastaron para que el Comandante de ese puerto tomara prisioneras a las cinco personas y las remitiera al Fuerte del Carmen, y luego a Buenos Aires, a bordo de una embarcación, que Julián y uno de los indios se escapan, muriendo en el intento el primero “de resultas de la providencia tomada

para alcanzarlos”, que el otro indio muere a bordo “sin señal de herida ni otra alguna de haber sido con violencia”, que las chinas llegaron a Buenos Aires y que con ellas había sido remitido como arrestado y en esa condición permanecía, el Subteniente Bernardo Durán que estaba a cargo de los prisioneros y de la embarcación cuando sucedieron los hechos.

Aumenta la lista de interrogantes: ¿tanta saña en la persecución para no terminar arrestados como Durán?, ¿por la misma razón se produce la misteriosa muerte del indio que quedó a bordo? Si la respuesta es afirmativa, quedan en evidencia otras cuestiones, como el abuso del poder del comandante hacia sus subordinados y de ellos hacia los indios que se hacen evidentes en los difusos motivos para el arresto de cinco personas, en la muerte de Julián, en la extrema preocupación para encontrar al indio que finalmente escapa, en la inexplicada muerte del tercer indio, en la prisión de Durán.

El tercer documento que aparece es una de las cartas que menciona la pieza anterior, la del 20 de junio de 1788, dirigida al Virrey Loreto, fechada en el Fuerte del Carmen y firmada por su Comandante, Tomás José Gil. Le dice que el 9 de junio le anunciaba el envío de los cinco prisioneros a cargo de Durán, pero que ahora le remite el sumario que lo pondrá en conocimiento de la muerte del cacique Julián y los hechos a que se hacen referencia más arriba. Relata que dispuso inmediatamente una partida al mando de Lázaro Gómez hacia la orilla sur, en busca del indio fugado. Su temor es que ese indio avise de la muerte del cacique Julián y su gente intente algún tipo de venganza, que por lo tanto ha tomado “las providencias que me han parecido más oportunas arregladas a las pocas fuerzas con que me hallo”.

Aquí aparecen las contradicciones que se reiteran frecuentemente en los diversos papeles revisados: tienen pocas fuerzas defensivas, hay temor, pero matan a un cacique en un hecho confuso y que parece debido al arrebato de un oficial muy celoso de las órdenes recibidas o muy temeroso de los castigos previstos.

El cuarto documento que aparece es una carta del Comandante del Puerto de San José, Francisco Lucero, al del Fuerte del Carmen, Tomás Gil, fechada el 1º de junio de 1788. Aquí nos enteramos de las circunstancias y los motivos del arresto de Julián y las otras cuatro personas. Julián apareció en San José el 21 de mayo para, según le expresó a Lucero, conocerlo, saber “si era bueno, para después traer sus toldos” y avisarle que un cacique llamado Sapa quería robarle vacas. Esta advertencia llena de desconfianza a Lucero, pero a pesar de todo lo obsequia con pan, vino y carne salada. Julián se disgusta por la falta de aguardiente y yerba y lo

tilda de “Capitán malo, pobre”. A esto se suma que la gente de San José identifica ganado robado entre los que lleva Julián, por lo que el arresto del cacique se hace inminente, sobre todo porque Lucero recuerda haber oído decir a uno de los Comandantes anteriores del Fuerte del Carmen “que este indio con su gente, es el que robó una porción de ganado en este Río Negro”. Finalmente, un comentario que podría explicar algunas de las acciones que sucedieron al fugarse Julián: “en su custodia va encargado el subteniente de Granaderos Don Bernardo Durán, prevenido de que no debe omitir precaución alguna para su seguridad, hasta entregarlo a Ud.”

Quinto documento, del 7 de agosto de 1787 (casi un año antes). En él se relata un robo de ganado por los indios del cacique Julián Camelo al Fuerte de la Candelaria en el Puerto de San José. Previamente, en una escaramuza entre cinco indios y tres blancos, uno de los últimos le dispara “un tiro de pistola a quemarropa al cacique Julián, que lo dejó muerto”. Esto sucede el 18 de julio. El 30 de julio cuando salen a recoger el ganado disperso, encuentran el cuerpo del indio muerto, y le llevan la cabeza al comandante del Fuerte, Pedro Burriño, quien escribe: “por lo desfigurada que estaba no pude conocer fijamente si era la del cacique Julián, pero creo será la de él, por haberle visto igual recado de montar, y por el modo de accionar de que me informó el que lo mató”.

A esta altura, con dos muertes del cacique Julián, identificado en ambos casos con tanta imprecisión (por su voz “en el agua”, por el “modo de accionar” y un “recado de montar”) parece imposible dar algún crédito a estos papeles y se acumulan interrogantes acerca de la validez de los datos que estamos evaluando. La muerte en sí del cacique y su fecha exacta deja de preocuparnos para poner seriamente en duda el conjunto de datos que uno ha ido acumulando lentamente de entre estos papeles.

Pero finalmente aparece uno más, esta vez una declaración tomada “al indio Carlos, alias Juancho”, de la gente de Julián Camelo, en el Fuerte del Carmen el 2 de septiembre de 1787. El no hace mención a que su cacique haya muerto cuando le preguntan quiénes participaron de distintos ataques y robos, aunque da nombres de caciques y de indios que participaron. A una de las preguntas responde afirmando que “un indio que mataron últimamente en San José se llamaba Guetechunque”. Parece que éste es el que confundieron con Julián los del Fuerte de San José. Entonces podemos volver a armar nuevamente el rompecabezas de este asunto, restablecer la cronología que habíamos delineado y pensar, por lo menos hasta que no aparezca otro papel que nos indique lo contrario, que todo se ha puesto nuevamente en orden.

Aún una carta “aislada” (que nunca es tal porque siempre están presentes datos e informaciones que ya conocemos de otras fuentes) puede dar mucha más información que el hecho puntual al que se refiere o que la origina. El ejemplo que presento es un manuscrito de 15 renglones firmado por Florencio de Jesús Núñez (uno de los Comandantes del Fuerte del Carmen), dirigida al Virrey Arredondo. Tiene como tema central comunicar que los indios de la zona están tranquilos:

Excelentísimo Señor

Desde el 27 de octubre del año anterior; que salió con 25 hombres el Alférez de Dragones Don Bernabé Zermeño en seguimiento de los indios Teguelchus que le robaron los caballos del Puesto de San Javier, hasta el presente no ha habido el menor rumor de ellos por la banda del sur, los de la banda del norte, continúan con buena armonía, y hoy día ha llegado el Cacique Viejo, situado en el arroyo Sauce, el que me ha dicho, que la expedición de Salinas que salió de esa Capital, se ha retirado sin novedad, y que el Maestre de Campo, o Comandante de ella, ha rescatado 10 cautivos a los Caciques Calpisquis y demás que fueron a dicha salina a tratar con él.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. Fuerte del Carmen Río Negro 27 de enero de 1792.

[rúbrica]

Además del objeto principal de la carta que es el de informar que hace tres meses gozan de tranquilidad respecto de los indios, hay otros datos de interés en la propia carta:

- que hubo una partida de 25 hombres que tomó alguna represalia contra
- los indios que les robaron caballos,
- en el Puesto San Javier;
- que esos indios son identificados por la gente del Fuerte como “teguelchus”
- que habitaban la orilla sur del río Negro.
- Los de la orilla norte parecen pertenecer (para el que escribe) a otro grupo
- con el que “continúa” la buena armonía.
- Hay un Cacique Viejo con lugar de residencia en el arroyo Sauce [Grande],
- él proporciona información sobre una expedición desde Buenos Aires a las Salinas y los tratos que ha realizado su Comandante rescatando cautivos, lo que indica
- que las expediciones a Salinas tenían otros objetivos aparte del de recoger sal, y

- que hay una buena comunicación entre los grupos del Sauce Grande y los de Salinas.
- Menciona a los caciques Calpiskis, por lo que suponemos que hay más de uno, y a otros caciques de los que no da nombres (es decir que fue un grupo de caciques),
- que fueron a Salinas al encuentro de la expedición con el evidente fin de negociar, por lo menos, el asunto de los cautivos.

Desde otros papeles ya conocidos y sin hacer intervenir fuentes secundarias, podemos agregar:

- que el Puesto San Javier estaba a unos 15 km al oeste del Fuerte, en la orilla sur del río y al borde de la antigua laguna del Juncal (con lo que queda resuelto el interrogante de cómo llegaron a robar caballos tan fácilmente los de la orilla sur);
- que fue habitual durante ese período de existencia del Fuerte una relación mejor con los grupos de la orilla norte;
- por lo tanto no es raro que el problema haya sido con los indios de la "banda sur";
- también se individualizaba a los del sur como "teguelchus" o "tiquelchus", diferenciándolos de los del norte o "pampas" desde los primeros contactos de Francisco de Viedma con los habitantes de la desembocadura del río Negro (1779);
- el arroyo Sauce Grande aparece en documentos más antiguos (por lo menos hasta 1783) como territorio del cacique Negro, lo que hace que surjan interrogantes acerca de posibles cambios en los lugares propios de cada cacique;
- era muy buena la relación y la comunicación entre los grupos del sur de la actual provincia de Buenos Aires y el este de la de La Pampa, por lo que no es raro que el cacique Viejo esté tan bien informado;
- "los" Calpiskis puede hacer referencia a dos hermanos caciques de sierra de la Ventana (en realidad, Calpiskis y Cayupilqui), que conocemos a través del diario de Zizur de 1781, por lo que se podría suponer que están ejerciendo la jefatura por lo menos desde hace más de diez años, aunque -por el mismo diario- sabemos que puede estar refiriéndose a Calpiskis y sus caciques más allegados;
- los caciques esperaban la llegada de las expediciones desde Buenos Aires e iban a su encuentro desde sus lugares habituales de asentamiento, si "los Calpiskis" iban desde sierra de la Ventana, los "demás" lo harían desde diferentes puntos cercanos, o había muchos caciques en la mencionada sierra.

Por lo expuesto, vemos que la carta nos permite realizar trece

inferencias y, en relación con otros documentos, producir ocho observaciones (ampliaciones, comentarios, interrogantes o corroboraciones) adicionales. Esto no es poco para quince renglones de texto, y puedo afirmar que no he buscado el ejemplo impactante. En general es posible realizar un ejercicio de esta naturaleza con cualquiera de las cartas producidas desde o hacia el Fuerte del Carmen, siempre que mencionen cuestiones relacionadas con los indios de la región.

He mostrado ejemplos muy explícitos de cómo se presentan los papeles, cuál es la calidad de la información que pueden brindar y de qué manera es posible ponerla de relieve, ir más allá de la anécdota y transformarla en datos útiles para una investigación. A lo largo de los capítulos que siguen, el lector podrá encontrar variados ejemplos de cómo se han leído diferentes documentos.

En cuanto a la ubicación de los documentos a que haré referencia profusamente, no me he limitado a mencionar simplemente los legajos en que se encuentran en cada repositorio. He transformado cada papel en una pieza individualizable, a pesar de que la mayoría de los legajos reúnen papeles sueltos sin foliar (los de "Costa Patagónica" en el AGN) o, aún encuadrados, sólo están numerados los documentos que contienen (como los de Biblioteca Nacional en el AGN). Esto fue así, sobre todo, para poder transformarlos en una cita del tipo autor-año y evitar las notas a pie de página que hacen tan engorrosa la lectura. De esta manera, el lector tendrá a la vista inmediatamente el año en que se han producido los testimonios y, además, podrá ubicar con menos esfuerzo cada documento. Cuando los papeles en cuestión tienen título, se ha respetado ese título. Cuando se trata de cartas, se las ha identificado como [Carta de tal persona a tal otra] con el lugar y la fecha que por lo general figuran en ellas.

Tanto en papeles inéditos como en los editados, he modernizado la ortografía y desplegado las abreviaturas, pero no he modificado la puntuación ni la forma de escribir topónimos, gentilicios y patronímicos. Siempre está señalado entre [] lo agregado para una mejor comprensión de las citas textuales. He mantenido la costumbre introducida ya hace tiempo por John Murra de hacer aparecer entre corchetes, en el caso de las obras editas, el año de la primera edición o, mayormente en el caso que me ocupa, el del momento en que ocurren los acontecimientos que se relatan. Después de los corchetes aparece el año de la edición utilizada y las páginas correspondientes a ella. Estos recaudos técnicos han sido tomados para facilitar la lectura y ubicar más efectivamente al lector en este tipo de texto que, por su misma concepción, abunda en citas textuales y referencias bibliográficas.

capítulo 2

Estado de la cuestión

Delinear un estado de la cuestión parece una tarea compleja ante el cúmulo de trabajos publicados sobre Pampa y Patagonia. Pero si dejamos de lado a aquellos que tratan aspectos parciales (tanto temática como regionalmente) y, al mismo tiempo, elegimos los que enfocan la cuestión de manera amplia y con fuentes de primera mano (aunque su calidad sea despareja), la lista se acorta considerablemente. No son tantos los autores con los que hay que habérselas -Harrington, Vignati, Escalada, Casamiquela- aunque ellos han hecho tan enmarañado el “panorama etnológico” de Pampa-Patagonia que es difícil encontrar el hilo conductor que haga presentable al problema y legibles sus argumentos y los míos propios.

Harrington y Escalada tienen los escritos más “ingenuos”, los que sólo presentan el problema de realizar una lectura crítica como si se tratara de alguna de las fuentes de archivo. Pero Vignati y Casamiquela han mantenido durante años una discusión a través de sus artículos -unas veces explícita y otras bajo la forma de una solapada polémica- aún sobre los aspectos menos significativos, y ambos tienen una forma muy particular de escribir trabajos científicos. Sólo Casamiquela sobrevive en la actualidad y sigue publicando trabajos relacionados con el área y el tema, lo que lo transforma automáticamente en el mayor especialista en la cuestión del poblamiento de Patagonia y en referencia obligada para todo autor que se ocupe de cuestiones relacionadas en mayor o menor medida con el asunto.

Al encarar un estado de la cuestión surge como primera dificultad la de fijar el momento en que comienzan los estudios etnográficos de la región. El límite entre los últimos “viajeros” y los primeros “etnógrafos” no es claro si nos detenemos en el contenido de las obras y en los detalles de las descripciones. Pero podemos incorporar los factores externos que provocaron su producción y el momento en que se realizaron para verificar que hay un corte claro en las primeras décadas de este siglo. Después de la “Conquista del Desierto” y de la resolución de los conflictos limí-

trofes con Chile, dejan de aparecer las obras y relatos que traen las descripciones etnográficas entre otros temas de interés (p.e. topografía, vías de comunicación, recursos económicos). El estudio del “otro” como curiosidad científica, como el representante de pueblos que casi no existen y la búsqueda de sus raíces históricas se inicia con las anotaciones de un maestro rural, Tomás Harrington, en 1911. Esos registros quedan inéditos por mucho tiempo, puesto que recién en 1946 -después de dar a conocer cuatro cortos trabajos sobre aspectos lingüísticos de la región¹- Harrington publica su “Contribución al estudio del indio Gününa Küne”. Luego, durante la década del '50, se cartea con Escalada y Vignati y -de esa manera- sus observaciones aparecen en la obra del último de los nombrados.

La etnografía publicada y oficial de Patagonia comienza con los estudios de Vignati, quien en 1936 escribe sendas monografías dedicadas a la Pampa y a la Patagonia para la *Historia de la Nación Argentina* dirigida por Ricardo Levene. Aunque Outes había publicado entre 1913 y 1928 ² diversos artículos sobre las lenguas indígenas de la zona, los de Vignati son los primeros estudios integrales, de descripción de rasgos y características raciales y culturales, siguiendo el modelo de los difusionistas norteamericanos como Kroeber. Se basó exclusivamente en una serie de obras éditas de viajeros (Falkner, Villarino, Viedma, de la Cruz, D'Orbigny,

¹ Harrington, Tomás

1925. Algo sobre la lengua Puelche o Künnü. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* XCIX. Buenos Aires.

1935. Observaciones sobre vocablos indios. *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico*, serie A, III: 59-69. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

1941. Nombres indios y galeses de la toponimia patagónica. *El Monitor de la Educación común* 822: 24-29. Buenos Aires.

1942. Voces araucanas usuales en nuestro idioma. *El Monitor de la Educación Común* 831: 22-30. Buenos Aires.

² Outes Félix F.

1913. Sobre las lenguas indígenas rioplatenses. Materiales para su estudio. *Revista de la Universidad de Buenos Aires* XXIV. Buenos Aires.

1914. Un texto y un vocabulario en dialecto Pehuenche de fines del siglo XVIII. *Revista de la Universidad de Buenos Aires* XXV. Buenos Aires.

1928a. Versiones al Aônükün'k (Patagón meridional) de la oración dominical y del versículo 8° del salmo II. *Revista del Museo de La Plata* XXXI. Buenos Aires.

1928b. Un texto Aônükün'k (Patagón meridional) para incitar a la caza. *Revista del Museo de La Plata* XXXI. Buenos Aires.

1928c. Las variantes del vocabulario patagón reunido por Antonio Pigafetta en 1520. *Revista del Museo de La Plata* XXXI. Buenos Aires.

Musters y Moreno) que luego serían retomadas ineludiblemente por los estudiosos que le siguieron.

En 1949 aparece el libro de Escalada *El complejo "tehuelche"*. El autor era un médico de Gendarmería destinado a Río Mayo, en el rincón suroeste de la actual provincia de Chubut quien, atraído por el "otro" con el cual tenía trato cotidiano, escribió esta obra que es todo un hito en los estudios sobre el tema. Sus argumentaciones se basan en datos que obtuvo de informantes indígenas y su confrontación con los que provienen de los viajeros que acabo de mencionar. En ese sentido, fue un enfoque novedoso para los conocimientos sobre el área en ese momento.

Pero lo que en un principio resulta una simplificación que aparece como muy didáctica, luego se revierte en una nueva fuente de malentendidos y prejuicios en torno a "lo tehuelche". Sucede que llega Casamiquela a la escena de la Etnografía, con su "Rectificaciones y ratificaciones..." de 1965 donde anticipa desde el subtítulo que esa será la interpretación *definitiva* del panorama etnológico de Patagonia y sus vecindades. El afianza la idea de un "complejo tehuelche", lo reinterpreta, más tarde (1969) lo expande hacia el norte y dinamiza algo su clasificación introduciendo el factor cronológico. En 1985 Casamiquela publica su libro *Bosquejo de una etnología de la provincia de Río Negro*. El esquema de 1965 y 1969 ha sufrido pocos cambios, vuelve a aparecer el análisis de información de los viajeros ya conocidos (al que ahora se ha agregado Claraz, puesto que Casamiquela trabajaba por entonces en la publicación de su diario de viaje) y su propia clasificación aparece relegada a una nota. Casamiquela presenta en este trabajo un "Mapa étnico hacia 1700", sin dar explicaciones sobre el por qué de esa fecha. Esto resulta sorprendente porque el siglo XVI es el que presenta menos información disponible pero supongo que es un intento de simplificar con fines didácticos el mapa que aparece como figura 1 en su obra de 1969. En ese trabajo representaba la dinámica de poblamiento correspondiente a los siglos XV, XVI y parte del XVII, cobrando más sentido porque estaba acompañado por otros dos mapas de momentos más recientes y se podía suponer que el autor había ido hacia atrás en el tiempo para esquematizar la situación de un período que no presenta datos como para dibujar un mapa con este grado de detalle.

Los trabajos de Casamiquela sobre las etnias de Pampa y Patagonia se cuentan por decenas, pero es en estos tres en donde expone lo fundamental de su interpretación, que luego reitera en los demás artículos y estudios. Como ya dije, utiliza datos de viajeros y también fuentes de segunda mano -sobre todo Harrington, Escalada y Vignati- más sus pro-

pios datos de campo y sus conocimientos sobre las lenguas de los tehuelches y los araucanos. No trabaja con fuentes de archivo, excepto en su obra de 1969, en la cual utilizó un fichado de documentos del Archivo General de Indias que le fue proporcionado por Celia Priegue. Su punto de apoyo más fuerte para proponer adscripciones y clasificaciones étnicas es el aspecto lingüístico y -cuando es posible- también el racial. Confronta los vocabularios y frases recogidos por él con los de viajeros de diversas nacionalidades, lo que le da la posibilidad de “reinterpretar” las grafías libremente y hacernos recorrer páginas y páginas de “ejercicios paleonomásticos” o topográficos preferentemente.

Vuelvo sobre Vignati para terminar esta presentación de las obras que voy a considerar. El orden hasta aquí fue cronológico, de acuerdo con las fechas de publicación, pero las obras de Casamiquela mencionadas conforman un conjunto que no es posible tratar fragmentariamente porque no se encuentran en ellas nuevas fuentes, cambios de enfoque, ni replanteos de cuestiones. Entre 1965 y 1985, como ya veremos con mayor detalle, el análisis del tema se mantiene en los mismos términos. Por eso he preferido no intercalar dos trabajos de Vignati de la década del '60 que hubieran confundido un panorama que ya es de por sí complejo.

Vignati también fue un autor muy prolífico. Sus artículos deben contarse por centenares, siempre alrededor de temas de etnografía y arqueología de Pampa y Patagonia y aún de Cuyo. Tampoco ha trabajado con papeles de archivo, aunque sus referencias a obras editadas de viajeros y misioneros es mucho más amplia que en los casos anteriores. Hay otros dos extensos trabajos suyos que viene al caso tratar aquí. Uno de ellos, sin fecha, conforma el número 5 de lo que parece ser una serie de difusión denominada *Historia Argentina*. Por comentarios del propio autor, debe haberlo escrito hacia principios de los '60 y, a pesar de ocuparse de una región tan amplia como Buenos Aires, La Pampa y la Patagonia, aparece como un texto entendible y didáctico. Tiene de especial el estar publicado en una serie histórica y hablar de indios, cosa inusual para la época, cuando todavía los libros de Historia Argentina comenzaban con la llegada de Solís al río de la Plata. El texto tiene un acápite dedicado al momento “protohistórico” con referencias a los primeros escritos que documentaron la existencia de grupos nativos en la región, y otro que se refiere a la “arqueología” con un listado de las industrias y sus instrumentos característicos. Para los datos etnográficos sobre Patagonia se basa exclusivamente en Falkner y Musters, y presenta una distribución de los grupos étnicos muy particular, pero hasta hace pocos años era la única obra que uno podía recomendar a un lego que pretendía saber algo acer-

ca de los tehuelches. El otro trabajo fue publicado en 1967, aunque tal vez sea anterior al que acabo de comentar. Está dirigido a especialistas, es muy polémico, sobre todo con Casamiquela, y se refiere especialmente a los Puelches o Serranos. Su presentación está estructurada en 102 acápites numerados, como si se tratara de la transcripción de fichas o anotaciones más o menos ordenadas para dar forma a un artículo.

Presentados así los principales estudiosos que se han ocupado integralmente del tema que me ocupa, voy ahora a hacer referencias más minuciosas a sus respectivos aportes, para lo cual utilizaré un orden predominantemente cronológico. Dejo para el final los estudios que creo necesario denominar “modernos” puesto que han sido encarados con una metodología etnohistórica y tratan temas y áreas más puntuales.

Los trabajos de Vignati (1936 a y b) sobre “Las culturas indígenas de la Pampa” y “Las culturas indígenas de Patagonia” fueron publicados como capítulos IX y X de la *Historia de la Nación Argentina*. Esta “Historia de Levene”, como se la conoce por quien fue su director, fue concebida a comienzos de la década del ‘30 para abarcar “el proceso genético de la sociedad argentina desde sus orígenes pre y protohistóricos” según afirma Levene en su prólogo firmado en 1934 (Levene 1939: 14-15). Para esta iniciativa, la Junta de Historia y Numismática Americana (que muy poco después se transformaría en Academia Nacional de la Historia) solicita los auspicios y la financiación del Gobierno “para despojar a esta gran obra de cultura del carácter de empresa comercial o de lucro” (Levene 1939: 15). El Congreso aprobó una partida presupuestaria y la Junta se comprometió a editar además un Manual y un Atlas histórico y geográfico de dos volúmenes, destinados a las escuelas y a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Según Pagano y Galante (1993), tanto la “corporación de historiadores” representados por la Junta como el Estado, necesitaban una “versión autorizada del pasado nacional”, un “discurso legitimador” que construyeron con “la versión por largo tiempo inmutable de la *Historia Argentina*”. Esa versión se difundió en medios académicos y universitarios y, como puede suponerse dada la información consignada más arriba respecto del Manual y el Atlas, tuvo “un notable proceso de vulgarización” e “integró (e integra) el contenido de la manualística escolar”. Los autores destacan también la “clara voluntad de uniformar y controlar ... los mecanismos de difusión del conocimiento histórico” (Pagano y Galante 1993: 57).

Dentro de este contexto, los indios de la Pampa y la Patagonia entran en la “historia oficial” de la mano de Vignati (académico de número desde 1930). Cuando tiene que referirse a la Pampa como región, el autor

lo hace de una manera *sui generis*: desde los 30° de latitud sur (muy próxima al límite norte de la provincia de Córdoba) hasta el río Negro y desde la Cordillera de los Andes hasta el litoral fluvial y oceánico, y hace expresa referencia a que incluye las áreas serranas de Catamarca, Córdoba, San Luis y Buenos Aires. Es realmente una delimitación atípica de lo que estamos acostumbrados a definir como la región pampeana y debe tener el mérito de ser la más extensa. No explica el por qué de esta extensión ni hace luego otra alusión a los “núcleos serranos” mencionados. Pero sí queda claro que deja incluida en la Pampa a la región de Cuyo, pues más adelante se referirá a sus habitantes. Por otra parte, tenemos aquí una de las tantas y encontradas opiniones acerca de la *dinámica de poblamiento de la Pampa*. Dice Vignati, una vez definidos los límites de la región:

Se trata, por consiguiente, de una región heterogénea por sus condiciones topográficas, variaciones climáticas y elementos florísticos. Nada tiene, pues, de extraordinario que esa falta de unidad geográfica haya determinado y favorecido el desarrollo de diferentes culturas indígenas que tuvieron una época de total aislamiento, hasta el momento en que la necesidad de detener la invasión de los conquistadores españoles requirió su coalición que fué causa determinante de mutuas infiltraciones en sus manifestaciones étnicas. (Vignati 1936a: 549)

Lo que es una muy buena síntesis de su opinión al respecto: diferentes culturas, aisladas entre sí hasta la llegada de los españoles, momento en el que se reúnen y se influyen mutuamente en sus costumbres y modos de vida. Es una hipótesis a considerar, como las otras que irán apareciendo, si dejamos entre paréntesis “la necesidad de detener la invasión de los conquistadores españoles”, puesto que creo que no es exactamente éste el motivo de una supuesta “coalición” sino justamente la *presencia* del español y sus ganados y otros bienes que estuvieron en oferta explícita o implícitamente desde su llegada.

Vignati salva el problema de la “variación tan grande de conjuntos étnicos a través del espacio y del tiempo” (p. 550), presentando “tres grupos y épocas distintas” (p. 551) para cumplir con su propósito de describir las culturas indígenas de la Pampa: primero, los grupos que son descritos por los “conquistadores iniciales” de la región chilena; segundo, “los habitantes de las llanuras durante el siglo XVII”; tercero, “los indígenas de procedencia chilena que invadieron el territorio en la segunda mitad del siglo XVIII hasta lograr la hegemonía sobre las otras tribus” (p. 551). El por qué de esta selección no queda claro, aunque parece estar determinado por las fuentes disponibles.

Aquí aparece el otro tema que se reiterará aunque su estudio no es uno de los objetivos de este trabajo, el de la *araucanización*. Para Vignati se trató de una invasión de tribus chilenas que, con el tiempo, lograron controlar política y económicamente a los grupos preexistentes. Debemos agregar, para una ajustada interpretación de la pluma del autor, que también debieron imponer su cultura y sus características somáticas.

Me detengo ahora en particular en el segundo de los grupos, el que coincide con la región de mi estudio.

Sin mencionar las fuentes en que se basa, Vignati hace una curiosa reconstrucción de las vicisitudes que sufren “los habitantes de las llanuras”. Habrían desaparecido como consecuencia de “los pesados trabajos de las encomiendas a que se les sujetó” (p. 556) y porque sus amos (hacendados y mineros de la costa del Pacífico) los obligaban a cruzar la cordillera en invierno. Hay que suponer que está refiriéndose a grupos que habitaban en la vertiente oriental de la cordillera de los Andes, pero muy cercanos a ella, puesto que

Sin embargo, núcleos aislados que habían mantenido su libertad, a los que se añadieron las numerosas agrupaciones de las zonas cordilleranas y pedemontanas del sur de Mendoza y Neuquén, originan un nuevo elemento étnico que domina las llanuras hasta el momento de la invasión de su territorio por los elementos chilenos de raza araucana. (Vignati 1936a: 556)

Hasta aquí podemos pensar que durante el siglo XVII no hubo otros grupos humanos en la extensa región que el autor ha delimitado como “Pampa”, pero inmediatamente aclara que estos indígenas a los que acaba de hacer referencia no son los que “habían habitado en el siglo XVI los lugares ocupados por los conquistadores de Buenos Aires” (p. 556). Parecería entonces que se está refiriendo a algo así como al *origen* de los auténticos “pampeanos”.

Estos grupos estaban en contacto -hacia el sur- con los Patagones y para el 1700 se habían radicado entre los ríos Negro y Colorado, sobre todo en las riberas del Colorado y no muy lejos de la costa marítima. Hacia el sur llegaban hasta el río Negro “y más allá” y hacia el norte, hasta las sierras de la Ventana. Sólo abandonaban este territorio para “hacer incursiones sobre las tierras de Buenos Aires o sobre las de los Aucas” (p. 556). Todo esto es afirmado por el autor sin mencionar fuentes que son, por lo demás, bastante escasas para el siglo XVII. Agrega que diversos autores y los habitantes de las ciudades aledañas, confundían a estos Pampas (nombre que se daba el grupo a sí mismo) con los Aucas y los Patagones.

Para alejar cualquier confusión, Vignati pasa a describirnos sus caracteres físicos, que eran parecidos a los de los Patagones (p. 558-559); su vestimenta, una mezcla de la de Aucas y Patagones (p. 566); sus armas, parecidas a las de los Aucas y los Patagones (p. 568); su vivienda, el toldo (p. 566); su economía, basada en la caza del tatuejo, la liebre, el ciervo y el avestruz, con la incorporación posteriormente de la caza de caballos cimarrones (p. 559-560); su gobierno (p. 567) y su religión (p. 569), semejantes a los de los Patagones.

Afirma Vignati que “la dispersión geográfica de ésta y de otras muchas culturas” corresponde a la de los hallazgos arqueológicos denominados “morteros”, en las regiones serranas del oeste de la vasta región que delimitó, reinterpretados por él como represas de agua. Sería entonces éste el habitat de los “pampeanos” antes de ubicarse en el territorio que mencionó anteriormente, entre los ríos Colorado y Negro.

No es la única cuestión oscura de su exposición. Por ejemplo: las fotografías que ilustran esta parte corresponden a “tehuelches” en su mayoría, cuando el autor no hace ninguna referencia en el texto a ese gentilicio (y ya veremos cómo lo desacredita en publicaciones posteriores). Se basa en las descripciones de Azara para referirse al toldo, cuando sabemos que Azara no estuvo en la región en el siglo XVII, como tampoco los únicos viajeros mencionados en la Bibliografía: de la Cruz, D’Orbigny, Falkner. En general, no se encuentran en la Bibliografía ninguno de los viajeros o misioneros mencionados en el texto (Ovalle, Molina, Olivares, Rosales, Azara, Guinnard) excepto Falkner.

Con respecto al tercer momento y al tercer “elemento étnico” del autor, es necesario detenernos en su explicación porque aparte de ser fuera de lo común, está tomada -por lo menos en parte- de una tesis de Latcham. Aunque Vignati cita en la bibliografía un artículo de Latcham de 1929, ya en 1927 ese autor había expuesto su tesis de que los araucanos eran “intrusos en la región” del Bío Bío, con una corta estadía en ella a la llegada de los españoles, porque provenían de las pampas argentinas donde eran cazadores nómades, vestían pieles y habitaban toldos como los “Patagones”. Habían ingresado a Chile por los pasos bajos de la Cordillera, se instalaron en el valle del Cautín y luego se extendieron hacia el norte y hacia el sur, volviéndose sedentarios y dedicándose a la agricultura (Latcham 1927: 9). En fin, dice Vignati:

A mediados del siglo XVIII, invade las pampas un elemento que venía del otro lado de la cordillera y que se conoce con el nombre de Aucas o Araucanos, cuyo origen no es precisamente autóctono de la tierra cisandina, sino que es una nación elaborada con elementos autóctonos

de nuestra tierra, que viviendo en los primeros años de la conquista en los boquetes cordilleranos, bajaron al poniente atraídos por la riqueza de los centros colonizadores de los españoles a los que continuamente tuvieron en jaque. Asentados en los valles de allá constituyeron su propia cultura hasta que el comercio y los poblados de las provincias de Cuyo avivaron su espíritu de pillaje, determinándolos a volver sobre las tierras argentinas para proseguir su vida de depredación y de conquista. (Vignati 1936a: 574-575)

Por lo visto, para Vignati el poblamiento de la región pampeana tuvo su origen, en uno u otro momento, en las poblaciones de áreas serranas vecinas. Esto alimenta la idea, que se mantuvo hasta no hace mucho tiempo, de la Pampa como región *vacía*.

El capítulo sobre “Las culturas indígenas de Patagonia” aparece como mucho más coherente, aunque Vignati advierta desde el principio que va a obviar la postulada existencia “de dos grandes agrupaciones: la meridional y la septentrional” (p. 592), “aunque ello entrañe un error científico” (p. 593). Si bien no delimita exactamente dónde comienza para él esa “parte meridional de nuestro país” (p. 591), podemos deducir en base al capítulo anterior que se refiere a las tierras al sur del río Negro. Realiza una descripción de sus características topográficas, climáticas y de vegetación, luego describe las características somáticas del “patagón” y, a continuación, tiene un acápite dedicado a las “Fuentes históricas” donde aparecen mencionados casi todos los viajeros de la zona con sus correspondientes citas bibliográficas.

A pesar de su erudición sobre las fuentes disponibles, aquí el autor es mucho más escueto en cuanto a interpretaciones sobre conformación de etnias o límites étnicos. Aporta sus propias conclusiones obtenidas de la experiencia de trabajos de arqueología en el área, pero se basa principalmente en los relatos de los viajeros, a veces con largas citas encomilladas, para limitarse a listar las características de la “Vida material” (p. 598 a 615) y de la “Vida espiritual” (p. 615 a 644) sin hacer distinciones cronológicas. Por ejemplo, la descripción de la forma de cazar mezcla datos de Musters (fines del XIX) y de Fletcher (fines del XVI). Este estilo se repetirá por décadas: el *presente etnográfico* impregnará sistemáticamente la reconstrucción de la vida de estos *pueblos sin historia*. Volveré sobre Vignati con sus trabajos de casi treinta años después de éstos, cuando lo encontraremos en plena discordia con Casamiquela, aunque en el interín su opinión estará presente -para ser apoyada o discutida- en los trabajos de Harrington y Escalada.

En 1946, Tomás Harrington publica su “Contribución al estudio del

indio Gününa Küne". Como dije, es el primero de los que se interesan por el indígena de Patagonia como tema de estudio, aunque su presencia en la zona -como la de Escalada más tarde- se debe a motivos profesionales pero no relacionados a la Etnografía. Comenzó sus viajes al sur en 1911, recorriendo el oeste del Chubut hasta 1914, fecha en la que se traslada a Gan Gan y, hasta 1918, reparte su tiempo entre ese pueblo y otros cercanos del centro-norte del Chubut: Lefí Gniyeu, Carhue Gniyeu y Yalalau Bat. Cuando abandona la región, ha obtenido "incipientes vocabularios, observaciones sobre costumbres y otros datos" (p. 238). Realiza sendos viajes en 1919 y 1920, luego comienza sus "estudios bibliográficos", entre los que menciona a "Falkner, Musters, Moreno, Barbará, Moyano, Lista, Zeballos, Olascoaga, Outes, Lafone Quevedo, Mansilla, Lehmann-Nitsche" (p. 238)), más Cox, Lenz y Augusta. Después de su paso por la secretaría de la Gobernación de La Pampa, en 1929 se radica en Esquel desde donde realiza, hasta 1935, un viaje anual a Lefí Gniyeu y Yalalau Bat para recoger vocabularios e informaciones de diez individuos que fueron sus informantes. Regresó a Buenos Aires en 1936 y todavía un año después estuvo uno de sus informantes en esta ciudad y durante más de un mes le impartió diariamente "sus lecciones idiomáticas" (p. 239).

El autor es muy cuidadoso en explicar cuál fue su metodología durante las entrevistas y quiénes fueron sus informantes: dónde habían nacido, cuál había sido su itinerario de vida, su edad y sexo, su adscripción étnica, parentescos, lengua/s que dominaban, dónde los conoció, cómo le brindaron la información. Dedicar un acápite de su trabajo para referirse a las dificultades que presenta la anotación de los vocablos en lenguas indígenas, destacando la pobreza de los primeros vocabularios del siglo XVI que debieron recogerse en base a la mímica -puesto que los indígenas aún no conocían el español- y las diferencias que se deben atribuir a las distintas nacionalidades -y lenguas- de los recolectores quienes además tenían un interés secundario por el aspecto lingüístico, cuando su viaje respondía "a menudo a propósitos botánicos, explorativos, hidrológicos, etc." (p. 250).

Harrington proporciona una lista, efectuada en 1931 en Yalalau Bat, de 36 personas con conocimientos del idioma de los Gününa Küne (p. 260-261) y tiene un acápite titulado "Datos Genealógicos y otros" a los que ha dedicado especial interés, "con el propósito de averiguar el grado de pureza del Gününa Küne del día" y "demostrar el cruzamiento con el Aóeni Kenk y el Araucano" (p. 262). Será bueno tener en cuenta esta observación, junto con otras del estilo: "el nombre, por sí solo, no es hilo

que conduzca al ovillo racial” (p. 265) cuando nos enfrentemos a otros autores e interpretaciones del panorama étnico de la región.

En cuanto a la adscripción étnica de la gente con la cual Harrington tuvo contacto, eran de dos grupos:

Tres años ambulé en la región occidental chubuteña, vinculándome con indios araucanos y otros diferentes en idioma y aspecto físico. Mi ignorancia y despreocupación no me indujeron por entonces a discriminar, pero supe posteriormente que los últimos, llamados por los pobladores comarcanos con la común denominación de Tehuelches, eran Aóeni Kenk y Gününa Küne entremezclados.

En abril de 1914 me trasladé a Gangán, centro-norte de Chubut, donde además de indios de notoria procedencia trasandina y de los valles de Neuquén, existían aquellos ‘diferentes’ que habían llamado mi atención en los comienzos de mi vida patagónica.

En Gangán y sus cercanías la mayoría de los individuos pertenecían a la tribu del cacique Kual, y eran denominados Pampas, Tehuelches, Chechuelches y Chehuelchos por los lugareños. (Harrington 1946: 238)

La equivalencia Pampa = Gününa Küne o Tehuelches del Norte es sostenida sin hesitar por el autor. Para ello se basa en sus propias observaciones y analiza, además, los escritos de Cox, Milanésio, Hunziker, Moreno, Lehmann-Nitsche (pp. 244 a 248), pero deja sin aclarar cómo ha llegado él a determinar que Gününa Küne es el gentilicio que se adjudicaba el grupo. Aparentemente parte de Moreno (Gennaken) y Hunziker (Genacin) y ajusta la grafía de acuerdo con lo que escucha “en numerosas emisiones” de labios de sus informantes (p. 245).

Es importante destacar, sin embargo, que son los propios informantes indígenas los que le proporcionan indicios acerca de la existencia de ese grupo étnico al que él bautiza Gününa Küne. Dice el autor que en Lefí Gniyeu, dos leguas al sur de Colelache vivió cinco meses en el rancho de la anciana india Trruúlmani,

la cual solía entenderse en araucano con su madre, la centenaria Máshal, aunque a menudo recurrían a una lengua distinta. Me informó Trruúlmani que esta lengua era la ‘pampa’, llamada *gününa yáitch* por su propietario, el indio Gününa Küne. (Harrington 1946: 238)

Hay un tercer grupo étnico. Harrington aclara que al empezar sus indagaciones sobre la lengua tehuelche, ya sabía una “buena cantidad de sustantivos y adjetivos” del araucano (p. 248). Dice que el Gününa Küne, el Aóeni Kenk y el Araucano están muy “cruzados entre sí” y a menudo

a sus informantes

les era imposible discernir la paternidad de vocablos. Así, en mis intentos de aclarar, solían decirme con alusión al tema tratado: ‘Es Pampa y también Tewelche’, debiendo entenderse ‘Pampa’ y ‘Tewelche’, que les son familiares, por Gününa Küne y Aóeni Kenk, respectivamente. (Harrington 1946: 248)

En cuanto a la “dispersión” de los Gününa Küne, “de acuerdo con el saber y la tradición de indios sobrevivientes” (p. 254), “completándolas con referencias, citas y observaciones” propias (p. 260) era la siguiente:

- la mitad sur de la provincia de Buenos Aires: zona de Tandil, Azul y Sierra de la Ventana. Esto basado en los lugares que sus informantes le dicen que “estaban en el recuerdo de sus mayores”, y también se refiere a cronistas que confirman esta “irradiación septentrional” de manera “engorrosa”, pero no los menciona (p. 254).
- márgenes inferiores de los ríos Colorado y Negro, incluyendo el sudeste de La Pampa. Aquí agrega que no “supieron decirme hasta dónde remontaban esos cursos”, y se apoya en la carta de Viedma del 4-6-1779 para reforzar esto. Dice que los grupos que mencionó Viedma, “Tiquelchus” y “Pampas”, son Tehuelches los primeros y sus Gününa Küne los segundos (p. 254-255).
- toda la provincia de Río Negro, teniendo como límite occidental el río Limay y extendiéndose, tal vez, por la zona noroeste de esa provincia (cursos superiores de los ríos Negro y Colorado). Aquí incluye a “una fracción del Gününa Küne, el Chulila Küne” en el sudoeste de Río Negro y noroeste de Chubut, que se diferenciaban como un argentino y un cordobés, respectivamente. Dice que el Chulila poseía dos lenguas: la de origen y la araucana. Se basa en la toponimia para ratificar la expansión hacia el oeste (nombres de paraderos sobre el Limay) y afirma que dicho río no era un límite infranqueable. Agrega datos de las fuentes “históricas”: Cox, Villarino, Viedma y los nombres indígenas que recogieron (sobre todo los de Villarino). Con esto quiere dejar probada la “circulación” de la lengua de los Gününa Küne en Neuquén (p. 255-256).
- el territorio de Chubut, en particular el centro y el oeste, debido supuestamente a la escasez de agua potable en la costa. Hace referencia al establecimiento de la colonia galesa en 1865 y a que en esa zona los Gününa Küne aparecen “entreverados” con Aóeni Kenk. Demuestra, basándose en los topónimos, que los Gününa Küne llegaban hasta la costa atlántica: por ejemplo, el nombre de la península Valdés y su itmo,

aunque también encontró nombres en Aóeni Kenk. En cuanto al límite sur, no está de acuerdo con Cox quien lo restringe al río Chubut sino más bien con Musters, para el que se movían entre el río Negro y el Senguerr con visitas anuales a la colonia de Patagones. Agrega sus propios datos de informantes reforzando esta tesis (p. 256-257-258).

Por otro lado, "El nomadismo del Aóeni Kenk se extendía desde el estrecho de Magallanes hasta las orillas de los ríos Negro y Limay" (p. 258) y el autor asegura que es muy probable que se extendieran aún más al norte. En definitiva, le parece que lo expuesto por Viedma y Villarino se ajusta bastante a su propia visión de la cuestión: Tiquelchús de San Julián, y Pampas de los ríos Negro y Colorado (p. 258-259).

El último acápite del artículo es algo contradictorio con la imagen del asunto que nos venía dando hasta aquí. Las referencias a los "maestros indios" y el cariño y respeto que el autor mostraba haber sentido por ellos se contraponen aquí con referencias a que la campaña militar de Roca favoreció "la pacificación definitiva de la Patagonia", y que en ese momento hubo un regreso de grupos de araucanos que habían emigrado a Chile "pues de aquel lado también la civilización apuraba a los inadaptables" (p. 271).

Merecen citarse los dos párrafos finales del trabajo, pues el sentido de los mismos será retomado hasta el cansancio por otros estudiosos del tema.

Pero la extinción racial ha sido larga, lenta, se ha operado 'paso a paso y acabadamente'. Creencias, idioma, usos, supersticiones, costumbres, todo, en constante declinar, agoniza inexorablemente. Y la lengua, lo primero que se aprende, es lo último que muere.

De conjunto tan espurio y con la imperfección que cualquiera puede imaginar, he reunido unas migajas, placentera contribución al estudio de un indio que nació, vivió y se extingue en tierra que hoy es argentina. (Harrington 1946: 273)

Por un lado, el autor contradice sus propias observaciones, al afirmar que la lengua es lo último que se extingue. En el artículo ha mencionado que casi todos los hijos de sus informantes no hablaban la lengua de sus mayores, algunos apenas la entendían. ¿Debía, por ese motivo, considerarlos ajenos al grupo? Pero quizás el autor es *muy coherente* consigo mismo: el grupo había perdido sus costumbres, su forma de vida tradicional, tal vez hasta sus creencias. ¿Sólo el recuerdo de algunos vocablos puede otorgar identidad étnica? Ni desde nuestra mirada más actualizada podemos contestar afirmativamente.

Por último, creo ver algo de alivio en este anuncio de la "extinción de la lengua hablada" (p. 271). Para decirlo de otra manera, el autor escri-

be con otras palabras: He conocido a un grupo de pobres indios, muy ancianos, algunos hablaban una lengua heredada de sus mayores que he tenido mucho placer en anotar y dar a conocer. Propongo que, en vistas a que es muy posible que desaparezcan (y no está mal que ello suceda, en bien de esta tierra argentina) se reemplacen en la cartografía oficial algunos topónimos galeses y españoles por los de la lengua indígena de la región, para que algo de ellos quede en el recuerdo.

En 1949, Federico Escalada publica *El complejo "tehuelche"*. *Estudios de Etnografía patagónica*. Viene prologado por Vignati quien, a pesar de su discrepancia con el uso del término "tehuelche", lo considera un "verdadero especialista" de las ciencias del hombre que en esta obra trata correctamnete diversos temas, utiliza a fondo la crítica y da a conocer nuevas cuestiones de interés para la Etnografía. El libro es realmente un hito en la cuestión que me ocupa. Con información de primera mano, como la de Harrington, pero mucho más amplio en contenido y más abarcativo regionalmente, menos preocupado en los aspectos lingüístico y racial si no están ligados a la pertenencia étnica de sus informantes.

El autor tiene como base fundamental de su obra los datos recogidos en el terreno durante siete años de permanencia en el departamento Sengerr de la actual provincia de Chubut. Incorpora la información bibliográfica de viajeros muy conocidos como Musters, Cox, Moreno y discute ampliamente a algunos autores como Lehmann-Nitsche³. Desde el primer párrafo queda claro quiénes fueron su fuente de inspiración, cuál es su objetivo y cual va a ser su enfoque:

La lectura de los trabajos del señor Tomás Harrington y algunas notas del profesor Vignati en que se hace copiosa cita de cartas de aquél, así como el resultado obtenido en investigaciones personales realizadas en el departamento Sénguer (Zona Militar de Comodoro Rivadavia), junto a indígenas que auténticamente representan las poblaciones vernáculas, nos ha llevado al convencimiento de que, en lo referente a la etnología de la Patagonia, sólo pueden esperarse frutos utilizables alejándose un poco de la información exclusiva de biblioteca, llegando a las únicas fuentes que, aún hoy, brindan la pureza de su caudal casi inexplorado. (Escalada 1949: 1)

³ En especial, dos de sus obras, a las que les dedica sendos capítulos:

Lehmann-Nitsche, Robert

1914. El grupo lingüístico Tshon de los territorios magallánicos. *Revista del Museo de La Plata* XXII. Buenos Aires.

1922. El grupo lingüístico "Het" de la pampa argentina. *Revista del Museo de La Plata* XXVII. Buenos Aires.

Sostiene que, existiendo a millares los indígenas de Patagonia, no se había hecho el suficiente trabajo sobre el terreno que reemplazara las clasificaciones basadas en “pobres e imperfectos vocabularios de viajeros y exploradores de siglos atrás” (p. 2).

Según su punto de vista

Los valiosos escritos de viajeros, exploradores, militares o misioneros de los siglos XVI a XIX inclusive, no siempre han sido utilizados con el provecho que brindan a quien los considere en su justo valor. Sólo deben ser elementos auxiliares a las investigaciones llevadas a cabo sobre el terreno, objetivamente, teniendo como centro de mira a los sobrevivientes de la terrible y fatal catástrofe sufrida por los primitivos dueños de la tierra americana como consecuencia de la invasión blanca. (Escalada 1949: 3)

Después del trabajo de Escalada, el mismo conjunto de viajeros y misioneros siguieron siendo citados y analizados, criticados, reinterpretados. Hubo pocos aportes de informantes indígenas puesto que, efectivamente, se produjo su tan anunciada desaparición y el recurso de las fuentes de archivo (ahora lo único de primera mano) no apareció.

Produce cierta incomodidad poder repetir hoy con Escalada: “la lectura de los trabajos escritos en los últimos cincuenta años, deja perplejo al estudioso de estos temas” (p. 2). Desde una perspectiva actual, a casi 50 años de esa publicación, analizando lo poco que se ha avanzado en enfoques realmente históricos del panorama étnico de Patagonia, hoy podemos hacernos eco de las palabras de Escalada e invitar a acercarse a las fuentes de archivo, las únicas a las que ahora se puede recurrir, para que nos brinden “la pureza de su caudal casi inexplorado”.

Para Escalada, la Pampa y la Patagonia son una unidad indisoluble geográficamente y clasifica al

elemento humano autóctono en dos grandes grupos antitéticos: por un lado, el araucano o ‘mapuche’; por otro, el que terminamos por designar con la expresión general ‘complejo tehuelche’. Aquéllos, descendientes de una estirpe de agricultores primitivos, originarios del centro de Chile y extendidos por el Neuquén y la llanura pampeana desde siglos atrás; somáticamente constituídos por individuos de aspecto pícnico o brevilíneo. Los segundos (‘complejo tehuelche’), antiguos nómades cazadores, culturalmente inferiores a los anteriores, autóctonos de la comarca -en la medida que algún pueblo puede ser considerado autóctono-somáticamente normotipos, con marcada tendencia a longilíneos. Estos últimos constituyeron el objeto mayor de nuestra curiosidad. (Escalada 1949: 6)

Más adelante esboza su visión de cómo debió haber sido el proceso de poblamiento de Patagonia. Desde mucho antes de la conquista por los españoles “poblaron esta gran extensión tribus salvajes nómades, constituídas por vigorosos ejemplares humanos” (p. 10). Habría sido su carácter bondadoso e ingenuo lo que determinó su escasa resistencia ante la lucha contra los blancos que los llevó a “la casi absoluta extinción” (p. 10). Grupos vecinos, como los mapuches, los designaban despectivamente, debido a “su bajo nivel de cultura material” (p. 10), y esa designación habría sido adoptada por los blancos.

Preferían la soledad y la pobreza de sus páramos. Vivían de la caza y de la recolección de raíces, tubérculos y algunos pocos frutos. Su industria estaba limitada al trabajo de la piedra, al curtido de cueros y a la rústica confección de utensilios de madera. Fueron indios de las llanuras y ocuparon las comarcas preferidas por los avestruces y guanacos, que les proporcionaban el sustento, el vestido, la vivienda y buena parte del ajuar doméstico. (Escalada 1949: 10-11)

El autor ve a estos grupos como representantes de una “unidad racial” que habría ocupado gran parte del continente americano, constituyendo una prueba de ello que tipos culturales similares se encuentren en Patagonia, en el Chaco, en los estados del sur de Brasil y en el extremo norte de América. Habrían tenido su “edad de oro” y luego, “siguiendo la irreversible parábola del destino racial” (p. 11) habrían sido derrotados por tribus más fuertes o más hábiles, se habrían dispersado y confinado en las “desoladas pampas y serranías sureñas de clima áspero y poco atractivo” para los vencedores (p. 11), para el caso, los mapuche responsables “de la declinación de la estrella que iluminó el destino de la raza de grandes indios australes” (p. 12)⁴.

La separación de las familias en el extenso territorio patagónico, habrían producido cambios en las costumbres originales del conjunto y en su lengua, lo que habría desembocado, finalmente, en “escisiones etnográficas y filológicas” (p. 12).

Así, poco a poco, aparecerían los componentes diferenciados que es posi-

⁴ Aquí Escalada está utilizando el concepto de “área cultural” con sus concomitantes de “clímax cultural” y “edad del área” (arrinconamiento). Posiblemente lo haya tomado de Kroeber, una de cuyas obras aparece citada en la bibliografía del libro que estoy comentando. Este principio difusionista, fuertemente barnizado de evolucionismo, parece deberse a la influencia de la escuela americana y no todavía a la del método histórico-cultural alemán (ver Harris 1983: 323 y ss.).

ble separar al estudiar los grandes indios llaneros del extremo sur del continente y que, *a falta del auténtico gentilicio en la lengua madre desaparecida, nosotros designamos 'complejo tehuelche'*, sin más pretensión que darles una denominación desprovista de prejuicios (Escalada 1949: 12, el destacado es mío).

Antes de comenzar a exponer los resultados de sus observaciones, Escalada deja expresamente expuesta su discrepancia con “las clasificaciones étnicas corrientes, basadas en los escritos de Lehmann-Nitsche” (p. 14) quien se había inspirado en la obra de Falkner. En este punto, según sus propias palabras, sigue a Harrington y a Vignati “quien se ha ocupado de fustigar crudamente al jesuita inglés en más de una oportunidad” (p. 14).

Es indudable que el descrédito de Falkner fue fomentado por Vignati:

Para el siglo XVIII está la obra del padre Falkner que en las últimas décadas ha gozado de gran predicamento, pero que, escrita con aparente claridad, oculta la falta de precisión y la nebulosidad de su fondo, cuando no la ofuscación de conceptos sobre la distribución de las agrupaciones aborígenes. Muchos años de estudio y múltiples descubrimientos arqueológicos serán todavía necesarios antes de poder discriminar las partes realmente valorables de esta obra, cuyo uso debe hacerse, por ello, con mucha prudencia y cautela. (Vignati 1936a: 551-552)

Muchos autores se hicieron eco de esta crítica, aunque pocos tomaron en cuenta la recomendación que se desprende, y Falkner pasó a estar automáticamente desprestigiado y puesto en duda.

Sin embargo, Escalada deja aclarado que no intenta “abreviar un panorama complejo” sino “reducir el aparente abigarramiento etnológico” (p. 15). Para explicar la profusión de gentilicios se hace eco del punto de vista de D’Orbigny: la complejidad se debe al desprecio que se ha tenido de la lengua como elemento clasificatorio, a la corrupción de las notaciones de diversos viajeros que han hecho creer en la existencia de grupos étnicos distintos, y al hecho de adjudicar a un mismo grupo nombres diferentes en épocas distintas y por diferentes autores (p. 15). Realmente creo que éstos no son problemas fáciles de soslayar si se tiene en cuenta la forma en que se dio el conocimiento de la región y sus habitantes por el blanco (ver capítulo 1) y las características de organización y desplazamientos de los grupos (ver capítulos 3 y 5).

La dispersión del “complejo tehuelche” de Escalada es amplia (ver Figura 1). Afirma, con razón, que Harrington comparte su criterio: el paralelo de 34° S divide a lo que hoy es la República Argentina en dos



Figura 1: Mapa tomado de Escalada 1949

grandes regiones. La del sur estuvo ocupada, según Escalada, por el “complejo tehuelche” y separada del sector norte por una “cuña araucana, con base en la cordillera y vértice apuntando a la fértil y codiciada presa que representó Buenos Aires y sus campiñas vecinas” (p. 21).

En el sector sur, entonces, se encontraban en época histórica los “Mapuche o araucanos (Andidos)”, el “Complejo ‘Tehuelche’ (Pámpidos)” y los “Fueguinos (Fuéguidos)” (p. 23). Dentro del segundo grupo, en base al “estudio de la realidad humana y de la bibliografía” deduce la existencia de “cinco componentes simples” (p. 25):

	{Guénena-kéne
Tehuelches de la tierra firme	{Aóni-kénk
	{Chehuache-kénk
Tehuelches insulares (onas)	{Selknam
	{Man(e)kenk

En el capítulo dedicado a los Guénena-kéne o “el componente septentrional” (p. 38), Escalada deja sentada desde el principio su coincidencia con Cox, Hunziker, Moreno y Harrington en cuanto a la ubicación y/o el gentilicio del grupo al que va a hacer referencia. Se trata de los “tehuelches del norte” de Cox, los “Genakenn” de Hunziker, los “Gennaken” de Moreno y los “Gününa Küne” de Harrington. Escalada obtiene el “nombre de la raza” en 1945 de su informante don Ciriaco Chaquila, cacique, en el paraje Payaniyeo del departamento Río Senguerr. Ciriaco Chaquila afirmó ser “pampa verdadero” (p. 41) y luego, al profundizar la conversación, “espontáneamente surgió el nombre de la raza: Guénena-kéne” (p. 42).

La ubicación de este grupo étnico es para Escalada muy similar a la que da Harrington, de quien considera -por otra parte- que tiene la opinión mejor fundada en cuanto a la dispersión de la comunidad tehuelche septentrional. Para el autor

Es evidente que ocuparon, en tiempos históricos, especialmente las márgenes de los grandes ríos del norte patagónico y que se extendieron por los territorios al norte del Chubut, hasta el Río Negro, incursionando constantemente por el sur de la actual provincia de Buenos Aires y por el sudeste del territorio nacional de La Pampa. (Escalada 1949: 44-45)

Para este momento, en Neuquén, La Pampa, el sur de las provincias de Mendoza, San Luis, Córdoba y Santa Fe y buena parte de la de Buenos Aires, estaba sucediendo la incursión mapuche, si es que suponemos con el autor que ella se dio de manera tan brusca y rápida. Sin embargo, tenemos que aceptar como un hecho la presencia de araucanos en la región pampeana durante el siglo XVIII, sea como sea que haya comenzado y se haya desarrollado.

La propia información que recibe Escalada nos está dando una visión indígena de la cuestión. Al identificarse como “pampas *verdaderos*”, están puntualizando: 1) que adoptan el nombre de la región puesto por el blanco, 2) que habitaron esa región y 3) que lo hicieron *antes* que otro grupo. En su expresión: ‘nosotros somos los pampas verdaderos, los que habitábamos la pampa antes de la llegada de los araucanos y de los blancos’. Hay que tener en cuenta que el que expresa esto se encuentra en el sudoeste de la provincia de Chubut debido a sucesivos desplazamientos que no se debieron sólo a la presencia de araucanos en las pampas. Más adelante, Escalada vuelve sobre el tema con acotaciones que refuerzan mi argumentación: dice que los “pampas verdaderos” eran también llamados “tehuelches pampas”, para diferenciarlos “de los ‘pampas’ comunes, de sangre mapuche” (p. 83). Sobre esta “autoadscripción” volveré en el capítulo siguiente.

En cuanto al parentesco del “componente septentrional” con los otros del “complejo tehuelche”, el autor afirma que las mayores afinidades, “el trato y la confraternidad” (p. 48) se dio preferentemente con los otros dos grupos componentes del “complejo” en tierra firme, los chehuache-kénk y los aóni-kénk, al punto tal que unieron sus fuerzas contra los mapuche cada vez que fue necesario. Su informante, Agustina Quilchaman de Manquel, que se identificó como aóni-kénk le proporciona datos que aluden a esta afinidad entre los componentes del “complejo”. Le dice que guénena-kéne y guéne-kénk son denominaciones distintas, la primera es el gentilicio de los tehuelches del norte, la segunda significa “compatriota” en la lengua aónico-aish o de los tehuelches del sur. Al ser ambas expresiones tan semejantes y aún ante el riesgo de caer en el error tan criticado de jugar con grafías para forzar interpretaciones, no puedo eludir preguntarme si se trata realmente de dos denominaciones distintas. Parecería que Agustina estaba expresando que para los tehuelches del sur, los del norte eran sus compatriotas y, por lo tanto, era natural que la denominación que les daban significara “compatriota” o, por lo menos, fuera muy similar.

Como síntesis de las apreciaciones del autor acerca del “complejo

tehuelche", sus parentescos internos y sus relaciones con grupos vecinos, encuentro el siguiente párrafo:

En nuestras averiguaciones entre autóctonos de Patagonia hemos podido comprobar que, en general, con seguridad y unanimidad se distingue el "complejo tehuelche" como una individualidad étnica definida, jamás confundida con araucanos, ni fueguinos, ni con ninguna de las razas que rodearon su habitat en otros tiempos y de cuya existencia suelen guardar perfecta memoria. Los ancianos, generalmente bien informados, están de acuerdo también en que había tres clases de tehuelches [de tierra firme], con idioma propio cada una de ellas, aunque con algunas palabras comunes o muy parecidas, lo cual facilitaba el pronto aprendizaje y la consecutiva asimilación de individuos de un sector entre los de cualquiera de los otros (Escalada 1949:75-76),

que me permite dejar de lado la sospecha primera de que al poder identificar fácilmente otros grupos étnicos como los fueguinos y los araucanos, todo el resto pasó a integrar su "complejo tehuelche".

La obra de Escalada tiene extensos capítulos dedicados a los restantes componentes del "complejo" en tierra firme, otros a comentar y criticar los trabajos de Roberto Lehmann-Nitsche y las clasificaciones étnicas de Falkner, Cox y Musters. Presenta también extensas consideraciones en torno a las genealogías de sus informantes y de algunos personajes mencionados por los viajeros referidos y otros (p. 260 a 321), y un largo vocabulario comparado de las diversas lenguas patagónicas, según la anotación de diferentes viajeros y estudiosos (p. 158 a 211).

Pero quiero dedicarle especial atención al capítulo dedicado a "La llamada Nación Pampa" puesto que ese ámbito geográfico constituye el límite norte de la región en estudio propuesta.

Dice Escalada que "pampa" es un vocablo "quichua, o aimara" que se aplicó a las llanuras del centro del país y, por extensión, la aplicaron los conquistadores a sus habitantes. El establecimiento de la ciudad de Buenos Aires y otras poblaciones fue un fuerte atractivo para el "absorto salvaje americano", porque eran centros de abastecimiento de ganado y blanco posible de los malones (p. 110).

Durante los siglos que siguieron al descubrimiento y a la instalación de los primeros núcleos de habitantes europeos, actuaron dos fuerzas, por consiguiente, animando el natural nomadismo de los indígenas. Una fuerza centrífuga, defensiva, que los impulsaba a internarse en el desierto aún libre, y otra fuerza, centrípeta, obsesiva, que aguzaba la curiosidad infantil y la codicia espontánea y natural de los simples espíritus salvajes.

Esta segunda influencia alcanza a las tribus más lejanas y las arrastra desde sus recónditos aduares, a través de cientos y cientos de leguas, sin reparar en peligros ni fatigas. (Escalda 1949: 111)

Como se verá en el capítulo correspondiente, los movimientos de estos nómades eran perfectamente programados y tenían el aspecto de formar parte de una reestructuración del aprovisionamiento de recursos económicos en base a las nuevas ofertas de bienes por parte del blanco. Había, por lo tanto, muy poco de “curiosidad infantil” o “codicia espontánea”.

La tesis del autor es que la “nación pampa” no existió, y que no se puede hablar de “una raza específica a la que pueda corresponder esta designación diferencial” (p. 113). Buscando darle un contenido a la designación, parte de la base de que fueron los pobladores del Río de la Plata quienes iniciaron la aplicación de la palabra “pampa”, que tenía un origen geográfico, que en ningún momento durante la conquista se pretendió “atribuirla a una nación determinada de salvajes”, que en el siglo XVIII, los cronistas no fijan el significado del vocablo en forma específica (p. 113), y que fueron “los modernos curiosos de nuestro pasado” quienes se plantearon impropriamente cuál fue la raza y la lengua de los indios pampas (p. 114).

No creo que se pueda afirmar con tanta seguridad que en ningún momento del siglo XVIII el vocablo “pampa” haya estado relacionado con algún grupo o algunos grupos, transformado en gentilicio, sobre todo por los blancos de la región. El mismo Escalada lo admite al explicar que comparte el punto de vista de Sánchez Labrador quien afirma que llama “nación” a la de los indios pampas, solamente por mencionarla del modo común con que lo hacen los españoles, pero se trata, en realidad, de un conjunto de gentes de varias “naciones” diferentes (p. 114).

En opinión de Sánchez Labrador que Escalada comparte:

Años pasados, cuando las campañas, y llanuras inmediatas a Buenos Aires, mantenían tanto ganado vacuno, que las inundaban, bajaban algunas tolдерías de indios *Serranos*, *Thuelchus*, *Peguenches* y *Sanquelches* por el interés de la caza. Estos, que naturalmente son voraces, y hallaron alimento en abundancia, se establecieron en dichas llanuras, o Pampas. Por este acontecimiento dieron a tales indios el nombre de *Pampas*, que es el propio de las campañas, en que fijaron establemente sus toldos; pero en realidad no son sino parcialidades de las naciones expresadas. (Sánchez Labrador 1936: 29)

En palabras de Escalada:

Volviendo al vocablo su verdadero y vernáculo significado, debemos nosotros considerar ‘pampas’ a los indios que lucharon contra los ‘blancos’ instalados en el Río de la Plata, surgidos del desierto sur y oeste, cualquiera fuera su raza y su proveniencia. Debemos dejar constancia de que ya desde el siglo XVIII, los colonos aplicaban preferentemente tal designación a los ‘mapuches’ radicados en la Pampa. El poncho, manta, estribo y vocablos conocidos como ‘pampas’, tienen el típico sello araucano. Sin duda esto se justifica por tratarse de *los más numerosos, los más vecinos y los principales componentes de las incursiones depredatorias*. (Escalada 1949: 114-115)

La coincidencia con Sánchez Labrador es notable, sólo que para el autor hay un predominio de mapuches entre los grupos que poblaban las Pampas, autores de los tan temidos malones, tanto que casi eran su sello identificadorio. Es destacable un párrafo de Escalada, cuya prosa es siempre muy medida, aunque siguiendo los cánones de la época. Pero el malón, ese hecho traumático que casi hace bautizar a un grupo como tal, provoca encendidas construcciones idiomáticas que trasuntan el enfrentamiento blanco-indio de una manera muy elocuente:

El malón sangriento, envuelto en el polvo de las rastrilladas y el humo de sembrados y rancharíos devorados por las llamas, pasaba sobre los incipientes núcleos civilizados y se perdía en las infinitas llanuras, dejando tras de sí una dantesca estela de dolor y muerte. Era la cobriza hueste implacable y cruel que la ‘pampa’ vomitaba, como un engendro demoníaco. Era la revelación vengativa de la tierra inculta americana, ante la soberbia intención de doblegarla. Era la personificación del espíritu de la estepa virgen, de la llanura dilatada. Eran los ‘pampas’, temidos y odiados -el azote que hasta el siglo XIX amenazó con asolar las endebles comunidades de la raza blanca. (Escalada 1949: 112)

Luego Escalada encara el tema del límite entre “Pampa” y “Patagonia”, que viene muy al caso para el tema de este estudio. Según su punto de vista, las definiciones de Pampa señalan su comienzo por el norte pero no su límite sur. Con la región patagónica sucede algo parecido: es la tierra que se extiende al norte del estrecho de Magallanes, pero sin precisar su límite norte. Hoy hablamos de los ríos Colorado o Negro-Limay como límite entre ambas regiones, pero sabemos que al momento de definir ambientes que encierran determinada topografía, clima, fauna y flora, esos límites no son muy apropiados. Si sumamos a los habitantes indígenas de la región en tiempos históricos, comprobamos que tampoco para ellos esos límites eran insalvables. Creo que más bien habría que

pensar con Escalada que el límite del que necesitamos hablar es el que existía entre indios y blancos, y éste se movía “con el lento progresar de la maltrecha línea de fortines” (p. 115).

También critica profusamente la obra de Lafone Quevedo (1909), *Etnología Argentina*, aunque sólo comenta algunos párrafos de la introducción y de las conclusiones porque el resto es, según Escalada, una repetición resumida del “libro atribuido a Falkner” (p. 122). Da sus propias correspondencias étnicas para los grupos que deslinda Lafone Quevedo, critica -entre otras- la identificación de los querandíes con los “taluhet” y “diuihet” de Falkner y la existencia de una “gran familia Puelche” que borraría la dualidad mapuches-tehuelches y, en general, considera muy vagas sus afirmaciones porque no compara ni la lengua, ni la economía, ni el aspecto físico de los individuos, empleando tan solo “apodos y preconceptos” (p. 122).

Para Escalada, Lafone Quevedo incurre en exageraciones porque

lucha contra las dos teorías a la sazón en boga: la que pretendía explicar toda la etnología rioplatense por medio de la estirpe guaraní y la que suponía poder hacerlo mediante la araucana. (Escalada 1949: 120)

En el acápite dedicado a los *querandíes*, el autor destaca a la práctica de pescar como señal de probable sedentarismo, y considera que eran

agricultores primitivos, de vida sedentaria hasta cierto punto, sin excluir las partidas de caza, llevadas a cabo por los hombres solamente, como transición hacia el nomadismo absoluto -como las que emprendían los aóni-kenk en el invierno, durante meses, en la época apropiada para la obtención de pieles. (Escalada 1949: 127)

Señala además que pertenecían a la cultura guaranítica (p. 128), lo que refuerza su idea de que se trataba de un grupo sedentario, y que para Moreno -en cambio- los querandíes eran “gennaken”, y eran los verdaderos “pampas” (p. 130).

Es notable el párrafo que acabo de citar, pues induce a plantear la cuestión al revés. Las partidas de caza, ¿no serían la transición hacia el sedentarismo?, o de otra forma, ¿no podía estar funcionando un modelo de pesca y caza perfectamente complementado? Y el tema se pone más interesante aún con la comparación con los aóni-kénk, ¿estarían ellos también (en palabras de Escalada) en “transición hacia el nomadismo absoluto”? Creo que podré dar algunas respuestas en el último capítulo.

Después de otro acápite dedicado a “Los ‘pampas’ según los jesuitas del siglo XVIII”, Escalada presenta sus propias conclusiones: es im-

propio hablar de “nación pampa”; no existió una “raza del medio”; “pampa” debe considerarse un vocablo geo-étnico (p. 135), y reitera:

Así se esfuma la pretendida individualidad étnica, específica de la pampa, no araucana, no guaraní, pura y exclusiva. La pampa no encerró, por tanto, una ‘raza del medio’. Más bien fué una ‘tierra del medio’, donde múltiples estirpes probaron su temple en guerras intestinas o en lucha contra el invasor. (Escalada 1949: 137)

Así planteada la cuestión de los grupos étnicos que poblaron las pampas y deslindado el complejo “tehuelche”, Escalada deja un importante precedente para los estudios posteriores sobre el tema que, como ya veremos, muy pocas novedades aportarán al respecto.

Tres artículos de Rodolfo Casamiquela -uno de ellos en colaboración con Marcelo Bórmida- se publican entre 1956 y 1962. No se refieren estrictamente a la región o al tema en estudio, pero los presento aquí sobre todo por lo que significan como surgimiento de esa personalidad tan dominante para la etnografía patagónica en que se transformó Casamiquela a partir de su publicación de 1965.

En 1956 Casamiquela publica un corto artículo de neto enfoque lingüístico, aunque realiza referencias a etnias, pertenencias étnicas, límites entre pueblos. Discute, sobre todo, la opinión de Ferrario (1952) quien sostuvo que las lenguas de los “Patagones” y los “Génaken” no estaban emparentadas, que el lingüista no encuentra semejanza alguna ni desde el punto de vista lexicológico ni desde el morfológico. Ferrario recomienda estudios realizados por glotólogos competentes para dirimir si pudo haber existido un parentesco y en qué grado. No obstante estas opiniones, glosadas por el propio Casamiquela, y el hecho de presentarse como “un aficionado” (p. 197), escribe:

yo intentaré, en base a los nuevos materiales del Gününa iájëch en mi posesión, probar la existencia de un parentesco real, no solamente entre esta última lengua y el Patagón, sino también entre ella y el Tehues, es decir, la unidad primitiva de la tríada. (Casamiquela 1956: 197)

Para ello se basa en las palabras formadas por derivación (sufijación) que señalan instrumentos de que uno se sirve para ejecutar la acción indicada por un verbo, afirmando que en las tres lenguas patagónicas la sufijación se realiza con la misma partícula *wë* o *uë*. A esto se suman algunas particularidades de los nombres, verbos y pronombres que el autor describe. Realmente no parece que tengan el peso necesario como para revertir la crítica y la recomendación de Ferrario, con las que el pro-

pio Casamiquela introduce su artículo. Concluye con un párrafo que comienza siendo exitista, pero se transforma en cauteloso:

Esta breve lista de analogías, de por sí suficientemente demostrativas y probatorias, tiene el valor de un primer aporte al problema considerado. Seguramente un rastreo más detenido arrojará elementos aún más significativos. (Casamiquela 1956: 202)

En 1958-59, aparece un trabajo en colaboración con Marcelo Bórmida: "Etnografía Gününa-Këna. Testimonio del último de los tehuelches Septentrionales". Una parte de la introducción -en la que se explica el método de trabajo, las características de la presentación y el marco institucional en que se realizó el estudio- está firmada por Bórmida y otra -en la que se presentan breves datos biográficos del informante y la explicación de los signos fonéticos que se utilizarán- por Casamiquela.

El informante entrevistado fue Kalaqapa o José María Cual, que vivía en los alrededores de Gan-Gan y los datos que proporcionó fueron presentados por los autores "tal como han salido" de sus labios, siguiendo los acápites de la *Guía para la clasificación de los datos culturales* o *Guía Murdock* (1954) para, de esa manera, conservar "la espontaneidad y la frescura del trabajo de campo" (p.155)⁵. El trabajo es realmente una muy buena fuente de primera mano, que abarca los más variados ítems y rasgos culturales. Las consideraciones en cuanto a pertenencia étnica, grupos vecinos y relaciones interétnicas no serán comentadas aquí, puesto que Casamiquela las retomará ampliamente en su trabajo de 1965 y entonces me ocuparé de ellas.

Ahora me interesa señalar cómo el autor ha pasado de lingüista a etnógrafo de un trabajo a otro, y que ambos se han publicado con muy poco tiempo de diferencia en la prestigiosa revista *Runa* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es el trampolín que lo llevará a presentar trabajos más "interpretativos" según su propio punto de vista, en encuentros internacionales. Tal es el caso de "El contacto Araucano-Gününa Këna. Influencias recíprocas en sus producciones espirituales" de 1962. Aquí se ocupa de "distintos campos de la esfera espiritual": el idiomático, el toponímico, el religioso (p. 83). Habla del contacto cultural entre ambos pueblos, de un "estrato superior de cultura

⁵ Bórmida adelanta aquí los postulados de "El método fenomenológico en etnología" al tratar de atenuar la "casi necesaria interferencia del observador" entre "el hecho cultural y el dato" (Bórmida 1970: 1).

araucana" y otro "inferior, representado por el gүнүna kēna" (p. 83)⁶ y entre los ítems tratados figura el nguillatun y algunos mitos como el del diluvio entre los araucanos.

Estos trabajos preparan el terreno para un enfoque más abarcativo de la cuestión indígena en Patagonia, que llega en 1965 con "Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente". Fue realmente una interpretación "definitiva" como lo anunció el autor. De sus trabajos posteriores, los que son, como éste, más abarcativos regionalmente (Casamiquela 1969 y 1985), no hacen variar mucho el esquema que paso ahora a detallar ⁷.

Casamiquela (1965), para comenzar, descalifica "de punta a punta" las "interpretaciones novedosas, y en cierto modo revolucionarias" de Escalada, las considera "perfectamente erróneas" (p. 8). Luego propone

⁶ Desde este momento Casamiquela nos introduce en un vocabulario absolutamente ligado a las ciencias naturales, donde las culturas son "estratos" algunas veces, "elementos" otras, que pueden estar "en transición", derivar de "un mismo tronco arcaico", ser "metamórficas" o "puras", "reemplazar" a otras, "expandirse", "retraerse", "infiltrarse", "extinguirse".

⁷ Casamiquela es un autodidacta en el campo de la etnología, en quien puede reconocerse la influencia de la escuela histórico-cultural alemana: trata "de derivar de una inspección de los pueblos contemporáneos un conocimiento de los orígenes y de las sucesivas modificaciones que han experimentado sus culturas" (Harris 1983: 336). Para esta escuela, la historia del mundo se explica por la *difusión* de los "círculos" o "*Kreise*" a partir de la región en que supuestamente se originan hacia el resto del mundo. Harris observa que estos "círculos" eran también "estratos" lo que, sumado al uso del método comparativo, les da un cariz evolucionista a las interpretaciones que realizan los seguidores de esta escuela. En un extenso reportaje concedido en 1982 a la revista *Síntomas*, el autor sostiene que ha ido más allá de los postulados de la escuela histórico cultural, introduciendo tres conceptos. Primero, el de *metamorfismo* de dos pueblos (en lugar del de mezcla) para explicar que "dos pueblos en contacto largo tiempo dan origen a un nuevo pueblo, que tiene una identidad distinta". Segundo, el de *aculturación por vía de transculturación* por el que explica que algunos rasgos de una cultura aparecen en otra sin que los respectivos portadores hayan tenido contacto, la lengua o la religión se adelantan o "preceden" a sus portadores y esto lo explica como una aculturación que "transita" a través de otros pueblos. Y el tercero, que "el pez grande se come al pez chico en cultura, de manera ilevantable", "una cultura definida como relativamente 'inferior' es dominada por otra que llega, por portadores, por pueblos intermedios o por un contacto directo. Ese proceso nunca se da sin concesiones de la dominante, porque absorbe una cantidad de elementos propios del sustrato que va siendo culturalizado". (Casamiquela 1982b: 22).

la siguiente distribución de grupos indígenas en Patagonia:

a) Un grupo conformado por los *pehuenche* o “gente de las araucarias”, de la región cordillerana del Neuquén, los *chaziche* o “gente de las salinas”, del sudeste de la actual provincia de La Pampa, los *rankülche/ranqueles* o “gente de los carrizos”, al norte de los anteriores, los *leufüche* o “gente del río”, ubicados a lo largo del río Negro (p. 9-11).

b) En el centro de Río Negro, los Tehuelches Septentrionales, que se llamaban a sí mismos *Güñüina këna* y eran denominados “pampas” o “chewelches” por los araucanos y los blancos incultos, “tehuélches” por los blancos cultos, “williche” por los araucanos en su lengua, “pampas” por los tehuelches meridionales, “puelche” por numerosos cronistas y escritores modernos, y otras equivalencias que se aprecian mejor en el cuadro que presenta el autor en la página 10 y que reproduzco aquí (p. 11-12).

Afirma el autor que estos Tehuelches Septentrionales se denominaban a sí mismos, en castellano, “pampas” y

Se trata, en efecto, de los “Pampas” del momento cronológico más largo e importante de los reconocidos en el poblamiento histórico de la provincia de Buenos Aires y área pampeana en general, como veremos; desde luego, se trata igualmente de los “Serranos” de los cronistas de Buenos Aires. (Casamiquela 1965: 12)

Hasta aquí los grupos de la región en estudio. A continuación completo el panorama proporcionado por el autor, sintetizando su exposición, puesto que la mejor tabla de equivalencias para comprender este farragoso trabajo es el cuadro mencionado que aparece en la página 10 de su trabajo (ver Figura 2).

c) Cerca de la Cordillera, al sudoeste de Neuquén y Río Negro y noroeste de Chubut, se encontraban los *Chulíla (a) këna*, “gente de Chulíla”, o *Chëwach a këna*, “gente de la costa de la cordillera” (p. 12-13).

d) En el sur de Chubut y Santa Cruz, había “distintas parcialidades de Tehuelches Meridionales”, “al parecer una *Boreal* y otra *Austral*” y una tercera, o subdivisión de los boreales, que se denominaban a sí mismos *Mécharn* o *ch'oon(ë)k(ë)* o “gente de la resina de molle”. Más adelante aclara que aparentemente los tres grupos “se consideran a sí mismos *Aónik'enk*, literalmente ‘sureños’” (p. 13).

El autor había aclarado en la Introducción que el trabajo estaba basado en investigaciones de campo llevadas a cabo en febrero y parte de marzo de 1962 que abarcaron “a modo de prospección distintas zonas claves de la Patagonia continental y Tierra del Fuego” (p. 4). Muchos datos de los que presenta habían sido recogidos “desde variable tiempo

CUADRO ESQUEMATICO DE LAS DENOMINACIONES GENTILICIAS
(Válido para todo el siglo pasado y primeros años del presente)

BLANCOS	ARAUCANOS		TEHUÉLCHESES SEPTENTRIONALES		TEHUÉLCHESES MERIDIONALES	
	En sentido general	En sent. restring.	En sentido general	En sent. restring.	En sentido general	En sent. restring.
Winká (A) Kádal (TS) Káde (TM) Kálot (Onas) Yérenk (TM) Tólenk (TM) Háñanji (M) (TM)	Mapuche (A) Mapuches (B) Palanos (A) Palanos (B) Pampas (B) Táñan (TS) Táñan (TM) Páñan (TS) Páñan (TM) Láñan (TM) Chema (M) (TM) Kbenitatonik Yáñan (TM) Káñan (TM)	poluche (A) Puelche/TS (A) Willche/TS/TM (A) Wailche/TS (A) Pewenche/TS (A) Chazche (A) Páñan (TS) Páñan (TM) Láñan (TM) Chema (M) (TM) Kbenitatonik Yáñan (TM) Káñan (TM)	Gúñna (a) kána (TS) Pampas (TS) Pampas (TM) Wailche/TS (A) Chazche (A) Wailche/TS (A) Páñan (TS) Páñan (TM) Láñan (TM) Chema (M) (TM) Kbenitatonik Yáñan (TM) Káñan (TM)	Chéwch a kána (TS) Chuilla (a) kána (TS) Limal a kána/A (TS) Táñan (TS) Táñan (TM) Táñan (TS) Táñan (TM) Táñan (TS) Táñan (TM) Táñan (TS) Táñan (TM) Táñan (TS) Táñan (TM)	Adink'enk (TM) Palanos (TM) Palanos (B) Chewelches, Chewel- chos/TS (B) Chewelches, Chewel- Tólenk(e)/TS? Páñan (TM) Páñan (TM) Téw'son ch'ónk'tér (TM) Máñan a kána (TS)	

CLAVE: A = Araucanos, B = Blancos, TS = Tehuelches Septentrionales, TM = Tehuelches Meridionales, C = Caneros, Auct. = Auctorum, E = Excusado, M = Musters, LN = Lehmann Nitsche, Z = Zebaloff, Cl = Clara.

Los nombres corresponden a grupos de otros orígenes, igualmente englobados en la denominación por ejemplo Wailche/TS/TM (A) en la cañal de la derecha de los Araucanos, significo que estos (A) se denominan a sí mismos Wailche en sentido restringido, pero que esa denominación alguna igualmente a Tehuelches Septentrionales (TS) y Meridionales (TM), de manera que el cuadro sea aplicable también al siglo anterior (se dice XVIII), es necesario introducir algunas modificaciones, a saber: incluir a TS en los Chazche (Baltarai), Ráñan (B), Wailche (B), Mámliche y Limalche (con la aclaración de que igualmente en los primeros lugares del siglo XIX

subslatan con ellos núcleos de Tehuelches Septentrionales); incluir a Serranos (B) en ambas columnas de la cañal de los Tehuelches Septentrionales; Poyas (B) en la columna derecha de esa cañal; incluir a Pampas (arabes) (B) en la columna izquierda de esa cañal; incluir a kána (vide Casam, "Naciones...") en la segunda columna de la cañal. Para el significado de Gúñn (a) kána (aparentemente en torno de la idea de "gente por excelencia") en tehuelche septentrional, vide Casam, 1891. Quizá pueda vincularse etimológicamente con la raíz g'n k' g'n k' (e), "computar", en tehuelche meridional (verbo g'n k' g'n k' erróneamente por Excusado), "ver", "agradar", "complacer", en tehuelche septentrional, derivado de las formas ch'g'g'ch y táñ'g'g'ch, "costa", "borde", "orilla", vide ídem.

Para el significado de Aónik'énk (y variantes) vide infra.

Figura 2: Cuadro tomado de Casamiquela 1965

atrás" (p. 3), pero sin los datos aportados ese verano por treinta y dos informantes que menciona en nota a pie de página, "hubiera sido imposible el ensayo de interpretación integral definitiva" que propone (p. 4).

Como ya expuse, sintetiza y descalifica el estudio de Escalada, y luego presenta su visión del panorama étnico de Pampa-Patagonia. Ese panorama está basado, obviamente, en sus propias observaciones y datos de informantes a quienes cita reiteradamente para justificar dispersiones étnicas y autodenominaciones de los grupos. No menciona en este acápite a viajeros ni cita fuentes de archivo ni estudios sobre el tema. En capítulos posteriores se referirá a ese tipo de fuentes para criticarlas y compararlas con su propia interpretación. Sin embargo, ya a esta altura tenemos una síntesis del propio autor:

se advierte que el panorama, aparentemente tan confuso, se constituye sobre la base de apenas cuatro elementos fundamentales, a los que se adosan otros de significación mucho menor. En suma: tres núcleos fundamentales de Tehuelches (o Patagones), de raza y cultura prácticamente idénticas, uno septentrional, intermedio o central el segundo, y meridional el tercero; los tres con sus respectivas lenguas, diversificaciones modernas de un mismo tronco arcaico (tema sobre el que volveré). Hacia el sur franco, una transición a Tierra del Fuego, con los Onas, racial y culturalmente muy afines, divididos a su vez en dos grandes grupos, ambos con su respectiva lengua, aparentemente en igual relación de parentesco y dependencia -*grossa modo*- que las anteriores. Circundando -e interpenetrando- a este 'complejo tehuelche', (interpretado *de novo*), Yámanas y Alacalufes y otros canoeros, por el sur y el suroeste; y Araucanos por el noroeste y el norte; Blancos por fuera y por dentro, en todas partes. Más atrás en el tiempo las cosas fueron, ciertamente, diferentes, pero no he de entrar todavía en ellas. (Casamiquela 1965: 14-15)

Como vemos, a pesar de las críticas iniciales a Escalada, Casamiquela toma la idea del "complejo tehuelche" porque concuerda con su visión pan-tehuelche del asunto y, seguramente, le resulta atractiva la simplificación en tres conjuntos de tehuelches. A partir de ahora será su más firme cultor, y en obras posteriores lo irá extendiendo hacia el norte todo lo que sus argumentaciones se lo permitan, y aún más. Aquí publica dos mapas (p. 68 y p. 70) que presenta como tomados de su artículo de 1962 (pero que no habían aparecido en tal artículo) donde la dispersión hacia el norte de los tehuelches septentrionales ya es notable (ver Figuras 3 y 4).

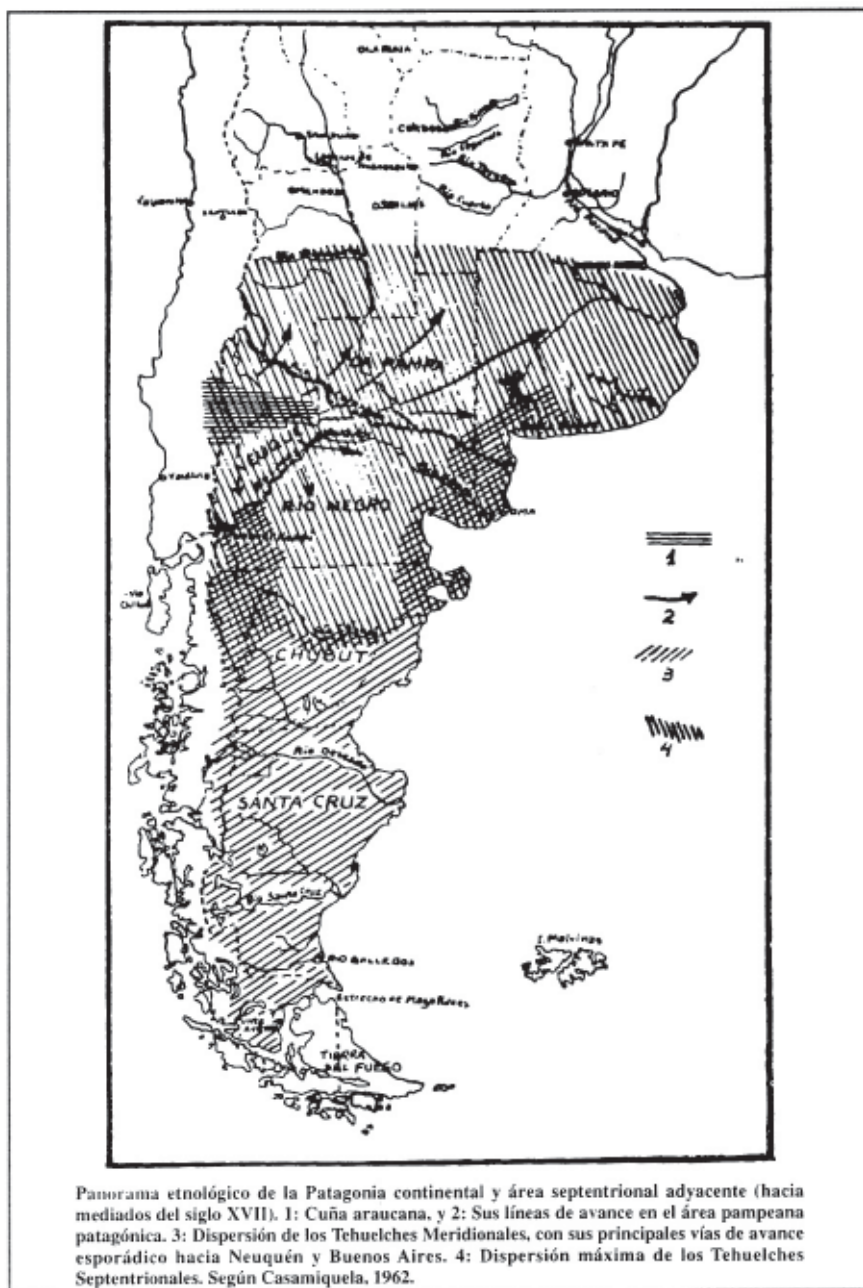


Figura 3: Mapa tomado de Casamiquela 1965



- Distribución de los Tehuelches Septentrionales y Meridionales, con sus subdivisiones (vide fig. 3 y texto). Según Casamiquela, 1962.

Figura 4: Mapa tomado de Casamiquela 1965

El autor ha ubicado cronológicamente este panorama del poblamiento de Pampa-Patagonia en “los primeros años del presente siglo” (p. 8), aunque el cuadro de “denominaciones gentilicias” al que ya hice referencia tiene la aclaración de que es “válido para todo el siglo pasado y primeros años del presente” (p. 10). Debemos entender que eso es posible porque a continuación el autor analizará “qué surge de la confrontación de este panorama reconstruido con el ofrecido por otros viajeros” (p. 15). Entonces pasa revista a los “gentilicios apuntados” por una serie de viajeros, todos de mediados a fines del siglo XIX: Schmid, Musters, Moreno, Virchow, Lista, Spegazzini, Claraz, e incluye a Lehmann Nitsche, Harrington y Escalada, para terminar

Resumiendo: solamente cuatro o cinco denominaciones nuevas, en parte explicadas sobre la marcha y ninguna de interés fundamental, y la realidad subyacente -ternaria hasta aquí- intacta. (Casamiquela 1965: 18)

Es decir que su visión del asunto se basa fundamentalmente en sus propias observaciones, la revisión de los viajeros y autores mencionados se limita al aspecto lingüístico/gentilicio y aún así no tienen peso en su argumentación que prefiere mantener tres componentes del complejo tehuelche. Me parece una base muy endeble para extender hacia atrás en el tiempo este panorama hasta el 1800. Además, el autor olvidó aquí la crítica que él mismo ha realizado en páginas anteriores sobre el

panorama fragmentario que podrían obtener los cronistas o curiosos apresurados, acompañados en la mayor parte de los casos por individuos de una sola parcialidad y de una lengua, o dos, casi siempre mal comprendidas o incomprensibles del todo, en áreas geográficamente ajenas a su habitat verdadero, etc., sumados los inevitables errores de puntuación y oído, el desgano y desconocimiento de los informantes, etc., etc. (Casamiquela 1965: 14)

Casamiquela no puede asegurar que los informantes que menciona en la página cuatro, muchos de ellos “mestizos”, estén haciendo referencia a su propio grupo de pertenencia, o al de sus ascendientes; no aclara qué lengua indígena habla cada uno y resulta obvio que ya no están en su habitat original sino en reservas, estancias y pueblos de Tierra del Fuego y el sur de Santa Cruz. Sin embargo, nos ha presentado un panorama que incluye hacia el norte la provincia de Neuquén y parte de las de La Pampa y Buenos Aires.

Otros capítulos de “Rectificaciones y ratificaciones...” están dedicados al grupo lingüístico “ken” de Escalada, a los “Poyas”, al “Teushen”, a

los “Mecharnuwe”, a “afinidades lingüísticas” y a la lengua “Het”. Debo detenerme en dos de ellos que están relacionados con el tema que me ocupa: la “Recapitulación” del capítulo IX y “La dispersión septentrional de los tehuelches” del capítulo X.

En el capítulo IX se restringe al “complejo tehuelche” en Patagonia continental, con dos grupos, pero es mucho más arriesgado en cuanto a ubicación temporal: se refiere a la “época hispánica (y prehispánica inmediata) y desde luego posthispánica” (p. 67). Es decir que el panorama que comenzó delineando para un siglo -el XIX- y algunas décadas del siguiente, se puede extender ahora a cuatro siglos: por los menos desde principios del XVI hasta principios del XX.

Afirma que los dos grupos en cuestión habitaban áreas contiguas, limitados al oeste por la Cordillera “seguramente sobrepasada hasta la costa pacífica muchas veces” (p. 67) y al este por el océano Atlántico. En el extremo sur, el límite de estos grupos es un problema a resolver por la Arqueología y propone que la toponimia sea “la guía utilizada para delimitar el área *preferentemente* ocupada por las dos grandes etnias diferenciadas, es decir Tehuelches Septentrionales y Meridionales” (p. 67).

Se basa en Harrington (1946) para “intentar fijar un aproximado límite sur de la región de dispersión de los Tehuelches Septentrionales” (p. 69). Después de citar extensamente al mencionado autor, y de discutir su interpretación de Cox y Musters, más el análisis de algunos topónimos de su propia cosecha, expresa:

No he estudiado especialmente el asunto, pero al parecer los topónimos tehuelches septentrionales sobrepasan sólo esporádicamente hacia el sur esta línea del río Chubut, que por lo tanto *puede darse como el límite austral aproximado de la dispersión de su etnia*; límite elástico, claro está, y que debió haber sido superado con frecuencia. (Casamiquela 1965: 73)

Explica también que, según datos de Menéndez y Cox, el sur de Neuquén era una región “alcanzada normalmente y con facilidad por los Tehuelches Meridionales”, pero este “despliegue septentrional de los Meridionales” se realizaba a través de rutas determinadas y tal vez controladas que están “jalonadas” por topónimos tehuelches meridionales en plena área de los septentrionales (p. 74).

En cuanto al límite norte de los Tehuelches Septentrionales, el capítulo dedicado a este tema lleva por subtítulo “Revaloración de los ‘Pampas’” y es uno de los más complejos y atiborrados de datos -sobre todo referidos a la onomástica y a las genealogías- del trabajo que estoy comentando. Discute a diversos autores, vuelve sobre Falkner, Cox, Escala-

da y dedica treinta páginas a analizar onomásticos y sus deformaciones, significados y pertenencias étnicas.

Como síntesis pertinente al tema que me ocupa, puedo realizar el siguiente punteo de temas:

- El autor cita extensamente datos de un parlamento, ocurrido en 1816, de José de San Martín con indios "Peguenches" del sur de Mendoza y norte de Neuquén, publicado por Vignati en 1953, y concluye que se trataba de grupos "racial y culturalmente *tehuelches*" (p. 82). Se basa para esa adscripción en el aspecto físico que se describe y en algunos rasgos culturales: pintura corporal, uso de toldo y lanzas, bebida colectiva. Aunque también usan ponchos y hablan araucano, esos datos son rápidamente desmerecidos.

- Afirma que la región mencionada estaba sufriendo una araucanización muy rápida, "comenzaba la fase decisiva, masiva, de ese proceso", como lo deja ver el relato de Luis de la Cruz quien en 1806 había atravesado la pampa desde el sur de Neuquén hasta el sur de Santa Fe y de cuyo "relato se recoge la impresión de un escenario cambiante" (p. 83).

- Hacia la época de la conquista y los años inmediatamente posteriores existió en la región pampeana una "raza del medio", "ni araucana ni guaraní" -aquí concuerda con Lafone Quevedo (1900)- que estaría representada "por agrupaciones de cazadores" (p. 84).

- En un segundo momento, entre los siglos XVII y XVIII, con la difusión del caballo llegan también al área pampeana "las primeras puntas de lanza araucanas" (p. 84).

- Para el momento anterior a esta irrupción araucana, Casamiquela cita varios documentos del siglo XVII y comienzos del XVIII y, en base a los rasgos de la cultura material que encuentra, determina que se trataba de "cazadores puros de raza pámpida" (p. 85) o sea, *tehuelches* septentrionales.

En el orden implícito que hasta ahora he seguido, el de la fecha de publicación de los diversos trabajos, hay otros aportes que correspondería tratar en este momento. Pero, como ya adelanté al comenzar los comentarios sobre los trabajos de Casamiquela, sus obras de 1965, 1969 y 1985 pueden considerarse una unidad, puesto que no presentan un cambio rotundo de enfoque entre una y otra. Conviene tratarlas en conjunto porque así podré marcar de manera más directa las leves diferencias, especialmente de forma, que no varían sustancialmente el aporte que acabo de comentar.

En 1969 Rodolfo Casamiquela publica en Santiago de Chile *Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. Prue-*

bas Etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los Querandíes. No puede decirse que sea un autor que retacee información en los títulos de sus obras, ni que mantenga el mínimo suspenso por el tenor de sus conclusiones. Tanto es así que, en la página 28 de un libro que tiene 171, dice

Que quede constancia de que **todo el resto del presente trabajo se dedicará a ampliaciones, contrapruebas y complementos, pero que el meollo del asunto queda demostrado *ab initio***. (Casamiquela 1969: 28, destacado del autor)

El autor afirma esto después de presentar su sección II “Documentación de base y análisis preliminar” (p. 11 a 29) en párrafos cortos, como si transcribiera datos directamente de sus fichas, proporciona nombres de caciques y su ubicación geográfica, parentescos entre los diversos personajes mencionados, reinterpretación de nombres o, como él mismo reconoce, “ejercicios paleo-onomásticos” (p. 25). Menciona documentos del AGI, aunque sin aclarar el significado de la sigla, ordenados cronológicamente desde 1583 y también utiliza fuentes de segunda mano (Grenón, Outes, Vignati, entre otros). En general, se trata de datos de hasta fines del siglo XVII. Luego, en las dos últimas páginas hace una corta “Recapitulación” reiterando de manera más sintética los datos ya expuestos o, en sus palabras, el “residuo sólido” (p. 27).

No viene al caso enumerarlos aquí, pero le sirven al autor para afirmar que los Querandíes “eran los ancestros (o pertenecían al grupo de los ancestros) de los Tehuelches Septentrionales del presente” (p. 28). Esta demostración parece ser, si nos atenemos al título del libro, el tema central. Pero las diferentes “secciones” recorren un campo muy amplio: “los Serranos y otras entidades del área pan-pampeana”, “los Tehuelches Meridionales y los Araucanos en el área pampeana-patagónica”, “panorama etnológico de Neuquén y sur de Cuyo”, “Etnología versus Paleoetnología en el área pampeana”.

No es simple extraer y resumir de entre una redacción realmente enmarañada, el tema pertinente a discutir aquí. Voy a referirme a algunas consideraciones que hace el autor en la Introducción, para luego pasar directamente a la Sección VIII: “Dinámica de la configuración del panorama etnológico esbozado”, con el fin de comparar esta visión con la de su obra anterior. Luego listaré algunos temas que se entresacan del resto del texto -abusivamente basado en los aspectos lingüísticos y onomásticos- que son pasibles de discusión en el marco del tema de mi interés.

Casamiquela reconoce su trabajo de 1965 como aquel que aborda por primera vez el tema de la etnología pampeana y en el que se aparta

de una tesis sostenida por él en un trabajo anterior de 1961. Este último estuvo destinado a probar, otra vez con “argumentos lingüísticos” y de “confrontación de gentilicios”, la conexión de los Tehuelches con los cazadores del grupo charrúa y aún sugirió vinculaciones con pueblos “culturalmente semejantes del área chaqueña” (p. 9). Casamiquela afirma que en su trabajo de 1965 las investigaciones paleoetnológicas lo llevaron a intentar una explicación opuesta: la presencia de tehuelches en el área pampeana fue “moderna” y habría sido un “desborde patagónico producido por la difusión en gran escala del caballo”; en ese momento veía como imposible la presencia de “Cazadores puros” al lado de culturas de “recolectores y cazadores inferiores”, o que las primeras hubieran “reemplazado” a las segundas (p. 9).

Afirma el autor que en este trabajo retoma la línea del de 1961, “bajo el peso de la documentación etnohistórica”, “con un puñado de documentos y argumentos que no vacilo en calificar de incontrovertibles” (p. 9). El problema radica en que la documentación etnohistórica se limita para el autor a los gentilicios y onomásticos y su respectiva -aunque muchas veces probable- ubicación espacial y temporal. Además, el autor reconoce que la exposición de tales documentos es una tarea mecánica y promete detenerse al final en la confrontación que pudieran producir con las interpretaciones arqueológicas. Con esto deja planteada una expectativa que no resolverá.

La Sección VIII abarca desde la página 127 a la 130 y tiene tres mapas de referencia. Aquí el autor se propone

una reconstrucción de la estructura de la dinámica que llevó al establecimiento, expansión y retracción de las etnias consideradas en el área pan-pampeana, cuyana y patagónica septentrional. (Casamiquela 1969: 127)

y a continuación pasa a exponer su tesis que es, en lo fundamental, igual a la de 1965 pero agregándole el factor tiempo. Esta interpretación parece más dinámica, en el sentido que tiene en cuenta los cambios que se van produciendo en el poblamiento indígena desde el siglo XV al XIX, aunque sólo se ocupa de la ubicación y movimientos de los diferentes grupos y su interpretación no incluye el tratamiento del cambio cultural. Define cuatro momentos en esta “reconstrucción dinámica” que resulta muy difícil de trasladar a un vocabulario más actualizado, por lo que -una vez más- abusaré de las comillas y de las citas textuales.

El primer momento corresponde al “inmediatamente anterior a la conquista” (p. 127), aunque luego de describirlo el autor remite al mapa 1 (ver Figura 5) en cuya explicación lo atribuye a los siglos XV, XVI y

parte del XVII. Sería el momento en el que grupos humanos de “raza patagónica, cultura de cazadores de tipo ona”, con una lengua afín a la tehuelche septentrional, ocupaba toda el área pampeana. Por el norte llegaban hasta el sur de Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza y la “porción extraandina septentrional de Neuquén” (p. 127),

Hacia el S de la provincia de Buenos Aires, y a lo largo de los ríos Colorado y Negro, pasaba en transición al escalón cazador de tipo “tehuelche”, conformado por idénticas unidades tribales muy móviles, cazadoras (de caza grande y con recolección escasa), racialmente **patagónicas** y parlantes del tehuelche septentrional. Entre la trama de partidas sueltas se filtraban, siempre a través de rutas y cazaderos bien establecidos, grupos de Tehuelches Meridionales, de idéntica raza y cultura que los anteriores, aunque con lengua diferente (pero emparentada básicamente), que llegaban con toda probabilidad hasta Nahuel Huapí y el S de Neuquén y S de la Pampa y Buenos Aires. (Casamiquela 1969: 127)

Estas poblaciones “se continuaban” hacia Santa Fe y Entre Ríos con otras de tipo “ona” y “contactaban con otros pueblos y culturas”, sedentarios, “ceramistas y cultivadores inferiores”, o “recolectoras y pescadoras más primitivas”. Por el lado de las sierras australes de Córdoba y San Luis, “se enfrentaban con poblaciones sedentarias de tejedores, ceramistas y cultivadores”, “de tipo ‘comechingón’”. Por el noroeste, “iban a engranar” en el centro de Mendoza y el norte de Neuquén cordillerano con una “cultura de recolectores y pescadores, sólo seminómades y de tipo ‘canoero austral’” (p. 127-128).

El segundo momento ocurre en el siglo XVI (el autor vuelve a remitir al mapa 1, ver Figura 5), “como resultado de modificaciones del panorama chileno y a favor de las primeras influencias culturales europeas”, los Tehuelches patagónicos se mueven hacia el noroeste y esto

culmina con la eliminación y absorción de los ‘Pehuenches primitivos’. A partir de ese siglo la presión tehuelche desborda los límites antiguos también en el S de la provincia de Buenos Aires, y se produce una revitalización de las poblaciones **proto-tehuelches** del área pampeana, traducida en la vigorización y rapidez de los contactos, en particular a lo largo del área circumpampeana, y en la centro-pampeana a partir de bases neuquinas (o por lo menos en sentido transversal más bien que N-S). Por ese entonces, hacia comienzos del siglo XVII para dar una fecha, se rompe en sentido inverso el equilibrio tehuelche-araucano en la porción cordillerana S de Neuquén, y las primeras influencias culturales araucanas (vestimentas, adornos, idioma y probablemente un número



Figura 5: Mapa 1, de Casamiquela 1969

pequeño de individuos) ganan el área S de Neuquén y O de Río Negro. Esta penetración -o mejor en mayor medida **difusión**- cultural se hace según parece de manera pacífica. (Casamiquela 1969: 128)

El tercer momento ocurre a lo largo del siglo XVII (aquí el autor remite al mapa 2, ver Figura 6). En toda el área pampeana ocurre masivamente la “tehuelchización” y

comienza la retracción y absorción de las poblaciones huarpes australes. Es época del uso intenso del caballo y, con el crecimiento de la influencia de Buenos Aires, se retiran hacia el N y en parte desaparecen los pueblos de pescadores y cultivadores del S de la Mesopotamia y Santa Fe. Los Pehuenches primitivos han sido reemplazados por elementos **tehuelchizados**, o **para-tehuelches**, y se acentúan las amenazas y malones contra las poblaciones españolas de Chile. Prosigue, a la inversa, la infiltración de elementos culturales araucanos hacia el S de Neuquén, y se radican en su territorio las primeras tribus de esa extracción, racialmente ándidas (?) y culturalmente de cultivadores inferiores sedentarios (si bien muy contaminados, a su vez, por elementos culturales cazadores). (Casamiquela 1969: 128-129)

El cuarto momento corresponde al siglo XVIII, en que ocurren los primeros grandes malones sobre Buenos Aires y su región aledaña, y ejercen su hegemonía los caciques “radicados” en el sur de la provincia de Buenos Aires y el norte de la Patagonia. Los Tehuelches Meridionales llegan hasta las cercanías de Buenos Aires, y en la segunda mitad del siglo “mantienen núcleos estables en el S de la provincia”. Además

Los primeros apellidos araucanos ganan el área pampeana a comienzos del siglo y se hacen casi dominantes hacia sus fines. Aparecen los primeros **individuos** de esa cultura (y raza), llegados desde la cabecera de puente neuquina. Prácticamente desaparece la cultura huarpe y los Pehuenches se araucanizan en gran medida, en especial en la lengua. La relación entre Araucanos y Tehuelches en el S de Neuquén se mantiene en un *statu quo*. Las influencias culturales (lingüísticas en especial) son grandes pero la hegemonía es netamente tehuelche. Por otro lado, los Araucanos han adoptado numerosos rasgos culturales tehuelches (o cazadores) y esto vale para toda el área pampeana (y contribuye al nuevo equilibrio). (Casamiquela 1969: 129)

El autor señala cómo el caballo ha cambiado hábitos alimenticios, la movilidad, las comunicaciones y el transporte, por lo que aumenta el tamaño de los toldos y se enriquecen el vestido y las armas. Además,

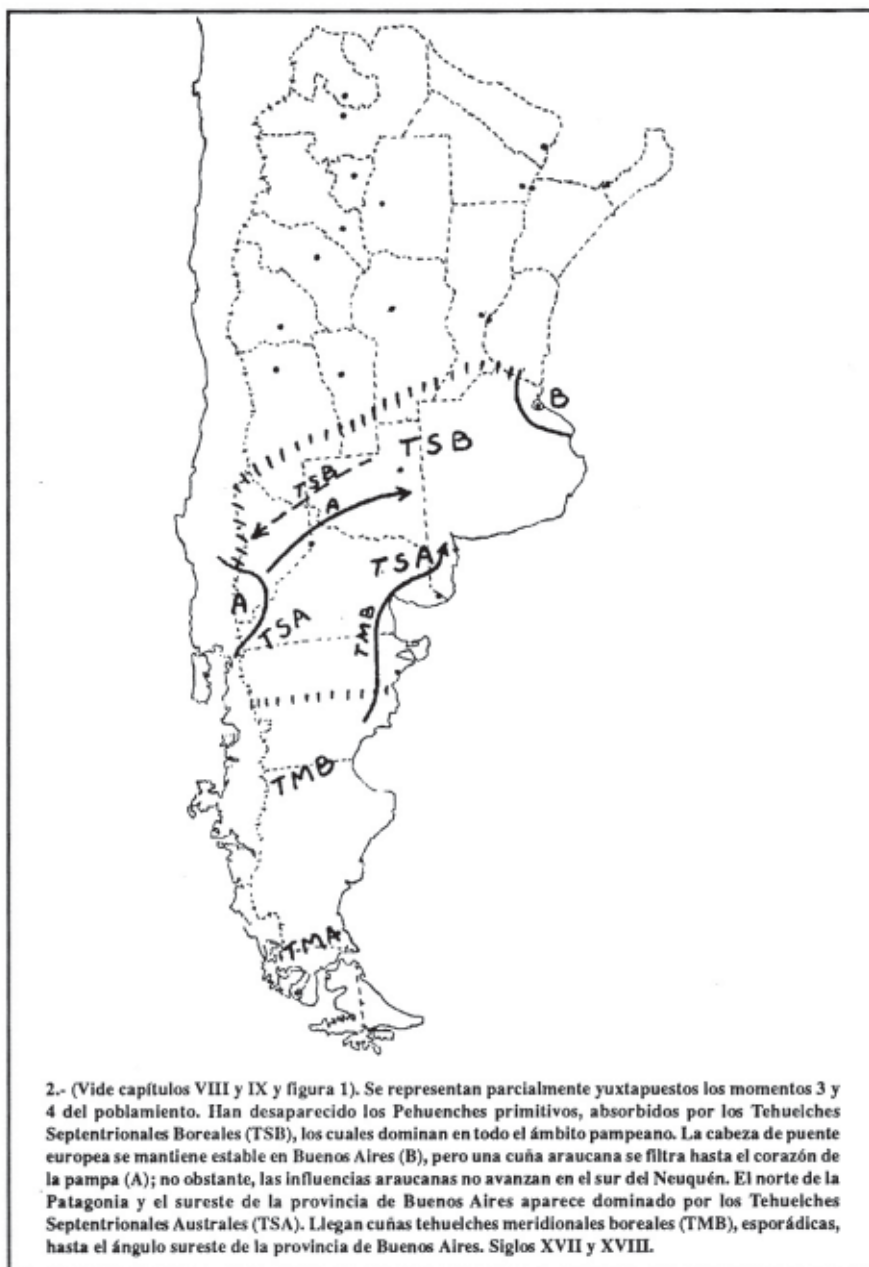


Figura 6: Mapa 2, de Casamiquela 1969

comienza en este momento “la retracción de los Tehuelches hacia el S en toda el área pampeana central y provincia de Buenos Aires en especial” (p. 129), lo que parece contradecirse con la “irrupción” de los Tehuelches Meridionales en el área pampeana y los “núcleos estables” en el sur de Buenos Aires a los que ha hecho referencia antes. Remite a los mapas 2 y 3 (ver Figuras 6 y 7).

El quinto momento ocurre a lo largo del siglo XIX hasta la conquista del “Desierto” y en él se

ve el triunfo definitivo de la araucanización de La Pampa, con la radicación de tribus enteras procedentes directamente desde Chile (como Callvucurá), y la retracción definitiva de los Tehuelches a los límites de los ríos Colorado y Negro y porción más austral de la provincia de Buenos Aires. Pocos caciques de este origen quedan en ella pasada la mitad del siglo. La situación de equilibrio en el S de Neuquén, no obstante, se mantiene, ya que si bien la aculturación se hace más profunda, los linajes tehuelches retienen el cacicazgo. (Casamiquela 1969: 129-130)

Para esta época arrecian los malones sobre Buenos Aires, y en Chile el peligro de ataque lo constituyen los Pehuenches, que están “muy araucanizados pero todavía culturalmente ‘tehuelches’ en lo fundamental hasta la mitad del siglo por lo menos”. Después de la conquista del “Desierto” (1880-1883), en que las tribus indígenas son “desalojadas casi por completo de su ámbito”, “los Araucanos se retraen a Neuquén y Chile, mientras los individuos de ascendencia tehuelche más pura se internan en el corazón de la Patagonia” (p. 130). Remite al mapa 3 (ver Figura 7).

Las diferencias con el trabajo de 1965 son muy pocas: aquí no menciona a los “Chulila” o “Chëwach a këna”, aparecen en cambio los Tehuelches Septentrionales *boreales* y hay un corrimiento hacia el norte de este grupo que se debe, evidentemente, a la necesidad de incluir a los grupos objeto de su estudio, los Querandíes, y aún otros de más al norte como veremos enseguida. Por lo tanto ya no hay “tres núcleos fundamentales de tehuelches” como decía en el trabajo anterior, sino dos, con dos subdivisiones cada uno. La división en diferentes “momentos” y los mapas contribuyen a dejar una imagen más dinámica y convincente del poblamiento indígena de Pampa-Patagonia.

Hay otras cuestiones que el autor va desgranando a lo largo del libro y tienen relación directa con el tema en estudio.

En la Sección III se refiere a “Los serranos y otras entidades del área pampeana”. Afirma que hay “Serranos” de dos procedencias, unos de las sierras de Córdoba y San Luis y otros de la provincia de Buenos Aires,

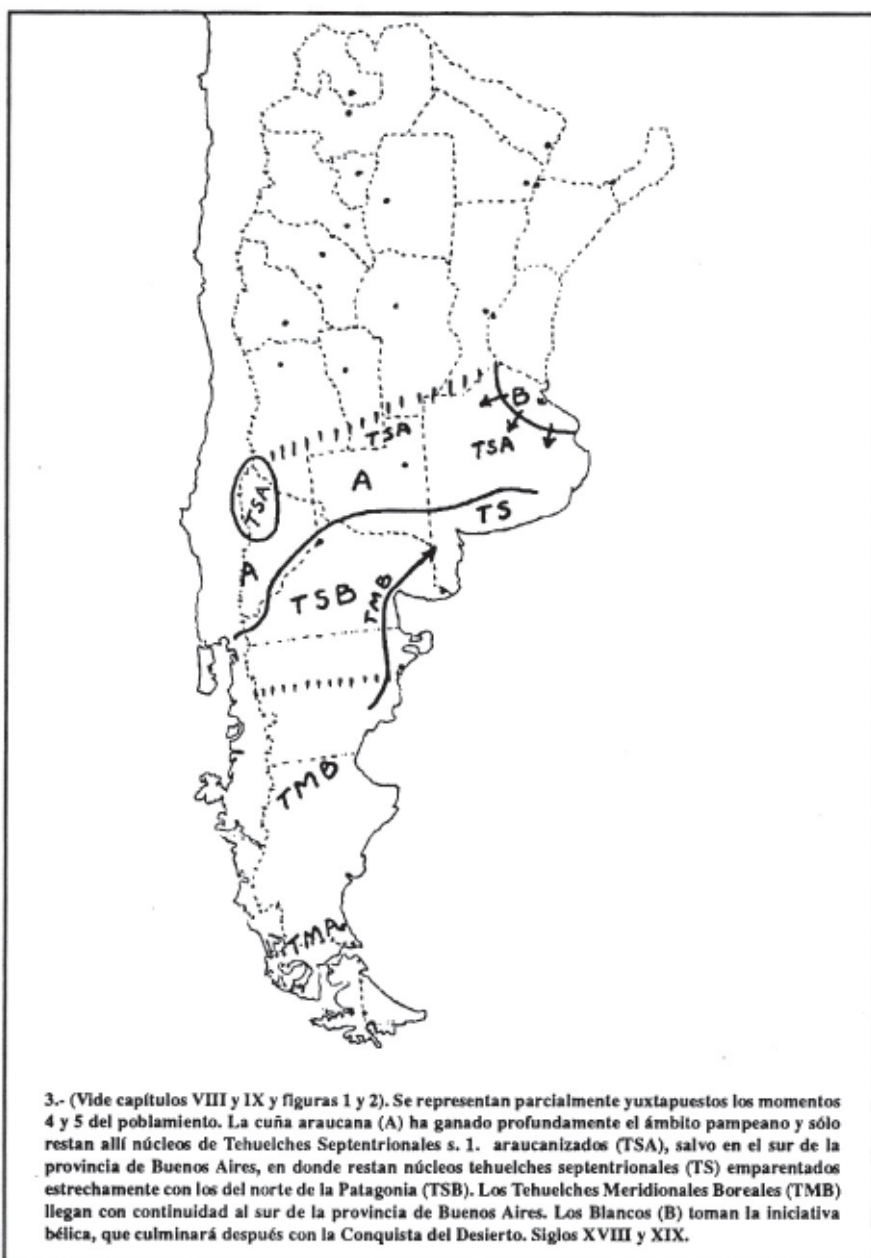


Figura 7: Mapa 3, de Casamiquela 1969

agregando luego a “los indígenas de las faldas de la Cordillera de los Andes” (p. 31).

Las fuentes en que se basa para fundamentar la existencia de un apelativo de “Serranos” para los de Córdoba y San Luis son verdaderamente endeble. Los otros dos grupos no serían dos en realidad, y para afirmar esto no necesito citar aquí nuevos datos, sino el mismo fragmento con el cual fundamenta el propio Casamiquela la presunta existencia de “un tercer elemento”. El autor sostiene que, aparte de los Serranos de Córdoba y San Luis, existía para mediados del siglo XVIII un segundo grupo de “Serranos”: los del sur de la provincia de Buenos Aires, sierras de Tandilia y Ventania, y noreste de la provincia de Río Negro. Algunos autores los identificaron como Tehuelches Septentrionales. Para ellos se habría creado la reducción cercana a Mar del Plata (p. 33).

Para referirse al tercer grupo, Casamiquela utiliza lo que él denomina un “oscuro pasaje de Cardiel (1740)”. Allí el jesuita explica que la “nación” de los Serranos tiene cinco caciques, dos que vivían en la sierras “del Volcán” [Tandil] y los otros en las cercanías de la cordillera de los Andes, a 200 leguas hacia el oeste de Tandil. Desde allí, todos los años viajaban a Tandil y a Buenos Aires para comerciar (p. 35). Con esto quiere demostrar Casamiquela que existe un “tercer” grupo de Serranos. Lo que en realidad se impone con más fuerza es que se trataría de un mismo grupo que utilizaba distintas regiones geográficas por razones de comercio y, tal vez, estacionales. También se refiere a la ruta que estos grupos seguían para llegar a Buenos Aires y vuelve a incurrir en un error de interpretación. Según él, no atravesaban “al sesgo” la actual provincia de La Pampa por la existencia de una tupida vegetación tipo “monte” y por la ausencia de aguadas. Pero al mismo tiempo menciona la existencia en esa zona de tres grupos: los *Mamëllche* o “gente de los montes”, los *Chaziche* o “Salineros” y los *Rankülche* o “gente de los carrizos” (p. 36). Dos preguntas se desprenden de esta tesis así presentada. La primera, si no sería precisamente por la presencia de esos grupos que la ruta de los “Serranos cordilleranos” evitaba esa zona. La segunda, cómo era que había grupos que habitaban esa región si era realmente tan árida y montuosa. Volveré sobre estos temas en el capítulo correspondiente. En descargo del autor, puedo mencionar que hace referencia a un “*continuum*” que formarían los Serranos bonaerenses y los precordilleranos (p. 37).

En la Sección IV de “Conclusiones preliminares” vuelve sobre su idea de que los “antiguos Españoles” distinguían tres clases de “Serranos”. Pero “todos estos Serranos estaban en comunicación entre sí y, por lo menos en algún caso, estaban relacionados por vínculos de sangre”.

Tal comunicación era “anterior a la difusión masiva del caballo en el área pampeana” y, en el siglo XVIII, se intensificó, había entre ellas “afinidades etnológicas” y “factores de tipo ecológico” que contribuían a esa comunicación (p. 43). Todo parece indicar que la conclusión más atinada es considerarlos como un mismo grupo étnico, pero el autor no da ese último paso.

Otro tema discutible es el que Casamiquela menciona como “corrimiento hacia el S” o “retracción patagónica de los linajes de aboriginal bonaerense y pan-pampeano”, en contraposición a que “los linajes nor-pampeanos (cordobeses-puntanos-cuyanos) se mantuvieron en sus áreas originales” y luego se “extinguieron” o “se integraron al torrente araucano” (p. 44). Más adelante pone un ejemplo de 1826, del desplazamiento de dos caciques, uno de ellos desde el cabo San Antonio al río Colorado (p. 50). Aquí el autor deja olvidadas las diferencias del tipo de explotación de los recursos económicos de los que él llama “del norte” con respecto a los “del sur”, para mencionar al pasar que “esta segregación diferencial” puede “obedecer a leyes de mera afinidad etnológica” (p. 44). Seguramente sí, etnológica (o cultural) y económica, puesto que los del norte eran grupos sedentarios que se mantuvieron en sus áreas, seguramente no sin cambios provocados por la presencia del blanco y del “torrente araucano”, y los del sur eran grupos no-sedentarios que atravesaron vicisitudes diversas y utilizaron estrategias cambiantes desde la llegada del blanco a la región. Es probable que para 1826 algunos grupos se estuvieran replegando hacia el sur por el avance de la frontera de Buenos Aires, pero *antes* existió un avance sobre Buenos Aires en búsqueda de ganado cimarrón y otros bienes, a los que el mismo Casamiquela se refiere como “desborde”. Para el autor, el proceso de “retracción” hacia el sur vuelve a repetirse, aunque “en escala más reducida” en oportunidad de la “Conquista del Desierto” (p. 44). El ejemplo con que refuerza su argumento vuelve a desconocer el paso del tiempo: “en la actualidad” muchos indígenas del “corazón del Chubut” le relatan que habían nacido en lugares de la Pampa como Bragado o Tapalqué (p. 51). La “retracción” de las primeras décadas del XIX es comparable a la de fines del mismo siglo y ambas sirven para reforzar su argumento global de que *hubo* retracción. Pero, aunque dejáramos de lado la diferencia temporal, ¿tuvieron las mismas causas estos dos desplazamientos? Evidentemente no, ni el último fue un repliegue de la misma intensidad que el primero.

No puedo dejar de mencionar aquí las conclusiones a las que arriba el autor respecto del tema central de su obra. En la Sección V expone su “Tesis fundamental”:

Los Querandíes y los Pampas *sensu stricto* del área pampeana cordobesa y bonaerense (incluidos los Serranos de ambas áreas) y de la pampa central, constituían -etnológicamente hablando- hacia la época de la conquista, una porción boreal de los Tehuelches Septentrionales. (Casamiquela 1969: 53)

Inmediatamente expone los “documentos de carácter racial” que lo llevan a la conclusión de que esas poblaciones pertenecían a la raza “Pámpida” o “Patagónida” (p. 53 a 55). Luego agrega, en dos largos acápites los datos etnográficos (p. 55 a 68) y las afinidades lingüísticas (p. 68 a 86), para asegurar “la íntima unidad cultural” de los Pampas pre-Araucanos, los Pampas Serranos (incluidos los Querandíes) y los Tehuelches Septentrionales (p. 68).

En 1985 Casamiquela publica *Bosquejo de una etnología de la provincia de Río Negro*, con el auspicio del Ministerio de Educación y Cultura de esa provincia. Es un texto corto, de 73 páginas divididas en tres capítulos, a las que se agregan más de 30 páginas de notas, un glosario y un mapa étnico. El primer capítulo describe “el escenario” (accidentes geográficos, recursos disponibles) y el segundo se ocupa del aspecto antropológico físico siguiendo el esquema propuesto por Bórmida en su famosa tesis doctoral (Bórmida 1953-54), y tiene algunas referencias a la arqueología que fortalece la presunción de una antigüedad muy grande para la presencia de los cazadores en el área. El tercer capítulo es el más extenso (60 páginas) y allí el autor va exponiendo e interpretando clasificaciones étnicas de diversos autores: Mascardi, Menéndez, Villarino, Viedma, Moreno, Musters, Cox, Harrington, Escalada y Claraz. Su propia visión del panorama étnico queda relegada a una de las notas, a la que remite al final del capítulo II, cuando se está refiriendo a los antecedentes arqueológicos del panorama que va a presentar.

En la nota 79 expone entonces el autor una síntesis de su “propio esquema etnológico”, advirtiendo que lo ha desarrollado más extensamente en varios de sus trabajos que cita en la Bibliografía. Los trabajos propios mencionados allí son 30, más siete inéditos en ese momento, más uno en colaboración. No puedo recomendar una lista más abarcativa para referir los trabajos de Rodolfo Casamiquela sobre la cuestión que me ocupa y algunos temas conexos.

Utilizando nuevamente el recurso de imaginar a un viajero recorriendo la Patagonia, como en su trabajo de 1965, el autor explica que, ahora de sur a norte, el viajero en cuestión hubiera encontrado:

- En el extremo sur del continente, entre el estrecho de Magallanes y el río Santa Cruz, un pueblo “cazador nómada de guanacos y avestruces,

hablante de una lengua propia". Su nombre era *aónik'enk* que significa "sureños" o *aonik'* o *ch'oonüikü* que significa "gente del sur". Hacia el sudoeste de este pueblo, estaban los *áirre*, que eran "metamórficos de *aónik'enk* e indígenas de canoa, alacalufes" (p. 104).

En mi nomenclatura, estos indígenas grandes cazadores nómadas de toldo portátil, capa de chulengos, arco y flecha y boleadoras, son denominados "tehuelches meridionales australes". El otro pueblo, metamórfico, aludido son los "guaicaros" o "guaicurúes" de la crónica. (Casamiquela 1985: 104)

- Entre los ríos Santa Cruz y Chubut, existió un pueblo similar al anterior. Su "epicentro estaba en la región de los ríos Chico y Chalia de Santa Cruz" y se denominaban a sí mismos *mech'arn* o *ch'oonüikü* o "gente de la resina de molle", aunque esta denominación no corresponde a su lengua -el *téwsün*- sino a su traducción a la lengua tehuelche meridional austral (p. 104).

- Entre el río Chubut y los ríos Negro-Limay se encontraban los "tehuelches septentrionales australes", semejantes culturalmente a los del sur del Chubut, "aunque en el tipo físico no había mezclas con el elemento fuéguido: privaba el pámpido puro". En su propio idioma el subgrupo que ocupaba el centro y el este de las provincias de Río Negro y Chubut se denominaba *güniin a künna* o "la gente por excelencia". En la región precordillerana del norte de Chubut y oeste de Río Negro, con la misma lengua, había otro subgrupo que se denominaba *chüwach a künna* o "gente del borde de la Cordillera". "Todo el conjunto se denominaba 'pampa' a sí mismo" (p. 105),

El nombre deriva del poblamiento del ámbito pampeano llevado a cabo por el aludido pueblo de los tehuelches septentrionales australes, el que se extendió al sur de Neuquén. Aparentemente se produjo en época histórica, a favor de la difusión masiva del caballo, pero no puede descartarse un origen un poco más antiguo (un par de siglos antes de la conquista española). (Casamiquela 1985: 105)

- En el sector extraandino de Neuquén y en la región pampeana, Casamiquela ubica, "para hacer simétrico el esquema", a "pueblos pámpidos de cazadores nómadas", los "tehuelches septentrionales boreales". Su origen sería anterior al avance de los tehuelches septentrionales australes, aunque "en la práctica es difícil separar ambas cosas". Pertenerían a este grupo los "puelches" del norte de Neuquén y los querandíes del momento de la llegada de los primeros blancos al Río de la Plata (p. 105).

Vemos que Casamiquela vuelve a mencionar a los *Chëwach* a *këna*

de su trabajo de 1965, aunque ahora ha modificado la grafía y ya no son un “tercer” grupo sino un subgrupo de los tehuelches septentrionales australes. Además, mantiene la posición -que ya había planteado en 1969- bien extendida hacia el norte para sus tehuelches septentrionales boreales. Básicamente el esquema sigue siendo el mismo de hace 20 años, con el agregado extravagante de los querandíes propuesto ya en 1969. El mapa que acompaña este “esquema etnológico” es para 1700 (ver Figura 8), lo que resulta una fecha arbitraria, puesto que los datos son escasísimos para todo el siglo XVII. Una fecha más probable podría ser mediados del XVIII. Ha desaparecido por completo la imagen dinámica que dejaban sus tres mapas de 1969, ahora el panorama es absolutamente estático, con el agravante de que aún en el texto lo es: ya no existen “momentos” diferenciados en el poblamiento de la región. Sólo aparecen ordenados cronológicamente los diferentes testimonios de la presencia de indígenas que dejan los autores mencionados arriba, y luego una “tipificación cultural” que incluye brevemente el aspecto lingüístico (p. 49 a 73) y repasa la economía, las costumbres alimentarias, los aspectos mágico-religiosos, los diferentes momentos del ciclo de vida, la división del trabajo por sexos, etc. Esta parte está basada en Moreno y Claraz, con el agregado de las informaciones que José María Cual les proporcionara a Bórmida y Casamiquela (1958-59).

Como anuncié al comienzo, no era posible tratar por separado este conjunto que conforman las tres últimas obras analizadas de Casamiquela. Debo volver ahora sobre Vignati y dos trabajos suyos que, si seguía estrictamente un orden cronológico, debería haber intercalado en el análisis. Pero de esa manera el panorama hubiera resultado más confuso. Vignati es un autor que ha publicado también decenas de títulos sobre diferentes cuestiones, temas y enfoques de Pampa y Patagonia y del cual sólo estoy considerando aquellos trabajos que intentaron una visión más abarcativa temáticamente y más amplia regionalmente.

En un opúsculo sin fecha de edición, publicado por la editorial Plaza y Janés como parte de una serie de la cual desconozco otros títulos (*Historia Argentina* 5), Vignati escribe sobre “Etnografía y Arqueología. Usos, costumbres y cultura de los aborígenes de Buenos Aires, La Pampa y Patagonia: Período Colonial”. Por las referencias que hace el autor en el texto y la bibliografía que cita, se puede fechar su redacción en los primeros años de los '60, aunque no aparecen mencionados los trabajos de Harrington y Escalada, por ejemplo. Un análisis de la lista bibliográfica del final del trabajo indica que las únicas fuentes citadas que tienen relación con los tehuelches del norte de Patagonia son Falkner y Musters.

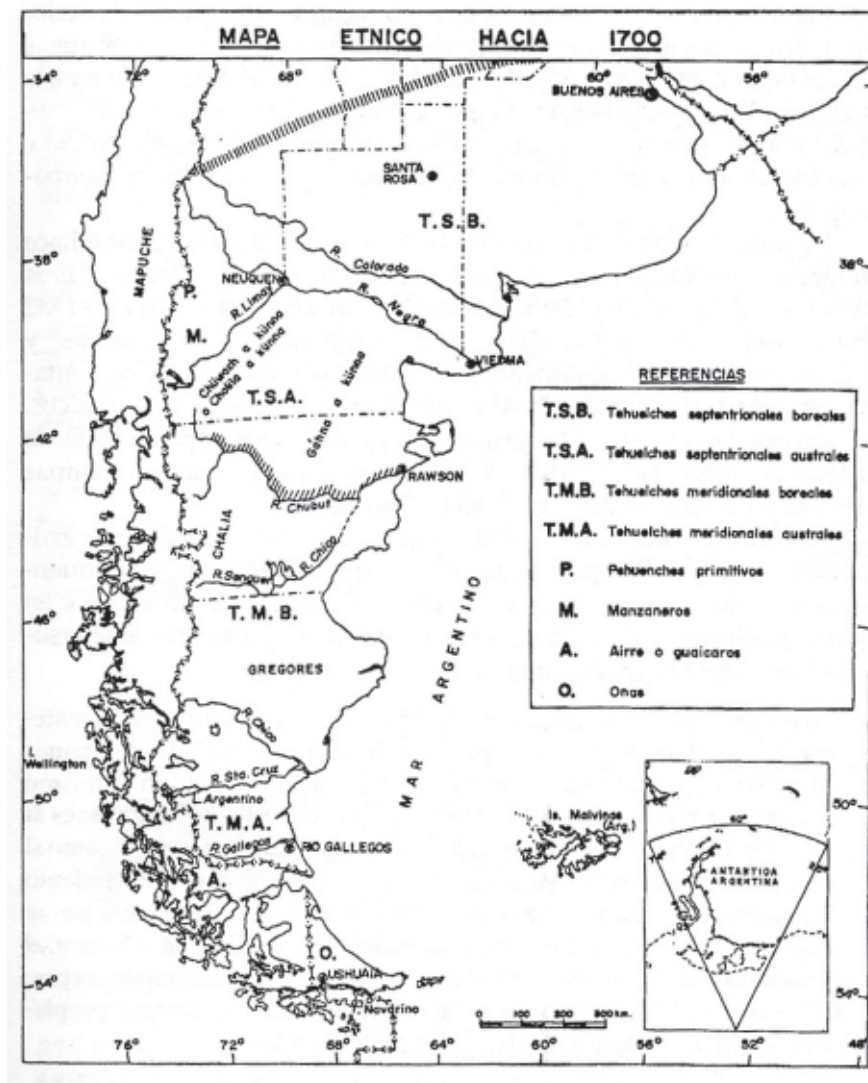


Figura 8: Mapa de Casamiquela 1985

Aparte de esto, aparecen mencionados Rosales y Gusinde. Las demás son obras o artículos de arqueología o geología y siete trabajos del propio Vignati, la mayoría de ellos de arqueología.

En el Sumario que encabeza el texto figuran las siguientes secciones: I. Introducción, II. Protohistoria, III. Arqueología, IV. Síntesis etnográfica, V. Huarpes, VI. Pehuenches, VII. Indios de la Pampa y Patagonia, VIII. Mapuches, IX. La población aborigen de Tierra del Fuego, X. Ona, XI. Yámana. Con esto queda claro que el autor, como en 1936, sigue incluyendo a la región cuyana cuando debe referirse a Pampa-Patagonia.

La presentación es bastante desordenada. En la introducción hace referencia a los hallazgos arqueológicos que indicarían a los primeros pobladores del área. En el ítem II, menciona una carta de Garay de 1582 como el escrito que da nacimiento a “la protohistoria de las llanuras” y luego se basa casi exclusivamente en Falkner, más sus propios comentarios e interpretaciones, para mostrar un panorama de los grupos étnicos. Cuando puede, relaciona a los grupos con los hallazgos arqueológicos de las diversas zonas. Los Taluhet y Diuihet de Falkner son para él Pampas Allentiac y Pampas Millcayac respectivamente.

En “Síntesis etnográfica”, anuncia que ésta comprenderá varios grupos: los Huarpe, los Pampas Allentiac, los Pampas Millcayac, los Pehuenches, los Mapuches o Araucanos, los Gününa-Küne y los Aônükün’k en la parte continental, y los Ona (Shelknám y Haush) y Yámana en la insular de Tierra del Fuego. Aunque

La enumeración es extensa pero no hay que forjarse ilusiones. El material de que disponemos es exiguo; descartando las entidades fueguinas -que han merecido excelentes monografías elaboradas junto al mismo indígena- a medida que avanzamos desde el estrecho de Magallanes al N., cada vez es más precaria la información que puede usarse. Y como si esta circunstancia no fuese suficiente para ensombrecer el conocimiento individual de cada una de ellas, *el autor de mayor prestigio tanto por su largo contacto con el indio como por la modalidad científica que lo inspira, el jesuita Falkner*, al fin, muy pocas son las diferencias que establece entre los habitantes de las llanuras pampeanas con los de Patagonia propiamente dicha. (Vignati s/f: 271, el destacado es mío)

Hay aquí un evidente cambio de opinión respecto a lo que había expresado acerca de Falkner en 1936:

Para el siglo XVIII está la obra del padre Falkner que en las últimas décadas ha gozado de gran predicamento, pero que, escrita con aparente

claridad, oculta la falta de precisión y la nebulosidad de su fondo, cuando no la ofuscación de conceptos sobre la distribución de las agrupaciones aborígenes. (Vignati 1936a: 551)

Después de haber logrado que todos los que escribieron sobre Pampa-Patagonia durante casi tres décadas criticaran ácidamente la obra de Falkner y la desacreditaran totalmente, Vignati lo rehabilita ahora vertiendo conceptos a mi entender no del todo merecidos. Es más: el mapa que presenta restituye para el área pampeana la nomenclatura y distribución de grupos de Falkner.

Algunos de los ítems mencionados, entre ellos el dedicado a los indios de Pampa y Patagonia, tiene subtítulos como: economía, habitación, transporte, caza, vestido y ornamentos, organización social, y en ellos se describen las características de la cultura bajo la forma de lista de rasgos. El autor aclara, sin embargo, que “los Pampas, de uno y otro idioma, los Gününa-Küne y los Aônükün’k serán descriptos conjuntamente, aunque dejando constancia de las discrepancias” (p. 272).

El texto está acompañado de un mapa de “distribución de los etnos pampa-patagónicos” (ver Figura 9) que abarcan casi toda la provincia de San Juan, dos tercios del sur de San Luis, el extremo sur de Córdoba y Santa Fe y Buenos Aires desde el río Salado hacia el sur, hasta el estrecho de Magallanes. En ese extenso ámbito

Al S. del territorio de caza de la cultura Pampa estaban los Gününa-Küne. Una fracción de éstos -posiblemente la más septentrional, ya que estaba en contacto poco amistoso con los Mapuches- fue adjetivada por los últimos como Tehuelche. Es este un gentilicio que debe excluirse por completo. A más de ser un sobrenombre está expresado en lengua distinta a la propia. Si el término es impropio usado como gentilicio para la fracción que erraba por las llanuras surbonaerenses, resultó erróneo y constituye un abuso traslaticio el aplicárselo a los Aônükün’k, los habitantes más australes del continente. (Vignati s/f: 274)

Esta es una crítica a la propuesta de Escalada (1949) y quizá nos explique por qué fue soslayado en la bibliografía. Vignati afirma que otro de los tantos sinónimos de Gününa-Küne es “Puelche”, también de origen mapuche y con “igual condición de término sin valor”, pues “sólo entraña una ubicación más oriental a la que ocupa el que hable” (p. 274). Para el autor, el conjunto Gününa-Küne / Aônükün’k debe denominarse “Patagón” (p. 274).

En cuanto a la llegada de los araucanos a la Pampa, sostiene una postura con la que coinciden, o que después han retomado, otros auto-

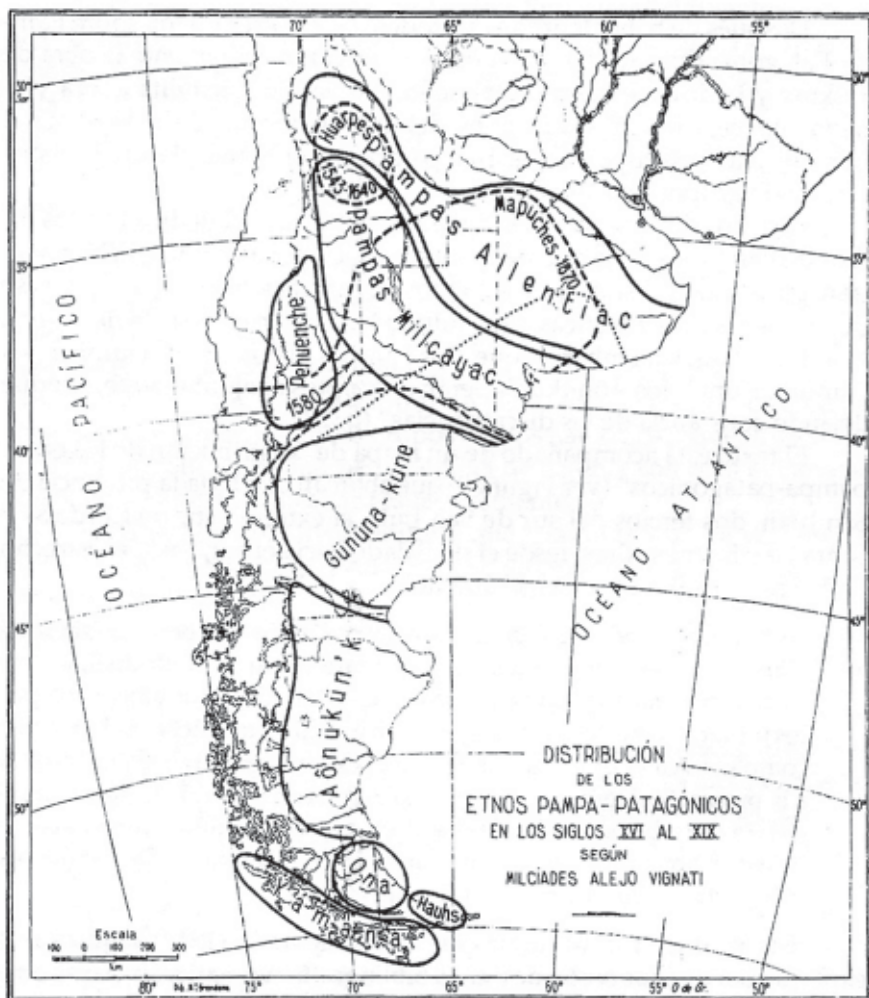


Figura 9: Mapa de Vignati s/f.

res, la mentada “cuña” de penetración por la latitud de Neuquén. Pero hay alguna discrepancia respecto de su dinámica de relación con otros pueblos y es diferente el tratamiento de los “pampas”, pues los considera un grupo étnico particular:

Como pueblo invasor, el Mapuche o Araucano ocupó territorios de otras entidades. Penetró en forma de cuña por la parte sur del Neuquén y fue asimilando de buena o mala gana los pueblos que encontraba en su expansión. Los albores del siglo XIX ya no vieron como agrupación cultural soberana a representantes de los Pampas. Perseguidos por la civilización por ser autores de muertes y depredaciones sin fin a los convoyes de carretas en su recorrido Buenos Aires-Mendoza y a los pueblos fronterizos, los indígenas sobrevivientes se refugiaron por afinidad de costumbre e idéntico propósito de pillaje entre los Mapuches. [...] . Hacia el E. y el S., aunque tomaron grandes extensiones de terreno a los Gününaküne y les infligieron crueles derrotas, no pudieron dominarlos totalmente. (Vignati s/f: 274-276)

A esta altura, podría dedicar un capítulo especial a discutir y comparar las diferentes opiniones que han aparecido sobre los “pampas” y, sin duda, debería agregar abundante bibliografía adicional. Pero pretendo restringirme al área propuesta, el norte de la Patagonia, y para eso parece pertinente comentar aquí el último de los trabajos de Vignati (1967): “Los habitantes Protohistóricos de la Pampasia Bonaerense y Norpatagónica”.

Se trata de un largo artículo de lectura compleja, en parte porque no quedan claros los objetivos del autor. No es suficiente la aclaración que aparece en la segunda página, donde afirma que va a exponer “tesis e ideas propias”, “que vulneran frases hechas consideradas axiomas” (p. 38). Aunque tales palabras sí son suficientes para entender el por qué de la presentación del texto sin subtítulos, en 102 párrafos numerados que van desgranando diversos temas y subtemas, como si fueran la transcripción directa de apuntes y comentarios que el autor ha anotado criticando la obra y los enfoques de diferentes autores y viajeros.

El único eje organizador parece ser el que anuncia que se basará en la división en tres misiones que realizaron los jesuitas en la provincia de Buenos Aires: la de los *Pampas*, la de los *Serranos o Puelches* y la de los *Tuelches*. Pero tal eje se pierde muy pronto en la lectura y el tercero de los grupos no aparece nunca, puesto que el interés de Vignati está puesto en los “Puelches o Serranos”.

Sigue sosteniendo aquí la existencia de un grupo “pampa”:

empleo el término *Pampa* para denominar al autóctono de las llanuras desde San Juan y Mendoza por el occidente, ocupando San Luis y sur de Córdoba y La Pampa, Buenos Aires y una zona marginal costera de Río Negro y Chubut con la condición explícita de *no ser araucanos* (Vignati 1967: 44),

y critica duramente a Escalada (1949), quien dedicó un capítulo de su obra a negar la existencia de una “raza del medio”, o Pampas, puesto que “se había alucinado con su ‘complejo tehuelche’ y los *Araucanos*, entidades a las que sobreestima sin fundamento” (p. 49). Considera que el “malhadado gentilicio *Tehuelche*” es “el vocablo que ha ocasionado más trastornos y errores en toda la etnografía argentina” (p. 92). Vignati había prologado el libro de Escalada, dejando sentada su discrepancia en cuanto al uso del término “tehuelche”, pero ahora vuelve sobre el tema casi con ensañamiento y cita los párrafos de ese prólogo que se refieren al tema. Olvida que en el mismo prólogo ha calificado a la obra como “valiente sin agresividad”, que ha dicho que “todos los capítulos son de verdadera importancia”, que “ha tratado diversos temas” para llegar “en todos los casos, a soluciones ampliamente satisfactorias”, que “aborda el famoso tema de la ‘nación pampa’ y niega -con entera razón- su existencia”, para terminar asegurando que el autor es “un verdadero especialista” y saludando “al nuevo colega en efusivo abrazo de reconocimiento y amistad”.

Una explicación posible a tan grandes contradicciones podría encontrarse en la evidente disputa que enfrentaba a Vignati con Casamiquela quien, al fin y al cabo, fue quien prácticamente se apoderó del gentilicio “tehuelche” y de la tesis fundamental de Escalada de división en dos (o tres) subgrupos. Escalada alcanzó a publicar sólo un artículo más antes de morir y, como lo expresé antes, Casamiquela fue quien tomó su idea, la desarrolló, la expandió y vio tehuelches “hasta en la sopa que come”, según el poco académico lenguaje de Vignati (p. 46, nota 10).

Resulta obvio que se trata de críticas a Casamiquela, porque a lo largo de todo el trabajo no pierde oportunidad de entrar en discrepancia con ese autor, ni de verter duras críticas a muchas de sus observaciones y, sobre todo, al abuso que este autor realiza de la toponimia y de la onomástica para fundar sus elucubraciones (p. 45 y 46). Tampoco faltan las alusiones veladas, por decirlo de alguna forma: “¿Qué decir de los ‘rectificadores’ que vertebran su tesis en el malhadado gentilicio?” (p. 74), o: “Es la vergonzosa consagración de un falso gentilicio hasta por quienes llegan a la palestra con el definido propósito de revisionismo” (p. 75). Siempre en referencia al nombre *Tehuelche*.

En cuanto a su propia opinión sobre el poblamiento de la región,

Vignati se basa en las observaciones del jesuita Cardiel, para quien “el elenco étnico del territorio patagónico” (p. 57) estaba compuesto por: a) los *Serranos* o *Puelches*, b) los *Tuelches* (o *Günuna-Küne* de Vignati), y c) los *Patagones* (los “auténticos”, de Santa Cruz, según Vignati); todos con idiomas diferentes. Más adelante vuelve sobre el tema de la existencia de tres grupos basándose en las lenguas que hablaban, pero ya no se trata de estos mismos grupos. Utiliza una fundamentación bastante endeble, una cita de cita, para proponer la presencia de tres lenguas: la “Pampa”, la “Puelche” y la “Tuelche”, mencionando al mismo tiempo que esas lenguas “están sepultadas con los ex-jesuitas misioneros que las entendían” (p. 59). Sin embargo:

Tres idiomas, tres entidades, tres etnos que nada, absolutamente nada, tienen que ver con los *Patagones* s.s.. Y tal es el panorama etno-lingüístico de la llanura bonaerense y norte de Patagonia a mediados del siglo XVIII. (Vignati 1967: 59)

Son, según el autor, “tres conglomerados indígenas en pugna”, de los cuales el más belicoso, soberbio y cruel eran el de *Puelches* o *Serranos*. Este grupo se habría replegado y circunscripto “su campo de acción como consecuencia de la viruela que los dejó reducidos a la cuarta parte”. Los otros grupos, en cambio, se expanden y hacia fines del siglo XVIII “el elemento étnico *Pampa* libra aun combates en Río Negro con los *Patagones* y *Günuna-Küne* coaligados”, quedando olvidada la otra “parcialidad que agonizaba” (p. 59).

El autor afirma que para Falkner, *Puelches* o *Serranos* eran sinónimo de *Tehuel-het* y que los que el propio Vignati denomina *Günuna-Küne* o *Tuelche/Toelche* hablaban la lengua *kiinnü* y tenían un habitat más austral que los *Serranos* (p. 61). Además, los *Patagones* s. s. se designaban a sí mismos *Háuniken*, que no es deformación, como se creía, de *Aóeni-kenk* (p. 62). Luego explica, basándose en una carta de Harrington, que en “*tewelche*”, “*háunik*” significa “sur”, “*péenik*” es “norte” y “*únuk*” es “oeste”. Por lo que volvemos a tres grupos, aunque no de “*tehuelches*” sino de “*patagones*” como enfatiza Vignati: los *Péenkenk* o gente del norte, los *Háuniken* o gente del sur y los *Aónikenk* o gente del oeste, con la advertencia de que no hay diferencias raciales o lingüísticas entre ellos y que las denominaciones “denotan nada más que una situación geográfica” (p. 84).

De todas maneras es notable la coincidencia con los tres grupos que proponen Escalada primero y Casamiquela en su obra de 1965: los *tehuelches* septentrionales -*Péenkenk* para el autor-, los *tehuelches* meridionales -*Háuniken*- y los *Chëwach* a *këna* o *Chulila* -*Aónikenk*- al oeste,

casi entre unos y otros. Pero todos pertenecen para Vignati al grupo de "Patagones", con un habitat más austral que los *günuna küne*. En este trabajo no hay un mapa de distribución, pero en Vignati s/f los *günuna küne* llegaban hasta el sur del Chubut y existía un grupo "*aônükün'k*" cuya denominación aparece reemplazada ahora por la de "patagones s.s."

En este punto, resulta inevitable pensar si el lector me ha podido seguir hasta aquí. ¿Cuál es el "residuo sólido" -como diría uno de nuestros autores- de todo esto? ¿Qué queda si limpiamos las interpretaciones del aspecto lingüístico -tan poco seguro-, del listado de rasgos culturales -tan poco determinantes en un panorama en rápido cambio-, del empecinamiento en sus propias tesis de cada uno de los autores? ¿En cuáles cuestiones están de acuerdo estos autores? ¿Qué es lo que indiscutiblemente se puede afirmar acerca del poblamiento de Pampa-Patagonia en el momento histórico?

A modo de síntesis de las opiniones de los autores que acabo de tratar, se puede afirmar que todos están de acuerdo en que la región patagónica estuvo habitada por un grupo étnico denominado Tehuelche (Patagón para Vignati), con subdivisiones: Tehuelches del norte y del sur y sus respectivos nombres propios. Escalada es el único que intenta una explicación de la génesis de este poblamiento, al presentarlos como representantes de grandes cazadores que poblaron todo el territorio americano, que luego fueron derrotados por tribus más fuertes y se dispersaron y confinaron en lugares muy inhóspitos (la Patagonia). La dispersión y separación de las familias produjeron más tarde la diferenciaciones étnicas que dieron lugar a que el "complejo" estuviera compuesto por diferentes grupos.

El grupo del sur tuvo su habitat al sur del río Chubut hasta el estrecho de Magallanes. El grupo del norte limitaba, hacia la pampa, con grupos muy influenciados por gentes que procedían de la región trasandina (Harrington, Casamiquela). Por oposición, los tehuelches habrían sido los habitantes autóctonos de la región (Escalada). Hay también coincidencia en que el habitat de los del norte se extendía por lo menos hasta las serranías bonaerenses (Harrington, Escalada y aún Casamiquela y Vignati, aunque de manera implícita y hasta discutida por ellos mismos). Harrington, Escalada y Casamiquela aceptan la equivalencia entre "pampas", "*günuna këna* o *küne*" y "tehuelches del norte". Vignati sostiene que los *günuna küne* eran los "tuelches" y les reconoce un habitat pampeano: serían los más sureños, después de los pampas y los puelches o serranos.

En cuanto a la región de la Pampa y su poblamiento hay discrepan-

cias más grandes. Aquí entra a jugar el tema de la *araucanización*, la presencia del blanco en Buenos Aires, la abundancia de ganado cimarrón que tenía un papel altamente atractivo para los grupos de más al sur, y el panorama no es simple de describir por lo que las opiniones de los autores son muy encontradas al respecto.

Vignati sostiene la desaparición de los primitivos habitantes de las pampas debido a los duros trabajos en encomiendas que los captaban desde el Pacífico, y su posterior recuperación a partir de núcleos aislados del sur de Mendoza y Neuquén que habrían mantenido su libertad, con expresa referencia a que los pampas fueron los habitantes autóctonos de las llanuras, no araucanos. Escalada postula que no se puede hablar de una “nación” en particular, que el vocablo tiene un origen exclusivamente geográfico y los pueblos que habitaban la región lo hacían atraídos por la presencia de Buenos Aires, aunque eran mayoritariamente mapuches. Para Casamiquela hubo fluctuaciones: ocupada primero por “patagónidos”, la pampa recibe luego la influencia araucana, más tarde una “tehuelchización” y luego una nueva araucanización.

La tesis de Vignati se torna algo confusa cuando se confronta con sus conclusiones acerca de los araucanos: habrían tenido un origen pampeano y, durante los primeros años de la Conquista, se habrían refugiado en los boquetes cordilleranos. ¿Cómo decide el autor cuáles de los pueblos refugiados en las regiones cordilleranas dan origen a los *verdaderos* pampeanos y cuáles, en cambio, son araucanos?

Todos los autores reconocen que en la zona cordillerana de la actual provincia de Neuquén había grupos distintos, sobre todo, en cuanto a su economía y cultura material. Al mismo tiempo, son resaltados los emparentamientos políticos, alianzas y disputas entre ambos grupos de pueblos.

También se mencionan los grandes cambios provocados por la presencia europea en la región, aunque nunca el tema es tratado por períodos y según el grado y la frecuencia y los tipos de contacto. Hay otras cuestiones referidas a la economía y la organización socio-política de los grupos que trataré en los capítulos respectivos. En esos temas hay discrepancias menores, puesto que todos se han basado en los mismos relatos para reconstruir esos aspectos con el modelo del presente etnográfico.

Los primeros intentos de introducir el factor *tiempo* en la descripción del poblamiento de Patagonia, fue relizado con más ingenuidad que audacia por Boschín y Nacuzzi (1975 y 1979). En aquellos trabajos, a pesar de estar fuertemente influenciadas por la terminología de los autores autorizados y los criterios raciales y lingüísticos, estudiamos la informa-

ción de diversas fuentes *comparativamente*, reconstruimos itinerarios de viajeros para atribuir correctamente las diversas descripciones y, lo más importante, diferenciamos los datos en *momentos* para brindar una visión de los *cambios* ocurridos entre los pueblos indígenas en contacto con el blanco.

A mediados de los '80 comienzan a publicarse una serie de trabajos que no están dedicados exclusivamente al norte de la Patagonia y sus habitantes, pero que presentan un enfoque moderno de algunas cuestiones relacionadas o se ocupan de áreas vecinas. Casi todos están centrados en el siglo XIX, aunque a veces traen referencias del siglo XVIII como antecedentes de algunos de los temas tratados.

Algo tardíamente se conoce en nuestro medio la disertación doctoral de Martha Bechis (1983) acerca de las etnias de la región araucano-pampeana y su influencia en la formación de Argentina y Chile como estados-nación. Una parte del primer capítulo de esa Tesis fue publicada algo más tarde (1992). De sus trabajos posteriores, destaco el que estudia los cacicazgos en el área "pan-araucana" (1989) y el que analiza la formación de nuevas entidades étnicas o grupos de poder en la frontera de Buenos Aires merced a la manipulación de "formas matrimoniales atípicas" (1994).

Mandrini se ocupó de temas tales como los grupos indígenas de las pampas y su organización económica y política (1985), de la difusión del cultivo en la región pampeana en relación, sobre todo, a la araucanización (1986), de la existencia de una "sociedad pastoril" en la sierras del sur de Buenos Aires a la sombra de una mayor persistencia de la tradición cazadora (1987), y luego relacionó esa realidad con la de los pehuenches cordilleranos y se refirió a los circuitos de intercambio y al comercio con Buenos Aires para proponer una "especialización regional" de la economía indígena (1991); retomará este tema enmarcado en su enfoque de que la guerra y la paz eran, para los indios, "estrategias alternativas" en las "relaciones cada vez más estrechas" entre indios y blancos (1993).

Palermo, en artículos de enfoque más general tanto espacial como temporalmente, y documentados con mucha minuciosidad, discutió ampliamente el concepto de "complejo ecuestre" y sus estereotipos (1986); se ocupó de la innovación agropecuaria producida por la araucanización que dio como resultado una importancia pareja de vacunos y lanares frente al caballo en la economía de los grupos y, a la vez, una fuerte relevancia de los cultígenos, que no desaparecieron con la introducción del ganado (1988); insertó estos temas en el de los "mercados coloniales" -indios y blancos integrados en un mismo sistema económico y los primeros fluctuando entre su autonomía y una fuerte dependencia de esas relaciones-

(1989); se ocupó de la preponderancia del papel económico de la mujer en las sociedades de Pampa y Patagonia a través de la propiedad del ganado lanar, de la producción de piezas textiles y de su participación directa en los intercambios (1994).

León Solís (1982) -citado por Mandrini 1992- ha encarado el tema de las guerras entre los indios de la Araucanía, la Patagonia y las Pampas. El mismo autor enfoca el difícil tema de la araucanización como un proceso que se dio bajo dos formas, una lenta y pacífica y otra violenta e irregular, para reunir la evidencia documental de la segunda de esas variantes y así dar “una idea de la regularidad, magnitud e intensidad” que ella tuvo durante el XVIII (1987); en otro trabajo se dedica al intercambio pacífico, “centrando la atención en el comercio, las relaciones de trabajo y los contactos inter-étnicos” (1989-90).

Hay algunos temas más particulares que han atraído la atención de los estudiosos, como el de las cautivas o el de los malones. El primero fue tratado, según Palermo (1994) por Jones (1983), Mayo (s/f y 1985) y Socolow (1987). El segundo por Crivelli (1991), y también por los ya citados León Solís (1987) y Mandrini (1993).

Todos estos trabajos han dado un importante impulso a la investigación histórica y antropológica de Pampa y Patagonia. Ellos, en general, no se refieren estrictamente al momento, el área o los temas que yo voy a tratar. Cuando lo hacen, toman aspectos parciales (ya sea del área geográfica o de los temas propuestos), encuadran esos aspectos en enfoques generales sobre Pampa-Patagonia o se refieren al momento cronológico que propongo para mostrar los antecedentes de temas que después desarrollan con una base documental más amplia para el siglo siguiente. Por lo expresado, discutiré o comentaré sus diversos aportes al tratar cada una de las cuestiones que me propongo desarrollar o al retomarlas en las consideraciones finales.

Pero ahora sí puedo contestar a la pregunta planteada al principio de este capítulo: cuando un no-especialista se interesa por las poblaciones nativas de Pampa y Patagonia y pregunta qué puede leer, hasta se puede pedirle que especifique qué tema le interesa. Y si lo que quiere es un pantallazo general puedo recomendar sin reparos las excelentes monografías de Miguel Angel Palermo: *Los indios de la Pampa* (1993) y *Los Tehuelches* (1991). Integran una colección de libros para niños, por lo que resultan de lectura muy amena, pero -al menos por lo que conocemos hasta ahora de estos pueblos- están escritos con estricta objetividad y precisión en la presentación de los datos.

capítulo 3

Las identidades étnicas y sus límites

Voy a discutir en este capítulo las adscripciones étnicas y relaciones intergrupales dentro del área en estudio, por lo que repasaré rápidamente las opiniones de los diferentes autores que en el pasado se han dedicado al tema de quiénes fueron los habitantes autóctonos de Pampa-Patagonia. De la larga exposición de este asunto realizada en el capítulo anterior, vuelvo ahora sobre una síntesis de lo que sostienen acerca del área propuesta para basar en ella la discusión.

Como dije, casi todos los autores están de acuerdo en que el grupo étnico denominado “tehuelche”, cazador-recolector, habitaba la Patagonia continental extraandina del lado argentino, con un subgrupo al norte y otro al sur del río Chubut.

En estos muy pocos enunciados hay cierta concordancia, aunque ante el más mínimo intento de precisar algunos ítems, surgen dificultades. La primera sería delimitar hacia el norte el área patagónica, cuál es su límite con la Pampa, qué grupos estarían involucrados entre esos límites imprecisos. La segunda, el límite entre los del sur y los del norte. Los ríos Colorado y Chubut, respectivamente, reúnen más opiniones a favor según los diferentes autores que se han ocupado del tema (Harrington 1946, Escalada 1949, Casamiquela 1969, para citar a los más importantes). Otro tema polémico es la presencia de los tehuelches en la región pampeana (Escalada 1953, Priegue 1966, Casamiquela 1969) y, relacionado con esto, su contacto con los araucanos (Escalada 1953, Casamiquela 1965 y 1969, entre otros) y la existencia de un grupo étnico “pampa” (Vignati s/f).

Durante buena parte de esta investigación -y a pesar de que me propuse estudiar las identidades étnicas de los grupos del área planteada- estuvo presente una cierta resistencia a tratar estos asuntos. Esto se debía a que el estado actual de la cuestión de las filiaciones étnicas es sumamente confuso y controvertido. Los estudios disponibles están basados en el análisis de contraposiciones de rasgos culturales y lingüísticos, y en clasificaciones étnicas elaboradas a partir de la información de un con-

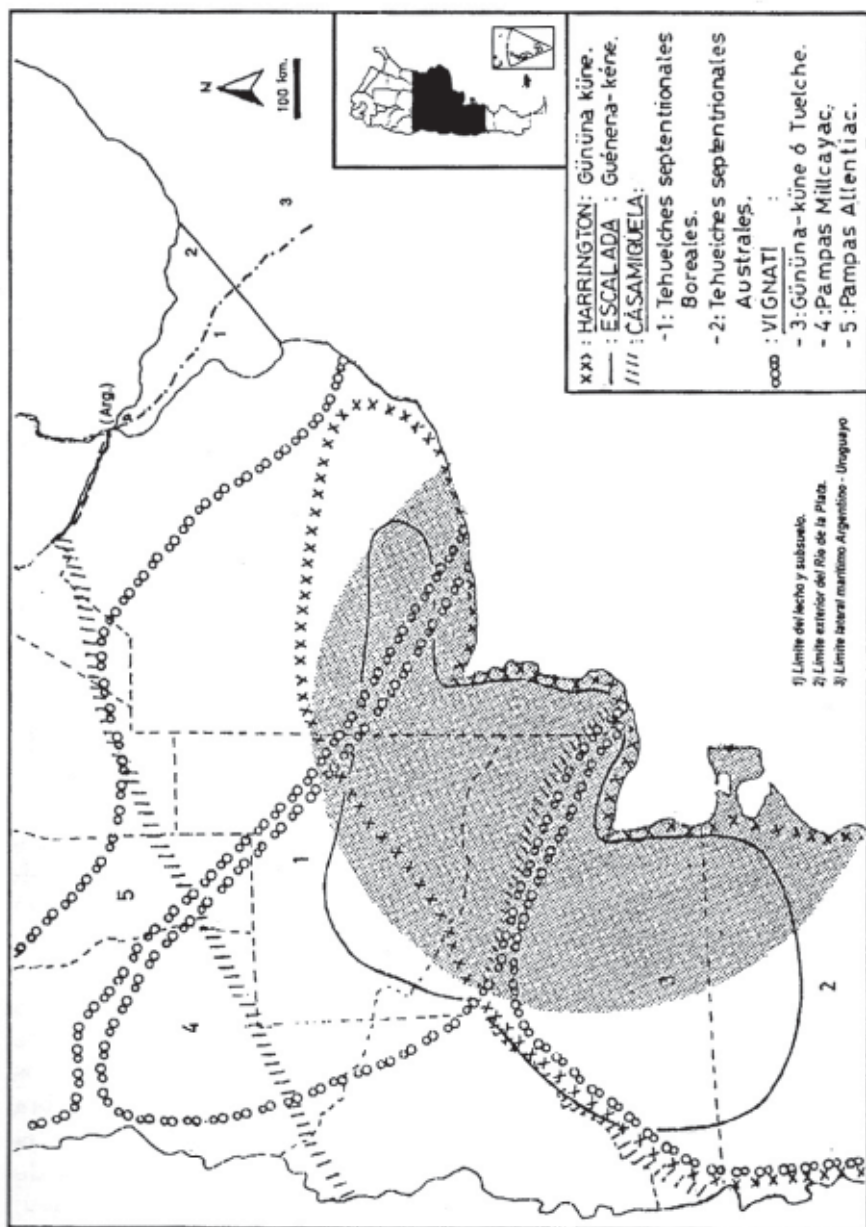
junto cerrado de fuentes citadas, interpretadas y reinterpretadas prejuiciosamente. Hay también una fuerte dicotomización entre “lo araucano” y “lo tehuelche”, y un gran interrogante acerca de “lo pampa”. Hemos visto esto claramente en el capítulo anterior, desde Harrington hasta los últimos trabajos de Casamiquela. Los estudios recientes con enfoques más actualizados acerca de temas y problemas de la sociedad indígena no tratan centralmente la cuestión de la pertenencia étnica aunque, a la hora de usar rótulos, recurren a los más conocidos y “autorizados” (a manera de ejemplo, y sin juzgar la calidad de esos trabajos, menciono sólo a Mandrini 1986: 14, nota 13 y a Palermo 1994: 67, nota 9). Encontraba que yo también debía elegir un nombre de entre los propuestos o proponer otro a mi vez para los grupos en estudio y, de esa manera, contribuiría a agregar una controversia más a ese panorama. Más adelante explicaré cuál fue la solución provisoria que adopté para poder avanzar en el análisis a pesar de la parálisis intelectual que produce el estado de la cuestión en una primera aproximación.

Pero veamos ahora qué grupo o grupos dice cada autor que habitaba el área en estudio, cuáles son mencionados como sus vecinos y, por ende, cómo nos presentan sus límites territoriales (ver Mapa 2).

Según Harrington (1946), los propios informantes aseguran ser “pampas” o “tehuelches”, lo que él traduce como *gününa küne* (o tehuelches del norte) y *aóni-kénk* respectivamente. En el área propuesta, se ubicaban los tehuelches del norte cuya dispersión se daba desde la mitad sur de la provincia de Buenos Aires y el sudeste de La Pampa, por las márgenes inferiores de los ríos Colorado y Negro, toda la provincia de Río Negro (con el límite oeste del río Limay), la provincia del Chubut (sobre todo el centro y el oeste). El límite sur del grupo era el río Senguerr. Esto indica que para el autor habría habido una superposición de tehuelches del norte y del sur entre los ríos Senguerr y Negro.

Para Escalada (1949), el nombre de este grupo se escribe *guénena-kéne* y aclara que son los *gününa küne* de Harrington y que su informante le dice que se trata de los “pampas verdaderos” (aunque para el autor no existió un grupo étnico “pampa”). Se extendían desde el sur de la actual provincia de Buenos Aires y sudeste de la de La Pampa, por las márgenes de los grandes ríos del norte patagónico hasta el norte de la provincia del Chubut. Tenían como vecinos hacia el norte a los “mapuche” y estaban emparentados con los *aóni-kénk* del sur y los *chehuache-kénk* del oeste de Río Negro y Chubut.

Casamiquela (1965) ubica a los *gününa këna* (como se denominaban a sí mismos) o *tehuelches septentrionales* en el centro de la actual provincia



Mapa 2: El área en estudio y los grupos que la habitaban según los etnógrafos referidos en el capítulo 2

de Río Negro, incluyendo a los “serranos de los cronistas de Buenos Aires”. También ellos mismos se denominaban “pampas” como lo hacían sus vecinos los tehuelches meridionales y algunos blancos “incultos”, mientras que los blancos “cultos” los nombraban “tehuelches” y algunos cronistas, “puelches”.

En 1969, Casamiquela agregó subdivisiones a los dos grandes grupos de tehuelches, cada uno de ellos presenta un subgrupo austral y otro boreal. En el sur de la provincia de Buenos Aires, a lo largo de los ríos Colorado y Negro y en el centro y oeste de la provincia de Río Negro, estaban los *tehuelches septentrionales australes*. En la pampa había una “cuña araucana” y, por rutas bien demarcadas, llegaban tehuelches meridionales boreales al sur de la provincia de Buenos Aires. En ese momento (siglos XVII y XVIII) se había producido una “tehuelchización” de la pampa. Más tarde se expande la “cuña” araucana, produciéndose la “araucanización” de las poblaciones pampeanas, por lo que el autor habla de “tehuelches septentrionales araucanizados”. Sólo en el sur de la provincia de Buenos Aires quedaban grupos de tehuelches septentrionales. La provincia de Río Negro estaba habitada por tehuelches septentrionales boreales (que ocupaban la región pampeana en el momento anterior), por lo que el autor menciona una “retracción” de los tehuelches hacia el sur por influencia de la araucanización.

Casamiquela vuelve a simplificar su esquema en 1985: entre el río Chubut y el Negro-Limay habitaban los *güñün a künna* (según su propia denominación) o tehuelches septentrionales australes que también se llamaban a sí mismos, “pampas”.

Vignati, en sus diversas obras, es el que más discrepa con Harrington, Escalada y Casamiquela, sobre todo respecto de los gentilicios que considera adecuados para cada grupo. Además, es el único que sostiene la existencia de los *pampeanos* como grupo étnico diferenciado, ocupando una región muy extensa: desde los 30° de latitud sur hasta el río Negro. Esos pampeanos tuvieron su origen en las poblaciones de áreas serranas vecinas y, hacia 1700, estaban entre los ríos Negro y Colorado y en las sierras de la Ventana y en contacto con los *patagones* hacia el sur y con los *aucas* hacia el norte (Vignati 1936 a y b). El mapa que aparece en su obra sin fecha (c. 1960) permite obtener una imagen más estricta de la idea del autor para los siglos XVI al XIX: los *pampas millcayac* en el sudoeste de Buenos Aires y por la región de los ríos Negro, Colorado y Chadileuvú; los *güñüna-küne* desde la mitad sur de la provincia de Río Negro hasta el límite Chubut-Santa Cruz. Estos grupos tenían como vecinos: al norte, a los *pampas allentiac*; al oeste, a los *pehuenche* y al sur, a los *añükiün'k*. En

1967, Vignati no es tan preciso en ubicaciones geográficas, ya no menciona a los pampas, y habla de los *gününa-küne* o *tuelche* que tenían al norte a los *serranos* y al sur a los *patagones*.

Si vuelvo a poner el foco en ese modelo de área propuesta en la introducción, los cursos medio e inferior de los ríos Colorado y Negro y las sierras de la Ventana, hasta la desembocadura del río Chubut por el sur, puedo asegurar que se entrecruzan en ella todos los gentilicios que enumeré más arriba (ver Mapa 2). Quizás un cuadro muestre de manera más contundente los acuerdos y discrepancias de los diversos autores. Además de los nombres de los grupos que se ubican dentro del área en estudio, ofrezco los nombres de los grupos vecinos hacia el norte, hacia el sur y hacia el oeste.

Cuadro de los grupos del área en estudio y sus vecinos

	Harrington	Escalada	Casamiquela	Vignati
vecinos del norte		mapuches	gününa këna o tehuélches septentrionales (boreales)	pampas allentiac
área en estudio	gününa күне o tehuélches del norte o pampas	guénena-kénk	gününa këna o tehuélches septentrionales (australes)	pampas millcayac y gününa күне o tuelche
vecinos del sur	superposición de güntüna күне y aóeni kenk	aóni-kénk	aónik'enk o tehuélches meridionales (boreales)	aónükün'k o patagones
vecinos del oeste	chulila күне	pehuenches chehuache-kénk	pehuenches manzaneros chëwach a këna	pehuenche

A primera vista, el cuadro nos permite abstraernos del cúmulo de discusiones entre los diversos autores que aparecen en él. Los nombres, despojados de todas las connotaciones que tienen cuando uno lee cada propuesta, muestran casi un acuerdo de opiniones, con las variantes esperables en este tipo de comparaciones. ¿Es que he simplificado mucho la presentación (por otro lado, no se puede ahondar mucho más dentro de los límites de un cuadro), o es que hacía falta ponerlo de esta manera para obviar las apasionadas controversias sostenidas por los autores? Parece que la segunda respuesta es afirmativa, por lo que me encuentro

ante un utilísimo recurso que no se me había ocurrido usar hasta ahora. Como sé que me he sentido realmente agobiada ante la redacción de un estado de la cuestión y, una vez redactado, he tenido serias dudas de que alguien que no esté por lo menos medianamente informado sobre el tema entienda el capítulo 2, ahora me encuentro preguntándome cómo no recurrí antes a este tipo de esquematización tantas otras veces utilizada.

Debo decir en mi descargo que los autores tratados presentan sus visiones de la cuestión de una manera realmente contundente y, a la vez, confusa. Así, el tema se va enmarañando como una madeja enredada con cada vuelta de página y es necesario pasar por varias etapas de lectura y de análisis de los datos que ofrecen para llegar a simplificar el tema en un cuadro como el que presento. No era posible proponer esta síntesis antes de ahondar en el estado de la cuestión.

Como dije más arriba, aún antes de la redacción del “estado de la cuestión”, fue factible una solución provisoria que me permitió avanzar en el análisis de los datos. El tema de quiénes habitaban la zona en estudio fue abordado haciendo una verdadera abstracción de los rótulos preexistentes, con una lectura de las fuentes lo más ingenua posible y siguiendo la idea de utilizar -como propone Leroi-Gourhan- un “vocabulario de espera”, para el caso, los nombres que aparecían en los documentos. Leroi-Gourhan (1978: 113), refiriéndose a determinados vestigios arqueológicos, afirma que los vocablos responden sólo ocasionalmente a lo que pretenden describir, “tapando el horizonte de las hipótesis” y al aplicar un término queda cristalizada nuestra curiosidad y quedamos dispensados de “pensar más lejos” y así, se “bloquea casi por completo el futuro” de nuestra contribución científica. Para cumplir con estos objetivos de tener despejado mi horizonte de hipótesis, no cristalizar mi curiosidad y poder pensar con amplitud, fue necesario enfocar la cuestión desde una perspectiva distinta de la tradicional.

Desde las primeras lecturas de los papeles de archivo correspondientes a la instalación del Fuerte del Carmen en el río Negro, comprendí que casi ninguno de los gentilicios del cuadro aparecían en ellos y que si me iba a encontrar muy frecuentemente con tres denominaciones: “pampas”, “tehuelches” y “aucas”. El primer desafío fue el de no intentar aportar datos a favor o en contra de cada uno de ellos, para que realmente funcionaran como vocabulario de espera. Pero un desafío aún mayor fue el de evitar prácticas en las que uno se ve rápidamente entrenado después de encarar las lecturas necesarias para redactar el estado de la cuestión: realizar equivalencias de nombres por ubicación geográfica, atribuir filiaciones a determinados grupos según el nombre de su cacique,

tomar denominaciones como gentilicios o asimilarlas a las que aparecen en el cuadro.

Había, además, dos cuestiones importantes para tener en cuenta. Una se refiere a los papeles de archivo que fueron objeto de mi análisis y la otra a los estudios etnográficos.

En cuanto a la primera cuestión, debería tener presente que los gentilicios adjudicados por los viajeros o cronistas en general resultan generalmente poco confiables, puesto que frecuentemente eran anotados sin tener en cuenta si la denominación provenía del grupo propiamente dicho, si era proporcionada por terceros o si era el fruto de la observación personal del autor. Muchas veces están teñidos por opiniones preformadas debido a la información que han recibido de los grupos, de algunos de sus integrantes o de otros autores antes de contactarse con ellos; la ortografía es poco clara y siempre cambiante. No podía descartar tampoco que los propios informantes estuvieran repitiendo ante personajes “cultos” -como los viajeros y misioneros- el nombre que habían escuchado le adjudicaban otros personajes similares a ellos (el ejemplo del indígena que le asegura a Escalada que ellos son los “verdaderos pampas” es lo suficientemente contundente en este sentido, siendo “pampa” una voz quechua). Seguir basándonos en estos gentilicios para caracterizar los procesos de poblamiento de una determinada región y la conformación de etnias, parecía un recurso agotado.

La segunda cuestión tenía que ver con los estudios etnográficos realizados hasta el momento. Ellos están fundados fuertemente en las denominaciones a las que acabo de referirme y lo hacen con un enfoque *esencialista* (en el sentido de Trinchero 1994). Además, se basan casi exclusivamente en la información que proporcionan los viajeros de la segunda mitad del siglo XVIII en adelante. Siempre el conjunto de relatos es el mismo (Falkner, Musters, Cox y Moreno son los más utilizados) y las discusiones giran infructuosamente en torno a la ubicación geográfica de los grupos y a la lista de rasgos culturales que detentan. Esas discusiones se ven “enriquecidas” por trabajos de campo o largas estadías en la región de los diversos autores y mezclan la información que ellos mismos han obtenido -predominantemente en la primera mitad de este siglo- con la que proviene del conjunto de viajeros mencionado. Ahora bien, con la excepción de Falkner que se refiere al siglo XVIII, los demás viajeros transmiten un informe de situación sobre la segunda mitad del XIX, y no existe ninguna explicación teórico-metodológica que nos indique cómo para estos etnógrafos su interpretación del poblamiento de la región y de la dinámica cultural de sus pueblos puede estirarse hacia atrás en el tiempo

(hasta engancharse con los datos arqueológicos) y hacia adelante generalmente más de setenta años, hasta el momento mismo en que están recogiendo la información en el campo, de una persona previamente rotulada en cuanto a su identidad étnica. Evidentemente, el presente etnográfico y el prejuicio de la ahistoricidad de estos pueblos jugaron un papel clave en el trabajo de todos ellos.

Tuve muy en cuenta estas limitaciones al utilizar, como adelanté más arriba, algunos de esos rótulos como mi “vocabulario de espera”. Pienso que tales rótulos deberían aplicarse solamente con una estricta acotación cronológica y un contenido preciso en cuanto a características culturales. En este sentido, quiero dejar en claro que los análisis que encaré están basados en fuentes de archivo (casi todas inéditas) de fines del siglo XVIII. Por lo tanto, las propuestas y respuestas que surjan de ellos, son válidas para ese corto lapso. Como quiero evitar repetir los errores expuestos más arriba, quedará una brecha de casi 100 años para la cual no voy a extrapolar información hacia adelante (de las fuentes inéditas) o hacia atrás en el tiempo (de los viajeros).

En cuanto a los gentilicios del cuadro de la página 107, como se verá enseguida, muy pocos de ellos aparecen en las fuentes en que se basa este estudio. Vignati (1936 a y s/f) es el que más se acerca a los datos de los papeles de archivo que he tenido en cuenta para este estudio, con sus denominaciones y sus ubicaciones geográficas: los “habitantes de las llanuras durante el siglo XVII” (ver p. 49), los “pampas allentiac” y los “gününa-küne o tuelche” (ver p. 97), aunque no fundamenta la adopción de tales gentilicios (aún reconociendo que el primero lo toma de Falkner), no explica de dónde obtiene el “gününa-küne” y descalifica el término “tuelche” o “tehuelche” por ser de origen araucano. En cuanto a Harrington (ver p. 54), Escalada (ver p. 61) y Casamiquela (ver p. 70), los tres incluyen el área serrana de Buenos Aires dentro de la dispersión de sus “gününa-küne”, “guénena-kéne” y “tehuelches septentrionales” respectivamente. También sostienen que tales grupos eran llamados por otros o se reconocían a sí mismos como “pampas”, aunque sus investigaciones los llevan a proponer otros gentilicios, los verdaderos.

Supongo que la brecha a la que hice referencia arriba, podrá salvarse en el futuro si se continúa trabajando con papeles inéditos para tratar de obtener las genealogías de los caciques que aparecen nombrados a fines del XVIII. Por ahora, lo que se puede reconstruir del panorama étnico de ese momento es, más que un panorama, una lista de caciques y sus terrenos propios, que es la información que en ese entonces le interesaba a los funcionarios de la corona española. Sólo más tarde vendrán los via-

jeros eruditos con su afán descriptivo de rasgos físicos, culturales y lingüísticos y comenzará la preocupación por delimitar etnías que luego retomaron como de un calco los etnógrafos de este siglo.

Por mi parte, y en lo que concierne a este estudio, creo que lograré un aporte más significativo si puedo desentrañar por qué y cómo se usan determinados gentilicios y, sobre todo, cómo eran y qué hacían los grupos a los cuales se les atribuyen. Si puedo ir obteniendo respuestas a estas preguntas, el nombre -que casi nunca es el que la etnia reconoce como propio- resultará secundario. Es por eso que presentaré a continuación, de entre los diversos análisis realizados, tres ejemplos muy contundentes porque arriban a las mismas conclusiones aún cuando fueron encarados en momentos diferentes, como diversas vías de acceso que ensayé para este tema difícil de abordar, el de las identidades étnicas y los límites territoriales. El Mapa 3 reúne la mayoría de los parajes y accidentes geográficos mencionados en adelante.

El cacique Negro y los “pampas”

El primer análisis realizado fue el de los grupos relacionados territorialmente con el valle de Viedma, durante los dos primeros años desde el momento de la instalación del Fuerte Nuestra Señora del Carmen en la orilla norte del río Negro y a 30 km de su desembocadura (actual ciudad de Carmen de Patagones). Hay aquí una acotación espacial y otra temporal. La acotación espacial busca enfocar la cuestión de cómo era vista y vivida por los recién llegados (que apenas se movían del lugar elegido para la construcción del Fuerte) esa nueva realidad que intentaban aprehender, es decir: es un intento de ponerme en el lugar del que está mirando a “los otros”. La acotación temporal se debe, por un lado, a un ensayo de interpretación de las relaciones interétnicas tal como se daban *hasta* la aparición del Fuerte, entendiendo que ese nuevo elemento en la región provocó significativos cambios y teniendo en cuenta que el modelo a obtener no podía extenderse demasiado hacia atrás en el tiempo, puesto que los grupos indios demostraron una gran flexibilidad ante las nuevas situaciones planteadas por la instalación de blancos en sus territorios. Debería seleccionar de una gama de situaciones dadas, aquellas que pudieran interpretarse como adquiridas después de la fundación del Fuerte. En segundo lugar y en relación a los motivos de la acotación espacial explicados antes, busqué analizar la cuestión de los cambios producidos en la óptica de los blancos en ese período corto, como

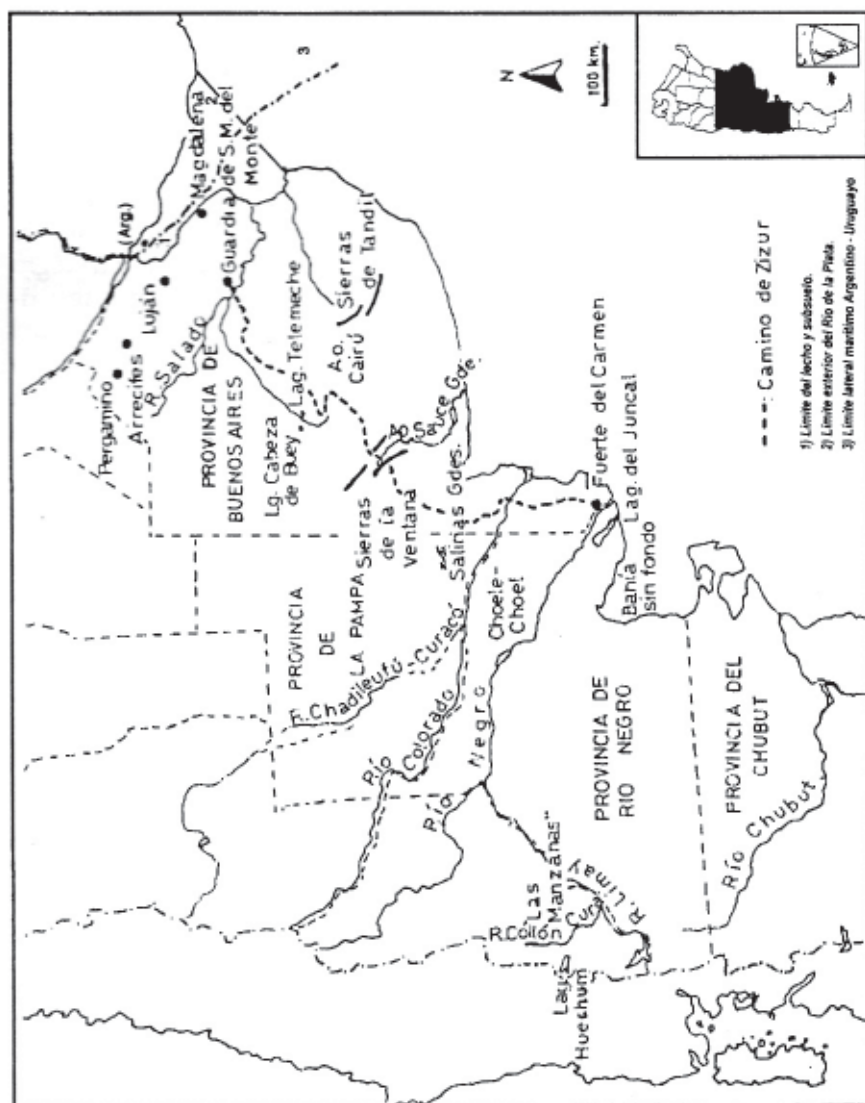
paradigma de la tan remanida cuestión de la visión etnocéntrica y cambiante según los motivos y situaciones de la producción de los documentos que hoy tenemos disponibles. El por qué del lapso de dos años tiene que ver con las propias fuentes: en 1781 se producen dos diarios de diferentes autores que, como ya veremos más adelante, permiten un cotejo de información muy interesante y dan lugar al segundo de los análisis.

Resumiendo, entonces, hay en este primer análisis dos enfoques: el que trata de ponerse en los pies del blanco de hace dos siglos e interpretar los cambios en su visión de las cosas, y el que trata de reconstruir cómo sería la dinámica étnica antes de la llegada de esos blancos a la región.

Francisco de Viedma, después de una serie de disputas con el primer jefe de la expedición, Juan de la Piedra, se encuentra designado como Comisario Superintendente de los Establecimientos del Río Negro, al mando de las obras de construcción del Fuerte y ordenando diversas expediciones de reconocimiento de las zonas aledañas a él. Su rutina incluye minuciosos diarios de acontecimientos, a los que se suman cartas (en muchas ocasiones varias por día) destinadas principalmente al Virrey. Por esto es posible seguir los hechos muy de cerca: resulta accesible conocer, entre otras cuestiones, la forma de los primeros contactos, las reacciones de ambos grupos (españoles e indios), la identificación étnica que realizan los primeros y cómo ella cambia en poco tiempo.

Un informe de Francisco de Viedma fechado el 4 de junio de 1779 y dirigido al Virrey Vértiz, relata los acontecimientos de los primeros 45 días de estadía en el río Negro. Aparecen referidos los primeros contactos de Viedma con los nativos de la región, su primera sensación de compasión, los primeros incidentes, el gradual cambio hacia un trato más igualitario debido a las carencias de los recién llegados. En ese primer informe, Viedma diferencia a los indios con los cuales trata como pertenecientes a dos grupos étnicos: los “tiquelchus” y los “pampas”. Para cada grupo da una ubicación geográfica diferente. Los tiquelchus son de San Julián y su cacique se llamaba Julián, se establecen con sus toldos en las inmediaciones del Fuerte cuya construcción se realizaba, durante los primeros días, en la orilla sur del río. Pero cuando Viedma escribe su informe, ya habían levantado los toldos y se habían retirado a *sus tierras*, más al sur.

[El cacique Julián de los tehuelches] ... manifiesta buena índole pero los suyos no han dado muestra de tanto sosiego como los Pampas, pues nos han hecho tomar las armas, si bien solamente para manifestar las fuerzas, e infundirles algún temor ... [lo que] fue causa que levantasen sus



*Mapa 3: Parajes y localidades mencionadas en este capítulo.
El camino de Zizur está tomado de Martínez Sierra 1975*

tolderías, que tenían inmediato al fuerte que se está haciendo y camina-
sen a sus tierras (Viedma [4-6-1779: 145-146]).

Estos “indios de Julián” permanecen en la orilla sur del río, es decir, del lado que corresponde a sus tierras de San Julián. Este cacique y sus “tiquelchus” casi no volverán a aparecer en los papeles que firma Francisco de Viedma. Además, debido a una crecida del río que inundó la orilla sur y destruyó las incipientes obras, la construcción del fuerte había recommenzado en la margen norte del mismo. Es quizás este cambio de emplazamiento el que hace que las relaciones con los grupos indios de la región se sesguen hacia el norte. Esto estaría señalando al río Negro como un importante límite territorial entre etnias, que no se puede atribuir a la instalación de los blancos en la región. Además, a partir del cambio de emplazamiento, ocurrido después de la fuerte crecida del río del 13 de junio, la mayor parte de la información se refiere a la región geográfica más cercana al Fuerte por el lado del norte. Es así como en los papeles que se producen durante los dos primeros años, aparecen datos sobre: el *cacique Negro/Chanel/Chauen* y los grupos de la pampa, y *otros caciques* de la región.

En cuanto al *cacique Negro*, Viedma lo identifica en un primer momento como jefe de los “pampas”. Con este grupo las relaciones fueron menos tensas y vale recordar que aún antes de la partida de la expedición hacia las costas patagónicas, este cacique ofrecía su ayuda a la misma en Buenos Aires (de la Piedra [5-12-1778]), aunque el Virrey lo identificaba como un “cacique principal de los Teguelchús” (Vértiz [3-12-1778]). Pero volvamos a las observaciones más directas de Viedma, para él estos grupos eran de los ríos Negro y Colorado y tenían sus toldos en el Colorado:

El de más séquito de los segundos [los pampas] es el Negro a quien le llaman Chauen: tiene muchas tolderías, que las más de ellas han hecho sus asientos a la margen del río por la parte del norte, y en el día llegarán a cerca de treinta, pues se van juntando incesantemente (Viedma [4-6-1779: 148]).

La denominación de “pampas” para estos indígenas del cacique Negro, no se vuelve a repetir en documentos posteriores. Zizur en 1781 ya se refiere a los “peguenhus” o “peguelchus” del río Colorado, con su cacique Negro (Zizur [1781: 10]). Posiblemente se trata de una identificación que Viedma realiza en base a la apreciación de los territorios que ese cacique frecuentaba, puesto que tenía indicios de que se aproximaba mucho a Buenos Aires:

El día seis de mayo se fue el cacique Negro a sus tolderías, y no volvió hasta el día 20 con parte de su gente, trayendo una niña cristiana cautiva de las chacaras de Buenos Ayres y dos negros del mismo paraje (Viedma [4-6-1779: 144]).

Por ahora, tomo la denominación “pampas” como indicio de territorialidad y trataré de analizar por qué Viedma los llama así. No intento discutir siquiera si el gentilicio es pertinente o no, o la validez de estos nombres basados en ubicaciones geográficas. Voy a valerme, justamente, de este nombre adjudicado muy probablemente debido a una ubicación geográfica para analizar la misma territorialidad que está indicando. Para explicar el por qué de tal denominación, puedo proponer provisoriamente tres postulados que podía estar manejando Viedma, no excluyentes entre sí, en base a lo que él estaba viendo y viviendo en relación con estos grupos indígenas:

a) conocía que esos grupos tenían lugares de asentamiento en la denominada “pampa” bonaerense; para lo cual es necesario convenir en que toda la región que estaba al norte del río Negro hacia Buenos Aires, desconocida para Viedma y sus subordinados, era considerada como “la pampa”;

b) sabía que la gente del cacique Negro había participado de malones sobre Buenos Aires o llegaban habitualmente hasta sus cercanías para comerciar o proveerse de algún recurso natural, es decir: eran territorios muy frecuentemente transitados por ellos;

c) suponía que tenían relaciones de parentesco o de intercambio con los grupos étnicos que habían obtenido directamente esos cautivos, y a través de los cuales ellos a su vez los habían recibido, y en este caso no basaba su adscripción étnica solamente en la territorialidad.

Cualquiera de estas tres variantes puede ser respaldada por datos que proporcionan documentos inéditos de fecha posterior al del 4 de junio de 1779 que se produjeron hasta mediados de 1781. Así, la primera apreciación en cuanto a adscripción étnica encuentra cierta fundamentación teniendo en cuenta lo que nuestros informantes estaban observando.

a) Los asentamientos en la pampa bonaerense

En marzo de 1780, dos emisarios enviados al Colorado a rescatar cautivos, observan los toldos de los caciques Negro y Chulilaquini en las inmediaciones de ese río

Por las observaciones que pudieron hacer en ambos viajes los citados emisarios me informaron que el río era mucho menos caudaloso que éste [el Negro], el agua excelente ... : Que contaron 207 tolderías entre las del cacique Negro, y el Chulilaquini sin las que esperaban para unirse a ellas por el llamamiento que éste les hizo para la guerra que intenta con los aucas (Viedma [7-3-1780]).

Aquí aparece por primera vez uno de los caciques aliados de Negro, en una situación de convocatoria aparentemente muy amplia, con una notable cantidad de toldos ya reunidos, y diferenciándose de los aucas. Hasta aquí es evidente que los mencionados aucas son “los otros”.

A fines de abril de 1780, Villarino inicia un reconocimiento del camino entre los ríos Negro y Colorado, siguiendo una senda de indios. Al llegar al Colorado acampa en una isla con sauces, no lejos de la desembocadura, en donde había tenido su toldería Chanel. En el momento de la visita de Villarino, los toldos de Chanel estaban en la banda norte del río. En la banda sur había otros toldos, entre ellos los del cacique Chulilaquini. De esta forma, Villarino confirma los datos anteriores del emplazamiento de la toldería del cacique Negro/Chauen o Chanel (Villarino [1780: 4 - 5v]).

En junio/julio de 1781, el cacique Negro está asentado más hacia el norte

A las oraciones vinieron cuatro indios, y tres chinas de las tolderías de Calpisquis [en sierra de la Ventana], entre ellos uno muy ladino llamado Juan...; habiéndole preguntado qué caciques había con Calpisquis, me respondió que Toro, Villaviqui, Guachan, Catumila, Iancacin, Talquaquia, y Chanel (Viedma [1781: 13]).

Este emplazamiento estaba bastante más alejado de los que se mencionaron hasta ahora, puesto que dos emisarios de Viedma tardaron siete días en llegar desde el Fuerte del río Negro hasta esos toldos

llegaron a los toldos de Calpisquis, y demás indios que están entre esta sierra [de la Ventana] y la del Tandil [sic] en un paraje que hace como un cajón, y de sierra a sierra, habrá poco más de media legua, en cuyo arroyo estaban los expresados toldos de Calpisquis, Toro, Guachan (alias) Maciel, y otros muchos caciques, que el campamento de los toldos compondría de largo en diferentes separaciones como unas dos leguas y media y que todos ellos compondrían el número 133: que luego que llegaron hablaron con Calpisquis, el que salió a recibirlos con tres indios a caballo y habiéndole entregado los cuatro barriles de aguardiente, lo agradeció mucho, y remitió uno al cacique Negro, otro a Toro, y del que

había para Guachalap, sacó y llenó una botija, que hizo ánimo de mandarle solamente y no el barril, por estar muy lejos de aquel paraje. (Viedma [1781: 14v-15])

De lo que se desprende que los toldos del cacique Negro estaban cercanos a los de Calpispis en aquel paraje de sierra de la Ventana. En diciembre del mismo año, Zizur, en la última etapa de su viaje entre Buenos Aires y el río Negro, cruza el actual arroyo Sauce Grande “en el cual habita el cacique Negro”, aunque el cacique en ese momento estaba en el río Negro (Zizur [1781: 33 - 33v]). Estas diferencias en la información respecto a cuál territorio era el de Negro no serán las únicas que encontraremos, Negro es, según el momento y el informante, “del Colorado”, “del Sauce”, “del Negro”, está en sierra de la Ventana, en Buenos Aires, etc. Esto sólo demuestra su absoluta ubicuidad y no sólo en un sentido espacial, como mostraré más adelante.

b) *Las incursiones hacia Buenos Aires*

En cuanto a posibles partidas comerciales o de otra naturaleza que los llevase a los campos de Buenos Aires, es importante señalar que los “pampas” que encuentra Viedma le ofrecen acompañar una partida por tierra a Buenos Aires, pero con protección por temor a los aucas, que les robaban caballos (Viedma [4-6-1779]). El ofrecimiento a acompañar una partida y el temor a los aucas estarían señalando una experiencia anterior respecto del tema: conocían el camino y ya habían experimentado asaltos por parte de los aucas. Sin embargo tiempo después, hacia octubre de 1780, Viedma recibe noticias de la entrada del cacique Negro a Buenos Aires aliado con los aucas y también le informan que el mencionado cacique estaba dispuesto a repetir el ataque (Viedma [2-10-1780]), por lo que se hace evidente que con aquel ofrecimiento, el cacique trataba de congraciarse con Viedma. Buscaba hacerle creer, por un lado, que le ofrecía un servicio muy riesgoso proponiéndole ir a Buenos Aires y, por el otro, que él se diferenciaba de los “aucas” a los que presentaba como peligrosos pero con los cuales no tenía dificultades en aliarse cuando le convenía.

En mayo de 1781, Viedma escribe en Carmen de Patagones:

A las 3 de la tarde vinieron los indios del Colorado y dijeron que el cacique Negro, y Calpispis estaban hacia las inmediaciones de Buenos Aires, y no sabían a qué habían ido (Viedma [1781: 5]).

En las tolderías de Negro y Calpiskis a las que nos referimos más arriba, los emisarios de Viedma encuentran mujeres y niños cautivos de Luján, Magdalena, Arrecifes. Una de las tareas encomendadas a esos emisarios era precisamente el rescate de cautivos, aunque los indios dudaban si tratar con el Establecimiento del Río Negro o con Buenos Aires (Viedma [1781: 16v]). De esto se desprende que el desplazamiento hacia Buenos Aires debía ser habitual, puesto que la cercanía del Fuerte no parece pesar a favor de mantener negociaciones allí.

c) Las relaciones de parentesco y las alianzas

Aquí es necesario reiterar el dato de la alianza con los aucas referida más arriba, aunque serían más habituales las alianzas con grupos étnicos que parecen más afines como la que testimonia la cita precedente. Además, en los toldos reunidos en sierra de la Ventana

las cautivas cristianas les informaron que los Caciques Calpiskis, Guchulap, Toro, Guachan, Chanel y otros cuyos nombres ignoraban se habían juntado a tratar sobre destruir este Establecimiento, echarnos de él, o matarnos porque habían conocido que los cristianos los iban cercando por todas partes y quitándoles todas sus tierras (Viedma [1781: 19-19v]).

Pocos meses después, Zizur los encuentra enemistados (Zizur [1781:10-10v]), aunque los datos parecen contradictorios puesto que el mismo Zizur relata como interceden caciques reunidos en sierra de la Ventana por un sobrino de Negro, que creían preso en Buenos Aires

A las 11 se despidió Katruen [cacique de las Salinas], para marchar a sus tolderías, quien volvió a ratificarse en lo dicho, y junto con estos caciques [Lorenzo/Calpiskis y Pascual/Cayupilqui] hicieron todos una larga arenga, pidiendo al capitán Chiquito, sobrino del cacique Negro; por otro nombre Chanel; quienes están creídos, que del río Negro lo mandaron a Buenos Aires (Zizur [1781: 24]).

De todas maneras, los documentos posteriores al período propuesto proporcionarán datos de ésta y otras alianzas del cacique Negro que indican que ellas eran muy flexibles y cambiantes. Junto con Toro, Chanel/Negro le vende al Fuerte del Carmen 199 cabezas de ganado (Viedma [5-6-1782]). Además mantiene muy buenas relaciones con Calpiskis y Toro, quienes en junio de 1782 estaban acampados en el arroyo Sauce Grande, y aún con Guchulap que es un cacique de las Salinas. En algún momento

los españoles planean eliminar a Negro, pero es justamente la existencia de esas alianzas o conexiones políticas las que le proporcionan cierta fuerza:

El cacique Negro está muy unido con todos los caciques de que llevo hecha relación [Toro, Calpiskis, Guachan o Maciel, Quiajan, Guchulap], y han de vengar su agravio. (Viedma [1-6-1782])

Si tenemos en cuenta las veces que Negro pertenece y deja de pertenecer a los “aucas” sólo en el período propuesto, una pregunta se nos presenta inevitablemente: ¿Quiénes son los “aucas” para los propios indígenas? Porque hay una adscripción a la categoría “auca” que hacen los españoles, pero hay otra que hacen los propios indios. ¿Ambos se están refiriendo a los mismos grupos? Parecería que no. Para los españoles la confusión predomina. Los de sierra de la Ventana son “pampas” o “aucas”, según el documento que tengamos entre manos y, por ahora, la cuestión no se dilucida. Pero esto no parece ser un problema que los desvele, no se esfuerzan por comprobar si los rótulos que están usando son los adecuados (es decir, los que los mismos indios reconocerían como propios). Están tratando *con caciques y sus grupos* y lo más importante para ellos es reconocer a los diversos caciques, a sus aliados y a sus enemigos, con el fin de poder moverse en esa realidad nueva y azarosa. Esto se verá con más claridad aún en la segunda aproximación al tema.

Para los indios, “aucas” estaría indicando a “la gente peligrosa para los españoles”, como lo dejó entrever Negro cuando ofreció a Viedma acompañar una partida hasta Buenos Aires pero con protección por temor a esos indios. En este caso, el término “auca” puede presentar los mismos problemas que “pampa”, en el sentido de ser más un adjetivo que un gentilicio. Hay también una clara manipulación por parte de los indios: ellos lo usan en ambos sentidos, pero parecería que tienen más claro que los “aucas” son los amigos de Calpiskis que se ubican hacia el oeste de sierra de la Ventana, los que en la última cita textual aparecen entre corchetes, y que Negro no es de los “Aucaz” (Viedma [1780b: 1v]). Esta amistad de Negro y Calpiskis con “aucas” es, creo, la fuente de confusión para los españoles que no manejaban afinadamente el tema de las alianzas y sus fluctuaciones.

En cuanto a *parentescos* de Negro, el único dato que encuentro hasta ahora, es el de un primo suyo cacique de los “tiquelchus” que refiere Viedma [4-6-1779] como indios de San Julián. Además, Zizur, desde la toldería de Cayupilqui en sierra de la Ventana, relata que un indio sobrino de ese cacique “iba a ver sus parientes al río Colorado” (Zizur [1781]:13). Como en este diario el Colorado es considerado territorio de Negro, te-

nemos por lo menos un indicio de parentesco entre indios de ambos emplazamientos. Para la misma época, le relatan a Viedma que Negro tenía una mujer “auca” (Viedma [1781]: 30).

En cuanto a los otros caciques de la región, los datos provienen de otras alianzas del cacique Negro que brindan indicios de límites étnicos y territorios, aunque ya no en el ámbito pampeano sino hacia el oeste o el “interior” del río Negro, y también de malas relaciones con los grupos de más al sur.

Hacia el interior del río Negro habitaba el cacique Chulilaquini

El capitán llamado Chulilaquini cabeza principal de los de esta nación, y la de otras tribus, que en la dilatada internación de este río [Negro] pueblan sus márgenes, por acampar al presente con numerosísima indiada en las del río Colorado (Viedma [7-3-1780]).

La presencia de Chulilaquini en el Colorado, a la luz de estos papeles, se debía a que tenía intenciones de realizar una alianza con Negro y otros caciques para declarar la guerra a los aucas, aunque en el mismo documento se hace mención a “las influencias de los aucas para que se uniese a ellos contra nosotros [los españoles]”, con lo que se ve reforzada la idea de la absoluta flexibilidad de las alianzas que se acordaban y se olvidaban con mucha rapidez y, seguramente, esa modalidad no era totalmente ajena a la presencia del blanco. En este caso, me parece que se podría tomar el hecho de las alianzas en sí como una práctica que se daba desde antes, y a los cambios rápidos y constantes como una característica que fue provocada por la presencia del blanco.

Chulilaquini, como Negro, da muestras de una amplia movilidad. Había realizado avances a la frontera y tenía cautivos que habían hecho los aucas en las chacras de Buenos Aires (Viedma [7-3-1780]); iba a las sierras de Tandil a buscar ganado y también ofrecía escolta a los españoles del Fuerte para ir a Buenos Aires (Viedma [2-10-1780]).

¿Cómo eran las relaciones interétnicas de Negro con los restantes vecinos, los del sur? Voy a recurrir sólo a uno de los testimonios disponibles, pero que es contemporáneo con los que acabo de presentar. Es el diario que Antonio de Viedma lleva en el Fuerte de San Julián entre 1780 y 1783. Allí aparecen minuciosamente enumerados por el cacique Julián, los otros caciques de la región, hacia el norte y hacia el sur. Desde el río Gallegos hasta el río Negro eran todos caciques amigos. Pero en el río Negro estaba Chanel, enemigo:

El cacique Julián me dijo que a la banda del S. a dos días de camino [de San Julián], hay un arroyo, y junto a él se halla un establecimiento de

indios cuyo cacique se llama Onos, que es amigo suyo. Que a otro día más de camino se encuentra el río de Santa Cruz, a cuya ribera viven otros, cuyo cacique también es amigo, y se llama Cohopan. Que tiene pocos caballos, y que los más andan a pie. Que 25 días de camino al N. hay otro arroyo, entre el cual y la mar viven indios con un cacique amigo suyo, llamado Ayzo, que tiene muchos caballos. Que más tierra adentro sobre el mismo arroyo hay más indios, y que su cacique, llamado Cocnoros, es un amigo igualmente, y tiene muchos caballos. A otros dos días más de camino (dijo), hay otro arroyo, y muchos indios junto a él, cuyo cacique se llama Carmen, que también es su amigo y tienen muchos caballos. Que a otros 20 días más de camino está el río Negro, cuyos indios (dijo) eran malos y enemigos suyos, y que el cacique se llama Chanel, y Julián se llama también Camelo. (Viedma [1780-83] 1972: 906-907)

Las conclusiones provisionarias a las que me permite arribar este primer análisis tienen que ver con la manera de descubrir cuál es el territorio propio de cada cacique, o los terrenos que cada uno reconoce como propios. Creo que el indicio más seguro son los lugares donde aparecen acampando solos, que a la vez sirven de referencia de ubicación geográfica agregados al nombre del cacique o del grupo en las fuentes consultadas. Esos territorios, contrariamente a lo supuesto si nos atenemos a los estudios etnográficos conocidos, no son muy amplios. Los movimientos en partidas comerciales o punitivas, necesariamente extensos, no deben confundirnos respecto a la superficie de los ámbitos reconocidos como propios: las sierras de Buenos Aires para Calpiskis, el arroyo Sauce Grande y las desembocaduras de los ríos Colorado y Negro para Negro o Chanel, el interior del río Negro para Chulilaquini.

A su vez, cada uno de los caciques nombrados aparece acampando en el territorio de alguno de los otros, pero sólo en asentamientos compartidos con el cacique local. Este tipo de asentamiento se observa en las zonas de contacto entre un territorio y otro. El cacique Negro no acampa más al norte de sierra de la Ventana, ni más al sur del Colorado. Chulilaquini no supera hacia el norte el río Colorado. Calpiskis no acampa más al sur del arroyo Sauce Grande.

Los territorios de estos tres grupos (el de Calpiskis, el de Negro, el de Chulilaquini) se superponen escalonadamente hacia el gran polo de atracción que representaba la frontera de Buenos Aires y el ganado de la pampa bonaerense. Las alianzas y los movimientos tienen como principal objetivo el acceso a la frontera de Buenos Aires y al ganado cimarrón.

En cuanto al cacique Negro y su grupo de "pampas" o "peguelchus", como dije, ubicaban sus tolderías entre el arroyo Sauce Grande y la des-

embocadura del río Colorado y aún en la margen norte del Negro, cerca del Fuerte. Aquí puede haber una importante alteración en cuanto al territorio “propio”. Hay varios indicios que lo estarían indicando: se encuentran diferentes registros de cuál era el lugar de Negro, el cacique ofrece apoyo a la expedición cuando está aún por partir de Buenos Aires, es el principal referente de los españoles y por momentos parece acaparar el diálogo con ellos. Esto estaría indicando que los terrenos de Negro estaban, hasta la llegada de la expedición española, en el río Negro.

Aparte de sus relaciones con los blancos, cuidadosamente timoneadas por este cacique, tenía relaciones políticas y parentales que abarcaban un amplio espectro. Sus alianzas políticas eran pactadas con sus vecinos más próximos, como Chulilaquini del río Negro y Calpisquis de sierra de la Ventana, y con ellos realizaba algunas de sus correrías a Buenos Aires. En otras oportunidades los aliados para realizar incursiones a los campos de Buenos Aires eran los “aucas”. Con los grupos de sierra de la Ventana, además, tenía algunas relaciones de parentesco, como también con los que habitaban en las cercanías de la bahía de San Julián. Con esos grupos y otros que estaban hacia el sur del río Negro, las relaciones políticas, aún existiendo parentescos aislados, no eran armoniosas. Esto estaría señalando un límite social y territorial entre etnias.

¿Cuáles son los cambios que produce en las relaciones interétnicas el establecimiento de los españoles en el río Negro? En primer lugar, un acentuado desplazamiento de caciques/grupos hacia el lugar, lo que suscita intercambio de bienes, negociaciones, intentos de captar la atención de los blancos por parte de los indios, ya sea ofreciendo protección, información o ayuda. En segundo lugar, una reacción defensiva, porque esa instalación del Fuerte pone en evidencia “que los cristianos los iban cercando por todas partes y quitándoles todas sus tierras” (Viedma [1781]), lo que debió provocar una fuerte conmoción en la estructura de alianzas y amistades que, obviamente, no aparecen como muy cambiantes sólo porque los indios estaban buscando confundir a los blancos. En tercer lugar, las relaciones con los grupos del sur del río Negro parecen sufrir un cambio. Si bien no eran amigos, la presencia del Fuerte y los primeros malos entendidos de los “tiquelchus” con Viedma pueden haber influido para que el distanciamiento se ahondara. Además, para los grupos del sur apareció casi simultáneamente otro polo de atracción en San Julián: el fuerte fundado por Antonio de Viedma en diciembre de 1780 después de haber pasado el invierno en Puerto Deseado.

Hasta aquí, entonces, he mostrado un análisis que se limita al contenido de los papeles de archivo restringiéndome a la perspectiva del in-

formante: ¿por qué llama a los grupos como los llama?, ¿qué observaciones lo pueden llevar a poner esos rótulos?, ¿qué movimientos de los grupos relata?, ¿qué alianzas o enemistades consigna? Finalmente, ¿cuál es mi análisis de la cuestión con sólo esos elementos? Debe quedar en claro que he evitado deliberadamente la intromisión que podía provenir de las opiniones y conclusiones contenidas en los estudios etnográficos que, obviamente, ya conocía. Este fue un ejercicio posible que, a su tiempo, me brindó una muy útil solución para comenzar a desenredar la madeja.

Luego vinieron otros estudios acerca de otros aspectos, como los que se expondrán en los dos capítulos siguientes. Allí sí hice intervenir la opinión arraigada en la comunidad científica en base a los mencionados estudios, para discutirla y contraponer los datos que me han llevado a otras conclusiones. Volviendo al tema que ahora me ocupa, tuvo también otras etapas en su estudio, como mostraré enseguida.

Los “indios de las sierras” según el diario de Zizur

Para el segundo de los análisis realizados, fueron reveladoras las sucesivas lecturas del diario de Zizur [1781], puesto que me permitieron aproximarme al espinoso tema de las identidades étnicas desde un flanco diferente y, para decirlo de alguna manera, con un enfoque menos ambicioso.

La solución provisoria que voy a exponer ahora, pasó por intentar un análisis “micro”, es decir de pequeños conjuntos de personas y no de grandes unidades como “los tehuelches del norte”, por ejemplo. Utilizo algunos conceptos instrumentales de Barth (1976), quien propone como característica fundamental de los grupos étnicos, el que sus miembros se identifiquen a sí mismos y sean identificados por otros, conformando una *organización social*, o un grupo socialmente efectivo y como foco de la investigación a los *límites étnicos* y no al contenido cultural que encierran. Se refiere a *grupo étnico* (Barth 1976:11) cuando sus miembros: a) se auto-perpetúan biológicamente, b) comparten valores culturales fundamentales, c) integran un campo de comunicación e interacción y d) cumplen con las condiciones de autoidentificación e identificación por los otros constituyendo una categoría distinguible de otras del mismo orden. Voy a referirme a “subgrupos”, dando especial importancia al hecho de que ellos conforman *organizaciones socialmente efectivas*, cumpliendo con las características c) y d). En este caso no puedo afirmar que exista autoperpetuación biológica dentro de cada subgrupo y, aunque comparten valo-

res culturales, ellos no los diferencian de manera tajante de otros subgrupos de la región. Sí, en cambio, hay fuertes indicios de autoidentificación e identificación por los otros como subgrupo distinto en cada caso, esto me parece un buen punto de apoyo para comenzar un enfoque diferente del tema.

También fue útil para el análisis la noción de *identificación étnica* de Cardoso de Oliveira (1971) y sobre todo su contraparte, la *identidad contrastante*. Este autor sostiene que cuando no se observan rasgos culturales diferenciales manifiestos entre grupos (como es este caso), es importante manejar la noción de *identificación étnica*. Por identificación étnica entiende el uso que hacen las personas de calificativos raciales, nacionales o religiosos para identificarse a sí mismos y relacionarse con los otros. La identidad contiene una dimensión personal y otra social, donde la primera es reflejo de la segunda, y ésta incluye la noción de grupo. Otro aspecto esencial para el análisis es la *identidad contrastante*, la afirmación del *nosotros* ante los *otros*, puesto que la identidad no se afirma aisladamente sino negando a otra identidad, por oposición y no puede ser definida en términos absolutos, sino únicamente en relación a un sistema de identidades étnicas, valorizadas en forma distinta en contextos específicos o en situaciones particulares.

Cardoso de Oliveira sostiene también que los análisis conducidos sobre formas culturales manifiestas relacionadas como conjunto de rasgos (del estilo de los que glosamos en el capítulo 2) no dan cuenta de la clasificación étnica de las personas y los grupos cuando prácticamente no se observan rasgos culturales diferenciales. Además, menciona otras cuestiones que aparecen entre los grupos en estudio. Un individuo puede tener diferentes alternativas para su identificación tribal: invocando la patrilateralidad o la matrilateralidad, su conocimiento de la lengua, su lugar de nacimiento. Una persona con padres de diferentes grupos étnicos, podrá hacer jugar sus dos identidades “virtuales” según las circunstancias y las personas con quien interactúa. Para este autor, la identificación étnica es, de algún modo, una “elección” y la identificación étnica alcanzada con la manipulación de reglas sociales, es un fenómeno más general de lo que se podría imaginar en el cuadro de las relaciones entre indios y blancos. Fenómenos como las “fluctuaciones” de la identidad étnica deben ser interpretados como el esfuerzo muchas veces dramático del individuo y del grupo para lograr su supervivencia social.

Al mismo tiempo que propongo la categoría “subgrupo” para comenzar el análisis, dejo de lado la preocupación de intentar por ahora otra propuesta, la de definir una extensión y/o un nombre para la enti-

dad mayor a la que pertenece cada subgrupo (¿Pampa-Patagonia?, ¿pampas-tehuelches?, ¿pampas-tehuelches del norte?, ¿tehuelches del norte-tehuelches del sur?). Esto me permite intentar un análisis diferente de los realizados hasta ahora, desde las organizaciones más pequeñas hacia la organización mayor. Los subgrupos a los que me voy a referir se autoidentifican y son identificados por los otros y presentan, además, algunas de las otras características que describe Barth (1976): son formas de organización socialmente efectivas, los actores utilizan la identidad étnica para categorizarse a sí mismos y a los otros con fines de interacción, los límites sociales entre grupos cuentan con su concomitante territorial, la identidad étnica se conserva aunque los miembros de ese grupo interactúen con otros, la canalización de la vida social se da a través de los límites étnicos, y ocasiona una organización compleja de relaciones sociales y de conducta. En base a este enfoque, he formulado el modelo de análisis propuesto a partir de los datos del diario de Zizur, en tres subtemas: la identidad étnica, la organización territorial y las relaciones con otros grupos.

El documento en cuestión es el diario ya mencionado del piloto Pablo Zizur [1781]. Como ya dije en el capítulo 1, fue escrito entre octubre y diciembre de ese año y da cuenta de una comisión que tenía varios objetivos: tratar la paz con el cacique Lorenzo Calpisqui, intercambiar cautivos, y demarcar el camino al río Negro y el Fuerte del Carmen puesto que la comunicación de la capital Buenos Aires con el mencionado fuerte se realizaba por mar.

En cuanto a los contenidos del diario, Zizur no realiza ninguna referencia a cuestiones que no sean el tratado de paz y las discusiones cotidianas en torno a ese tema y al viaje a Buenos Aires que le proponen a Calpisqui para entrevistarse con el Virrey, supuestamente con el fin de tratar el intercambio de cautivos. No tuvo ninguna inquietud por describir otros aspectos de la cultura como lo han hecho otros viajeros y no muestra ninguna simpatía hacia los grupos indígenas. Su actitud es de temor o de desprecio, según las fluctuaciones de las tratativas. Sin embargo, el diario es un documento importante, precisamente, para el estudio de otras cuestiones clásicamente descuidadas en este tipo de relatos: la organización territorial de los grupos étnicos de las sierras de Buenos Aires, sus relaciones interétnicas con las Salinas y el litoral atlántico del norte de la Patagonia a fines del siglo XVIII y, como veremos en el próximo capítulo, las características del cacicazgo en esas comunidades.

Es precisamente el objetivo de llevar a buen fin tratativas de paz con el cacique Lorenzo Calpisqui, lo que hace que Zizur proporcione abun-

dantes datos sobre las relaciones políticas y las alianzas entre los grupos de la pampa y, lateralmente, sobre las posibles identidades étnicas de algunos de sus interlocutores. A esta última cuestión le he prestado particular atención con el objeto de mostrar cuál es la clasificación que se puede inferir de la lectura de este diario (tomado como caso-tipo).

Hay otro documento, también un diario de 1781, pero del fundador y Comisario Superintendente del mencionado Fuerte del Carmen, Francisco de Viedma, que fue de mucha utilidad para contrastar algunas cuestiones relatadas por Zizur. Abarca el período comprendido entre abril y diciembre de ese año, durante el cual diversos emisarios de Viedma visitan en tres oportunidades las tolдерías del cacique Lorenzo Calpisqui con el objeto de tratar también el rescate de cautivos y, además, comprar ganado.

El análisis del diario de Zizur y su confrontación con el escrito por Viedma hizo posible tratar temas como la identidad étnica que los “indios de las sierras” se atribuían, su organización territorial con respecto a otros grupos de la región y los diferentes grados de interacción con esos grupos. Estos aspectos constituyen la organización *hacia afuera* y presentan, sobre todo en la cuestión de las relaciones intergrupales y el uso de sus territorios, interesantes indicios de la articulación de su economía, por lo que está íntimamente relacionado con los temas que trataré en el capítulo 5.

De manera sucinta, puedo brindar algunas particularidades de las expediciones mencionadas. La que comanda Zizur parte de Buenos Aires el 10 de octubre, y de la guardia de Monte el 17 de octubre de 1781. El rumbo predominante es siempre el SO o SSO. Después de cruzar el río Salado, caminan casi 65 leguas (aproximadamente 320 km) hasta los toldos del cacique Lorenzo Calpisqui. Permanecen allí más de 50 días, entre el 31 de octubre y el 21 de diciembre de 1781. El 22 de diciembre reinician la marcha hacia el río Negro, y llegan al Fuerte del Carmen el 1 de enero de 1782. Los toldos de Calpisqui, según el autor, estaban próximos a las sierras de la Ventana. Aunque no he realizado una reconstrucción precisa del itinerario, las distancias y los rumbos recorridos, trasladados a un mapa actual, señalan aproximadamente ese lugar (ver Mapa 3). Los datos del diario de Francisco de Viedma [1781], que envía emisarios *desde* el Fuerte del Carmen hacia las tolдерías de Calpisqui, también coinciden en rumbos y distancias en señalar la región de las sierras de la Ventana (en rigor, un sistema de sierras: Puán, Cura Malal, Ventana, Pillahuincó), como su lugar de asentamiento.

Resulta imprescindible una aclaración para la lectura: los autores citados utilizan nombres diferentes para dos personajes que son impor-

tantes para el análisis que propongo. Se trata de “Lorenzo”, o “Calpisqui”, o “Calpiskis”, o “Lorenzo Calpiskis/s” por un lado y de su hermano “Pascual”, o “Cayupilqui”, o “Pascual Cayupilqui” por el otro.

En cuanto a la *identidad étnica*, no hay una autoidentificación étnica explícita por parte del grupo a través de alguno de sus integrantes, aunque Zizur los denomina “pampas”. Esto ocurre, por ejemplo, una de las veces en que parece fracasar el tratado de paz y el piloto les habla a los caciques y sus indios reunidos:

quedarían todos sus indios satisfechos del modo de proceder de los españoles, quedando entabladas más paces, cual ninguna vez, se hayan conocido entre las naciones *pampas*: éstas, y otras varias reconvenções se le hicieron [al cacique Lorenzo] a las cuales estuvo atentamente él, los demás caciques y todos los indios (Zizur [1781: 28v], el destacado es mío).

Sin embargo, para Viedma (desde el Fuerte del Carmen) los indios de Calpiskis son *aucas*, aunque tampoco puedo afirmar con seguridad que el gentilicio era usado por ellos

Vinieron los indios del río Colorado, dijeron no sabían de la partida [que Viedma había enviado a la toltería de Calpiskis], porque ésta sólo se detuvo un día en aquel río, y sigue su viaje a los toldos de los *Aucas*. (Viedma [1781: 48v], el destacado es mío).

Ambos relatos son absolutamente coincidentes en la fecha, y el grupo al que se refieren es indudablemente el mismo, por lo que se nos presenta aquí un ejemplo de lo poco confiables que resultan algunas nomenclaturas, puesto que un mismo grupo puede tener nombre distinto según quién sea el relator. Pero en este caso es posible profundizar el análisis.

Hay *otros* grupos en la región, que son mencionados por el propio Zizur. Al no poder convencer a Lorenzo para que viajara a Buenos Aires, el piloto trata de cumplir con otro de los objetivos de la expedición, y continuar viaje hacia el río Negro. En la argumentación expuesta al cacique, aparecen nombrados los otros grupos (que él denomina “naciones”):

En vista de todo lo dicho, lo inútil que nos era instar más sobre la ida de Lorenzo [a Buenos Aires], no le tocamos más, y sí sobre la ida mía para el río Negro: para cuyo efecto les hice una larga arenga, diciéndoles, que repetidas ocasiones les había dicho teníamos orden del Virrey de tratar las paces con los *peguelchus* (modo que tuvimos de ocultarle nuestro empeño para ir al río Negro a inspeccionar su campiña) y [...] yo pasaría al río Colorado a fin de tratar las paces con dichos indios, no tan sola-

mente con los cristianos, sino también para que la hiciesen con ellos, respecto a que se hallan de mala fe y de no quererla hacer con los *aucaces*, y *ranquicheles*, providenciará el Virrey, lo que hallase por conveniente: pues su Excelencia no tan solo quería tratar paces, con todas las naciones que quedan dichas; sino que todas estas naciones infieles tenían de estar de paz entre ellas (Zizur [1781: 29], el destacado es mío).

Viedma [1781] también menciona a *otros* grupos, aunque dando predominancia a su ubicación geográfica y sus caciques: los *indios de las márgenes e inmediaciones del río Negro* (como los de Chulilaquin y Quiliner) [29v], los *indios del río Colorado* del cacique Vzel [6v y 30], los *indios de las Salinas* del cacique Guachulap [16] o Guchulap [29v]. También se refiere a los *ranqueles* [38], *ranquicheles* [33v y 43v] o *alanaquines* [36v], usando un gentilicio pero sin llegar a usar el término “nación”. De todos modos, estos parecen dos niveles diferentes de adscripción: subgrupos y grupos mayores.

En efecto, vemos que en ambos autores hay una diferencia notable: usan gentilicios (*aucas*, *ranqueles*, etc), o utilizan la referencia geográfica “indios de” (también Zizur, aunque no en el ejemplo citado). Esto nos puede estar indicando cuáles son los subgrupos (“indios de”) y cuáles los grupos mayores o “naciones” (gentilicios). Aquí debo sugerir que se despoje a los gentilicios de toda intención de identificar grupos étnicos en el sentido consuetudinario. Los autores están tratando de reconocer *grupos de poblaciones*, algo más abarcativos que los subgrupos que responden a cada cacique, por una necesidad puramente práctica. Aquí no hay afanes descriptivos de rasgos culturales que fundamenten estas nomenclaturas, por lo que voy a tomar indistintamente el uso de gentilicios y la referencia a “naciones” para el análisis que sigue.

Cuando Zizur habla de “naciones” y/o utiliza gentilicios, se refiere a “pampas”, “aucaces”, “ranqueles” y “peguelchus” (que en este caso, con absoluta seguridad, es una deformación de “tiquelchus” o “tiguelchus” y no de “pehuenches”). Viedma, en este diario, no las denomina naciones, pero se refiere a “aucas” y “ranqueles” y en un documento anterior, como hemos visto, ha mencionado a los indios de “nación tiquelchus, y pampas” (Viedma [4-6-1779]).

Zizur [1781]	Viedma [1781] [1779]
pampas	pampas
aucaces	aucas
ranquicheles	ranquicheles
peguelchus	tiquelchus

La correspondencia de unos grupos con otros así dibujada, no parece presentar problemas, pero los “pampas” de Zizur no son los mismos que los de Viedma. Esto queda claro al agregar el nombre de los caciques de cada grupo, según estos autores:

Zizur [1781]	Viedma [1781] [1779]
pampas (Lorenzo)	pampas (Negro)
aucaces	aucas (Lorenzo)
ranquicheles	ranquicheles
peguelchus (Negro)	tiquelchus (Julián)

Quedan por explicar las atribuciones de los subgrupos a estas unidades mayores que son también contradictorias entre ambos autores. Cuando me refiera a las relaciones interétnicas, presentaré datos adicionales que servirán para enfocar mejor la cuestión. Pero hay preguntas cuyas respuestas aún quedan pendientes: ¿quiénes eran los aucaces para Zizur?, ¿quiénes eran los pampas para Viedma en 1781? Lo cierto es que Viedma, después de sus primeros escritos de 1779, no vuelve a utilizar el gentilicio “pampas”. Hacia 1781 la relación aucas-cacique Negro era muy estrecha, puesto que refiriéndose a los territorios de los diversos caciques conocidos, dice Francisco de Viedma:

[el] cacique Negro y sus indios el que en el día anda separado de ellos, y entre los Aucas por haberse casado con una china de esta nación, y por

haber muerto algún otro de sus indios emparentados con los Chulilaquines, y con los de Vzel (Viedma [1781: 30]).

Pero sólo esto no alcanza para explicar por qué Viedma deja de utilizar el gentilicio pampas, puesto que Negro no debía ser el único “pampa”. Una respuesta convincente puede ser que, cuando se conoce mejor a los grupos, la referencia geográfica que indica el uso del término “pampa” es abandonada. Esto es lo que sucede con Viedma. En cuanto a Zizur, quien sí se refiere a “pampas”, lo hace en éste su primer contacto con indios de la región de la “pampa”. Además, puede haber en su relato una confusión entre quiénes eran pampas y quiénes aucas, puesto que los “aucas” son sólo nombrados, y no proporciona datos adicionales respecto de ellos (como sí los da para los otros grupos que menciona) ni relata contactos de los indios de Calpisqui ni de él mismo con este grupo.

Resumiendo, Zizur trata con un grupo que podríamos denominar (equiparando la nomenclatura a la de los propios autores) “indios de las sierras” del cacique Calpisqui. La atribución a una entidad étnica mayor es problemática, como vimos, aún para los que estaban protagonizando estos encuentros (volveré sobre este tema al tratar la organización territorial de los grupos). Lo que me parece importante para destacar ahora es la existencia en la región de una organización socialmente efectiva, que reconocía como jefe más importante a Lorenzo Calpisqui, y se diferenciaba claramente de otros subgrupos muy cercanos. Las formas de relación que establecían con esos otros subgrupos, que incluían alianzas políticas y de parentesco de diferente grado, sirven a su vez para delinear mejor las características de esa organización y sus límites sociales.

Como los límites étnicos que organizan las relaciones sociales y de conducta cuentan con su concomitante territorial (Barth 1976: 17), resulta apropiado presentar datos acerca de la *organización territorial* de estas comunidades de las sierras de Buenos Aires en el siglo XVIII. Para algunos autores, este aspecto es inherente al propio concepto de etnia, puesto que ella “representa la concreción de la cultura en el espacio y en el tiempo por medio de su empleo, tradición y transmisión específica por parte de una comunidad humana territorialmente localizada” (Esteva Fabregat 1984: 5) y: “Al agruparse los hombres en unidades de cultura diferenciadas que disputan a otros el espacio o el dominio de éste, quedan también definidos como unidades políticas” (Esteva Fabregat 1984: 15).

Veamos, entonces, a cuáles otros grupos diferenciaban como vecinos estos “indios de las sierras”, lo que nos mostrará a su vez cuáles eran sus límites territoriales y, por lo tanto, qué territorios reconocían como propios.

De los *otros* grupos a los que menciona el autor del diario, la gente del cacique Lorenzo Calpisqui diferencia efectivamente a los *peguelchus* y los *ranquicheles*. En cambio no mencionan a los aucas en ningún momento (aunque sí lo hace Zizur), ni se relatan contactos con ese grupo. En cuanto a los grupos de las Salinas, las relaciones interétnicas con ellos parecen ser muy estrechas, aparecen mencionados los *caciques de las Salinas* pero no hay otros indicios de diferenciación étnica, ni utilizan un gentilicio particular para ellos. Estos caciques de las Salinas estaban hacia el oeste de la toldería de Lorenzo, y aún “más al oeste de las Salinas” se hallaban los *ranquichules* [17v]. Hacia el sur, a orillas del arroyo Sauce y el río Colorado, los *peguelchus* o *peguenchus*, con los cuales las relaciones eran ambiguas.

En cuanto a los datos de Viedma [1781] que podemos comparar con los dados, no presentan términos demasiado irreconciliables. En el cuadro que sigue, presento las referencias a “indios de” y, entre paréntesis, los nombres de caciques:

Zizur [1781]	Viedma [1781]
	indios de las márgenes e inmediaciones del río Negro (Chulilaquin y Quiliner)
indios del río Colorado (Negro) o peguenchus o peguelchus (*)	indios del río Colorado (Vzel)
ranquicheles o ranquichules	ranqueles, ranquicheles o alanaquines
indios de las Salinas (Katruen y Alcaluan)	indios de las Salinas (Guachalal y Canopeyn)

(*) También dice que el cacique Negro habita en “el arroyo Sauce principal”.

Se puede apreciar una correspondencia bastante exacta en cuanto a los grupos, pero no en cuanto a sus caciques: los indios del río Colorado son del cacique Vzel para Viedma y del cacique Negro para Zizur. Como dije, la atribución de cada cacique o subgrupo a los grupos mayores o “naciones” es contradictoria entre Viedma y Zizur. Aquí habría que privile-

giar la opinión de Viedma que ya hacía tiempo que estaba en el río Negro y había viajado varias veces hasta el Colorado, mientras que Zizur habla del cacique Negro antes de conocerlo y de llegar a los que serían sus territorios. Los “peguelchus” de Zizur están en el río Colorado, aunque con distinto cacique que el que consigna Viedma, y Zizur pone como excusa ante Lorenzo un tratado de paz con los peguelchus para llegar al río Negro. En el caso de los de Salinas y los ranqueles, son identificados por ambos autores, aunque con leves diferencias en la forma de escribir su gentilicio para los ranqueles, y caciques distintos para los indios de las Salinas.

Una visión un poco más panorámica de los grupos de la zona, es proporcionada también por Francisco de Viedma, quien transcribe en su diario datos de un lenguaraz llamado Matías. Según estos datos, a los grupos de Calpiski, Guchulap e indios de las Salinas que tanto el mismo Viedma como Zizur han mencionado, se agregaban en determinadas épocas del año otros grupos de indígenas que iban a proveerse de ganado caballar, los del río Negro:

que en lo interior de él [el río Colorado] no había indiada pues toda ella ... tienen sus tierras y más permanente domicilio en las márgenes e inmediaciones del río Negro. Y que estos indios salen como enjambres en cierto tiempo y vienen a este río; desde donde van a las citadas sierras [Ventana-Tandil], a reponer de yeguas, y caballos, cuyas indiadas se componen de diferentes tribus, o naciones como la de los Chulilaquits, la de Quiliner, y así de otras naciones, cuyos nombres no le he podido comprender (Viedma [1781: 29v])

Chulilaquin y Uzel/Vzel tenían tierras vecinas, el primero en las márgenes del río Negro, y el segundo en las del Colorado, pero ambos hacia el interior y no cerca de las desembocaduras (Viedma [1781: 30] y Zárate [1783]).

Habría, entonces, grupos propios de las sierras y otros ajenos a ellas, pero que utilizaban sus recursos. Esto podría llegar a explicar las relaciones oscilantes entre amistad-enemistad de los “indios de las sierras” con los “peguelchus”, por ejemplo, o la necesidad de alianzas políticas amplias como las que mencionan reiteradamente Zizur y Viedma, que incluyen cinco, ocho, nueve caciques, como veremos más adelante.

Con respecto a la última de las citas textuales, sólo está diciendo (y casi con las mismas palabras) lo que ya había afirmado Sánchez Labrador en base a observaciones que habría realizado a comienzos de la década de 1740 para explicar la dinámica de poblamiento y de explotación de recursos de la región pampeana:

Años pasados, cuando las Campañas, y llanuras inmediatas a Buenos Aires, mantenían tanto ganado vacuno, que las inundaban, bajaban algunas tolderías de Indios Serranos, Thuelchus, Peguenches y Sanguelches por el interés de la caza. Estos, que naturalmente son voraces, y hallaron alimento en abundancia, se establecieron en dichas llanuras, o Pampas. Por este acontecimiento dieron a tales Indios el nombre de Pampas, que es el propio de las Campañas, en que fijaron establemente sus toldos; pero en realidad no son sino parcialidades de las Naciones expresadas. (Sánchez Labrador 1936: 29)

Este párrafo formaba parte de una monografía del autor que se mantuvo inédita hasta que Guillermo Furlong Cardiff la prologó y anotó para publicar en 1936. Sánchez Labrador dice que “dieron” a tales indios el nombre de “pampas” refiriéndose obviamente a los blancos que habían escrito sobre estos pueblos.

Cuando Villarino remonte los ríos Negro-Limay (1782-83), hará anotaciones parecidas a las de Viedma en 1781, señalando una “continuidad” entre las poblaciones de la región cordillerana del Neuquén y la de las sierras de Buenos Aires: eran indios que se trasladaban a veces por más de un año a proveerse de ganado (Villarino [1782-83] 1972: 1018-1019). Volveré sobre este tema en el capítulo 5.

Si en este momento nos detenemos a repasar los dos últimos cuadros propuestos y recordamos las conclusiones que nos sugirió el primero de los análisis, más las afirmaciones de Sánchez Labrador que toman nuevo valor releídas ahora, no parecerá desatinada mi propuesta de referirme a una *identidad impuesta*. Ni “auca”, ni “pampa” ni “tehuelche” eran usados como gentilicios sino como meros rótulos. Como era difícil para los ocasionales cronistas de diversas situaciones rotular a las gentes que iban encontrando, ello se realizaba a grandes rasgos, por ubicación geográfica, relaciones con otros grupos, posiblemente fuera tenida en cuenta la lengua, aunque esto no aparece explicitado. No era una preocupación clave de estos informantes delimitar grupos y naciones, sino hacer posible la convivencia y el trato con ellos. Con este fin, sólo necesitaban identificarlos de alguna manera y a *grosso modo* utilizaban los mencionados rótulos. De modo que no se trataba sólo de “autoidentificaciones”, de “identidades contrastantes”, o de “identidades virtuales” puestas en juego por los indios. Aquí el blanco tiene mucho más protagonismo que el que parece, al “otorgar” o “imponer” identidades con fines puramente prácticos administrativa y políticamente. Por eso me refiero a *identidades impuestas*.

¿Cómo dibujaban los españoles del Fuerte la dispersión de los diferentes grupos identificados por ellos? Los “pampas” son los que están

en contacto permanente con ellos, representados sobre todo por la figura del cacique Negro. Los “aucas” están más alejados hacia el norte y el noroeste, Calpisqui es el cacique que se destaca, son los que hacen las incursiones a Buenos Aires y no tienen contacto directo con el Fuerte. Luego están los de las Salinas y los ranqueles, más alejados aún, de los que tienen noticias por terceros. De los ranqueles ya veremos una descripción de su forma de vida, notablemente distinta a la que estaban apreciando entre los indios que visitaban el Fuerte, son “otros” indios. Estos están más hacia el oeste de las Salinas, y parecen conformar el límite oeste de los “pampas”. Hacia el sur, del otro lado del río Negro, estaban los “tiquelchus” que tenían poco trato con los del Fuerte, fuera de la amenaza constante que representaban para el ganado.

En cuanto a las *relaciones interétnicas*, o sea los lazos sociales y políticos con los otros grupos que trasladan los límites territoriales a la esfera de las conductas y los acuerdos, el diario de Zizur permite proponer que habría cuatro grados diferentes de interacción, desde “los más amigos” a “los menos amigos”.

1) Un primer grupo estaría conformado por los cuatro caciques “confederados” de Lorenzo Calpisqui: Catamillá, Falei, Pañancio y Cayunamun (Zizur [1781:12]), que son los que se adelantan a recibir a Zizur y su comitiva, y con los cuales se realizan dos asambleas para hablar del tratado de paz. Habría que agregar a otros dos caciques, Chumiante y Llancaagré, que podrían ser vecinos muy próximos, puesto que Zizur no proporciona siquiera una referencia geográfica de su procedencia:

Pasamos la noche como la anterior: a las 8 de la mañana vino el cacique Chumiante, quien tuvo una larga conferencia que duró más de 3 horas, con Lorenzo, y Cayupilqui: habiéndole preguntado al lenguaraz a qué se reducía, dijo, que estaba aconsejando a Lorenzo para que fuese a Buenos Ayres, que no tuviese recelo de los cristianos, que una vez que habíamos venido nosotros era señal que veníamos de buena fe, que no se llevase de los dichos de otros, que ninguno podía estar más quejoso de los cristianos que él por haberle muerto un hermano (Zizur [1781: 14v]) A las 8 vino Cayupilqui, y a poco rato el cacique Llancaagré, quien hizo a Lorenzo, y Cayupilqui, una larga arenga igual a la que hizo Chumiante (y según lo que dijo el lenguaraz Tío Luis) respondió Lorenzo, que ya había dicho que tenía que ir a Buenos Ayres, y así por más que le quisieren desvanecer su determinación que no le tenían de conseguir. (Zizur [1781: 15v])

Estos dos caciques se presentan sin que se les requiera su presencia,

debían estar tan cerca como para enterarse de la visita de la comitiva española, por lo que supongo una estrecha vecindad y, además, si se interesan en opinar es porque quedarían involucrados en el tratado de paz que se le proponía a Calpisqui.

2) un segundo grupo sería el de los vecinos de las Salinas, con los que hay incluso relaciones de parentesco. Ellos sí son convocados, aunque quizás esto sólo se deba a que estaban más lejos, pero también se verían involucrados en el tratado de paz que Lorenzo se aprestaba a firmar y se presentan a dar su opinión sobre el mismo. Son los caciques Alcaluan y Katruen:

A puestas del sol, llegó chasque con la noticia de hallarse cerca los caciques de las Salinas; que en virtud de chasque, que les hicieron estos, venían, a imponerse de la paz, que se está tratando (Zizur [1781: 22v]).

A la mañana siguiente, Lorenzo y Pascual van al encuentro del visitante, y vuelven “a la oración”, con un pequeño grupo de indios de las Salinas al mando del cacique Katruen, que era cuñado de los hermanos Lorenzo y Pascual. Esta salida al encuentro de los que llegan es una regla de etiqueta que ya había utilizado Calpisqui con Zizur, parece depender del grado de importancia que se le da a la visita y querer demostrar cierto tipo de respeto o consideración por los visitantes. El tema que va a tratar Katruen es el conocido:

Por no repetir por menor asuntos que ya tengo dicho repetidas veces, no relaciono por menor lo que se ha hablado hoy, y tan sólo dice los puntos a que redujo Katruen todo su discurso, durante este día: que ya estaba informado de sus parientes de todo lo sucedido durante el tiempo, que ha, que llegamos a las tolдерías, y nuestro modo de proceder: que prometía de su parte guardar la fe, que le asegurábamos de la nuestra, siempre, que no faltásemos a ella: que si él había hecho varios avances, habíamos dado nosotros motivo para ello, apresándole a su cuñado, padre, y otros varios parientes, en tiempo de paz, pero que todo esto, lo olvidaba, y ya no hacía mención de ello en prueba de que deseaba nuestra amistad. (Zizur [1781: 23-23v])

Después de esta visita de tres días en las que el cacique no ha perdido oportunidad de poner en claro que acepta el tratado *a pesar de* el proceder de los españoles, Katruen regresa a sus tierras. Cinco días más tarde llega, también desde las Salinas, el cacique Alcaluan, con los mismos fines de conocer y aprobar el tratado de paz.

A las 4 de la tarde llegó el cacique Alcaluan de las Salinas, de edad al parecer de 90 años, de una estatura más que regular: este cacique hizo una arenga a los dos hermanos Lorenzo, y Pascual, dándole la enhorabuena a éste de haber salido de su cautiverio, y a los dos, para que fuesen leales a los cristianos, y estableciesen una paz, estable, que así tendrían cuanto quisiesen, y vivirían en quietud. (Zizur [1781: 24v-25])

La visita de Alcaluan es más larga: nueve días. Cuando se retira, sin embargo, ha cambiado de parecer después de enterarse de las penurias pasadas por Cayupilqui durante su cautiverio en Buenos Aires, y desaconseja el viaje de Lorenzo a esa ciudad [28].

En el diario de Viedma [1781], aparece mencionado otro cacique de las Salinas: Guchulap o Guachalap, con el cual la relación de Calpisqui aparece también como muy estrecha

este cacique está acampado con su gente dos días de camino distante de estos toldos [de Calpisquis], en un paraje inmediato a las Salinas donde vienen por sal desde Buenos Ayres con carretas y tropas: Que a los tres días de estar los citados peones en el toldo de Calpisquis, salió este cacique, y su mujer y fueron a donde estaba Guchulap, a llevarle la botija de aguardiente (Viedma [1781: 16-16v]).

El aguardiente era un obsequio que Viedma había enviado a Calpisqui para él y sus amigos. Además, pocas páginas más adelante menciona a otros caciques amigos entre sí que podrían integrar este segundo grupo que, como veremos, es también el grupo de potenciales aliados ante la posibilidad de atacar a los españoles:

los caciques Calpisquis, Guchulap, Toro, Guachan, Chanel y otros cuyos nombres ignoraban se habían juntado a tratar sobre destruir este Establecimiento, echarnos de él o matarnos porque habían conocido que los cristianos los iban cercando por todas partes y quitándoles todas sus tierras (Viedma [1781: 19-19v]).

Estas no son buenas noticias para Viedma, por un lado se menciona a Chanel (Negro) que constituía un importante apoyo para él; por el otro, los “otros cuyos nombres ignoraban” no se sabe cuántos pueden ser y, obviamente, constituían un peligro muy próximo.

3) un tercer grupo está representado por los que al llegar a la toltería de Lorenzo pagan su derecho de paso por territorio ajeno. Son los *ranquichules* que van hacia los campos de Buenos Aires a robar ganado, no sin antes obsequiar a Lorenzo:

Ayer llegaron una cuadrilla de indios ranquichules de la parte del oeste de las Salinas, a esta toldería, y supe que venían a vender sal; cuya noticia no la anoté, por no parecerme del asunto; pero hoy he sabido que su objeto era coger ganado en los campos del este para cuyo efecto, a fin de que estos, los dejen pasar les han regalado algunas cosas, y a Lorenzo ví, que le regalaron un poncho. (Zizur [1781: 17v])

Viedma [1781] llama a estos grupos *ranqueles* o *ranquicheles*. Uno de sus emisarios a las tolderías de Calpisqui tiene también la misión de llegar hasta sus asentamientos a comprar caballos, viaje que les lleva dos días desde los toldos de Lorenzo Calpisqui. En uno de los pocos párrafos descriptivos que se encuentra en estos dos diarios, nos enteramos que

estaban las tolderías de los Ranqueles, inmediatas a ocho pozos que habían abierto a la orilla de tres lagunas grandes de agua llovediza de donde se proveen ellos y sus caballadas y ganados ... Que contó 43 toldos, y el cacique era un tuerto, cuyo nombre no se acuerda aunque se lo dieron: Que tenían cautivas cuatro mujeres cristianas, y tres muchachos ... [de Luján y Pergamino] (Viedma [1781: 38v-39])

había mucha indiada, de la misma nación acampada en otros médanos mayores y se mantenía con agua de pozos en la misma forma que éstos [...] distantes cuatro días de camino, y en aquel paraje había mucho monte de grandes y espesos algarrobos de cuyo fruto hacían aguardiente, ... esta indiada tenía muchos cautivos cristianos ...[y] está escondida entre los médanos al amparo de dichos pozos y lagunas (Viedma [1781: 39-39v])

los ganados que tenían eran ovejas y cabras, y mucha porción de yeguas y caballos (Viedma [1781: 39v-40])

Evidentemente, Viedma se ha detenido a describir a estas gentes porque son distintos a los que él estaba acostumbrado a tratar, y debemos interpretar la expresión “de la misma nación” como equivalente de “con las mismas costumbres”.

Por otra parte, las relaciones de los indios de las sierras con esos grupos de ranqueles, parecen ajustarse al protocolo que se sigue para adentrarse en terrenos ajenos que se describe en un testimonio producido desde el Fuerte de San Julián por Antonio de Viedma, quien habla en general de las interacciones de los grupos desde el río Negro hacia el sur:

cada cacique tiene señalado el terreno de su jurisdicción, no puede ninguno de sus indios entrar en el terreno de otro sin pedirle licencia para ello. El indio que va a pedirla ... da razón a aquel cacique del motivo que

le trae, ya sea de paso, o ya porque pretenda permanecer allí. Si al cacique le parece, consiente en su pretensión, y si no, le manda salir inmediatamente de sus terrenos y dominios. Si el indio va como embajador de su cacique o de otros indios bien pidiendo paso por aquel terreno, o bien para comerciar con ellos o para visitarlos, se le señala por el cacique el tiempo, y por donde debe entrar, camino que han de tomar para seguir su viaje, o terreno que han de ocupar donde hagan su comercio. [...]. Cuando para entrar en terreno o toldería ajena, no se observan las expresadas formalidades, es señal de mala fe, y en consecuencia se toca luego el arma. (Viedma [1780-83] 1972: 950-951)

4) el cuarto grupo es el de aquellos con los que las relaciones eran, por lo menos, fluctuantes: los *peguelchus* o *peguenchus del río Colorado*, indios del cacique Negro, que en el momento del relato de Zizur amenazan con atacar los toldos de Lorenzo. Ya he hablado de las cambiantes alianzas de Negro (acabo de mencionarlo en el segundo de estos grupos de relación con los indios de las sierras) aunque en este caso es dudosa la atribución de Zizur. En otro lugar de su diario ha dicho que Negro es el cacique de los *peguelchus* pero no en esta cita en particular:

Pasamos el día con algún sosiego, hasta que después de puestas del sol oigo un gran alboroto, y preguntando al lenguaraz qué era la bulla, me dijo que había venido chasque con la noticia de que los *peguelchus* indios de [roto]ío Colorado, iban a avanzar a los toldos más occidentales, y que en virtud de la novedad se estaba aprontando la gente (como lo estaba viendo) para salir una partida a reconocer el campo. (Zizur [1781: 10v-11])

Aunque unos días más tarde parecen haber olvidado esa amenaza de ataque y el temor que manifestaban hacia los *peguelchus*, o Negro no era el cacique de los *peguelchus* como lo afirma Zizur:

Esta mañana nos dijeron Lorenzo, y Pascual, que iban a mandar chasque al cacique Negro; noticiándole la paz, que habíamos venido a tratar con Lorenzo, y todos sus aliados. (Zizur [1781: 20v])

El cacique Negro no aparece, con la excusa de tener que entrevistar-se con Francisco de Viedma en el Fuerte del Carmen. Pocos días después, Zizur lo encuentra en el paraje Sauce Solo de la margen septentrional del río Colorado [35v]. Como ya expresamos, para Viedma [1781: 30], los “terrenos de este río” (por el Colorado) no eran del cacique Negro sino de Vzel, que tenía sus toldos a sólo media legua de él, y el cacique Negro era de las “márgenes e inmediaciones del río Negro” como Chulilaquin y

Quiliner. Aquí aparece nuevamente una de las contradicciones en cuanto al lugar propio de Negro, a la que ya me referí con anterioridad.

En estos cuatro grupos, entonces, se advierte que los aspectos de interés común en la interacción van decreciendo: los muy vecinos (Chumiante, Llancagré y los confederados), los vecinos (Katruen, Alcaluan, Guchulap), los vecinos lejanos (ranquichules), los casi-enemigos (peguelchus), serían las expresiones que pueden sintetizar esos diferentes grados de relación social.

¿Qué puedo agregar ahora a las conclusiones elaboradas en base a mi primer análisis? En primer lugar, hay muchas coincidencias en cuanto a los grupos presentes y sus caciques, aunque se ha ampliado considerablemente el panorama de cómo estaba poblada la región. Ha aparecido nuevamente Calpisqui en las sierras de la Ventana, pero ahora se lo ve claramente como dueño y señor de esas tierras, con sus aliados y vecinos perfectamente individualizados. El haber podido identificar a cuatro grupos muy próximos geográficamente pero con diferentes tipos de interacción con respecto a Calpisqui, muestra la complejidad de las relaciones interétnicas en un área que si bien es clave por sus recursos económicos, no es muy extensa. A este tipo de análisis me refería al principio con la mención de “subgrupos” y “micro” análisis.

En segundo lugar, este modelo de análisis, aunque logrado para una región casi periférica al área en estudio, está mostrando dinámicas de funcionamiento de los grupos que no conocíamos y nos proporciona interesantes posibilidades de realizar analogías para los casos en que los datos no se presenten con tanta abundancia o no sean tan contundentes. Como dije al presentar el diario de Zizur, este escrito no-descriptivo ha posibilitado mucho más de lo esperado, entre otras cosas, una forma distinta de encarar este tipo de fuentes, buscando más allá de lo escrito. Es decir, teniendo en cuenta el por qué y el sentido de lo escrito, la situación y el momento en que se escribió, las presiones y pretensiones del autor, para ver algo más que solamente idas y venidas de caciques y de grupos de indios, reuniones y juntas con largos parlamentos y temores e indecisiones de ambas partes.

Del primero de los análisis obtuve abundantes datos sobre Negro y su radio de acción. Con esta segunda aproximación se ha ido dibujando mejor la presencia de otros grupos vecinos, su relación con Negro y sus territorios habituales. Los grupos de sierra de la Ventana y las consideraciones que he transcripto de Sánchez Labrador, me llevan a agregar algunas reflexiones acerca de este tema de los territorios de cada grupo. Parece tener cierto asidero la idea de que estas jurisdicciones no debían tener

una antigüedad de siglos, seguramente ni siquiera pasaban de una generación a otra. No puedo ni siquiera proponer en qué momento puede haber llegado Calpisqui -¿o sus antepasados?- a la región, pero evidentemente la cuestión está muy ligada a los recursos económicos presentes y debió tener si no tanta flexibilidad como la de las alianzas, mucha movilidad. Estar en una región determinada, por lo tanto, debía tener relación con los recursos presentes y su explotación, lógicamente, y con la pericia política del cacique que en algún momento se establecía allí y su fuerza para mantenerse en un delicado equilibrio con sus vecinos. Esto es muy patente en la región rica en ganado cimarrón que ocupaba Calpisqui, y no lo parece tanto para el resto del área en estudio, pero aún tener la casi exclusividad de negociación con los blancos -como el caso de Negro- puede verse como un recurso, y muy explotable.

Veamos, entonces, qué se ha agregado respecto a la cuestión de los territorios con este segundo análisis. En el río Colorado está Negro según Zizur o Uzel/Vzel según Viedma. Confrontando estas informaciones con otras del propio Viedma -quien afirma que Uzel y Chulilaquini tenían tierras vecinas, el primero sobre el Colorado y el otro sobre el río Negro- parece que se está refiriendo a regiones alejadas de las desembocaduras de ambas corrientes fluviales. Zizur, en cambio, quien sólo estuvo de paso por la región se estaría refiriendo a la zona costera. Si el cacique Negro tenía sus territorios propios en la desembocadura del Colorado y del arroyo Sauce Grande y, *además*, en la desembocadura del Negro, ya no encontraremos documentos que lo mencionen: allí estaba emplazado entonces el propio Fuerte del Carmen. Pero el análisis que sigue puede arrojar algo más de luz sobre este tema.

En cuanto a Chulilaquini, en este segundo análisis aparece poco, aunque siempre ubicado en el río Negro. La declaración del peón Zárate [1783], quien en marzo de 1782 fue llevado cautivo desde las inmediaciones del Fuerte por indios que se internaron hacia el oeste durante 40 días de camino, proporciona algunos datos acerca de sus territorios y algunos indicios de sus relaciones con otros caciques del sector sur de la cuenca del río Negro. Fernando Zárate fue tomado prisionero a fines de marzo de 1782 en "la Laguna", por lo que entiendo se trata de la laguna del Juncal en la orilla sur del río Negro y, por su relato, no volvieron a cruzar el río hacia el norte y se internaron hasta dar primero con "una laguna de agua dulce" y luego con "un río chiquito". En las inmediaciones de ese río permaneció unos tres meses en diferentes campamentos. Menciona unos 40 toldos de un cacique Cambis Cambis, y a otro cacique llamado Quiyá Quiyá que no tenía tanta gente. Más hacia las nacientes del "río

chiquito” había indios de “diferente nación” que les robaban los caballos a sus captores. Allí lo compró uno de los indios del cacique Chulilaquini y lo llevaron nuevamente a las márgenes del río Negro. Aquí hay por lo menos dos grupos de indios en el sector sur de la cuenca del río Negro, si no amigos, por lo menos vecinos de Chulilaquini cuyos desplazamientos incluían la región de “Las Manzanas” en la actual Neuquén (Villarino [1782-83] 1972). También se ampliará el panorama de sus movimientos con lo que sigue.

Los caciques, sus territorios y sus alianzas

El tercer análisis encarado fue gestándose paralelamente a los dos anteriores, ante el cúmulo de menciones de diferentes caciques que aparecían con nombres semejantes, o en regiones diversas con muy poco tiempo de diferencia, o en alianzas con grupos distintos en cada mención. Para abordar este aparente desorden fue creada una base de datos que me acercó varias soluciones. Las más importantes: ordenar la información que reiteraba nombres de caciques en diferentes lugares y situaciones; bosquejar probables territorios de acuerdo con ubicaciones geográficas más o menos reiteradas; tener un panorama más claro de las relaciones entre los caciques y sus grupos; ver la variación de algunas adscripciones o autoadscripciones étnicas; analizar las relaciones interétnicas y los movimientos de los grupos¹.

De los 360 registros generados en la base *jefes*, fue posible extraer los

¹ Esto fue posible en base a los datos que elegí volcar a los diversos registros de una base de datos denominada “jefes”, diseñada con el programa Micro Isis de la UNESCO. El CDS/ISIS es un sistema de almacenamiento y recuperación de información, creado para el manejo de bases de datos no numéricas, constituidas principalmente por textos. Una base de datos CDS/ISIS, aunque trata textos y palabras, no es sólo un procesador de textos, sino un archivo de datos relacionados que se reúnen para satisfacer determinados requerimientos. Sirve para números ilimitados de bases de datos, cada una de las cuales puede contener elementos completamente diferentes. Cada aplicación se diseña según las necesidades de clasificación e indexación particulares del usuario en determinado momento. Una vez definida la base de datos que contiene los campos (datos) requeridos (que pueden tener hasta 1400 caracteres), se puede ordenar sus registros (fichas) en cualquier secuencia que se desee, recuperarlos por su contenido, obtener listados o índices según claves de ordenamiento que se le definen (por ejemplo, “fecha”). Para ello cuenta con: a) un archivo maestro, que contiene todos los registros de una determinada base de datos, cada uno con un número o MFN (de “Master File Number”) y b) un archivo

listados que presento a continuación. En cada caso, aparecen todas las ocasiones en que es mencionado cada uno de ellos, con el año y el mes correspondiente, más la situación o acción en que se encontraba en ese momento. Hay tres nombres que se destacan por la cantidad de menciones: Negro, Calpisqui/s y Chulilaquini.

NEGRO O CHANEL

- 1778 diciembre En Buenos Aires le encargan poner en manos de de la Piedra una carta, cuando aquel arribe a Bahía Sin Fondo al mando de la expedición que luego fundaría el Fuerte Nuestra Señora del Carmen.
(Vértiz? [3-12-1778])
- En Buenos Aires, ofrece ayuda a la expedición que se prepara hacia Bahía Sin Fondo.
(de la Piedra [5-12-1778])
- 1779 abril Llega al río Negro a entregar la carta del Virrey. Se co-

invertido, que permite el acceso a los MFN por cualquiera de sus campos y constituye un índice para los contenidos del archivo maestro. Para cada base de datos el usuario crea un archivo invertido con una FST (Field Selection Table) donde se define por cuáles de todos los campos se van a recuperar registros.

Tanto el diseño de los registros y sus campos, como el de la tabla de selección de campos que permite indexar algunos datos y no otros, se realizan antes de comenzar a ingresar la información, por lo que es necesario conocer ampliamente qué tipo de datos aparecen en los documentos que se van a procesar y qué tipo de información esperamos obtener cuando formulemos las diferentes búsquedas (esto está relacionado con los campos que inventamos para cada base de datos y con los que seleccionamos para que pasen al archivo invertido). También se dispone de diferentes técnicas de indexación: por campo completo, por subcampos, por palabras claves señaladas entre <> y por cada una de las palabras de un campo.

Para el caso de la base *jefes*, definí los siguientes campos: 01. Cacique (etnia); 02. Autoadscripción étnica; 03. Ubicación geográfica; 04. Movimientos; 05. Número de individuos y/o toldos; 06. Parentescos; 07. Relaciones interétnicas; 08. Fecha [del relato]; 09. Autor/año: página; 10. Cita textual. Se indexa por los campos 01 (por subcampos, es decir: por cacique y por etnia), 02, 03 (por todas las palabras del campo, para facilitar búsquedas por lugares geográficos), 08 (por subcampos, es decir: por mes y por año, para obtener información sobre movimientos estacionales), 09 y 10 (por las palabras claves que estén ingresadas entre <>).

- noche en esa oportunidad con el cacique Julián de los tehuelches.
(Villarino [1779])
- abril/junio Tenía toldería en el Colorado y también acampa -en mayo- en la banda norte del río Negro con 30 toldos (el fuerte aún estaba en la orilla sur). En estos momentos se manifestaba atemorizado hacia los “aucas”, que le habían robado caballos. Ofrece acompañar una partida de españoles hasta Buenos Aires.
(Viedma [4-6-1779], Villarino [1779])
- octubre Estaba con 60 toldos en la desembocadura del Colorado.
(Viedma [15-10-1779])
- diciembre Estaba cerca del arroyo Cairú. Lo consideran amigo de los caciques Linco Pagni y Cachegua (“aucas” según los españoles).
(Vértiz [24-10-1780])
- 1780 marzo Estaba acampado en la margen norte del Colorado, cerca de la desembocadura, junto con Chulilaquini (207 toldos). Tenían la intención de declararle la guerra a los “aucas”.
(Viedma [7-3-1780])
- Indios que respondían a su liderazgo, junto con otros de Chulilaquini, van al Fuerte del Carmen a “asegurar” su amistad a Viedma. Sin embargo, el cacique tenía intención de robar caballos del Fuerte. Llega también su suegro “con una porción de indios”.
(Viedma [1780a])
- abril Va y vuelve del Fuerte, mientras mantiene su toldería en el río Colorado. Pide por la libertad de su amigo, el cacique Francisco.
(Viedma [1780a])
- mayo Le avisan a Viedma que intenta atacarlos junto con Chulilaquini y los “Aucaz”.
(Viedma [1780a])
- Estaba acampando en la margen norte del río Colora-

do. Le devuelve caballos perdidos a Villarino quien, explorando la zona, ha establecido su campamento cerca del de Negro.

(Villarino [1780])

Mientras Villarino reconoce la desembocadura del Colorado, le roba caballos.

(Viedma [1780a])

junio Indios del Colorado le informan a Viedma que Negro junto con Quiliner y “mucha indiada de Tehuelches” planeaban atacar el Fuerte.
(Viedma [1780a])

julio Chulilaquini le informa a Viedma que Negro se había juntado con los “Aucaz” y le pide que lo aprese o lo mate si aparece por el Fuerte.
(Viedma [1780a])

setiembre Chulilaquini le refiere a Viedma que Negro había participado de un ataque, en las inmediaciones de Buenos Aires, junto con los “Aucaces”. Estuvo a punto de ser apresado.
Viedma intenta enemistar a Negro y Chulilaquini.
(Viedma [1780a] y [2-10-1780])

noviembre Según la hija de Chulilaquini, era enemigo de su padre y la había tenido cautiva, queriendo matarla.
Para los indios, Negro no es de los “Aucaz”.
(Viedma [1780b])

Le envía vacunos a Viedma por intermedio del indio Chanchuelo. Chulilaquini intenta detenerlo en el río Colorado y se queda con parte del ganado, que después van a buscar peones del Fuerte.
(Viedma [1780b])

diciembre Se une nuevamente a los “Aucaz” para atacar la frontera de Buenos Aires.
(Viedma [1780b])

1781 abril Va a vender caballos al Fuerte del río Negro.
(Viedma [1781])

mayo Viedma recibe noticias de que estaba en las inmedia-

- ciones de Buenos Aires con el cacique Calpispis de sierra de la Ventana.
(Viedma [1781])
- julio Acampado cerca de la toldería de Calpispis (en las sierras de la Ventana). Se traslada luego a la orilla norte de la desembocadura del Colorado y va con “gran comitiva de indios” a visitar a Viedma que estaba en la zona. Le informan a Viedma que es de los ríos Colorado y Negro, pero que no anda con esos indios y está enemistado con los del Colorado (caciques Chulilaquini y Vzel). Está casado con una mujer de “nación auca”.
(Viedma [1781])
- octubre Enemistado con el cacique Lorenzo (Calpispis) de sierra de la Ventana, amenaza con atacar la parte occidental de sus toldos. Es identificado como cacique de los indios del río Colorado o “peguelchus”.
(Zizur [1781])
- noviembre Un hijo de Negro, Gabriel, va con “bastante comitiva” al Fuerte del río Negro, llevando noticias del Colorado.
(Viedma [1781])
- diciembre Acaba de abandonar su asentamiento en el arroyo Sauce, para ir al río Negro.
(Zizur [1781])
- 1782 junio Identificado como “auca”. Está muy unido a Calpispis, Toro, los Cabrales, Guachan. Auxilian al Fuerte con ganado vacuno y caballos.
(Viedma [1-6-1782])

Junto con el cacique Toro, le vende 199 cabezas de ganado a Viedma en el Fuerte del Carmen.
(Viedma [5-6-1782])
- 1783 octubre Ataca la “Guardia Vieja en el Zanjón”, cerca del Fuerte, con indios de otros caciques: Calpispis, Catumilla, Alcaluan, Millavequi, Inanquena, Casqual, Colcaiel y Quillapi.
(Viedma [23-10-1783])
- 1784 noviembre El cacique Maciel, en una visita a Buenos Aires, men-

ciona que está ubicado en sierra de la Ventana con 100 toldos y 200 hombres.
(Maciel [1784])

Se presenta en Buenos Aires a “solicitar la paz”, junto con el cacique Maciel, su hermano y otros indios.
(Anónimo [19-11-1784])

1785 febrero Después de la expedición de enero de 1785, los españoles del Fuerte del Carmen le envían regalos para que interceda ante los indios de sierra de la Ventana y puedan regresar al Fuerte los prisioneros españoles que quedaban en esa zona.
(González Gallegos [28-2-1785])

Resultan significativas las referencias a las cambiantes relaciones de Negro con otros grupos o caciques. Por ejemplo: entre abril y junio de 1779 se manifiesta atemorizado ante los “aucas”, en diciembre de ese mismo año se menciona su amistad con dos caciques de esa adscripción, y en marzo de 1780 está por declararle la guerra a los “aucas”. En mayo, en cambio, tenía intenciones de atacar a los españoles del Fuerte junto con los “aucas” y, hasta diciembre de ese año se menciona en tres oportunidades más su alianza con ese grupo sobre todo para atacar la frontera de Buenos Aires. De estos últimos movimientos es Chulilaquini el informante, quien a su vez era amigo de Negro en marzo de 1780 y enemigo suyo en noviembre. Con el cacique Calpisqui también son fluctuantes las relaciones: en mayo de 1781 está con él en las inmediaciones de Buenos Aires y en octubre del mismo año amenaza con atacar sus toldos de sierra de la Ventana; para junio de 1782, en cambio, está “muy unido” a éste y otros caciques de la región de las sierras. Las relaciones con los españoles del Fuerte también fluctuaban entre amenazas de ataque y auxilio con ganado.

En cambio, las relaciones de Calpisqui parecen más estables y se lo menciona en diversas oportunidades como integrante de una “confederación de caciques”.

CALPISQUIS o LORENZO

1781 mayo Estaba con Negro en las inmediaciones de Buenos Aires.
(Viedma [1781])

- junio Desde sierra de la Ventana, van indios de este cacique al Fuerte del Carmen. Informan que estaban con Calpisquis los caciques: Toro, Villaviqui, Guachan, Catumila, Iancacin, Talquaquia y Chanel [o Negro].
(Viedma [1781])
- julio Acampaba en sierra de la Ventana, con los caciques Toro, Guachan o Maciel y otros, conformando una agrupación de 133 toldos.
(Viedma [1781])
- Viedma despacha a dos peones hacia las tolдерías de Calpisquis para rescatar a dos mujeres cautivas y luego seguir a Buenos Aires con cartas para el Virrey.
(Viedma [1781])
- Una sobrina del cacique, de nombre Juana, va al Fuerte del Carmen a vender caballos. Calpisquis estaba cerca de la desembocadura del Colorado.
(Viedma [1781])
- Casi simultáneamente, Viedma envía nuevamente peones para rescatar cautivas a las tolдерías de sierra de la Ventana.
(Viedma [1781])
- Entre un viaje y otro de los emisarios de Viedma, los toldos cambian a otro lugar, a cinco leguas de diferencia del primero que conocen los peones, en la sierra de la Ventana. Ahora encuentran 147 toldos en dos divisiones, al lado de un arroyo.
(Viedma [1781])
- El cacique le ofrece ganado a Viedma, porque lo podía conseguir de los ranqueles que era nación amiga.
(Viedma [1781])
- agosto Desde sierra de la Ventana, Calpisquis va a otras tolдерías que estaban en el arroyo Sauce. Tarda dos días en ir y volver.
(Viedma [1781])
- Desde el mismo lugar, dos indios del cacique acompañan a un peón de Viedma hasta la tolдерía de los ran-

- queles, a dos días de camino, para comprar caballos.
(Viedma [1781])
- octubre Dos peones enviados por Viedma no encuentran los toldos en el emplazamiento conocido tres meses atrás.
(Viedma [1781])
- octubre/
noviembre En tratativas con Zizur para acordar la paz. Recibe cautivos en devolución, entre ellos su hermano Pascual Cayupilqui. Rechaza una propuesta de ir a Buenos Aires a entrevistarse con el Virrey.
Era amigo de los indios de las Salinas y estaba enemistado con los “peguelchus del Colorado”.
Tenía 1000 indios y 59 toldos en el emplazamiento principal.
(Zizur [1781])
- noviembre Tres de sus indios van al Fuerte del Carmen llevando una carta de Zizur, quien pide un guía para continuar su camino al río Negro.
(Viedma [1781])
- Zizur menciona las consultas acerca del tratado de paz con sus caciques “confederados”: Catamilla, Falei, Pañancio y Cayunamun. Otros caciques que lo visitan para conocer el acuerdo: Katruen, Alcaluan, Chumiante y Llancagré.
(Zizur [1781])
- diciembre Viedma se refiere al asentamiento de Calpiskis en sierra de la Ventana como “los toldos de los Aucas”.
(Viedma [1781])
- 1782 enero Viedma se refiere a él y a sus indios como “aucaces”.
(Viedma y Piera [8-1-1782])
- junio Acampado en el río Sauce, a tres días de camino del Colorado, con 50 toldos. Lo acompañaban Toro y los Cabrales (padre e hijo). Tenía cautivas españolas.
(Viedma [1-6-1782])
- 1783 setiembre Viedma le informa al Virrey que las tolderías de este cacique están “llenas” de desertores blancos que les sirven a los indios de espías y bomberos.
(Viedma [24-9-1783])

- octubre Atacó la “Guardia Vieja en el Zanjón” junto con otros indios de los caciques Catumilla, Alcaluan, Millavequi, Inanquena, Casqual, Colcaiel, Quillapi y Negro.
(Viedma [23-10-1783])
- 1784 noviembre El cacique Maciel, de visita en Buenos Aires, lo menciona como instalado en sierra de la Ventana con 100 toldos y 300 hombres.
(Maciel [1784])
- 1790 diciembre En una de las expediciones desde Buenos Aires a Salinas, se acordaron “tratados” con Lorenzo.
(Anónimo [2-12-1790])
- 1792 enero Desde su asentamiento en ? , va a Salinas Grandes a tratar con los españoles un rescate de cautivas que tenía en su poder.
(Núñez [27-1-1792])

Como vemos, Calpisqui era amigo de los “ranqueles” y de los “indios de las Salinas”, y enemigo de los “peguelchus del Colorado”. Antes de ocuparme de los diversos caciques que aparecen aquí como amigos o aliados de Calpisqui, viene al caso mencionar al hermano de este cacique. Cayupilqui o Pascual, “pampa” para Zizur, había estado preso en Buenos Aires y forma parte del grupo de indios que los españoles devuelven en oportunidad del viaje de Zizur. Tenía sus toldos a unas dos leguas y media al oeste de los de Calpisqui. Las peculiaridades de la forma de compartir el poder de estos caciques hermanos serán analizadas en otro capítulo. En 1784, Maciel menciona a un “Cayupulquin”, situado “más allá del Colorado” con 70 toldos y 100 hombres (Maciel [1784]).

En cuanto a algunos de los “confederados” de Calpisqui, quienes en 1781 son convocados ante la posibilidad de firmar un acuerdo de paz, Cayunamun, Llancagré y Katruen son probablemente nombrados por el cacique Maciel [1784]. Informa sobre un “Cayunamon” acampado en sierra de la Ventana con 60 toldos y 50 hombres, un “Llancan” en las mismas sierras con 40 toldos y 50 hombres y un “Catruelnu” en la misma ubicación, con 100 toldos y 1000 hombres. El último estaba, en 1781, en “las Salinas” (Zizur [1781]). En julio de 1744 un “Llancan o Llanean” había participado del ataque a Luján junto con los caciques Gueno Angte, Guillinir, Millauili, Guathin (todos “Peguenches” o, ahora sí, pehuenches) y Calelian (Marcoleta [1745]: 34 y 49).

De los amigos comunes a Negro y Calpisqui, tenemos los siguientes datos:

ALCALUAN

- 1780 octubre Se encontraba en la laguna de Telemeche.
(Vértiz [24-10-1780])
- 1781 diciembre Va a las tolderías de Calpisquis para opinar sobre el tratado de paz, aconseja el viaje de Calpisquis a Buenos Aires pero cambia de parecer cuando Pascual le relata su cautiverio.
(Zizur [1781])
- 1783 octubre Atacó la “Guardia Vieja en el Zanjón” junto con los otros caciques ya mencionados.
(Viedma [23-10-1783])
- 1784 noviembre Maciel lo menciona como “Acaluan”, instalado en sierra de la Ventana con 70 toldos y 60 hombres.
(Maciel [1784])

GUACHAN O MACIEL

- 1781 mayo Va al Fuerte del Carmen con “una porción de indios”, entre ellos un sobrino de Calpisquis. Le llevan caballos de regalo a Viedma en nombre propio y en el de otros caciques. Se les retribuye con cuatro barriles de aguardiente para Calpisquis, Toro, Guchulap y Chanel [o Negro].
(Viedma [1781])
- junio Lo mencionan como “Guachan”, en compañía de Calpisquis en sierra de la Ventana.
(Viedma [1781])

En lo sucesivo se refieren a “Maciel”:

- 1784 noviembre Va a Buenos Aires a solicitar la paz junto con Negro y un hermano de Negro.
(Anónimo [19-11-1784])

El viaje desde sierra de la Ventana le llevó diez días hasta la frontera. Llevan plumeros, botas de piel y riendas para vender, además de una niña que habían hecho cautiva en Luján. En esta oportunidad brinda un extenso informe de los caciques de la región de las sierras y los ríos Colorado y Negro (Maciel [1784]). Era hermano del cacique Caqueliete y declaró tener 100 toldos y 200 hombres.
(Maciel [1784])

- 1785 febrero Los del Fuerte del Carmen le envían regalos para que interceda ante los de sierra de la Ventana y de esa forma pudieran regresar los que sobrevivieron de la expedición y trataran bien a los cautivos.
(González Gallegos [28-2-1785])

En cuanto a Catumila o Catumilla, mencionado en junio de 1781 y octubre de 1783, aparece también en la relación de Maciel [1784] como "Catumillán". Estaba en sierra de la Ventana con 90 toldos y 80 hombres.

CHULILAQUINI

- 1780 marzo Estaba acampado cerca de la desembocadura del río Colorado junto con Negro, en un conjunto de 207 toldos. Los aucas trataban de convencerlo de que se uniese a ellos contra los españoles pero él, a su vez, intentaba atacarlos aliado a Negro.
(Viedma [7-3-1780])

Indios suyos, junto con otros de Negro, van al Fuerte del Carmen a manifestar su amistad hacia Viedma. Una semana después, uno de sus hermanos con una comitiva de diez personas, va a vender caballos al Fuerte.
(Viedma [1780a])

- mayo Alguien le avisa a Viedma que junto con Chanel [o Negro] y los "Aucaz" intentaban atacarlos.
(Viedma [1780a])

Está acampado en la orilla sur del río Colorado, no lejos de los toldos del cacique Negro que están en la

- margen norte y cerca de la desembocadura.
(Villarino [1780])
- agosto “Indios y chinas” de su toldería van al Fuerte del Carmen. Le avisan a Viedma que su cacique se iba a juntar con Quiliner para atacar a los “Aucaces”.
(Viedma [1780a])
- setiembre Estaban acampados muy cerca del Fuerte, porque van y vienen constantemente.
El cacique se presenta “con sus dos mujeres, hijos y parientes”. Informa que Chanel [o Negro] junto con los “Aucaces” habían hecho una entrada en las cercanías de Buenos Aires. Los del Fuerte le obsequian a Chulilaquini un vestido con galones.
(Viedma [1780a])
- Se presenta en el Fuerte un hermano de Chulilaquini e informa que habían tenido “chasque del Volcán [Tandil]” con noticias del ataque del Negro y los “Aucaces” a Buenos Aires y de la posibilidad de un nuevo ataque.
(Viedma [1780a])
- octubre Desde el río Colorado, donde estaba acampando, va al Fuerte del Carmen con sus dos mujeres, un hijo pequeño, muchos parientes y el hijo del cacique Peinaquin, también pariente suyo. Lleva ganado para vender.
(Viedma [1780b])
- Una india anciana, le dice a Viedma que ellos vienen de “donde se crían las manzanas silvestres”.
(Viedma [1780b])
- Sigue acampado cerca de la desembocadura del Colorado. Desde allí va a la sierra del Volcán [Tandil] a buscar ganado, compra reses vacunas a otros indios y quiere vendérselas a Viedma. Se ofrece para escoltar una partida de españoles a Buenos Aires y para llevar correspondencia a ese destino.
(Viedma [2-10-1780])
- noviembre Siempre en el Colorado, sus indios asaltan y roban a

- una partida de los de Negro que volvían de comerciar en el Fuerte del Carmen. Matan a algunos y luego manifiestan su temor que Negro se alíe a los “Aucaz” para vengar este ataque.
(Viedma [1780b])
- 1781 enero Acampan muy cerca del Fuerte del Carmen. Viedma teme un ataque en el momento en que levanten sus toldos y se retiren. Le informa al Virrey que este cacique y sus indios “bajan de sus tierras” para obtener caballos en las inmediaciones de Buenos Aires y en la sierra del Volcán.
(Viedma [12-1-1781])
- julio Sus tierras están en el río Negro, vecinas a las del cacique Vzel. Desde allí van a las sierras de Buenos Aires a proveerse de yeguas y caballos.
(Viedma [1781])
- 1782 junio Dos meses antes, había dejado el Fuerte rumbo a sus tierras. Estaba enemistado con Negro.
(Viedma [1-6-1782])
- 1783 abril Están acampados en el curso del río Limay, a seis leguas de la laguna Huechum. Desde la orilla sur, van al encuentro de las embarcaciones de Villarino y llevan manzanas y piñones para vender.
(Villarino [1782-83] 1972)
- Le pide protección a Villarino porque mató al cacique Guchumpilqui y tiene a “todos los aucaces contra él”. Un yerno del cacique es pariente de los “aucas”.
(Villarino [1782-83] 1972)
- agosto Va al Fuerte del Carmen. Viedma le escribe al Virrey que es importante la amistad de este cacique si se quiere continuar el reconocimiento del río Negro (Villarino había regresado en mayo).
(Viedma [21-8-1783])
- 1784 A cuatro leguas del Fuerte, sobre la margen norte del río Negro, había un lugar reconocido como el “Potrero grande de Chulilaquini”.
(Bores [10-12-1784])

noviembre Maciel indica que, con 50 toldos y 60 hombres, está en el río Negro. Lo acompañaban su hijo y su padre Cacetamal.
(Maciel [1784])

De los amigos de Chulilaquini, tenemos a Quiliner, Francisco y Uzel/Vzel o Guisel.

QUILINER

- | | | |
|------|---------|--|
| 1779 | octubre | Es esperado en el río Negro, adonde vuelve después de bolear yeguas y baguales. Se menciona que tiene “muchu toldearía”.
(Viedma [15-10-1779]) |
| 1780 | mayo | El cacique Negro anuncia su presencia en el río Colorado con 28 indios.
(Viedma [1780a]) |
| | junio | Indios del río Colorado le informan a Viedma que este cacique con el Negro y “muchu indiada de Tehuelches” iban a atacar el Fuerte.
(Viedma [1780a]) |
| | agosto | Indios de las toldearías de Chulilaquini le avisan a Viedma que su cacique se iba a juntar con éste para atacar a los Aucaces.
(Viedma [1780a]) |
| 1781 | julio | Su ubicación geográfica es señalada en las márgenes e inmediaciones del río Negro. Va al río Colorado y luego a las sierras de la Ventana y Tandil a reponer yeguas y caballos, pasando por Choele-Choel.
(Viedma [1781]) |
| | agosto | Vuelve a mencionarse su paso por Choele-Choel para ir a las sierras de Buenos Aires a proveerse de ganado. Su ubicación geográfica es señalada como “muy distante del Choelechel”, en una región denominada “Aescha”.
Era pariente del cacique Llanalpilque.
El año anterior había atacado las fronteras de Buenos |

Aires con los aucas y el cacique Negro.
También escriben su nombre: "Siacanil".
(Viedma [1781])

FRANCISCO

- 1779 octubre Viedma, en carta al Virrey, relata que está acampado en la margen norte del río Negro con 39 toldos. Lo identifica como cacique de los "tigüelchús", y dice que espera al cacique Julián de la bahía de San Julián.
(Viedma [15-10-1779])
- noviembre Estaba a dos leguas del Fuerte y va de visita. Un hermano del cacique Capitán del río Colorado le había propuesto atacar a los españoles conjuntamente con Negro y "todos los demás de los tigueltchús".
(Viedma [11-11-1779])
- 1780 marzo Se presenta en el Fuerte del Carmen con la mujer del difunto Capitán Chiquito y otros parientes. Viedma los obsequia y promete encontrar y castigar al culpable de la muerte de Chiquito, que es uno de sus hombres y ya había sido enviado a Buenos Aires.
(Viedma [1780a])
- Ubica sus toldos cerca del Fuerte. Roba caballos y Viedma lo apresa, a pesar de que quieren hacerle creer que fueron los "Tehuelches".
(Viedma [1780a])
- 1782 octubre Tenía sus toldos a dos días de camino del río Colorado, aparentemente cerca de Choele-Choel, sobre el río Negro. Estaba en buenas relaciones con los "Aucaces" del Colorado, también iba a las "tierras de las manzanas".
(Villarino [1782-83] 1972)
- noviembre Llega, con 30 ó 40 indios, a acampar cerca de Choele-Choel, para estar cerca de las embarcaciones de Villarino que estaba remontando el río Negro. Pide aguardiente y una vaca. Siguen a las embarcaciones río arriba.
(Villarino [1782-83] 1972)
- Continúan siguiendo a las embarcaciones, seguramente

por la orilla norte, con 21 toldos y 53 indios adultos. Era amigo de los caciques Guisél [o Vzel] y Toro. (Villarino [1782-83] 1972)

1783 abril Estaba en la región de la laguna Huechum, en el curso del Collón Curá, con los caciques Chulilaquin y Mi-quiliña. (Villarino [1782-83] 1972)

1784 diciembre Una partida de españoles que intentaba recuperar unos caballos robados, mata a ocho hombres, tres mujeres y cuatro niños de la gente de este cacique. Estaban en un toldo a unas 30 leguas del Fuerte, en la orilla norte del río. (Bores [10-12-1784])

UZEL O VZEL O GUISEL

1781 julio Se presenta, con 18 indios, 13 chinas y su hermano, a visitar a Viedma que había ido hasta el río Colorado (cerca de la desembocadura). También van al Fuerte del Carmen a vender caballos. Llega a ver a Viedma en el Colorado el indio Chanchuelo y anuncia que el cacique Negro ha quedado retrasado en los toldos de Uzel. Los de Vzel estaban en la orilla sur del río y los de Chanel [o Negro], en la norte. Sus tierras estaban “inmediatas” a las de Chulilaquini. (Viedma [1781])

octubre Estaban en el río Colorado, a ocho días de camino del Fuerte del Carmen. Enemistados con los “aucas”, habían salido a robarles. (Viedma [1781])

1782 noviembre Villarino lo menciona como “Guisél”. Va desde el río Colorado a Choele-Choel a acampar junto con el cacique Viejo y de allí, a ver a Francisco. Acampa con Francisco. Una información que después parece desmentirse dice que lo mataron los “aucas”. (Villarino [1782-83] 1972)

Otros caciques que aparecen reiteradamente en los documentos son:

GUCHULAP O GUCHULEP O GUACHALAP

- 1776 Proyectaba atacar la frontera de Buenos Aires junto con Caullaman, Zorro negro, Tipa y otros caciques. Fueron descubiertos por un cautivo y lograron darles “el debido escarmiento”. Lo identifican como “auca”.
(Vértiz [24-10-1780])
- 1780 octubre Intentó atacar la frontera de Buenos Aires y luego se retiró a la Cordillera, pasando por los “Montes y Sierra grande de la Campaña”.
 Durante la retirada, acampa con sus indios en el arroyo Yuvarranca (80 a 90 toldos).
 También se lo menciona como “Guchulef”.
(Vértiz [24-10-1780])
- 1781 junio Estaba muy cerca de las Salinas, con “indiada muy numerosa”. Lo acompañaba Canopeyn y otros caciques.
 (Viedma [1781])
- julio Sus toldos estaban a dos días de camino de los de Calpisquis en sierra de la Ventana. Tenía muchos esclavos cautivos cristianos de Magdalena y Arrecifes.
 (Viedma [1781])
- Desde las Salinas grandes van al arroyo Sauce “con toda su gente”.
 (Viedma [1781])
- 1782 junio Acampaba con más de 100 toldos junto a las Salinas “donde se abastece la Capital”. Viedma lo invita a ir al Fuerte del Carmen por intermedio de los Cabrales y del cacique Guachan o Maciel.
 (Viedma [1-6-1782])
- 1783 mayo Es mencionado por el cacique Chulilaquin como “Guchulap” de los “aucas”, junto con otros 26 caciques enemigos.
 (Villarino [1782-83] 1972)

1784 noviembre Maciel lo ubica en sierra de la Ventana con 70 toldos y 80 hombres.
(Maciel [1784])

GUCHUMPILQUI

1783 enero Lo encuentra Villarino en el paraje Huechun-lauquen. Estaba volviendo de los campos de Buenos Aires a donde había ido a proveerse de ganado para venderlo a los españoles de Valdivia. Estaba con 100 indios y cinco caciques: Llancoapi, Román, Curuanca y otros dos de los que Villarino no registra el nombre.
(Villarino [1782-83] 1972)

Siempre en la laguna del Huechun-lauquen, estaba con 300 indios. Le ofrece a Villarino acompañarlo desde sus tierras hasta Valdivia, prestarle caballos para el viaje, y luego bajar con él hasta el Fuerte del Carmen para conocerlo y después ir a buscar ganado a Buenos Aires. Con los “indios del Volcán [Tandil]” intercambiaba ponchos por caballos.
(Villarino [1782-83] 1972)

abril Villarino lo identifica como “auca”. Lo matan en los toldos de Chulilaquin y los indios de este cacique temen que los “aucas” quieran vengar su muerte. Le piden ayuda a Villarino, alegando que lo habían matado “en defensa” de los españoles.
(Villarino [1782-83] 1972)

La muerte de Guchumpilqui se había producido, aparentemente, cuando éste va a los toldos de Chulilaquin a pagar el rescate por una hija suya que era prisionera de ese cacique.
(Villarino [1782-83] 1972)

También había enviado a un tal Ignacio Delgado a observar los movimientos de Villarino, porque tenía planeado atacarlos.
(Villarino [1782-83] 1972)

mayo Villarino anota en su diario que el padre de este caci-

que había sido muerto por el hijo de Chulilaquini.
(Villarino [1782-83] 1972)

Negro es amigo de Calpisqui y de Chulilaquini, que no son amigos entre sí. Tanto Negro como Calpisqui tienen una larga lista de amigos, la mayoría de ellos en común. Si lo graficamos utilizando la teoría de conjuntos, el conjunto A (amigos de Negro) está compuesto por: Linco Pagni, Cachegua, Chulilaquini, Francisco, Quiliner, Calpisqui, Toro, Guachan o Maciel, Catumilla, Iancacín, Talquaquia, Alcaluan, Millavequi, Inanquena, Cascual, Colcaiel y Quillapi; mientras que el conjunto B (amigos de Calpisqui) se conforma con: Falei, Pañancio, Cayunamun, Katruen, Chumiante, Llancagré, Negro, Toro, Guachan o Maciel, Catumilla, Iancacín, Talquaquia, Alcaluan, Millavequi, Inanquena, Casqual, Colcaiel y Quillapi. La intersección de ambos conjuntos está ocupada por los 11 mencionados en último término en ambos casos. De lo que se desprende que los *sólo amigos de Negro* son: Linco Pagni, Cachegua, Chulilaquini, Francisco y Quiliner, y los *sólo amigos de Calpisqui* son: Falei, Pañancio, Cayunamun, Katruen, Chumiante y Llancagré. Hay que destacar que Negro debía ser una persona de mucha habilidad política puesto que a su vez tenía dos amigos en común con Chulilaquini, Quiliner y Francisco, que no eran amigos de Calpisqui. Los amigos de Chulilaquini, además de los mencionados, son Vzel o Guisel, Peinaquin y Negro.

La importancia de delinear estos tres conjuntos se debe a los diferentes ámbitos geográficos que frecuentaban, sobre todo los de Calpisqui y Chulilaquini, lo que me permitiría proponer una cierta territorialidad para ellos. Los amigos de Calpisqui no visitan el Fuerte del Río Negro, pero son ellos los convocados a opinar sobre el tratado de paz que Zizur le propone a Calpisqui. De lo que se puede deducir que había estrechas relaciones políticas entre ellos, tal vez la apreciación de Zizur de que se trataba de caciques “confederados” no resulte tan desatinada. La región de las sierras de Buenos Aires, más un sector hacia el oeste, incluyendo las Salinas, hasta los territorios ranqueles, parece tener entidad propia. Podemos pensar en esta agrupación como en una *organización socialmente efectiva*.

Por otro lado, Chulilaquini realizaba amplios desplazamientos desde la “tierra de las manzanas” (en la cuenca del Limay) hasta las sierras de Buenos Aires para proveerse de caballos, y hasta la desembocadura de los ríos Negro y Colorado, donde frecuentemente acampaba, para comerciar con los españoles. Sin embargo, su ruta a las sierras no tocaba los emplazamientos de Calpisqui. A su vez, Calpisqui sólo enviaba emisa-

rios ocasionalmente al Fuerte y sus campamentos nunca superaron hacia el sur el arroyo Sauce.

El comportamiento de Negro era completamente distinto. Frecuentaba Buenos Aires y el Fuerte de Patagones, acampaba junto con Calpispqui en sierra de la Ventana y con Chulilaquini en la desembocadura del Colorado, sus alianzas variaban mes por mes, como ya comenté antes. Los propios indios no lo identifican como “auca”, aunque lo indican como “emparentado” con los “aucas”, y con ellos se une en diversas oportunidades, aunque también realiza alianzas con los “tehuelches”. Es probable que esté emparentado con ambos grupos y haga uso de distintas *identidades virtuales*, como también que su habilidad política le permita relacionarse cómodamente con ellos, como con los españoles de Buenos Aires y del Fuerte. Es posible también que su comportamiento se explique suponiendo que el Fuerte estaba construido en parte de su territorio. Bajo esa perspectiva, Negro se transforma en el maestro de ceremonias de todos y cada uno de los acuerdos, desacuerdos y transacciones con los españoles allí emplazados. Aunque no hay que olvidar que su presencia en Buenos Aires y su ofrecimiento de ayuda a la expedición de de la Piedra ocurre antes de la partida de la misma. Puede haber ocurrido que el Fuerte se instalara en sus terrenos, como también que este cacique haya explotado hábilmente su cercanía y sus propias relaciones políticas y parentales con los otros grupos de la región para prácticamente acaparar las relaciones con los blancos de ese emplazamiento.

De todos modos, es Calpispqui quien tiene más amigos “propios” y, además, ellos están más concentrados geográficamente y sus conexiones parecen menos cambiantes. Puedo pensar que es un cacique con relaciones políticas más estables, en contraposición con la también conveniente ubicuidad de Negro en sus relaciones: sus amigos “propios” eran del interior del río Negro (Chulilaquini), de las sierras de Buenos Aires (Calpispqui) y de la frontera con Buenos Aires (Linco Pagni y Cachegua), con lo que cubría una extensísima área geográfica.

Quizás debamos considerar a Negro como el que mejor llevó a cabo un proceso de acentuación de su identidad cultural y, por lo tanto, de diferenciación con respecto a los españoles, como estrategia de supervivencia ante la impuesta relación con los blancos. Aunque, analizando la compacta formación de Calpispqui y sus amigos, también se puede concluir en que no resultaba una mala estrategia: tenían el control de una región rica en ganado, y muy bien ubicada como paso obligado de cualquier partida de indios del sur o del oeste que pretendiera aproximarse a Buenos Aires. Esta situación es muy bien captada por las autoridades

coloniales cuando, por ejemplo, en 1790 firman un tratado de paz con Calpisqui que le confiere amplios poderes de control sobre la frontera en sí y sobre los grupos que intenten aproximarse a Buenos Aires. Trataré con más detalle este asunto en el capítulo siguiente.

Después de este tercer análisis se ve con más claridad el territorio propio de Chulilaquini y aparecen reforzadas las conclusiones expresadas previamente en cuanto a los grupos y sus límites territoriales y sociales.

En resumen: Los tres análisis efectuados me permiten proponer varias conclusiones: que los grupos reconocían como territorios propios regiones muy acotadas dentro de la gran extensión Pampa-Patagonia, que la identificación de sus amigos y vecinos contribuyen a reconocer esos territorios, que los desplazamientos en busca de ganado y otros bienes eran muy extensos, que frecuentemente las alianzas de diferentes caciques y sus grupos eran muy flexibles y cambiantes. A todo esto debo agregar que la pertenencia de un determinado individuo al grupo de un cacique no era de por vida, que los cambios respecto al grupo de pertenencia eran frecuentes; así como cambiaban de alianzas y amistades sus jefes, así cambiaban de jefe los indios.

¿Cómo queda entonces delineado el panorama étnico de la región propuesta? Aquí debo tener en cuenta quiénes eran considerados “otros” por los diferentes grupos y, cuando sea posible, cómo se identificaban a sí mismos, pero también la *identidad impuesta* por los españoles. De los movimientos de los diversos caciques se desprenden indicios de que tanto Negro como Chulilaquini y Uzel o Vzel consideraban a los “aucas” como “otros”. De los mismos datos, podemos inferir que por los menos Guchulap y Guchumpilqui eran “aucas”.

Los movimientos de los caciques ocurren siempre hacia el norte del río Negro, siguiendo la preponderancia de los movimientos desde el sur hacia el norte que se observan en otras fuentes y que se producía merced a la atracción de Buenos Aires y las posibilidades de apropiación de ganado y trueques varios que esa ciudad permitía. Las menciones a los “tehuelches” son escasas, y esto se debería a que de esa forma eran designados en el Fuerte los grupos de San Julián, esto es, de bien al sur, que aparecían muy poco por el establecimiento español.

También los “pampas” son poco nombrados, sobre todo en los dos últimos análisis. Pero aquí el motivo es otro, puesto que no eran grupos lejanos. Más bien parece todo lo contrario. Nuestros informantes están tratando, justamente, con pampas. Como en casi ninguna ocasión un individuo comienza aclarando su identidad étnica, a lo que se debe agregar que la familiaridad producida por el trato cotidiano debió hacer apa-

recer como innecesario aclarar cada vez que se producía un escrito a qué grupo pertenecían los indios con los que se trataba, tenemos un motivo que explica con bastante seguridad por qué son poco mencionados los “pampas”. Viedma ya había dicho de qué grupo se trataba en uno de sus primeros informes y con eso bastaba.

¿De qué manera puedo adscribir a los subgrupos, sus caciques y sus territorios a estos rótulos de “pampas”, “aucas” y “tiquelchus”? Aquí las conclusiones que podemos delinear coinciden con las formuladas en el segundo de los análisis. En la región del Fuerte, las desembocaduras de los ríos Negro y Colorado más una región indeterminada hacia el interior de esos cursos de agua, se ubicaban los “pampas”. Hacia el sur del río Negro, los “tehuelches”. En la sierra de la Ventana y sus regiones inmediatamente vecinas hacia el oeste y el norte, los “aucas” (ver Mapa 4). Ya he dicho que los caciques que se destacaban de entre los “pampas” y los “aucas” eran Negro y Calpisqui respectivamente.

Es importante señalar aquí la fuerza que tuvieron estas *identidades impuestas* en su época y cómo adquirieron el valor de verdaderos gentilicios. Luego, los nombres se filtraron hacia la etnografía en donde se “corrigieron” las adscripciones a cada rótulo (tehuelches septentrionales o tehuelches meridionales) y se les otorgó su equivalente en las lenguas que fueron consideradas propias de estos subgrupos. Pero lo más grave fue que se transformaron en verdaderos grupos étnicos a los que se estudiaba como entidades reales, con sus características culturales y su lengua propia en cada caso, realizando comparaciones en cuanto a desarrollo cultural, costumbres religiosas, elementos de sus culturas materiales, aspectos somáticos y, en fin, su propia conformación como grupo con su cambios, movimientos y reacomodaciones en contacto con otros grupos nativos y con los blancos.



Mapa 4: Las identidades impuestas a los grupos étnicos y su dispersión

capítulo 4

El cacicazgo

El tema de las jefaturas está muy relacionado con las cuestiones tratadas en el capítulo anterior. Los datos y ejemplos provienen indistintamente de los grupos que los españoles estaban denominando “pampas”, “aucas” o “tiquelchus/tigüelchus”. Como ya me he referido a la validez y el alcance de tales denominaciones, no voy a realizar aquí diferencias inútiles para fundamentar comparaciones (por ejemplo, entre los cacicazgos de unos y otros grupos, o de una y otra región dentro del área propuesta) cuya sustentación no podrá basarse en los datos disponibles.

Después de tratar el tema de las jefaturas duales, haré un breve repaso de las cualidades y condiciones necesarias que parecen ser fundamentales entre los caciques, por lo menos entre los que aparecen en los papeles de archivo revisados. Luego, una fugaz visión del tema en el siglo XIX, me permitirá mostrar contundentemente la total transformación de esta institución y sostener lo que postulo para el XVIII.

Las jefaturas duales fueron características de muchos pueblos en el pasado. Entre sociedades cazadoras, el ejemplo más atinente es el de los indios de las Planicies, los indios de las Praderas y los del Este norteamericano, donde se daba la distinción entre jefes civiles y líderes de guerra, pero ambas funciones no podían recaer al mismo tiempo en una persona (Driver 1961: 340). El ejemplo mejor conocido es el de los Cheyenne de las Planicies, que estaban gobernados por un consejo civil de 44 jefes presidido por un jefe sacerdotal, y tenían además un consejo de 24 jefes de guerra que elegía un líder para cada incursión militar, cuya autoridad terminaba una vez concluida la campaña en cuestión (Driver 1961: 341-342). Para obtener un panorama de este tema en otras áreas y otros grupos sociales, puede consultarse a Hidalgo (1982: 227) quien se refiere al área andina meridional y reseña otros autores que se han ocupado del tema de la organización dual de las sociedades del Noroeste argentino.

El tema de este capítulo fue tomando forma a partir de datos encontrados en documentos del siglo XVIII (inéditos o no) de jefaturas “compartidas” ante determinadas acciones y/o circunstancias. Pero, indiscuti-

blemente, fue el diario de Zizur, una vez más, el disparador que me hizo poner más atención en la lectura de otras fuentes, algunas muy conocidas. Ante la reiteración de esos indicios, a veces muy fugaces, mi pregunta fue por qué prevaleció en las descripciones de viajeros y funcionarios virreinales primero y de etnógrafos más tarde, la imagen de una jefatura unipersonal.

Los motivos podrían encontrarse en las visiones etnocéntricas de los funcionarios y viajeros, que tendían a ver a un solo jefe para cada grupo; pero también en que hubo una rápida preponderancia de las jefaturas unipersonales por acciones (intencionales o no) del poder colonial para facilitar negociaciones, alianzas y prebendas. Por otro lado, las reconstrucciones etnográficas de las décadas del '30 y del '40 -que fueron, a su vez, fuentes de otros estudios y reelaboraciones- estuvieron basadas en una misma corta serie de relatos y diarios en los que el tema no se evidenciaba con nitidez. Finalmente, la disponibilidad de datos fiables -para la región en estudio- recién se produce a partir del siglo XVIII, cuando la interacción con los europeos ya llevaba casi doscientos años. Esto tiene como consecuencia que encontramos datos de una institución en transformación que dejan de aparecer muy pronto en los documentos.

¿Qué es lo que nos dicen los etnógrafos?

Para Vignati (1936b) entre los “patagones” (recordemos que este autor se negaba a usar el término “tehuelche”) el gobierno era “simple”, estaba a cargo de “un jefe o gran cacique cuya autoridad era muy limitada”. A pesar de la simplicidad que declama el autor, en casos de guerra el cacique “presidía las reuniones de los jefes subalternos y los guiaba” y, para “tratar los problemas graves de la nación”, también convocaba a un consejo de “jefes de tribus” que decidían “la conducta a seguirse”. En momentos de paz “era como los otros jefes de tribu y ejercía un poder, más paternal que despótico, basado en el respeto de los subalternos”. Una “nación” era para Vignati “un número regular de tribus vagabundas, dispersas en las llanuras y cada una compuesta de treinta o cuarenta familias”. Para este autor el cacicazgo era hereditario, siempre que el nuevo candidato reuniera las otras condiciones de un buen cacique: coraje, elocuencia y “liberalidad con sus súbditos”. Supongo que a esta característica de ser permisivo con su gente se refiere el autor cuando habla de autoridad “muy limitada”.

En cuanto a los “pampas”, Vignati (1936a) afirma que su gobierno

era parecido al de los “patagones”, con jefes que los dirigían en la guerra pero que no eran obedecidos en tiempos de paz. A las cualidades que debían tener los jefes agrega otras aquí: habla de jefes que no tenían “el derecho de mandar, de castigar o de exigir nada”, pero eran muy considerados por su “talento, perspicacia y valor”. Las alianzas en momentos de guerra u otros problemas funcionaban como en el caso anterior.

Bórmida y Casamiquela (1958-59) coinciden en mencionar una autoridad “limitada” de los “jefes de toldería”, que tenían un “carácter patriarcal” y cuya función se restringía a “determinar las marchas”. Además:

cuando dos tolderías nomadizaban juntas, había dos caciques en el grupo, cada uno de los cuales tenía autoridad sobre su propia gente. [...] En caso de haber dos jefes éstos establecían la marcha de común acuerdo. (Bórmida y Casamiquela 1958-59: 183)

Este posible carácter dual de la jefatura no merece comentarios por parte de los autores. Según un informante, José María Cual, la jefatura era hereditaria:

En la toldería del informante, muerto Cual padre, quedó como jefe el hijo mayor de éste y hermano del informante: José Cual. En caso de haber muerto éste, la jefatura habría pasado al segundo hermano en orden de edad. (Bórmida y Casamiquela 1958-59: 183)

Además destacan que la familia Cual era “la más rica de la toldería”.

La opinión de Casamiquela (1985) es muy contradictoria. A pesar de que menciona a muchos nombres de caciques (en ésta y en sus anteriores obras), cuando se refiere al tema en particular asegura que “el conjunto de familias” o “banda”, “funcionaban socialmente integradas sin la presencia aparente de un verdadero ‘cacique’, en el sentido tradicional de esta palabra”. Agrega que las características del cacique podían variar según las etnias y que en determinados grupos y/o momentos (como la guerra), podía llegar a establecerse “una verdadera jerarquía de caciques o jefes”.

En todo caso, queda claro que la banda tehuelche reconocía en tiempos normales sólo una suerte de consejero para la caza, que era encarnado por un anciano u hombre de especial experiencia. Ha llegado hasta nosotros algo de la fórmula o discurso que utilizaba para invitar a la partida de hombres aptos a la caza, y hay numerosos datos acerca de sus atribuciones y -aparentemente escaso pero no menos real- ascendiente sobre ellos. (Casamiquela 1985: 58)

Estas afirmaciones son francamente antagónicas. Si es que hay numerosos datos acerca de las atribuciones y ascendiente de los caciques sobre su gente, ¿cómo se sostiene que no había “verdaderos caciques”?

Los autores citados coinciden, entonces, en que los caciques tenían una autoridad limitada, en que su función era la de determinar las marchas, aunque en momentos de guerra o situaciones de conflicto presidían las reuniones de los jefes subalternos para decidir las acciones a seguir. Casamiquela propone que habría una “jerarquía de caciques o jefes para la guerra”. Vignati asegura que no tenían derecho de mandar, castigar o exigir. Esto en cuanto a las funciones y limitaciones de los jefes.

Las cualidades que los hacían aptos para esa función eran: el ascendiente sobre su gente o el respeto de sus subalternos, el coraje, la elocuencia, la perspicacia, el talento, una manera paternal o patriarcal de ejercer el poder o una forma “liberal” de tratar a sus subalternos, la riqueza. La forma de acceder a la jefatura era hereditaria.

Hay aquí una cantidad de funciones y cualidades que los autores afirman deben reunir los caciques como para sostener al mismo tiempo que “no había un verdadero ‘cacique’ en el sentido tradicional del término” (Casamiquela 1985), o que la jefatura era “simple” (Vignati 1936b). Creo que vuelven sobre el prejuicio de la simplicidad de las sociedades cazadoras que, obviamente, debía transmitirse a todas sus instituciones (también la religión es descrita reiteradamente como “simple”, por ejemplo). En cuanto al “sentido tradicional” que invoca Casamiquela, se me ocurre que está haciendo alguna relación con “caudillo”, pero el viejo recurso del diccionario aclara muy pronto el tema: por definición, un cacique es el que “ejerce influencia política o administrativa *abusiva*” (Lexipedia 1994-95, el destacado es mío).

Las jefaturas duales en el siglo XVIII

Los caciques aparecen como personajes claves en relatos de viajes, diarios y papeles administrativos del período colonial americano. El caso particular de la región norte de Patagonia no es una excepción. En los documentos producidos en ese enclave español ubicado en la costa norte de Patagonia que fue el Fuerte del Carmen, se pueden seguir muy minuciosamente los pasos de algunos caciques, puesto que allí también la relación de los blancos con los grupos indios estuvo centrada casi exclusivamente en la figura de sus jefes. Los caciques son individualizados y nombrados reiteradamente, obsequiados y consultados acerca de los

movimientos y características de otros grupos de la región. En el capítulo anterior he presentado extensos ejemplos de cómo se pueden seguir los movimientos de algunos caciques casi mes por mes.

Las figuras de estos jefes están íntimamente relacionadas con determinados espacios geográficos que reconocían como propios, sus territorios. La relación entre caciques y territorios es ciertamente estrecha, y esto se refleja en los documentos puesto que casi siempre aparecen ambos datos juntos: “indios de-tal-lugar, de-tal cacique”, o “tal-lugar, terreno de tal-cacique”. Es una cuestión que también encuentra relación con la de las identidades étnicas, puesto que, como lo ha expresado Clastres, “el líder primitivo es principalmente el hombre que habla en nombre de la sociedad cuando circunstancias y acontecimientos la ponen en relación con otras sociedades”. A ese líder, la sociedad le ha encargado asumir su voluntad colectiva, su “esfuerzo concertado” de “afirmar su especificidad, su autonomía, su independencia en relación con otras comunidades” (Clastres 1987: 113). Así, son los caciques los que representan las alianzas, amistades, guerras y enemistades de los grupos, por lo que también se puede expresar ese esfuerzo concertado como el reflejo de “la afirmación del *nosotros* ante los *otros*” (Cardoso de Oliveira 1971: 928), o el reconocimiento de la existencia de *límites étnicos* (Barth 1976). Para Bechis (1989: 25), la función básica de los jefes era la de ser procesadores de información intra e inter-étnica y negociadores entre su parcialidad y los criollos, debían “hacerse cargo de las empresas, trabajos e ideales comunes” y satisfacerlos con eficacia. Esto queda emparentado con la expresión de Clastres citada arriba, cuando dice que los líderes asumen la voluntad colectiva.

En la documentación del Fuerte del Carmen hay muchos ejemplos de estas funciones de los jefes. Algunas han sido puestas de manifiesto en los capítulos precedentes, donde se han tocado tangencialmente, como la de negociadores, representantes de las alianzas, amistades, guerras y enemistades con otros grupos, la afirmación de la especificidad de su grupo en relación a otros.

Ahora vuelvo sobre el tema con más ejemplos, puesto que poder delinear con mayor minuciosidad las características de estas jefaturas, por lo dicho, nos permitiría conocer mejor el funcionamiento de los propios grupos como organizaciones sociales y de sus relaciones interétnicas.

La abundante correspondencia de Francisco de Viedma con Buenos Aires (entre 1779 y 1784) y algunos diarios suyos de 1779, 1780 y 1781 traen, como dije, datos valiosos para el tratamiento de esta cuestión. Pero el toque de atención más importante respecto de las características de las

jefaturas en la región pampeano-patagónica, me fue brindado por el diario de Pablo Zizur de 1781. A partir de su análisis fue posible la re-lectura de muchos escritos de la época que presentaban el tema de la doble jefatura doblemente enmascarado: por la interpretación teñida de etnocentrismo del relator y por mi propia no-interpretación de algunos indicios apenas manifestados en dichos escritos.

Recordemos que Pablo Zizur era un piloto de la Real Armada, a quien se le encomendó viajar por tierra entre Buenos Aires y el Fuerte del Carmen, a orillas del río Negro en el norte de la Patagonia (aproximadamente 1000 km). Su misión consistía en reconocer y demarcar el camino, y realizar tratativas de paz con el cacique Lorenzo Calpisqui que tenía sus tolderías en sierra de la Ventana (unos 300 km antes del destino final de Zizur).

Zizur comienza nombrando en su diario al cacique “Lorenzo”, y luego usa alternativamente ese nombre y el de “Calpisqui”. También menciona a un hermano de Lorenzo, “Cayupilqui”, y en este caso lo alterna con el nombre “Pascual”, lo que en una primera lectura contribuye a confundir el panorama, puesto que parece referirse a cuatro personas. La punta del ovillo aparece con una mención errónea de “Pascual Calpisqui” [1781:19v], que nos permite descubrir que Zizur tiende a confundir el nombre indígena con el “apellido”, y que “Pascual” y “Cayupilqui” son la misma persona. A su vez ese *lapsus* de Zizur nos induce a pensar en principio en alguna deformación inexplicada del “apellido” entre “Calpisqui” y “Cayupilqui” cuando, obviamente, no se trata de apellidos y, por lógica, los nombres indígenas de ambos hermanos no deben ser iguales. Su presentación correcta sería (sin poder entrar en consideraciones acerca de la exactitud de las grafías ni de la forma de adquisición de los nombres cristianos): Calpisqui (alias) Lorenzo, y su hermano Cayupilqui (alias) Pascual.

En un diario del mismo año, Viedma [1781] se refiere al mismo grupo de indios de sierra de la Ventana y a su cacique. El menciona generalmente al cacique como “Calpisquis”, pero nos permite resolver que se trata de la misma persona, al mencionar en un pasaje a “Lorenzo (alias) Calpisquis” [1781: 38].

Entre Calpisqui y Cayupilqui, parecen presentarse las características de lo que llamaré una jefatura dual, aunque a veces aparezca como la figura de una persona que reemplaza a la otra en determinadas ausencias o acciones. Por ejemplo, Cayupilqui oficia de intermediario ante su hermano:

Hoy vino un indio y los anteriores han venido varios a suplicar a [Pascual] Cayupilqui, a fin de que yendo Lorenzo a Buenos Ayres pida un pariente suyo; cuyos suplicantes parece que le regalan a Cayupilqui, y éste, llevado de los regalos que acopia, a todos dice que sí. (Zizur [1781: 15v]),

y de reemplazante ante su posible ausencia:

yendo el cacique Lorenzo con nosotros a Buenos Aires trataría con el Virrey sobre el [roto] a fin de experimentar una paz perpetua, y que en el interín quedaría aquí gobernando Cayupilqui. (Zizur [1781: 12])

El tema de dos hermanos caciques, o de un cacique y su hermano, se reitera en un documento anónimo fechado en Buenos Aires a fines de 1784. Se trata de una lista de regalos para “indios caciques” que se presentan a “solicitar la paz”: el cacique Negro, el “cacique hermano del Negro”, el cacique Maciel y el “indio Francisco, que iba desde la costa patagónica” [Anónimo 19-11-1784]. En ninguno de los documentos anteriores producidos desde o hacia el Fuerte del Carmen se había mencionado hasta ahora a un hermano del cacique Negro (aunque Negro llevaba, como dije, una larga relación con el Fuerte del Carmen y también con Buenos Aires). Es por eso mismo que parece poco probable que se trate de un cacique con territorios diferentes de los de Negro. No hay variantes muy notables en los regalos que recibe cada uno de estos personajes. Las pequeñas diferencias parecerían indicar una jerarquización de la siguiente manera: 1) cacique Negro, 2) su hermano, 3) Maciel, 4) Francisco. Reproduzco íntegramente el documento al que estoy haciendo referencia en el Apéndice I a este capítulo.

Al detenernos en este ordenamiento surgen diferentes preguntas. Si Negro es el único de la comitiva que recibe sombrero “con galón falso de oro, o plata”, ¿es esa una diferencia exigida por los propios indios, o -como parece ser más factible- es impuesta desde afuera por los obsequiantes? Una respuesta afirmativa al segundo de estos interrogantes, nos lleva a la vez a preguntarnos por los motivos de la distinción de Negro respecto de los otros caciques: ¿era que se percibía su mayor importancia (relevancia), o era que el poder colonial privilegiaba una mejor relación con ese cacique en particular por la vecindad de sus territorios con el Fuerte del Carmen?

Casi para la misma época de la fundación del Fuerte del Carmen, se intenta otra más al sur, en San Julián. Allí es Antonio de Viedma el comisionado para tal empresa. En su diario [1780-83], entre otros muchos datos de interés, también aparecen algunos acerca de caciques-hermanos:

“Los caciques que dominan este suelo [golfo de San Jorge] son dos hermanos llamados, el uno *Chaiguas* y el otro *Enis*” (Viedma [1780/83] 1972: 941), y varios ejemplos de caciques subalternos:

El día 13 llegó una toltería de indios de los del río de Santa Cruz. Julián que tenía cuidado en darme parte de todo lo que pertenecía a indios, me presentó los dos caciques. El principal era *Onos*, y otro se llamaba *Pola*. (Viedma [1780-83] 1972: 907-908)

El cacique que habita este terreno, desde Puerto Deseado hasta el río de Santa Cruz, se llama *Camelo*, y nosotros le llamamos Julián. Es de los de más séquito en su nación: tiene como subalternos [sic] suyo a un su cuñado, llamado *Onos*, y habita los terrenos de las lagunas de Santa Cruz. (Viedma [1780-83] 1972: 942)

El cacique que señorea estos terrenos [ceranos al Estrecho] se llama *Coopan*: es de los que tienen más indios, pero todos de a pie ... Sólo el cacique y sus mujeres se sirven de caballos, de que les surte su vecino *Camelo*, cacique de San Julián, desde años pasados, en que les hizo una invasión, y se los quitó todos; con lo que, cuidando de dar a este *Coopan* los que su persona y mujeres necesitan y ningún otro indio suyo los tenga, logra mantener bajo su dominio y dependencia al cacique y a ellos. (Viedma [1780-83] 1972: 943)

Hasta ahora se nos habían presentado, en su mayor parte, ejemplos de hermanos que comparten una jefatura o, en todo caso, no se aclaraba si existía parentesco alguno. Ahora aparece un cuñado pero como cacique “subalterno” y una cita muy interesante de cómo un cacique mantiene bajo su dominio a otro a través de posibilitarle o no el acceso a un recurso tan importante como eran en ese momento los caballos. En el mismo diario se dice que los indios de más al sur tenían menos caballos que los de más al norte y entiendo eso como una consecuencia directa de la cercanía o no del lugar de procedencia de este recurso.

Se podría argumentar que los caciques subalternos pueden haber aparecido como consecuencia del enriquecimiento de otros caciques y, en consecuencia, que este fenómeno sería relativamente nuevo. De hecho, ésta es la explicación para Mandrini (1987), quien encuentra sentido a la diferenciación social, la riqueza y la jerarquización política (caciques, caciquillos y capitanejos) de los grupos pampeanos en su vinculación a “un complejo circuito mercantil”: Buenos Aires por el este, Chile por el oeste y los tehuelches por el sur (Mandrini 1987: 93). Pero también es válido suponer que no sólo a fines del XVIII existían caciques más ricos

que otros, y ello podía deberse, simplemente, a una ubicación geográfica más o menos favorable, hablando en términos de recursos disponibles.

Esta cuestión de los cacicazgos duales es un aspecto de la organización de las sociedades indígenas de Pampa-Patagonia que no había sido analizada hasta el momento y probablemente se nos han escapado muchos indicios útiles. Para el ejemplo acerca del cual poseo más datos, el de los hermanos Calpisqui/Cayupilqui, ni siquiera se puede afirmar con seguridad cuál era la naturaleza de las funciones que se repartían los hermanos. Quizás esté dando un indicio el hecho de que aunque Cayupilqui acababa de estar preso en Buenos Aires y hubiera podido tratarse la paz con él, es con Calpisqui -quien sería, entonces, el jefe de guerra- con quien Zizur tiene la misión de firmar el tratado de paz y a quien tratan de convencer de viajar a Buenos Aires a entrevistarse con el Virrey, luego de devolverle algunos cautivos, entre ellos el propio Cayupilqui. Al referirse al proceso de adquisición de la jefatura, dice Driver (1961: 341): "La jefatura era adquirida por hechos meritorios, particularmente en la guerra, pero una vez ganado este alto status, el jefe se transformaba en un pacificador dentro de su propia sociedad y frecuentemente defendía un curso pacífico de acción en disputas con otras tribus" (traducción mía). Ciertamente no es Cayupilqui el que de los dos hermanos apoya el tratado de paz, aunque sus motivos se basarían, según Zizur, en el recuerdo de las penurias sufridas durante su cautiverio. El hecho de no conocer los motivos por los que fue encarcelado -no es suficiente la mera mención a que fue apresado "de paz" (Zizur [1781:13v])- tampoco permite tener una visión más precisa de la cuestión.

Hay también datos de este tipo de jefaturas duales entre no-hermanos, con indicios más contundentes de una división entre jefes de guerra y jefes de paz. En un expediente formado en Buenos Aires en 1780, respecto de un tratado de paz que proponen firmar unos grupos de indios que en ese documento son identificados como "aucas" (con residencia en zonas aledañas a Buenos Aires, capital del Virreinato) hay una declaración de un peón que vivió como prisionero entre los indios de un cacique llamado Cachegua. Preguntado acerca del lugar de emplazamiento de los toldos de ese cacique, y de sus relaciones con otros jefes de la región, responde que el "cacique Cachegua Auca" y sus indios

están unidos con los indios del cacique Linco-Pagni, que éste es de los Ranqueleces, y estas dos indiadas, componen el número de ochenta toldos, y se regula cada toldo de cinco a seis indios, cada uno (Vértiz [24-10-1780: 22-23]).

El declarante se refiere reiteradamente a esos ochenta toldos de Cachegua/Linco-Pagni como a una unidad de residencia conjunta. Y lo más importante:

el cacique Linco Pagni es el segundo cacique que manda en estos ochenta toldos, y en el caso de avances, por estar instruido en las, [sic] y salidas, es al que, se halla sujeto, el cacique Cachegua [que] como es tan baqueano, tiene grandes créditos entre todos ellos (Vértiz [24-10-1780: 24]).

Si pudiéramos conocer mejor los *procesos* de adquisición de la jefatura nos resultaría menos complejo descubrir qué funciones desempeña cada uno de los miembros de una posible jefatura dual. También es débil, por ahora, la posibilidad de referirnos a la íntima relación entre jefes civiles y jefes ceremoniales que menciona Driver, que en algunos pueblos como entre los Fox de las Praderas, se resuelve en la presencia de tres jefes: uno civil, uno de guerra y otro ceremonial (Driver 1961: 343). ¿Puede equipararse la figura del “brujo o adivino” (Zizur [1781: 25v]) a la de un jefe ceremonial? Por el momento resulta imposible arriesgar una respuesta a partir de una única y desdibujada mención. Quizás el papel de “consejero” del cacique Toro se acerque a la de un jefe ceremonial:

En estos toldos se halla otro a quien dan el nombre de cacique, es hombre de mayor edad, y de quien parece se aconsejan en todos sus asuntos; se llama el cacique Toro. (Zizur [1781: 12])

La noche pasada no hubo novedad ninguna, por lo que la pasamos sosegados, como también el día; y observando que el cacique Lorenzo tenía varias conversaciones con el cacique Toro ... en secreto, y según algunas palabras, que el lenguaraz pudo oír se dirigían las conversaciones, a desconfianza que tenía de nuestra venida, y aconsejándole a Lorenzo que no fuese a Buenos Ayres. (Zizur [1781: 12v])

Si los jefes de guerra tenían la característica de ser elegidos para cada campaña, necesariamente tendremos pocos datos sobre ellos en los documentos. En cambio, los consejos de jefes pueden vislumbrarse cuando aparecen referencias a “confederaciones” de caciques. El diario de Zizur nos informa que Lorenzo estaba confederado con cuatro caciques: Catamilla, Falei, Pañancio y Cayunamun. Aparecen pocas referencias acerca de las funciones de esta “confederación”, aunque algunas se pueden inferir de sus actuaciones. Los cuatro caciques mencionados se adelantan a recibir a Zizur antes de que éste llegue a la toldería principal, el

27 de octubre a las 8 de la mañana. A las 18 horas del mismo día recién llega Lorenzo al encuentro de todos ellos, y entonces realizan una “junta” para comenzar a tratar el tema de la paz, que incluye arengas de los cinco jefes a sus gentes (Zizur [1781: 6v-7]). Una segunda “junta” se produce, esta vez en los toldos de Cayupilqui, cuando llega desde el Fuerte del Carmen una partida en apoyo a la misión de Zizur, el 24 de noviembre. Se agregan en esta oportunidad otros caciques de los que no se proporciona el nombre, y hay nuevamente arengas de Lorenzo, Pascual y Toro, referidas a la paz (Zizur [1781: 19v-20]).

Entre las dos reuniones mencionadas, hay una convocatoria a otros jefes: “supe como Cayupilqui, y Lorenzo lo habían despachado [al indio Chanchuelo] de chasque para otras tolderías, a fin de ver si sus caciques admitían, o no, estas paces” (Zizur [1781: 14-14v]), que hace que se sucedan diversas visitas de caciques a la toldería de Calpisqui/Cayupilqui. Ellos van a expresar su opinión sobre el tratado de paz y a aconsejar sobre un posible viaje de Calpisqui a Buenos Aires.

Viedma [1781] también informa de caciques que estaban con Calpisqui, aunque no usa la expresión “confederados”:

A las oraciones vinieron cuatro indios, y tres chinas de las tolderías de Calpisquis, entre ellos uno muy ladino llamado Juan ...; habiéndole preguntado qué caciques había con Calpisquis, me respondió que Toro, Villaviqui, Guacham, Catumila, Yaneacin, Talquaquia, y Chanel (Viedma [1781: 13]).

Sólo dos de ellos son nombrados también por Zizur, por lo que parece que eran muchos los caciques presentes en las sierras. El liderazgo de Calpisqui, por lo menos en esta situación, parece indiscutible: era él el que firmaría el tratado de paz y el que negociaba el intercambio de cautivos. Así lo indica la marcha de las negociaciones, siempre centradas en Calpisqui, a pesar del desacuerdo de Cayupilqui: “[Calpisqui] dijo que él estaba satisfecho de nuestro modo de proceder, que lo que había dicho su hermano no quería decir nada, que él era el que mandaba aquí” (Zizur [1781: 19]), y de los consejos de algunos de los caciques consultados, en el sentido de no viajar a Buenos Aires.

Sin embargo, para otras cuestiones Calpisqui aparece como un “jefe sin poder”, “una especie de funcionario (no remunerado) de la sociedad” según lo expresaría Clastres (1987: 113). Dos observaciones de Zizur nos dan una idea cabal de esas características. Una se refiere al canje de cautivos:

Pero advierto que esto no tendrá efecto respecto a que no sucede aquí como entre nosotros, que todos están a la disposición de su Excelencia [el virrey] para cuanto gusta entregarlo; pues aquí parece que el cacique no es dueño, más que de los [cautivos] que tiene en su poder, y cada cual sucede lo mismo, y no es árbitro el cacique de hacer entregar un cautivo, si su amo no quiere (Zizur [1781: 12v]).

En la otra, aparece expresado por el propio Calpisqui su papel de representante de los intereses de la comunidad. Dirige a su gente una arenga de “más de una hora”, porque todos le aconsejaban no fiarse de los españoles y no ir a Buenos Aires:

[decía] que tenía dada su palabra de que tenía de ir con nosotros a Buenos Ayres y que no tenía de faltar a ella[,] que él lo hacía por la quietud, y bien de todos ellos; a fin de que lograsen una paz permanente, para que viviesen y criasen sus hijos y hacienda sin sobresalto ninguno ... y que extrañaba mucho ..., no hubiese habido uno siquiera que le hubiese ofrecido un caballo para su viaje, en atención a que el bien que resultase de su ida a Buenos Ayres redundaría en beneficio de todos. (Zizur [1781: 13])

También queda evidenciado el absoluto control de un grupo sobre los actos de su jefe, que se ve obligado a esta larga explicación de sus planes. Finalmente, las presiones de Cayupilqui tienen éxito, el tratado de paz no se cierra y Calpisqui decide no viajar a Buenos Aires. En la última semana de 1781 Zizur sigue camino al río Negro para cumplir de esa manera el último de los objetivos de su viaje.

Hasta aquí teníamos un fracasado intento (sobre todo por las presiones de Cayupilqui) de firmar un tratado de paz. Sin embargo, en julio de 1782 Cayupilqui vuelve a Buenos Aires. Esta vez no lo hace en calidad de cautivo sino representando a su hermano Lorenzo Calpisqui quien debió quedarse en sus toldos “para que sus indios se mantengan pacíficos”, y firma un tratado de paz aunque él mismo ofrece “en prueba de agradecimiento y satisfecho del buen trato hacer venir a su hermano Lorenzo a *concluir enteramente las paces*” (en Walther 1970: 239-240, el destacado es mío). Cayupilqui tenía tanta influencia como para hacer fracasar las primeras tratativas, su hermano confiaba en él como para enviarlo como representante, pero para “concluir enteramente las paces” hacía falta la presencia casi simbólica de Calpisqui en Buenos Aires. Hay en todo esto un interesante juego de reciprocidades y, quizás, protocolo cuyas reglas quedan expuestas de manera implícita y sobre los cuales no puedo ampliar la explicación por ahora.

El contenido del tratado en cuanto a derechos y obligaciones de ambas partes, es más restringido que el de diez años después (ver Apéndice III). Se les señala a Cayupilqui y su hermano Calpisqui terrenos muy acotados por donde pueden “potrear” y los referidos caciques se comprometen a dar aviso sobre cualquier avance de los “ranchacheles” con los que Buenos Aires estaba en guerra. Es cuando Cayupilqui regresa a sus tierras después de firmado este tratado que lo acompaña el cabo de Blangues Manuel Consuegra para entregar correspondencia del Virrey en los “Establecimientos de la Costa de Patagones” (en Sánchez Zinny 1939: 377-379).

La partida está compuesta, entre otros, por Cayupilqui y el indio José, hermano del cacique Toro. Consuegra [1782] relata que los toldos de José estaban a seis días de la guardia de San Miguel del Monte, los de Calpisqui a dos días más de camino, a dos más los de Negro (en el arroyo del Sauce) que a su vez estaban a tres días del Colorado y a cinco del Fuerte del Carmen. Confirma, de esta manera, las ubicaciones relativas que se han expuesto en el capítulo anterior.

Las cualidades de los caciques

Negro es un buen ejemplo de negociador, mediador, o “maestro de ceremonias” como he dicho en el capítulo anterior. Las relaciones de los españoles del Fuerte con otros caciques lo tienen casi siempre como mediador, participante o testigo. Conocía desde antes que la expedición partiera desde Buenos Aires que se dirigía al río Negro y se le había encomendado entregar unas cartas del Virrey. En efecto, Negro llegó a entrevistarse con Viedma acompañado de una comitiva de seis “principales” (Viedma [4-6-1779]). Esto ocurre el 29 de abril de 1779, aproximadamente unos diez días después que los españoles entran al río Negro con la intención de realizar finalmente allí la instalación del Fuerte cuya construcción había comenzado el 22 de abril: “llegó por la tarde el cacique Negro, y entregó la carta del ... Virrey al Superintendente y trajo consigo un cristiano llamado Gregorio de lenguaraz” (Villarino [1779: 17v]).

No sabemos si la comitiva de Negro estaba acompañada realmente por caciques subalternos, pero basta la mención de que se presenta, por lo menos, acompañado de seis hombres que debían ser jóvenes y fuertes como para que Viedma escribiera “principales”. El lenguaraz también es un símbolo, por lo menos, de estatus. El cacique no esperaba servirse de intérpretes de los españoles.

Negro mantiene siempre buenas relaciones con el Fuerte y con Viedma, a pesar de episodios que, de hecho, podían hacer estallar serios conflictos como la muerte del Capitán Chiquito que estaba “emparentado con los principales caciques de este campo”, ocurrida a manos de un poblador el 14 de marzo de 1780. Sin embargo, el 20 del mismo mes “vinieron indios de parte del cacique Negro y del Chulilaquini a asegurarme su amistad” (Viedma [1780a] 1938: 375). A pesar de esto, continuamente llegaban rumores de un posible ataque al Fuerte, por ejemplo: de Negro, Chulilaquini y los “Aucaz”, de “Tehuelches” con Quiliner y Negro, o de Negro y los “Aucaz” según avisa el propio Chulilaquini (Viedma [1780a] 1938: 380-381). Lo cierto es que el Fuerte no recibe nunca un ataque masivo, aunque era frecuente el robo de ganado y algunos incidentes con sus cuidadores.

El contrapunto entre Negro y Chulilaquini es notable, aunque nunca terminan enemistados. Parece más bien que es Chulilaquini quien trata de sacar ventaja ante Viedma. La primera mención de este cacique ocurre el 7 de marzo de 1780:

El capitán llamado Chulilaquini cabeza principal de los de esta nación, y la de otras tribus, que en la dilatada internación de este río [Negro] pueblan sus márgenes, por acampar al presente con numerosísima indiada en las del río Colorado ha sido objeto de mi atención para captar su voluntad (Viedma [7-3-1780]).

Es posible que recién en ese momento se conocieran Viedma y Chulilaquini, puesto que efectivamente el cacique era de la tierras de “Las Manzanas” como le informa primero la lenguaza Juana López (Viedma [1780b: 2]) y luego lo confirma Basilio Villarino ([1782-83] 1972) en su expedición a las nacientes del río Negro. Lo cierto es que la intención de “captar su voluntad” no era sólo de Viedma, Chulilaquini manifiesta en su forma de actuar que a él también le interesaba una buena relación con Viedma. Durante todo ese año de 1780 el cacique permanece acampado en el río Colorado o aún más cerca del Fuerte en algunas ocasiones; su presencia en el Fuerte es muy frecuente: para vender u obsequiar ganado, para proporcionar información (casi siempre de posibles ataques al Fuerte o a Buenos Aires), para presentar a caciques amigos. Durante ese lapso sus relaciones con Negro varían: es su aliado contra los “aucas”, teme su ataque porque él a su vez ha atacado a los “aucas” del cual Negro es circunstancial aliado, etc. Pero nunca son enemigos abiertamente y Chulilaquini saca buen partido de las informaciones que en relación a ataques, alianzas, enemistades, puede llevar al Fuerte puesto que va

ganando la confianza de Viedma. Esto lo reconoce el “cacique blanco”, aunque él también tiene sus recursos:

El Chulilaquini se ha portado hasta aquí con mucha lealtad, y la fortuna que está muy mal en el cacique Negro: Siempre *he llevado la política de incendiarles la indisposición* porque en ella consigo noticia de los movimientos de ambos. (Viedma [2-10-1780], el destacado es mío)

Chulilaquini queda mal predispuesto con sus vecinos por no aliarse a ellos para atacarlo, según información que obtiene “en larga conversación con los indios” el intérprete Ventura:

había salido una numerosísima indiada de Aucáz unida con la del cacique Negro a avanzar las fronteras de Buenos Aires: Que este cacique y los demás de los Aucáz estaban muy mal con el Chulilaquini porque no había querido entrar con ellos en la liga para contra nosotros y que si no fuera por él en lugar de ir a Buenos Aires hubieran venido a atacarnos al fuerte (Viedma [1780b: 4v]).

El mismo Chulilaquini le informa a Viedma el nombre de cuatro caciques “Aucáz” que habían realizado la “entrada” a Buenos Aires. Esta y otras muestras de lealtad son ofrecidas por el cacique, pero Viedma teme continuamente un ataque de los indios. Sólo un mes más tarde le escribe al Virrey:

No sosiegan mis recelos en que de un día a otro he de quedar sin ganado ni caballos como tengo manifestado a V. E. anteriormente ..., y en el día se aumentan mis temores porque el Chulilaquini con sus toldos ha venido a acampar en estas inmediaciones con ánimo de irse pronto a sus tierras. Tengo experimentado que cuando emprenden esta marcha es cuando la pegan ya que los que se manifiestan más leales dan más firme el golpe; por este motivo sospecho mucho de Chulilaquini (Viedma [12-1-1781]).

La apreciación de Viedma no es del todo desacertada, pero lo cierto es que lo más grave que hacían los indios al retirarse era robar ganado, nunca se concretó -como ya dije- un ataque con ánimo de destruir el Fuerte. Con respecto al robo de ganado, hay que recordar que Viedma compraba animales con marcas “de dueños de Buenos Aires” (Viedma [1780b]), lo que no podía pasar inadvertido para los indios, transformando estas transacciones en algo así como un juego de hacer desaparecer el ganado por la puerta de atrás para volver a venderlo en la entrada. Si Viedma compraba animales provenientes de Buenos Aires, bien podía re-comprar otros que le robaban después de vendérselos por primera vez.

También hay que considerar que en *casi todas* las cartas al Virrey era reiterada la situación de peligro en que se encontraba el Fuerte y se solicitaba el envío de gente para la defensa. Este cacique de los blancos que era Viedma, también desplegaba su argucia. Hay un ejemplo muy simbólico de cómo manejaban astutamente las relaciones entre ellos, tres de los principales protagonistas de esta historia: Negro, Chulilaquini y Viedma.

Una mañana va a ver a Viedma la hija de Chulilaquini “muy sobresaltada, y triste”, para avisarle que llegaba un indio llamado Chanchuelo (enviado por Negro) y pidiéndole que lo mandara a matar porque “había ido a las fronteras de Buenos Aires a robar y había muerto muchos cristianos”. Le dice también que Negro era enemigo de su padre y que había querido quitarle la vida a ella. Viedma no quiere quedar mal con nadie:

le respondí que no convenía por ahora matar al Chanchuelo porque si lo mataba, o prendía se exasperaría el cacique Negro, se uniría con los Aucaz, y podía hacer mucho daño a su padre, pillándolo descuidado, que lo que convenía era disimular, y dejarlo ir confiado, porque de esta suerte vendría el cacique Negro con sus indios, y tendría yo tiempo de hablar con su padre para cogerlos a todos con su gente, y la mía, por cuyo medio quedaba sin enemigo (Viedma [1780b: 3]).

La hija de Chulilaquini quedó convencida con esto, y enseguida llegó Chanchuelo con ocho reses vacunas que le llevaba “de parte del cacique Negro”, aunque se le habían quedado otras seis en el río Colorado porque Chulilaquini había tratado de impedirle el paso. Chulilaquini trabajó en dos frentes: él en el Colorado y su hija en el Fuerte, aunque parece evidente que no quería ser el autor de la muerte de Chanchuelo. Negro, por su parte, envía regalos muy preciados a Viedma. Y Viedma queda bien con todos y recibe el ganado que tanto necesita.

Hay aquí un rápido aprendizaje por parte de Viedma de las tácticas y subterfugios de los caciques, es otro cacique más negociando con sus pares y, sin duda, así debió haber sido visto por los indios. No es el momento de dedicarme a la personalidad y habilidades del jefe blanco, pero parece haberse producido una suerte de simbiosis en el trato con los jefes indios. Desde ambas partes se transmiten y reciben aprendizajes útiles en esta situación impuesta de contacto.

Villarino es otro personaje inteligente que se adapta rápidamente a la manera de actuar más conveniente. Cuando, en su viaje de reconocimiento del río Negro, se encuentra en el punto más avanzado de su expedición, en las tierras “del Huechum” (actual arroyo Collón Curá, provin-

cia de Neuquén) ocurre un incidente en el cual el cacique Chulilaquini da muerte al cacique Guchumpilqui. Las primeras informaciones dan como motivo de esta muerte que

éste con otro indio, que también mataron, habían venido a solicitar de Chulilaquin el que con su gente se juntasen para avanzarnos y destruirnos: y que por esto Chulilaquin le había muerto (Villarino [1782-83] 1972: 1096).

Como Chulilaquin teme la venganza de los “aucaces”, le pide a Villarino diez soldados “para que le ayudasen”, a lo que el piloto responde primero, que le eran necesarios para guiar las embarcaciones y que intentaría llegar con los barcos a los toldos para que se sintiesen defendidos. A las pocas horas, la inquietud ha aumentado y el pedido se ha reducido a dos hombres, para los cuales el cacique hasta envía caballos. Entonces, la respuesta de Villarino es que sus soldados no saben pelear “sino al lado de su capitán” y les ofrece que lleven sus toldos cerca de las embarcaciones; piensa que los “aucaces” pueden efectivamente aparecer, pero a vengar algún agravio anterior de Chulilaquin, porque “la muerte de Guchumpilqui no la tengo por cierta”, “el queremos hacer creer esta muerte, es sólo por obligarnos y vendernos la fineza” (Villarino [1782-83] 1972: 1098).

Efectivamente, la muerte era cierta, aunque no por los motivos que le decían a Villarino sino que se había producido por desacuerdos durante las tratativas del rescate de una hija del muerto que Chulilaquin tenía cautiva. Como pensaba Villarino, querían sacar provecho de esa muerte para quedar bien con ellos, pero también había mucho temor de un avance de los “aucaces”: al día siguiente de la negativa de ayuda por parte de Villarino, Chulilaquin va a visitarlo siguiendo cuidadosamente un protocolo que indica su jerarquía: primero aparecen cuatro enviados (entre ellos una cacica y dos hijos de cacique) con regalos, después va llegando “la indiada” y una hora y media más tarde, Chulilaquini con su “vestido de galones y su bastón” (ambos símbolos de poder habían sido obsequiados por los propios españoles en el Fuerte).

Todo ese despliegue era realizado para comprometer la ayuda de Villarino. El cacique le da su versión de la muerte de Guchumpilqui y del temor de una venganza de parte de su gente, y Villarino (que aún no conocía la versión real de los hechos) lo impresiona con sus armas y su tripulación. En el Apéndice IIa de este capítulo reproduzco el relato de este encuentro con el agregado entre corchetes de una de las posibles lecturas de los significados de algunos de los dichos y acciones efectua-

das. Inmediatamente después de este encuentro, Villarino se entera de la verdadera situación por intermedio de la lengua-razza que lo advierte también de otros caciques probablemente peligrosos.

Pasa un día más, Chulilaquin manda a avisar que los “aucaces”, “estaban cerca aguardando a que descansasen los caballos para entrar en la refriega”, lo que es corroborado por la lengua-razza. El peligro parece real y, entonces, es Villarino quien realiza su puesta teatral sin dejar ningún detalle al descuido: manda a avisar a Chulilaquin que se presente “de gala”, hace preparar y asear a su gente, una vez reunidos se refiere al Rey de España (muy poderoso señor) y a sí mismo como su vasallo que tenía la obligación de cuidar de los indios por orden de su Rey, que iba a tomar su defensa con el compromiso de que ellos obedeciesen y fuesen “leales vasallos del poderosísimo Rey de España”. Todos vivan al rey, hace izar la bandera y disparar un cañonazo y luego la tripulación que ya estaba preparada en tierra, desmonta sauces, allana el terreno y construye rápidamente una especie de trinchera con una zanja y una empalizada para que dentro se ubiquen los toldos. En el Apéndice IIb de este capítulo reproduzco en forma completa este relato de antología que expone las artimañas y los argumentos de Villarino (otro de los caciques blancos) que muestra como arma la defensa de sus barcos y su tripulación con la ayuda de los indios y convenciéndolos de que sólo se está preocupando por ellos. Finalmente el ataque no se produce, según parece porque los “aucaces” se enteran de que Chulilaquin está protegido por Villarino.

Hay hasta aquí suficientes muestras de la perspicacia y el talento de los caciques. En cuanto a su elocuencia, encontramos muchos ejemplos de la misma en los relatos, diarios y documentos que vengo citando.

El recurso de utilizar el discurso es muy útil en ocasiones diferentes y variadas. Con la palabra se negocia o se pide, se convence o se amenaza, se defiende o se acusa. La palabra es un recurso importante para un negociador, un representante del grupo que expresa la voluntad colectiva y que se pone en contacto con otros representantes como él, a los que muchas veces tiene que convencer, o con los que tiene que convenir, acordar, dialogar o dirimir cuestiones vitales para ambas partes. Con la palabra también se explica y se rinden cuentas hacia adentro del propio grupo.

Cuando Zizur está aproximándose a los toldos de Calpisqui, salen a su encuentro los cuatro caciques que el viajero denomina “confederados”. Se habían enterado de la presencia de la comitiva española en la zona y fueron a verlos con “gran porción de indiada”. Enterados de que “veníamos a tratar las paces con el cacique Lorenzo, y sus aliados”, “se alegraron mucho”,

y en el propio acto hicieron uno por uno, un gran razonamiento a toda la gente que habían traído, y los que se iban juntando; aludiendo a la buena armonía con los cristianos, y que de ningún modo nos hicieran daño, pues veníamos a tratar las paces (Zizur [1781: 6v]).

Las arengas de los cuatro caciques duran una hora y media, lo que quiere decir que hablaron veinte minutos cada uno repitiendo seguramente los mismos contenidos en sus discursos. No hay ninguna mención al uso de lenguas diferentes, por lo que deduzco que se trataba de una especie de obligación de cada cacique hacia su gente, el hecho de informarlos del por qué de la presencia de la comitiva y de advertirlos sobre la actitud que debían tener para con ellos.

Después de este recibimiento, hacen una corta marcha de hora y media hasta una laguna, donde los caciques deciden esperar a Lorenzo. A las seis y media de la tarde de ese mismo día se presenta Lorenzo, salen a recibirlo de a pie “como cosa de una cuadra”, le comunican el motivo de su presencia, se trasladan a la tienda de Zizur los cinco caciques, uno de los hombres de Zizur y el lenguaraz, donde “rodeados de más de 300 indios” hablaron de las paces. Todos manifestaron “grande alegría” y Lorenzo

hizo una gran arenga a toda la indiada aconsejándoles procedieran de buena fe con los españoles, diciéndoles que nunca se había visto tratar las paces con la formalidad que ahora ...; igual arenga hicieron los otros caciques a toda la indiada, que a instantes iba aumentando. (Zizur [1781:7])

Para los “confederados” es la segunda arenga en un lapso de doce horas. En este caso deben mezclarse el protocolo y la competencia: cuando habla uno de los caciques no pueden dejar de expresarse los demás. Tal vez podrían parecer en desacuerdo si no lo hacían o quedar mal parados delante de su gente. Las arengas se repiten en el momento en que visitan los toldos de Lorenzo los caciques “de las Salinas”, Katruen y luego Alcaluan. El primero, junto con los hermanos Calpisqui (Lorenzo) y Cayupilqui (Pascual) hace “una larga arenga”, pero esta vez está dirigida a Zizur y su gente puesto que piden por parientes cautivos en Buenos Aires (Zizur [1781: 24]). El segundo se limita a hacer “una arenga a los dos hermanos Lorenzo, y Pascual” para que “estableciesen una paz estable” (Zizur [1781: 25]).

En el ejemplo de Villarino al que hice referencia antes, mientras el español despliega todo su histrionismo, Chulilaquin no deja de ejercer sus obligaciones. Entre el cañonazo y la construcción de la trinchera, no

pierde la oportunidad de hacer valer sus influencias:

Hizo después Chulilaquin un razonamiento a sus indios, en que les ponderaba lo mucho que le debían, pues por la amistad que él tenía con los cristianos se veían libres de la muerte, y de perder sus haciendas, mujeres e hijos (Villarino [1782-83] 1972: 1107).

Debe quedar claro que él es el *intermediario* que consigue estos favores. Luego de la construcción de la trinchera y una vez ubicados los tollos dentro del espacio defendido, el cacique vuelve a dirigirse a su gente para explicar, según Villarino, que el piloto había hecho todo “aquel aparato” para defenderlos.

Hasta aquí me he referido a la cualidades personales de los caciques. Pero, ¿cómo se transmitían las jefaturas? El tema de si el cacicazgo era o no hereditario en ese momento no queda claro, aunque sí se percibe la existencia de muchos caciques emparentados. Chulilaquin presenta a un cacique, pariente suyo o de su mujer, llamado Talquaquia, Viedma le pregunta

si había conocido, o tenía noticia del cacique Cancapól, me respondió que sí que era muy mozo cuando vivía, que no dejó hijos varones, y sí hijas, y que es su nieto el marido de la hija de Chulilaquini (Viedma [1780b: 4]).

En otros documentos encontramos que: Negro tenía un primo cacique en el río Negro (Viedma [4-6-1779]), Katruen era cuñado de los hermanos Calpisqui y Cayupilqui (Zizur [1781]), Chulilaquini era pariente del cacique Peinaquin (Viedma [1780b]), Quiliner era pariente del cacique Llanalpilque (Viedma [1781]), Maciel era hermano del cacique Caqueliete (Maciel [1784]), un hermano de Negro era también cacique (Anónimo [19-11-1784]).

Hay otros ejemplos de unos años antes. El famoso cacique Bravo que en 1745 estaba ubicado en la “Sierra del Sauce Grande” (que es la de la Ventana) y era considerado “pampa” o “pampa serrano”, tenía dos sobrinos caciques: Agustín Mayu y Ayalepe que van a Buenos Aires por un tratado de paz (Marcoleta [1745]).

Creo que estos resultan ejemplos suficientes como para no descartar la hipótesis de que había familias que conservaban las jefaturas, se emparentaban entre ellas y las reproducían horizontalmente (hay muchos hermanos caciques), sin llegar a afirmar que la jefatura era necesariamente hereditaria de padres a hijos. Podríamos pensar más bien en “linajes” de familias que detentaban los cacicazgos en una región determinada.

Un ejemplo del siglo XIX

Menos de cien años después, los relatos más conocidos acerca de viajes por la Patagonia ya no traen ningún indicio de las características hasta aquí presentadas. Tomo como ejemplo el de George Musters, que en 1869-70 viajó desde Punta Arenas (en el extremo sur del continente) hasta el Fuerte del Carmen, conocido ya por ese entonces como Colonia de Patagones o Carmen de Patagones. La mayor parte del viaje fue realizada en compañía de un grupo de indios al mando del cacique Casimiro, cuya “historia, según la supe por él mismo, era muy curiosa, y pone bien en evidencia las pretensiones encontradas de chilenos y argentinos, y la confusa política de los indios mismos” (Musters [1869-70] 1979: 98).

El viajero cuenta la vida de Casimiro: había sido vendido de muy pequeño por su madre al comandante del Fuerte de Patagones, vivió allí, donde aprendió el español, hasta los trece años y luego escapó “para juntarse con los indios tehuelches”, más tarde pasó a vivir en el extremo sur, en una colonia sobre el estrecho de Magallanes, hizo un viaje a Chile, donde “se le cargó de honores y se le dio el grado, la paga y las raciones de capitán del ejército”, volvió al Estrecho, luego al río Negro, y en 1865 “hizo un viaje a Buenos Aires, en cuya ocasión el gobierno lo reconoció como jefe principal de los tehuelches, y le asignó el grado y la paga de teniente coronel del ejército argentino”, enviándolo a formar una colonia en el Estrecho, pero Casimiro se había quedado en la colonia de Santa Cruz, en donde Musters lo conoce empobrecido y entregado a la bebida.

Cuando no estaba ebrio, este hombre era vivo e inteligente, astuto y político. Sus extensas vinculaciones matrimoniales [se había casado seis veces] con todos los jefes, inclusive Rouque y Callfucurá, le daban mucha influencia (Musters [1869-70] 1979: 98-99).

Aparecen aquí las nuevas condiciones que serían precisas para acceder a la jefatura: haber viajado mucho, tener amplias relaciones políticas y vinculaciones sociales, conocer el español, ser culturalmente mestizo. Este caso, como lo indica el subtítulo, no es el único que se podría describir. En la nueva figura del cacique termina de perfilarse la importancia del reconocimiento como tal desde el poder colonial primero, criollo ahora, que había comenzado a esbozarse en el ejemplo presentado anteriormente respecto de la diferenciación de regalos entre Negro y los caciques que lo acompañaban.

En síntesis: los cacicazgos duales, cuyos indicios todavía pueden rastrearse en documentos del siglo XVIII, parecen haber funcionado como

tales hasta el contacto con el blanco. Después de la llegada de los europeos a la región pampeana y como consecuencia de las relaciones políticas y comerciales de los grupos indígenas con las autoridades hispano-criollas, esos cacicazgos se transformaron en unipersonales.

No puedo dejar de reiterar una posible primera visión errónea del asunto por parte de los blancos. Pero luego debe haber existido una no explícita -por lo menos en los documentos- necesidad de tratar y negociar con *un* cacique por grupo, puesto que ante la mirada europea el panorama debió ser muy confuso, dada la cantidad de grupos/caciques que se acercaban a ellos. Como dije, ningún documento dice textualmente “necesitamos negociar con uno de los jefes”, pero hay algunos que lo gritan en cada renglón como el que reproduzco en el Apéndice III de este capítulo.

El mencionado Apéndice es un tratado firmado cerca de octubre de 1790 entre el cacique Calpispqui y el Gobierno de Buenos Aires. En él se le otorgan al cacique atribuciones muy superiores a las que venimos viendo que cumplía. Primero, le señalan una región para instalarse, luego le piden que se haga reconocer “Cacique Principal” de esa región para poder otorgarle una especie de poder de policía sobre los indios que podrían pasar o no la frontera que significaba el lugar de asentamiento de Calpispqui y acercarse a Buenos Aires. También establece el tratado que será auxiliado por las fuerzas de Buenos Aires cuando considere que no le alcanzarán las propias. Esto valía tanto para caciques que no fueran de “su alianza” como para españoles u otros blancos que se aproximaran por mar o por tierra sin permiso de Buenos Aires, con lo que Calpispqui quedaba transformado casi en un gendarme obligado a defender la región hasta de los extranjeros. Hay otros puntos notables en el tratado, como el de entregar contraseñas a los que eran *verdaderos* caciques, para que otros no se hicieran pasar por tales. Todo esto le da un poder extra a un cacique respetado por su gente y por sus pares, pero al que los blancos le imponen (una vez más, otra imposición) atribuciones extraordinarias que los benefician.

No tengo datos para referirme con minuciosidad a los diversos pasos en la transformación de los cacicazgos, aunque puedo mencionar algunos de sus posibles hitos. Ante la actitud -o exigencia- del blanco, los mismos indígenas fueron buscando otras cualidades en sus líderes. Los que en un principio se nos presentaron como hombres mayores cuya única función era la de dirimir conflictos internos y señalar los derroteros de caza (por lo que no es imposible que existiera *otro* jefe, el de guerra), luego se transforman en hombres que dominan varias lenguas, han viajado

a los principales centros de poder, para el caso: Buenos Aires y Santiago de Chile, y tienen vinculaciones de parentesco con otros jefes de la región. Esto es una “adecuación” a las nuevas necesidades impuestas por el comercio y la guerra con el blanco.

Se puede destacar incluso, un segundo paso en estas transformaciones, buscado por el poder criollo quizás más intencionalmente que el primero, y del cual el documento del Apéndice III es un notable antecedente: una tendencia a reconocer a *algunos* jefes como representantes de determinadas “confederaciones” de ellos, aún cuando tal agrupación sólo exista en la intención de los blancos de reunir y controlar grupos a través de los propios indios. El caso expuesto aquí de Casimiro, nombrado capitán del ejército chileno y teniente coronel del ejército argentino, muestra contundentemente esa preferencia del poder criollo de negociar con pocos.

APENDICE I

[f. 1]

Razón de los regalos, {que se hacen a los} /para los/ Indios Caciques, que se han presentado a solicitar la paz, y otro indio, que con un peón ha llegado con pliegos del establecimiento de la Costa Patagónica.

Para el cacique Negro

Un sombrero con galón falso de oro, o plata
Una chupa de paño encarnado
Dos mantas de bayeta encarnada /de a dos varas cada una/
Un freno {completo} con copas /y la visada de piezas doradas/
Un par de espuelas amarillas
Un lomillo
Un pellón /chileno/
Un par de medias, o polainas encarnadas
Un barrilito de aguardiente
Una arroba de yerba del Paraguay
/Media arroba de tabaco/

Para el peón, que le acompaña

Un poncho negro

Para el cacique hermano del Negro

Un sombrero sin galón
Una chupa de paño encarnado
{Dos} /Una/ manta{s} de bayeta encarnada
Un freno {completo} con copas /y la visada de piezas doradas/
Un par de espuelas amarillas
Un lomillo
Un pellón /chileno/
Un par de medias, o polainas encarnadas
Un barrilito de aguardiente
Una arroba de yerba del Paraguay
/Media arroba de tabaco/

[f. 1v]

Para el cacique Maciel, que viene de lenguaraz

Un sombrero sin galón
Una chupa de paño {encarnado} /azul/
Dos mantas de bayeta encarnada
Un freno completo con copas
Un par de espuelas amarillas

Un lomillo
Un pellón
Un par de medias, o polainas encarnadas
Un barrilito de aguardiente
Una arroba de yerba del Paraguay
/Media arroba de tabaco/

Para el indio Francisco, que vino de la costa patagónica
/Un sombrero sin galón/
/Una chupa de paño azul/
/Dos varas de bayeta azul/
/Un freno de copas/
/Un lomillo/
/Un par de espuelas/
/Un poncho negro/
/Un barrilito de aguardiente/
/Una arroba de yerba del Paraguay/
/Media arroba de tabaco/

[f. 2]

/Para el peón, que le acompaña/
/Un sombrero ordinario/
/Un poncho negro/

Buenos Aires 19 de noviembre de 1784

Nota

Su Excelencia ha mandado buscar un bastón
con puño de plata para el cacique
Negro, y que el que tenía comunmente se
entregue a su hermano.

AGN IX 16-3-12

Se ha respetado la distribución de lo escrito en cada folio. Las abreviaturas están desplegadas. Lo transcripto entre { } está tachado en el original. Lo transcripto entre / / está agregado con una letra diferente a la del resto del documento.

APENDICE IIa

Villarino ([1782-83] 1972: 1098/1099):

“Día 18 [de abril de 1783]

[...]

“A las 3 de la tarde ví venir una nube de indios a toda prisa, a distancia de una legua: llegaron a bordo primeramente 4, que fueron los dos hijos del *Cacique Viejo*, Manuel y Julián, la *Cacica Vieja* y Teresa. Esta trajo una oveja de regalo, y la cacica otra: fue llegando la indiada, y [recién] a las 4^{1/2} de la tarde llegó *Chulilaquin* con el vestido de galones y su bastón [*para impresionar como correspondía*]. Me hizo, por medio de la lengua-*raza*, un razonamiento digno de oírse. Primeramente ponderó su voluntad hacia nosotros: después ponderó la siniestra intención y alevosos hechos de los aucaces con los cristianos [*ellos son malos y nosotros buenos amigos*], cómo andaban solícitos, buscando ayuda para matarnos, a cuyo fin había venido el cacique *Guchumpilqui*, solicitando su ayuda y la de su gente; y que para empeñarlo en el asunto, le decía que yo venía de mala fe a matar los indios con capa de amistad [*cosa que puede no estar lejos de la verdad, piensa Chulilaquin, por lo que me conviene ser tu amigo*]. Pero que no pudiendo sufrir esto, lo mató inmediatamente en desagravio nuestro [*para que ustedes aprecien nuestra lealtad y se sientan comprometidos hacia nosotros*]; y que por este motivo se habían juntado todos los aucaces contra él, y sin duda alguna venían a darle esta noche el avance. Y así, que habían salido huyendo a refugiarse a la sombra de sus leales amigos porque sabía que perderían la vida sus amigos los cristianos, antes que permitir su ruina; y así, que aquí tenían un fugitivo que buscaba mi amparo y patrocinio, y que fiaba de mi amistad saldría con mis soldados en defensa suya cuando llegase el lance [*y vengo a impresionarte con mi gente para lograrlo*]. Lo obsequié bastante, y le ofrecí firme amistad; y que estando él y su gente junto a nosotros, nadie le ofendería [*no hay otro remedio que tenerlos de amigos*]. Toda la indiada estaba a caballo a la orilla, y yo con todas las armas prevenidas, las chalupas a son de combate y las mechas encendidas [*como demostración de fuerza y por si atacaban a pesar de los dichos del cacique*]. Procuré animarlo mucho, y hacerle ver la poca gente que eran todos los aucaces para nosotros. Disparé un cañonazo a su solicitud, para que los indios lo viesen y oyesen el estruendo [*y se asustaran*]; todo lo cual hacía entender a los indios, ponderando las fuerzas de nuestras armas [*que también podían servir contra ellos*]. Y yo se la encarecía bastante, y que diesen gracias a *Pepichel*, por haberle en este aprieto socorrido con tan buenos amigos. Me dijo que tenía noticias que el

Cacique Negro había dicho en el establecimiento del río Negro, que el bastón que le habían regalado lo había cortado para rebenque, que por allí estaba el bastón para que se viese la mentira, y que era prenda que él estimaba más que otra alguna [*reitero así mi lealtad y aprecio*]. Con una hora de noche se retiró a sus toldos, que distan como tiro y medio de fusil de nosotros, dejándome encargado por repetidas veces el socorro de nuestras armas.”

APENDICE IIb

Villarino ([1782-83] 1972: 1104/1108):

“Día 20 [de abril de 1783]

[...]

“Luego que fue de día, pasé a reconocer el campo inmediato, y héchome cargo de él, pensé el modo de fortificarlo: y para esto mandé llamar a *Chulilaquin*, avisándole que viniese de gala, con el bastón y vestido que se le había dado en nombre del Rey, mi amo, a quien él debía obedecer; y que trajese consigo los indios de más suposición; hízolo así inmediatamente.

“Había yo prevenido a los patrones, oficiales de mar y marineros, se aseasen lo mejor que pudiesen; y que dejando hachas y azadas a bordo, prontas a fin de desmontar un pedazo de saucería y barrancas para igualar el terreno, bajasen conmigo a tierra la mitad de la gente, y los más aseados y de mejor presencia, armados; quedándose la otra mitad de guardia en las embarcaciones. Luego que llego *Chulilaquin* al puerto que le había señalado, lo recibí con amistad, y por medio de la lenguaraza María López le hice un razonamiento según me dictó en esta ocasión mi corto alcance; diciéndole, que él y sus indios habían venido fugitivos a ampararse de mí, tan asustados y temerosos de que sus contrarios le quitasen sus vidas, las que apenas podían respirar. Que yo les había ofrecido favorecerlos; pero que las dos noches precedentes no había yo tenido cuidado alguno, porque sabía que no habían de venir a avanzarlos, como yo se lo había dicho siempre: que él se me presentaba afligido, pero que ya hoy era otra cosa, porque los aucaces habían ya tenido bastante tiempo para juntarse y prepararse suficientemente para seguirlos y acabarlos. Que él mismo les había mandado a decir que estaba protegido de nosotros; y que en tal caso, siempre que dichos indios se determinasen a venir a avanzarle, que precisamente vendrían en número crecidísimo; y que así estuviese atento y pensase bien en lo que iba a decir.

“Que yo era uno de los más chiquitos criados que tenía el Rey de Espa-

ña, cuyo Señor tenía dominios en todas las cuatro partes del mundo: que se hiciese cargo de que, estando este Señor tan lejos de Buenos Aires, que se tardaba camino de día y de noche, seis, siete y ocho lunas, atravesando la mar sin ver tierra hasta llegar a donde estaba. Estando nosotros tan lejos de su presencia, todos le obedecíamos; y que primero perderíamos las vidas que dejar de obedecerle, y de cumplir en todo su voluntad, sin faltar en nada al más mínimo precepto suyo.

“Que además de las inmensas tierras que poseía este Gran Señor, tenía tantos tesoros y riquezas, cual él no era capaz de comprender; y mandaba tanta multitud de gentes, cual él no era capaz de imaginar. Que reparase en que, siendo yo uno de sus menores esclavos, se venía él a amparar de mí, y que de seguro podía yo solo con aquellos pocos soldados que me acompañaban, defenderlo de cuantas indiadas pudiesen venir, acabando y haciendo pedazo con mis cañones a todos cuantos indios y caciques abrigaba el continente. Pues yo solo valía y podía favorecerlo más que todos ellos juntos; y que si así era el esclavo más chico, que se hiciese cargo cuan poderosísimo sería el Señor. Que el vestido que me cubría me lo daba este Gran Señor: que él me daba de comer, me daba riquezas y estimaciones: que yo gustosísimamente le servía y obedecía; que estas embarcaciones y cuanto tenía en ellas era suyo, con gente y todo; y que de su mandato veníamos por este río. Que todo aquel que no quisiese obedecerle, perdería la vida; y que era este Señor tan poderoso y de tan buen corazón que a todos sus criados nos tenía mandado el que favoreciésemos a todos los indios, porque les tenía mucha lástima, sabiendo lo pobre e infelices que eran en todo. Esto es, pobres de hacienda y pobres de saber, pues andaban continuamente entre los cerros, llenos de sustos, pereciendo de hambre y frío, y viéndose precisados a robar para poder vivir; y que a esto se seguían las muertes y el andar continuamente por este motivo vagantes, fugitivos, y llenos continuamente de miedo, y que la benignidad de este Señor tan grande nos mandaba que asistiésemos a la pobreza de los indios, socorriéndolos y amparándolos a todos, pero particularmente a los amigos y fugitivos que viniesen a ampararse, como a él le sucedía. Que reparase en que de su mandato lo favorecía yo, y lo había favorecido el superintendente, y todos los cristianos del río Negro: que aquel vestido y bastón que traía se lo había dado este Gran Señor, y que se hiciese cargo los favores que le debía, y le había hecho y hacía a todos los indios sin conocerlos.

“Que yo ahora iba a tomar su defensa por mi cuenta, como este Señor mi amo me lo mandaba; pero que para esto era preciso que él y todos sus indios hiciesen en un todo cuanto mandase sin faltar un punto en nada, y que no tuviese cuidado ninguno de sus enemigos, estando yo en su defensa: que los haríamos pedazos, aunque se juntasen más indios que hierba tenía el campo (toda esta relación hacía yo en alta voz, y lo mismo hacía la lengua-
raza

María López, estando toda la indiada en círculo y ella, *Chulilaquin* y yo en el medio): pero que para esto era indispensable que él y todo los indios me obedeciesen, y fuesen leales vasallos del poderosísimo Rey de España, como yo lo era, que en cualesquiera partes del mundo, donde se arbolase su bandera, debían todos estar obedientes a él. A todo se convino, haciendo de cuando en cuando relación a sus indios de los favores que recibía; y acabado esto le dije que dijese conmigo, él y todos: ¡*Viva el Rey!*!. A cuyo tiempo se largó la bandera y un cañonazo, con mucha aclamación y gritería de todos los indios y cristianos.

“Hizo después *Chulilaquin* un razonamiento a sus indios, en que les ponderaba lo mucho que le debían, pues por la amistad que él tenía con los cristianos se veían libres de la muerte, y de perder sus haciendas, mujeres e hijos; y que diesen gracias a Dios de haber hallado en esta ocasión un tan buen amigo: que debían todos mirarme y respetarme como a un padre, pues tomaba a su cuenta su defensa. Se repitió por los indios la gritería y algarazara.

“A este tiempo hice señas a las tripulaciones que ya estaban prevenidas, para que con la mayor viveza desmontasen los sauces, y allanasen el terreno para que los indios se admirasen. Esto se hizo tan a lo vivo y con tanta presteza, que se quedaron los indios admirados. Mandé a todos los indios y chinas conducir todos los sauces cortados a todos los parajes que eran necesarios para la fortificación; de modo que en breve hice una especie de trinchera por medio de una zanja y sauces, poniendo estacas y atravesando palos en unas partes, y en otras cortando el terreno, la cual no pueden romper los caballos en ningún avance, dejando sólo un boquete para entrar y salir a una sola parte de la orilla del río. Esta entrada tiene sólo 18 varas de ancho, y en ella prolongué las chalupas, montando la artillería en los costados que decían hacia aquella parte. Les mandé deshacer todos los toldos y conducirlos adentro; se los mandé hacer allí juntos, y no separados como suelen. Todo lo ejecutaron puntualmente, de modo que a las 2 ¹/₂ de la tarde estaba todo hecho.

“Después llamé a *Chulilaquin* con todos los indios y a la lenguaza, y les ponderé el favor que me debían. Les dije que ellos ignoraban el arte de pelear, que para que viesen mi buen corazón, que reparasen como los guardaba metiéndolos a ellos en casa, y poniéndome yo a la puerta a recibir los golpes, porque a ellos no los lastimasen: que ya veían el modo, la disposición y ligereza de mi gente, y el modo como los guardaba. Todo lo cual entendido por *Chulilaquin* (que es uno de los hombres más capaces y reflexivos que he tratado), me dio las gracias, abrazándome muchas veces, que *Pepechel* le había traído su mejor hermano. Hizo relación, y le hizo entender a los indios los motivos porque yo había hecho todo aquel aparato, y como me quedaba a la entrada por guardarlos a ellos. Se repitió la gritería, y al instante mataron una yegua la más gorda que tenían, para regalar a las tripulaciones, y una

oveja y dos cabritos para mí (excesivo regalo para estos indios). A los marineros les regalaron piñones y manzanas, y no sabían qué hacerse todos, y cada uno de por sí, con nuestra gente.

“Al anochecer, mandé que todos los indios ensillasen sus caballos, y estuviesen sosegados hasta que yo les avisase para seguir a los que se escapasen de la artillería, y que se pusiesen cuatro indios en los mejores caballos a trechos de media legua, por el camino de los aucaces, para traer la noticia. Le dí la seña, que era *¡Viva el Rey!*. Quedaron tan satisfechos y tan llenos de valor, que ya parecían otros hombres.”

APENDICE III

Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, I 29-10-47, en cuyo catálogo figura como "Tratado celebrado entre el Gobierno de Buenos Aires, y el cacique Callfilqui. 1790"

Consta de una carátula y cuatro folios. Es el que se transcribe aquí.

También en: AGN. Biblioteca Nacional, legajo 189, manuscrito N° 1877. Con algunas diferencias de puntuación y líneas que figuran como tachadas que no aparecen aquí.

Tratados que deberá observar con este Superior Gobierno el cacique Callfilqui a consecuencia de los que ha estipulado en el paraje del Guamí el día 3 de mayo próximo pasado con el Comandante de la última Expedición a Salinas el Capitán de Caballería del Cuerpo de Blandengues Don Juan Antonio Hernández, para efecto de restablecer la paz entre el dicho Cacique, y demás de su alianza con los Españoles, de cualesquiera parte que sean, en todo el distrito de este Superior Gobierno desde Mendoza hasta esta Capital; y para hacerla perpetua, y duradera, se han de guardar los capítulos siguientes.

1°

Que el cacique Callfilqui con todos sus aliados han de establecer sus tolderías en los parajes de la banda del norte de las Sierras del Volcán, Tandil, Sierra de Cuello, Cayrú, Arroyo de Talpelquin, y Laguna de Tenemeche, escogiendo los lugares que más le acomoden en dichos parajes, para criar sus ganados, y tener de que sustentarse, para vivir en paz con sus vecinos especialmente los Españoles; cuidando de que todos, y cada uno de sus Indios, se apliquen a este objeto, para facilitarles el trato y comercio con los Españoles en esta Capital, a donde vendrán a vender sus efectos, para proveerse de lo que necesiten, con tal de que nunca vengan en mayor número de 25 personas.

2°

Asentadas las Tolderías en los referidos parajes, se hará reconocer Callfilqui por Cacique Principal de todas las Pampas, y cabeza de esta nueva República, para lo cual se le dará por este Superior Gobierno el Título correspondiente, por el que quedará obligado a celar, e impedir, el que no solamente los Caciques de su alianza, sino otros cualesquiera, entren a dichas Pampas a potrear sin su licencia; y cuando la conceda, ha de ser a Indios de su satisfacción, y que no pasen de doce, encargándoles, que solamente han de

potrear a distancia de dos días de camino de las Fronteras de esta Capital, y de Córdoba, señalándole los lugares hasta donde deban llegar con sus potreadas, para que los soldados exploradores de las dichas Fronteras no se encuentren con ellos, y los tengan por enemigos; y habiendo concedido licencia a más de una cuadrilla de doce hombres, les encargará, que no se junten en el campo, ni lleven armas, más que lazo y bolas.

3°

Cuando suceda que algunos otros Caciques que no sean de su alianza quieran entrar en las Pampas, o bien sea por potrear, o para hostilizar nuestras Fronteras, y se considere con pocas fuerzas para resistirlos, ha de avisar prontamente a esta Superioridad para que se le dé el auxilio necesario, a fin de no aventurar la acción, y hacerse temer, y respetar de todos los demás Caciques, que no sean sus aliados, o se sustrajeren de su alianza, y obediencia que le deben como a Cacique Principal, para hostilizar las Fronteras de los Cristianos; y pudiendo ser presos, han de ser remitidos a esta Capital a disposición de esta Superioridad.

4°

Lo mismo ejecutará con los Españoles, y otros Güincas, que por mar, o por Tierra sean encontrados por aquellos parajes sin licencia de esta Superioridad, del Comandante del Río Negro, o a lo menos de los Comandantes de los Fuertes de esta Capital, o de Córdoba; por que los tales Cristianos, o Güincas, que se hallen sin licencia, o son delincuentes, o malhechores entre los Cristianos, o van a serlo entre los Indios; lo que todos debemos celar, consultando la común tranquilidad.

5°

Cuando se ofrezca, que esta Superioridad tenga por conveniente enviar por Tierra al Río Negro de la Costa Patagónica gente y bastimentos de guerra, y boca, estará obligado el dicho Cacique a comboyarlos, y proveerlos de los bagajes necesarios, que se le pagará lo que se conceptúe justo, según la calidad del Servicio que hiciere por sí, o por su gente.

6°

Luego que se concluya el Establecimiento de las Tolderías en los para-

jes citados arriba, ha de avisar el dicho Cacique del tiempo en que se ha de hacer la redención general de todos los Cautivos, y Cautivas Cristianas, que tuviere él, y todos sus aliados, y más Indios y Caciques de quienes puedan rescatarse, aunque no sean de sus aliados, ofreciéndoles, que se les dará lo equivalente por cada uno.

7º

Que debe llevar muy presente, que luego que llegue a sus Tolderías, ha de hacer vivas diligencias para rescatar a los dos Güincas, que tienen cautivos los Peguelchús, dándole a éstos lo equivalente por ellos, y trayéndolos, o mandándolos a esta Capital, se le pagará prontamente lo que hubiesen costado, a más de gratificarle su diligencia.

8º

Habiéndose experimentado que algunos Indios de los amigos que bajan a esta Capital a hacer sus tratos, se fingen Caciques para obtener de esta Superioridad algún regalo que suele hacerse a los que verdaderamente los son, para que en lo sucesivo no se padezca engaño, se le dará una contraseña por escrito, para que presentada en las Partidas por donde transiten, vengán a casa de Don Blas Pedrosa, o donde más les acomodase, a darse a conocer; y siendo Caciques, o Chasques, que envíe el Principal Callfilqui, se presentará a esta Superioridad acompañado del Intérprete el referido Pedrosa.

9º

Como el referido Cacique principal ha experimentado de esta Superioridad las más benignas expresiones de amistad, que le habrán hecho conocer la sinceridad con que se procede, y el particular amor y aprecio que ha hecho de su persona, espera la misma Superioridad, que en demostración de su reconocimiento mande con su secretario Guintún, cuando venga la Partida, que despachará inmediatamente que llegue a sus Toldos, a las dos Cautivas que tiene en su poder, o a lo menos la una, para que a vista de esta generosa acción que vean hacerle los demás Indios que tengan cautivos, se estimulen a desprenderse de ellos, por lo que se les dará en el próximo rescate, como queda dicho, y se les dé un ejemplo de generosidad, y reconocimiento.

La complementariedad entre "nómades" y "sedentarios"

El nomadismo replanteado

El nomadismo de los grupos de Pampa y Patagonia ha sido invocado como una de las cualidades fundamentales de estas poblaciones desde los trabajos de especialistas, las obras de divulgación, los relatos de viajeros. Sin embargo, por mucho tiempo quedaron sin responder preguntas tales como: ¿por dónde se movían?, ¿para qué?, ¿quiénes? ¿por cuánto tiempo?, ¿cuántas personas? Con la respuesta a estas preguntas, además, se derribarían algunos prejuicios que giran alrededor del concepto de nómade, como los de salvajismo, primitividad, simpleza, desorganización, imprevisión.

En Nacuzzi 1991, intenté comenzar a responder esas preguntas y ponerle contenido al concepto de nomadismo entre los grupos de la Patagonia continental extraandina (región muy amplia, en la que está incluida el área en estudio propuesta) presentando datos históricos de sus movimientos para el período comprendido entre 1770 y 1870.

La característica de "nómades" de los grupos en estudio es, de diferentes maneras, la que más pesa en sus relaciones con otros grupos étnicos y con el blanco y, por lo tanto, en sus límites sociales/territoriales, en el reconocimiento de su identidad por los otros, en las formas de su economía y aún en la fuerte descaracterización cultural que sufrieron a fines del XIX.

Una primera aproximación al tema nos permite encontrar íntimamente relacionadas la calidad de "nómades" con la de "cazadores", como mutuamente interdependientes. Desde los primeros estudios intencionalmente etnográficos, como el de Harrington (1946), se afirma que los tehuelches del norte "ambulaban" o "incursionaban" en "correrías" (Harrington 1946: 255 y 258) entre los ríos Colorado y Chubut, y el nomadismo de los del sur "se extendía desde el estrecho de Magallanes hasta las orillas de los ríos Negro y Limay" (Harrington 1946: 258). Para Esca-

lada se trataba de “antiguos nómades cazadores” o “tribus salvajes nómades”, que “vivían de la caza y de la recolección de raíces, tubérculos y algunos pocos frutos”, aunque el papel de la recolección no parece importante para el autor, puesto que “ocuparon las comarcas preferidas por los avestruces y guanacos”, como una especie natural más (Escalada 1949: 6, 10 y 11).

Para Casamiquela, en “todo el ámbito pan-pampeano y patagónico septentrional” había un “*continuum*” de “parcialidades nómadas emparentadas”, “beneficiarias de una cultura de cazadores, con un complemento de recolección”, y el sector más austral de ellos eran “cazadores esencialmente puros” (Casamiquela 1983: 19). En trabajos anteriores había definido a los cazadores “de tipo `tehuelche’” como una “trama de partidas sueltas” de “unidades tribales muy móviles, cazadoras (de caza grande y con recolección escasa)” (Casamiquela 1969: 127).

Vignati en su trabajo dedicado a los indios de Pampa y Patagonia, afirma que “El Patagón no ha tenido habitación fija, ni ha constituido verdaderos pueblos”, y precisando más: “La nación estaba formada por un número de tribus vagabundas, dispersas en las llanuras” (Vignati s/f: 286 y 298).

En obras de divulgación generales se repite la estrecha vinculación entre el hecho de ser grupos cazadores y el de ser nómades, y viceversa. Los del sur “no eran de vida sedentaria, sino nómada. Y de acuerdo con esto, su economía se basaba en la caza y en la recolección de productos agrestes” (Canals Frau 1953: 173). En cambio los del norte: “Dado que su economía se basaba en la caza y la recolección, es natural que el género de vida ... fuera nómade. No tenían, por tanto, vivienda fija, sino que se iban mudando continuamente en sus correrías de caza” (Canals Frau 1953: 197). Más recientemente, aún cuando se suavizan la caracterización y el vocabulario, el resultado es una descripción con los términos cambiados: “bandas seminómades recorrían su extenso territorio compartido, con paraderos propios” (Magrassi 1987: 43), cuando lo propio parece haber sido el territorio y los compartidos los paraderos, como se desprende del capítulo 3.

En la caracterización cazador-nómade, como vemos, ambos términos están íntimamente relacionados y esto pesa fuertemente en detrimento de otros rasgos que los mismos autores describen. Queda oscurecido el tema de la recolección como actividad “complementaria” y “de énfasis variable” (Casamiquela 1983: 19), o como “escasa” (Casamiquela 1969: 127), o “de raíces, tubérculos y algunos pocos frutos” (Escalada 1949: 10). Hay referencia al consumo de semillas tostadas (Canals Frau 1953: 173),

pero sin señalar su significado. Esto resulta lógico, después de haber definido al grupo como “muy móvil”, cazador “esencialmente puro” que ocupaba las “comarcas preferidas por los avestruces y guanacos”, como lo hacen los ya citados Casamiquela y Escalada.

Vignati (el que más se ha ocupado del tema de la recolección) los declara, sin embargo, “simples” recolectores, por oposición a no-agricultores: “La comida del indígena era casi en su totalidad carnívora” (Vignati s/f: 280). En un trabajo dedicado especialmente al uso de vegetales entre los tehuelches, después de referirse a las diversas especies consumidas, concluye que “La costumbre de comer raíces, crudas o preparadas, era común” en toda la pampa y la patagonia, y los del sur “obtenían, también, harina” de semillas tostadas (Vignati 1941: 333 y 334). Pero no puede dejar de aparecer la incredulidad del autor, cuando dice refiriéndose a las raíces:

en la concisa enumeración de los procedimientos acostumbrados para su preparación, además de los modos que podríamos considerar naturales -crudas, asadas, y hervidas- cobra verdadero interés la noticia de la conservación de esos órganos comestibles desecados al sol, por cuanto implica un principio de almacenamiento en la época propicia de recolección para la de escasez y consumo. Hay en ese hecho, según se ve, una evidente preocupación por el mañana, cosa un tanto desconcertante si se considera la creencia generalizada -con fundamento documental amplísimo- de suponerlos exentos de trabas que subordinasen su libertad de vivir agotando, día a día, en forma dispendiosa los recursos disponibles, aunque debieran, al siguiente, padecer hambre por su imprevisión. (Vignati 1941: 323)

La vida del cazador era necesariamente falta de programación y azarosa, tanto que resulta “desconcertante” la “preocupación por el mañana”, aunque los propios datos estén indicando lo contrario. Si se preocupaban por almacenar un recurso en la “época propicia”, no es cierto que agotaban “en forma dispendiosa los recursos disponibles”. Son expresiones tan antagónicas que no pueden incluirse en el mismo párrafo como, sin embargo, lo hace Vignati. Es evidente que todo lo que escapara al modelo preconcebido respecto de los cazadores era explicado como una excepción, como una rareza, o directamente no se le daba el peso necesario en la caracterización de estos grupos.

Otro tema oscurecido por la impronta de “cazador-nómada”, es la del uso de los territorios por cada grupo étnico. Por ejemplo, Escalada y Casamiquela hacen referencia escuetamente al tema de los paraderos y

territorios: “todo hace pensar que los tehuelches estaban subdivididos en tribus, con campos de vida y caza propios” (Escalada 1949: 69); entre los tehuelches del norte “se filtraban, siempre a través de rutas y cazaderos bien establecidos, grupos de Tehuelches Meridionales” (Casamiquela 1969: 127).

Como hemos visto, es realmente posible delinear los “campos de vida y caza”, y las “rutas y cazaderos”, puesto que los datos de viajeros y misioneros son muy abundantes al respecto. Pero hasta ahora el hecho de que tuvieran lugares de caza y rutas establecidas ha aparecido como una cualidad secundaria de lo verdaderamente definitoria que resultaba la característica de pueblo cazador-nómade.

Sin embargo, estas descripciones no hacen más que repetir sin analizarlas aquellas de los primeros viajeros. Desde 1536, los primeros contactos con los habitantes nativos de los alrededores de la recién fundada Buenos Aires, destacan su cualidad de nómades: “En cuanto a estos querandíes no tienen asiento fijo en la tierra; van, en el país, de un lado a otro, como hacen aquí, en tierra alemana, los gitanos” (Schmidl en *Relación Varia*: 55). Este relato no es fruto de la observación real de los movimientos de los indios. Por el contrario, se deduce por la cualidad negativa de “no tener asiento fijo”, es decir: no conformar pueblos. Luego se sabría que el mismo tipo de patrón de residencia ocurría hasta el confin sur del continente, y ello contribuiría a incluir a la Pampa y la Patagonia (y a sus pueblos) en descripciones globalizadoras.

Más de cien años después, cuando podemos suponer que ha habido más observación, aparece un principio de ubicación geográfica que, sin embargo, es imprecisa

Los términos de esta dilatada jurisdicción por la parte del sur, costas de la marina, y confines de la gran Cordillera de Chile, y provincia del Tucumán, han sido siempre habitados de un numeroso gentío de indios Serranos y Pampas, bárbaros en el modo de vivir en los campos sin población, ni sitio fijo, y en la costumbre fiera de sustentarse solamente de la abundancia de carnes de ganados que multiplican estos distritos, ... han sido siempre dificultosos de reducir (Martínez de Salazar [23-6-1664]).

Como vemos, el problema sigue siendo que no tienen “población ni sitio fijo” y esto dificulta mucho su reducción. Aquí se encuentra, según mi modo de ver, el origen de muchos de los prejuicios que mencioné arriba, incluido el de “sustentarse solamente de la abundancia de carnes de ganados”. Un grupo que no conformaba un pueblo estable era nómade

y, por lo tanto, imposible de reducir y, entonces, bárbaro, salvaje, primitivo, en contraposición a otros grupos mansos, reducidos, adoctrinados, bautizados.

Hubo intentos -que no prosperaron- de reducir a los habitantes de Pampa-Patagonia. En 1740 se establecieron el Pueblo de la Concepción para la “nación de los Pampas”, sobre la margen sur del río Salado, 60 leguas al sudeste de Buenos Aires, y el Pueblo de Nuestra Señora del Pilar para la “nación de los Serranos” en la cercanías de las sierras de Tandil (Querini [1-8-1750]). También en las proximidades de esas sierras, a unas cinco leguas del anterior, se emprendió en 1750 la formación del Pueblo de Nuestra Señora de los Desamparados “de la nación Tehuelchus o Patagones” (Andonaegui [19-12-1750]). Los tres estuvieron a cargo de religiosos de la Compañía de Jesús.

En esta imposibilidad de reducir a los grupos cazadores-recolectores a pueblos controlables parece residir una serie de errores y prejuicios en torno a ellos que han perdurado demasiado tiempo. Los autores de los estudios que fueron analizados en el estado de la cuestión basaron sus descripciones en un conjunto de relatos de viajes que fue casi el mismo para todos (principalmente Falkner, Musters, Cox, Moreno). Algunos de ellos habían podido obtener datos de informantes indios (sobre todo Harrington, Escalada y Casamiquela) hasta fines de los '50. Es muy escaso el trabajo con documentos inéditos, con el agravante de que para la primera época del contacto ni siquiera existen, como he mostrado en el capítulo 1.

Recién a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se encuentran papeles administrativos de los intentos de colonización costera del Virreinato del Río de la Plata. El análisis de estos papeles ha brindado algunos indicadores que me permitieron realizar una lectura distinta de los relatos conocidos. Sus resultados, encuadrados en esa nueva imagen que tenemos de los cazadores a partir, sobre todo, del aporte de Lee y DeVore (1968) y el de otros autores cuyas investigaciones reseña Cohen (1981: 33 a 35), nos permiten ver a los tehuelches, aucas y pampas como grupos con una vida organizada, eficiente y compleja.

Los datos históricos acerca del nomadismo (Nacuzzi 1991) me han permitido sostener que existían características muy particulares en el nomadismo de los grupos étnicos “pampas” y “tehuelches”. En principio, tenían diversos *tipos de asentamientos* que se pueden definir en base a dos variables: la *cantidad de toldos* que se agrupaban en alguno de los parajes propicios y el *tiempo* que permanecían en él. En general esas dos variables estaban condicionadas por la finalidad de los movimientos: caza,

comercio, aprovisionamiento de otros recursos, relaciones políticas. Según la información disponible, una clasificación sintética podría ser así:

a) *campamento base*, cuando duraba varios meses y agrupaba entre 50 y 100 toldos o más, quedaban en él las mujeres, niños y ancianos mientras los hombres del grupo salían en partidas de caza, comercio o bandolerismo que podían durar varios meses;

b) *asentamientos próximos en áreas de aprovisionamiento*, zonas en las que abundaba algún tipo de presa de caza que se visitaban en la temporada adecuada, por cuatro o cinco días consecutivos, utilizando unos pocos toldos;

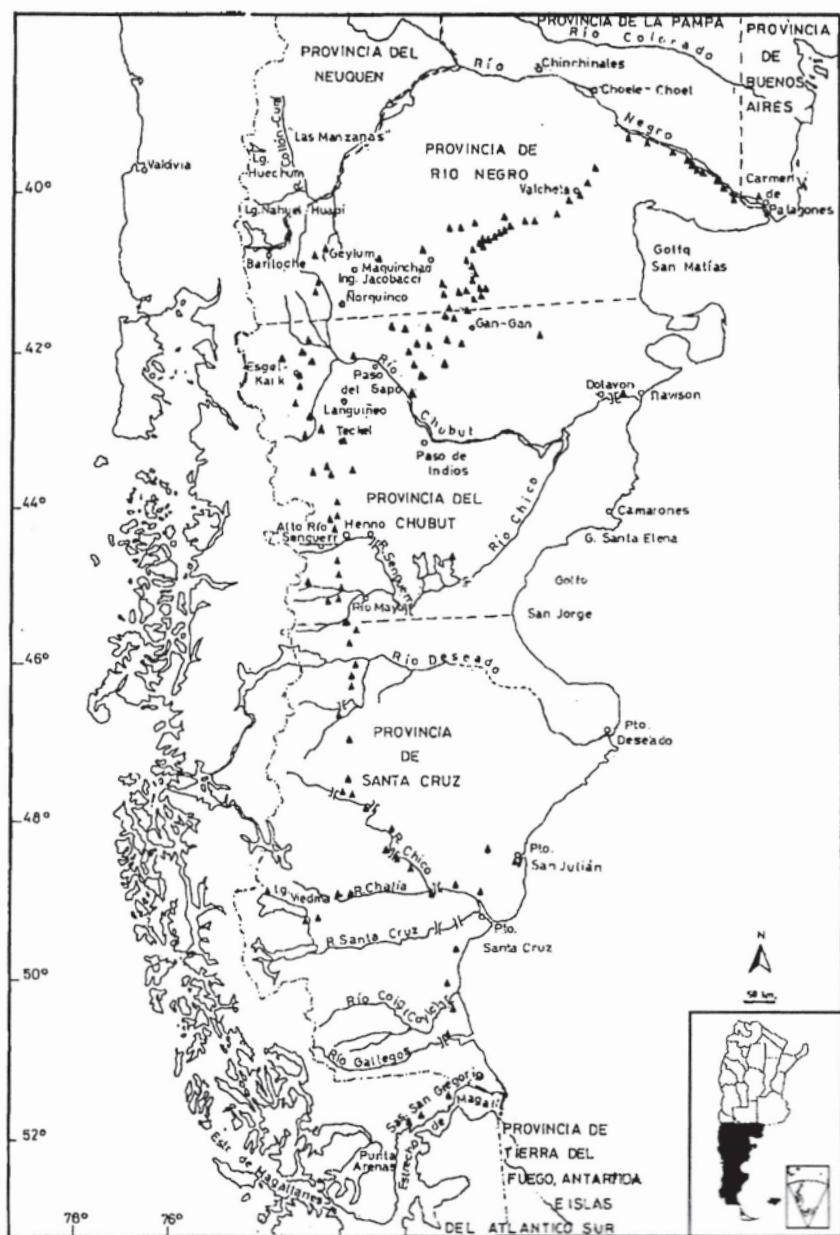
c) *asentamiento transitorio durante traslados*, donde permanecían un día o una noche cuando los traslados eran largos y rápidos, por motivos comerciales o por movimientos estacionales, lo que determinaba que la cantidad de toldos fuera variable;

d) *gran asentamiento múltiple*, en el que se reunía una gran cantidad de toldos al mismo tiempo, casi siempre por motivos comerciales o políticos, por un lapso variable pero reuniendo a gentes de diversos caciques y, preferentemente, en zonas de contacto de unos territorios con otros.

En segundo término, tenían un acabado *conocimiento del paisaje y sus recursos*. Este conocimiento se hace evidente a través del análisis de la distribución de paraderos y parajes conocidos, de las descripciones topográficas que recogen algunos viajeros, y del alto porcentaje de topónimos que hacen referencia a recursos vegetales, minerales o animales, o a características del relieve o del paisaje. En el Mapa 5 se han reunido los paraderos mencionados y/o utilizados por Viedma [1780-83], Schmid [1858-65], Claraz [1865-66], Musters [1869-70] y Harrington [1911-36], con el objetivo de mostrar la cantidad de paraderos reconocidos y utilizados casi para la misma época por los indios. Los que pertenecen a Viedma [1780-83] son sólo nueve ubicados en las cercanías del puerto de San Julián, en la ribera norte de los ríos Chico-Chalía y alrededor del actual lago Viedma; de los que menciona Harrington en base a informantes indígenas aparecen unos cinco parajes en los alrededores de Tecka.

Los lugares preferidos como paraderos siempre poseían determinadas condiciones topográficas y naturales, como la presencia de agua, leña, pastos para los caballos y algún abrigo contra los vientos. Estas eran características invariables de cualquier tipo de asentamiento. Además, los “paraderos” poseían nombres propios -otro indicio de conocimiento del lugar y recurrencia al mismo- que generalmente hacían referencia a alguna característica topográfica o a algún recurso económico que brindaban.

Las posibilidades de aprovisionamiento de recursos económicos no



Mapa 5: Los paraderos mencionados en Viedma [1780-83], Schmid [1858-65], Claraz [1865-66], Musters [1869-70] y Harrington [1911-36]. Los vados fueron tomados de Boschín y Nacuzzi 1979

debió ser ajena a la elección de los diferentes parajes como asentamiento. Por ejemplo, los datos de Harrington ([1911-36] 1968) permiten delimitar en la cuenca del Chubut un área de no más de 100 km de radio en donde se encontraban sitios con topónimos indígenas en los que era posible encontrar: piedras de afilar, piedras para boleadoras, mineral para limpiar lana, ocre para pinturas, y varios tipos de vegetales que servían para la alimentación y para la confección de diversas manufacturas.

En tercer lugar, debo destacar los *movimientos programados* como las partidas de caza por lapsos predeterminados, los viajes a las colonias en temporadas precisas, los encuentros con otros grupos en lugares conocidos por todos que se acordaban con varios meses de anticipación.

También pueden identificarse *rutas* que eran itinerarios que unían paraderos y parajes conocidos. El conocimiento del paisaje y de las rutas posibles para sus desplazamientos, queda demostrada también en descripciones que los propios indios realizan a los viajeros, donde exponen con minuciosidad cuáles son los caminos transitables, dónde hay agua y dónde leña, y si hay o no recursos alimenticios. También eran calculadas con exactitud las posiciones y distancias.

Las rutas “de la costa” y “de la cordillera” son, indudablemente, las más famosas por muy mencionadas, pero había muchos otros caminos transversales. Villarino, en su viaje de reconocimiento del río Negro, se encuentra con los “indios del Huechum” (actual lago Huechulafquen, sur de Neuquén) que volvían de las sierras de Buenos Aires, aunque nunca habían estado en el Fuerte del Carmen porque cruzaban los ríos Colorado y Negro en la longitud de Choele-Choel (Villarino [1782-83] 1972: 1016).

Otras rutas unían: Punta Arenas con la desembocadura del Santa Cruz (Schmid [1858-65]); San Julián con el lago Viedma (Viedma [1780-83]); Valcheta con Paso de Indios en el río Chubut o “ruta del medio” (Claraz [1865-66]). Bórmida y Casamiquela (1958-59: 175) mencionan varios itinerarios: Gan Gan-Maquinchao, Gan Gan-Jacobacci, Valcheta-Maquinchao, Jacobacci-Bariloche, Gan Gan-Paso del Sapo-Tecka, Quichaura [Languiño]-Río Senguerr- Río Mayo, Valcheta-Sauce Blanco (ruta del Chancho), Maquinchao-Chichinales, Gan Gan-Dolavon. En un trabajo reciente hemos destacado el papel de las rutas como ejes de explotación de recursos económicos de diversos tipos (Nacuzzi y Pérez de Micou 1994).

Villarino también menciona continuamente, durante los días de navegación remontando el río, pasos o lugares por donde las huellas indicaban que el río se vadeaba habitualmente (Villarino [1782-83] 1972). Para los grupos del sur del Chubut hemos indicado los vados que se utiliza-

ban en cada uno de los ríos que atraviesan la meseta patagónica (Boschín y Nacuzzi 1979: 17).

Finalmente, se observan *territorios* propios de cada grupo. Ellos pueden dibujarse siguiendo los movimientos y las presencias de los caciques en determinados parajes, según lo visto en el capítulo 3. He mostrado cómo la documentación relativa al Fuerte del Carmen permite seguir muy de cerca a algunos caciques. De tales datos se desprende que existían territorios no muy extensos considerados como propios -que no deben confundirse con los desplazamientos que sí eran extensos- y paraderos que a veces podían compartirse con otros grupos. Por ejemplo, analizando los movimientos del cacique Negro entre 1778 y 1782 -período para el cual disponemos de información con más frecuencia- se podría delinear el territorio más utilizado para asentamientos, quizás el que reconocían como propio él y sus indios: desde la desembocadura del río Colorado hasta el arroyo Sauce Grande. Las veces que acampa en sierra de la Ventana lo hace compartiendo el lugar con otros caciques.

En el caso de Chulilaquini, sus territorios parecen estar hacia el interior del río Negro, o *a lo largo* de ese curso de agua. Su presencia cerca del Fuerte se debía a los encuentros con Negro, las negociaciones con el Fuerte y el aprovisionamiento de ganado que realizaban periódicamente en las sierras de Buenos Aires. Sus reiterados campamentos en el río Colorado le daban la posibilidad de estar cerca del Fuerte y de acceder fácilmente al ganado de las sierras de Buenos Aires. Pero también es muy importante la referencia a que ellos vienen de “donde se crían las manzanas silvestres” (Viedma [1780b]) y los encuentros con Villarino cuando este piloto estaba remontando el río Limay. La mención al “Potrero grande de Chulilaquini” cerca de Fuerte (Bores [10-12-1784]), nos hace volver sobre la idea de que el paso de este grupo por la región del curso inferior del río Negro no era casual.

Por ahora, parece ser que lo que nos permite dirimir cuál es el territorio propio de cada uno son los lugares donde aparecen acampando solos que a la vez sirven de referencia de ubicación geográfica agregados al nombre del cacique o del grupo en las fuentes consultadas. Esos territorios no son muy amplios. Los movimientos en partidas comerciales o punitivas, necesariamente extensos, no deben confundirnos respecto de la superficie de los ámbitos reconocidos como propios. Cada uno de los caciques nombrados aparece acampando en territorio propio de alguno de los otros, pero sólo en asentamientos compartidos con el cacique *local*. Este tipo de asentamiento se observa en las zonas de contacto entre un territorio y otro. El cacique Negro no acampa más al norte de sierra de la

Ventana, ni más al sur del Colorado. Chulilaquini no supera hacia el norte el río Colorado. Cayupilqui no acampa más al sur del arroyo Sauce Grande (Viedma [1-6-1782]).

Hay algunos postulados erróneos que han sido aplicados al caso de los habitantes nativos de Pampa-Patagonia y que están íntimamente relacionados con el tema del nomadismo, pero también con el de las relaciones interétnicas y el cacicazgo, por ejemplo.

Uno de ellos no es explícito. Todos los autores que se han referido al tema no olvidan mencionar el rápido proceso de cambio cultural en el que se vieron incluidos pero, sin embargo, no ha sido una precaución habitual en los estudios acerca de los tehuelches mencionar a qué momento del período histórico se refieren las descripciones que nos proponen. Según nos lo presentan, el panorama social, cultural y político de Patagonia sufrió muy pocos cambios graduales hasta el momento en que, con la Conquista del Desierto, sus habitantes se vieron marginados a reservas o desaparecieron repentinamente.

En Boschín y Nacuzzi (1979) ya hemos propuesto a grandes trazos -aunque sólo para los aspectos económicos de subsistencia, intercambio y producción de manufacturas- tres etapas diferenciables desde 1520 hasta la Conquista del Desierto, "sobre la base de las influencias y elementos externos que recibió el grupo" (Boschín y Nacuzzi 1979: 18). Creo que esas diferenciaciones pueden extenderse a otros aspectos de la vida tehuelche, como los movimientos nómades o las relaciones interétnicas.

Los datos hasta aquí presentados en este capítulo abarcan adrede un lapso muy restringido de la historia de los tehuelches: 1770 a 1870. Esto se debe a que el intenso proceso de aculturación que vivían no nos permite generalizar acerca de cómo fueron sus movimientos durante todo el período histórico (1520-c.1950). Aún ese lapso de cien años puede resultar excesivo cuando pensamos en las muchas influencias que estaba recibiendo esta gente y las transformaciones que experimentaban, sobre todo, en su economía. Sabemos que una imagen del período que nos ocupa no refleja la de doscientos años antes. De cómo eran antes de la invasión europea tenemos sólo algunas pinceladas que permiten delinear los profundos cambios a los que me refiero.

Ya he mencionado el problema de la falta de testimonios para el norte de la Patagonia hasta mediados del XVIII. Pero los cortos relatos que se refieren a encuentros con indios en San Julián y en el valle del Chubut son muy interesantes. Nos dejan vislumbrar cómo eran *hasta* la llegada del blanco. Pigafetta, el cronista de Magallanes, que pasa parte del invierno de 1520 en el puerto de San Julián, relata:

nos enseñaron también unos polvos blancos en pucheros de arcilla, no teniendo otra cosa que darnos de comer.

[...]

Trajeron cuatro animales de los que he mencionado [guanacos], atados con una especie de cabestro; mas eran pequeños y de los que utilizan para atrapar a los grandes, para lo cual atan a los pequeños a un arbusto; los grandes vienen a jugar con ellos, y los hombres, ocultos en la espesura, los matan a flechazos. (Pigafetta [1520] 1963: 54)

Tenía en la mano izquierda un arco corto y macizo, cuya cuerda, algo más gruesa que la de un laúd, estaba hecha con un intestino del mismo animal [guanaco]; en la otra mano empuñaba unas cuantas flechas de caña pequeñas, que por un extremo tenían plumas como las nuestras y por el otro, en lugar de hierro, una punta de pedernal blanco y negro. (Pigafetta [1520] 1963: 53)

En febrero de 1535, la expedición de Simón de Alcazaba desembarca en el Puerto de los Leones, “en altura de cuarenta y cinco grados”, y desde allí se interna un grupo de hombres rumbo al norte y noroeste. Llegan con toda probabilidad al río Chubut:

en este río tomamos cuatro indias y un indio viejo gente muy bestial no tenían qué comer sino un granillo como simiente de acelgas y éste tostado y molido con unos guijarros lo comían así en polvo y no comían otra cosa sino cuando mataban alguna oveja las cuales hay muchas en esta tierra sino que son muy bravas y corren mucho en este mismo río tomamos una mansa que traía un indios [sic] y venía de caza con ella porque con estas mansas matan ellos las bravas a donde hay agua cuando vienen a beber y el indio que la traía se nos fue por pies y porque era de noche esta oveja llevaba de carga cinco arrobas. (Mori [1535] 1941: 407)

Hay en estos relatos datos que no vuelven a repetirse más adelante: uso de arco y flecha y de vasijas de barro cocido, práctica de la molienda y de la caza con señuelo, guanacos usados como animales de carga. Estas breves descripciones presentan un panorama muy diferente del que se puede reconstruir para el siglo XVIII, por lo que creo que debería abandonarse la idea de que estas sociedades permanecieron casi inmutables a pesar de la llegada del blanco, de la disponibilidad de nuevos alimentos, nueva tecnología, nuevos animales, y de su propia incorporación como entidad social a un sistema económico ajeno. Las transformaciones experimentadas por las etnias de Pampa y Patagonia parecen más tangibles si esas etnias están más cerca de la capital, Buenos Aires, pero los cambios

ocurrieron en todo el ámbito de las regiones mencionadas y fueron acumulándose gradualmente.

Aún en trabajos modernos y muy bien documentados, persiste la idea del no-cambio. Por ejemplo, Palermo (1986) al discutir “algunas interpretaciones estereotipadas” respecto del complejo ecuestre en la Argentina, se ocupa -entre otras- de aquella que se refiere “a la adquisición del caballo como determinante de un cambio en el género de vida de los pueblos involucrados”, y dice:

Estimamos que en el caso de los tehuelches meridionales no existe un cambio demasiado profundo: en lo sustancial, siguieron siendo cazadores de guanacos y ñandúes, más allá de lo que significó el consumo de carne de yegua y la aparición de un nuevo elemento de propiedad en las tropillas de caballos; en todo caso, el anterior modelo económico se potenció. (Palermo 1986: 164)

Aún manteniéndonos en el recorte del tema propuesto por Palermo al problema del uso del caballo (aunque hubo otros factores de cambio cultural), vemos que su papel fue importante también entre los grupos del sur. El modelo que, como acabamos de ver, dibujan los primeros relatos, no sólo no se potenció sino que cambió radicalmente. No aparecen más datos de uso de recipientes de barro (que se habrían transformado en utensilios incómodos para trasladar), ni de elaboración de harinas o de manejo de animales silvestres como señuelo y para cargas (que hubieran exigido una vida cotidiana con menos movimientos). Habría que atribuir al uso del caballo, por lo menos, la modificación de las técnicas de caza (arco-flecha y señuelo por boleadoras) y un notable incremento en la facilidad de la obtención de presas.

Un segundo postulado erróneo respecto de los tehuelches tiene que ver con la imagen de “cazador” que trae implícita la idea de que sólo se alimentaban de la carne de las presas cazadas y, correlacionadamente, que continuamente se movían en busca de esas presas. La imagen de los cazadores y recolectores existiendo “al borde del hambre, en una lucha constante por hallar recursos alimentarios adecuados” que predominó hasta 1960, tenía una estrecha relación con la tendencia a magnificar las ventajas de la agricultura sobre las de la caza y la recolección, en una postura etnocéntrica (Cohen 1981: 40).

Investigaciones sobre poblaciones contemporáneas de cazadores recolectores han contribuido a cambiar esa imagen de precariedad, demostrando que su vida es “rutinaria”, “confiable” y hasta “sorprendentemente abundante” (Lee 1968: 30). El trabajo de Richard Lee entre los bosquimanos del noroeste del desierto de Kalahari ha analizado el tiempo

de trabajo diario, el consumo de calorías y proteínas, las especies vegetales consumidas, y una de sus conclusiones es que la base de la dieta de esos grupos no deriva exclusivamente de la carne, y que su adecuado manejo ecológico sería un rasgo común entre los cazadores y recolectores en general (Lee 1968: 43).

Cohen (1981: 44) cita una serie de otros estudios que “confirman la imagen de buena salud, buena dieta y costos de trabajo relativamente bajos” para los cazadores recolectores, entre los cuales la mitad de su tiempo de trabajo debía estar dedicada a la obtención de alimentos vegetales. Watanabe (1968) también da por sentado que los cazadores no viven exclusivamente de carne y que los vegetales tienen un papel importante en la dieta, explicando sobre esa base el resquebrajamiento de la unidad del grupo en determinados períodos (que hemos visto se daba también entre los tehuelches), puesto que resulta dificultoso obtener plantas comestibles y grandes mamíferos en el mismo lugar y al mismo tiempo.

Para los tehuelches, el tema del papel de los alimentos de origen vegetal no ha sido analizado más profundamente que en el trabajo citado de Vignati (1941). Es cierto que la escasa documentación disponible puede resultar desalentadora, pero trabajos recientes que tratan otros aspectos de los recursos vegetales recuperados en excavaciones arqueológicas (Pérez de Micou 1987; Nacuzzi y Pérez de Micou 1983-85, Pérez de Micou 1988) resultan sintomáticos de un cambio de enfoque en el tema del papel de los vegetales en un grupo cazador y, sobre todo los que incorporan la información etnobotánica actual (Pérez de Micou 1990), dan la pauta de que es posible un análisis de ese tipo. Además, las citas ofrecidas más arriba sobre el tema de la molienda indican que probablemente los vegetales fueron más importantes en la dieta de los tehuelches y de sus antepasados de lo que estuvimos dispuestos a reconocer hasta ahora.

Sería importante obtener un grado de detalle más claro en cuanto al papel de los vegetales en la dieta de estos nómades. Sobre todo porque en base a los hábitos alimenticios de los grupos se han construido tipologías como, por ejemplo, la que propuso Watanabe en 1978, con tres categorías: los *ampliamente vegetarianos*, los de *dieta mixta* y los *ampliamente carnívoros* (Barnard 1983: 207-208). En esta clasificación, los tehuelches parecerían encajar en los de dieta mixta, con preponderancia de animales mamíferos en su subsistencia. A su vez, Woodburn definió en 1980 dos términos para una tipología: los sistemas económicos de *retorno inmediato* y los de *retorno diferido*, que son cazadores de tiempo parcial con una especialización de tareas suficiente como para obtener excedente (Barnard 1983: 204-206) y poco después Testart, enfatizando los rasgos que hacen a

una economía de cazadores-recolectores más o menos dependiente de los modos de subsistencia no basados en la caza y la recolección y el grado de contacto con pastores y agricultores, propuso una tipología de cuatro términos: *cazadores-recolectores ecuestres*, *cazadores-recolectores acopiadores*, *cazadores-recolectores no-acopiadores sedentarios* y *cazadores-recolectores nómades* (Barnard 1983: 206-207). La cuestión de la dependencia de o la relación con grupos cuya subsistencia no estaba basada en la caza-recolección será enfocada más ampliamente en este mismo capítulo.

El tercer postulado, muy relacionado con el anterior, está incluido en la imagen de “nómade”. Es el de movimientos sin rumbo o al azar, con el solo objeto de seguir a las presas de caza en sus desplazamientos y/o buscar nuevos pastos para sus animales.

Como hemos visto, la vida de los pueblos cazadores recolectores nómades no resulta azarosa y precaria sino, por el contrario, es abundante y requiere un esfuerzo modesto para obtener los alimentos (Lee 1968). El nomadismo ya no es visto como sinónimo de primitividad y desorganización, sino como una necesidad de esa forma de economía (Rick 1983). Para el caso de los tehuelches, creo que los datos aquí ofrecidos dejan fuera de discusión que pudieran realizar movimientos al azar. Se les puede aplicar una observación referida a los bosquimanos del Kalahari:

Cada grupo conoce muy bien su propio territorio; aunque mida centenares y centenares de kilómetros cuadrados, la gente que vive en él conoce cada arbusto y cada piedra, cada accidente del terreno, y por lo general han dado un nombre a cada lugar de él en el que puede crecer un determinado tipo de alimento de la sabana, aunque ese sitio sólo tenga un diámetro de unos pocos metros cuadrados. (Thomas 1959: 10, citado por Cohen 1981: 33)

Respecto del tema del tipo y la cantidad de movimientos que caracterizan a un pueblo como nómade, Watanabe (1968: 69-70) hace notar que una tipología de tres términos (nómades, semi-nómades, sedentarios) no es suficiente para describir la gran variedad en los patrones de cambio de residencia, y propone una clasificación de los patrones de cambio de residencia en base a los movimientos estacionales, al tipo de albergue (permanente, casi permanente o temporario), y a las expediciones a sitios definidos. Resulta una tipología con ocho variantes de nomadismo, desde el que tiene “vagabundeo” (*wandering*) en ambas estaciones, al que tiene albergue permanente y fijo en invierno y albergue casi permanente en verano con expediciones periódicas a sitios definidos. Aunque el ras-

go común de todos los pueblos es la vida fija en invierno, el período de permanencia puede variar mucho (de tres a nueve meses, por ejemplo) según los grupos.

Los tehuelches del siglo XIX entrarían en en el tipo II de la primera tipología de Watanabe (1968): en invierno “fijo, con albergues temporarios” y, tal vez, “expediciones periódicas a sitios definidos” y en verano “vagabundeo”. Aunque no tenemos datos muy seguros de cuáles eran los movimientos en invierno, las referencias a “*Winter Quarters*” del mapa de Musters [1869-70] parecen indicar la existencia de asentamientos fijos en invierno. Antonio de Viedma [1780-83] trae datos poco precisos: el invierno de 1780 lo pasa en puerto Deseado y no tiene contacto con indios; en 1781 en San Julián, los indios permanecen en las inmediaciones del fuerte desde mayo hasta julio y luego van a la desembocadura del Santa Cruz hasta diciembre; entre junio y noviembre de 1782 permanecen también junto al fuerte. El interrogante es si la permanencia se debía al atractivo que ejercía el intercambio de víveres con los españoles, o era parte de su ciclo anual de residencia. Los contactos de Schmid [1858-65] con tehuelches se dan siempre en la zona costera (entre la desembocadura del Santa Cruz y Punta Arenas) y preferentemente en invierno.

El caso del cacique Chulilaquini que tiene sus tierras en “Las Manzanas” (Viedma [1780b], Villarino [1782-83] 1972: 1082) pero acampa cerca de la desembocadura del Colorado desde marzo de 1780 a julio de 1781 parece descartar de plano que realice movimientos estacionales. Aquí la cuestión está directamente influenciada por la proximidad del Fuerte y el interés de obtener productos de los blancos a cambio de ganado. Chulilaquini se trasladaba desde sus tierras a las sierras de Buenos Aires, a veces por más de un año (Villarino [1782-83] 1972: 1018-1019) y éste no era más que otro lugar donde negociar con los blancos. Aproximadamente en abril de 1782, Chulilaquini parte hacia sus tierras, donde lo encuentra Villarino en abril de 1783. Cuando el piloto regresa al Fuerte, Chulilaquini también se traslada hacia la desembocadura del río Negro y en agosto de 1783 está otra vez visitando el Fuerte. Esto estaría más cerca del tipo VI: asentamientos casi permanentes en ambas estaciones, con expediciones periódicas a sitios definidos.

Otro rasgo importante que también encontramos entre los tehuelches es el de la permanencia de parte del grupo social en un campamento base, que tendría como correlato la diferenciación de actividades de subsistencia: los “miembros sedentarios” (mujeres, ancianos, impedidos) recolectan en áreas cercanas al campamento y los otros salen a cazar a localidades distantes. Esto estaría relacionado con la búsqueda de excedente en un sistema de retorno diferido, en el sentido de Woodburn, tendiente

a obtener bienes que les posibilitaran los intercambios a los que haré referencia más adelante.

Tenemos, entonces, unas características de los movimientos de los tehuelches en los siglos XVIII-XIX que no indican que ellos fueran realizados sin programación o de forma impensada. Conocían de manera minuciosa el paisaje y sus recursos económicos y se movían a través de él por rutas preestablecidas y utilizando paraderos definidos, en la época del año adecuada, lo que les permitía explotar tales recursos de una manera eficiente. Parecen haberse dado movimientos estacionales. Cada cacique tenía jurisdicción sobre territorios perfectamente deslindados, con pautas de tránsito y de utilización de los paraderos ubicados en territorios ajenos. El modelo del nomadismo de los tehuelches, aún en pleno proceso de aculturación, no se aleja del de otros grupos cazadores-recolectores. Bajo una mirada de este tipo, los grupos étnicos tehuelches no parecen primitivos, simples o imprevisores, ni muestran rasgos de desorganización en su economía y su vida social y política.

Un enfoque realista de la cuestión del nomadismo es necesario, puesto que este tema es clave para la comprensión de varios otros, como el de la explotación de recursos, los circuitos de abastecimiento, la organización territorial. El modelo presentado debe adscribirse al período 1770-1870 y tiene mucho que ver con la presencia del blanco y con las exigencias del comercio en las colonias y ciudades a las que accedían los grupos indígenas. La flexibilidad cronológica y espacial con la cual encaró este tema tiene su razón de ser en que es una característica de los grupos en estudio que los ha marcado indeleblemente como poblaciones muy “simples” e “imprevisoras” y que, además, se mantuvo a lo largo de todo el proceso de contacto con el blanco. Pretendo demostrar que a diferencia de otras características que se desdibujan debido a ese contacto o, por el contrario, aparecen con motivo del contacto en sí, el nomadismo (con sus correspondientes cambios) se mantiene y se acomoda a la nueva relación impuesta.

Nómades y sedentarios

Pretendo ahora derivar la discusión hacia un tema conectado con el de la movilidad de los grupos de Pampa-Patagonia, como es el de la interrelación nómades-sedentarios sobre todo en el aspecto de sus economías, aunque también hay interesantes cuestiones para destacar en cuanto a las relaciones políticas y sociales de tales grupos humanos. Esa

interrelación puede tratarse desde dos perspectivas: la que contempla el contacto entre blancos e indios, y otra que tiene en cuenta las relaciones de los grupos nativos entre sí.

Voy a presentar, como lo hice al ocuparme del concepto de *nómade*, ejemplos dispersos en el espacio y en el tiempo más allá de los límites propuestos para este estudio. Esto es así porque tanto el nomadismo como esta complementación a la que me voy a referir son características que se ven mejor en una perspectiva temporal y regional más amplia. De esa manera, se refuerzan los ejemplos referidos a la región en estudio que se puedan presentar. Además, estas dos características presentes en los grupos desde antes del contacto con los blancos se ven incrementadas y ampliadas después del contacto o como consecuencia, precisamente, de él. Pueden tener matices diferentes según las regiones, pero siempre están en pleno despliegue. Ese despliegue o incremento del nomadismo y de la complementariedad económica son las formas más evidentes de acentuación de sus identidades étnicas que tienen los grupos en cuestión.

Cuando hablo de “complementariedad económica”, me estoy refiriendo simplemente a la especialización en la explotación de determinado recurso o determinada actividad que realizó cada grupo, *complementándose* de esa manera con los otros grupos (incluidos los blancos) que habían elegido, a su vez, otras actividades o recursos para explotar. Para ello me he inspirado en la lectura de algunos especialistas en historia del Cercano Oriente.

Ellos enfocan el fenómeno del nomadismo con una visión más amplia que la que estamos acostumbrados a manejar para la región patagónica y sus habitantes nativos. Para ellos, desde la ausencia de la noción misma de territorio a la vida sedentaria en aldeas, existen varias formas intermedias: “seminomadismo (entre muchas residencias), semisedentarismo (solamente durante una parte del año), nomadismo vertical (entre pasturas repartidas a diversas alturas), nomadismo esporádico, etc.” (Digard 1982: 13). Silva Castillo (1982: 4-5) presenta la interpretación de Rowton, quien habla de “*excluded nomadism*” refiriéndose al nomadismo separado del dominio político de los estados cercanos, y de “*enclosed nomadism*” para referirse al que se da en “estados dimorfos”, que tienen sectores nómades y sectores sedentarios simbióticamente relacionados, con una sedentarización condicionada por factores económicos y que es “uno de los polos de un movimiento en doble sentido, del nomadismo a la sedentarización y del estado sedentario al nomadismo”.

Obviamente, el estado colonial de los siglos XVIII y XIX no buscó

mantener intencionalmente un “sector nómade” en su economía, pero su existencia lo favoreció ampliamente como intentaré demostrar a continuación. En cuanto al “movimiento en doble sentido”, si bien no puedo referirlo a grandes grupos, creo que será factible presentar algunos indicios de él.

Como dije, el estado colonial no buscaba favorecer el nomadismo de los grupos. Más bien intentó contrarrestar los efectos de esos movimientos que escapaban a su control y cuyos principales inconvenientes eran los ataques a las poblaciones fronterizas con apropiación de ganado y de cautivos. Sin embargo, el funcionamiento de la economía de los enclaves coloniales de la costa patagónica dependió en gran medida de la interrelación con los grupos nómades que habitaban la región. El conocimiento del interior del territorio, que estuvo casi vedado a los blancos hasta la Conquista del Desierto, era el principal factor de poder para los grupos indígenas. Ellos conocían a la perfección la topografía, el clima, las aguadas y las rutas factibles, lo que les permitía obtener y trasladar ganado en pie con mucha eficacia, abastecerse de presas de caza, obtener recursos en parajes determinados, intercambiar productos con otros grupos vecinos. En contraposición con esto, las poblaciones costeras estaban prácticamente aisladas, el aprovisionamiento de alimentos por vía marítima resultaba lento e incompleto, la comunicación de noticias y órdenes sufría largas demoras, y se sentían inseguras ante el paisaje y los hombres, ambos desconocidos e imprevisibles.

La existencia de estos grupos “nómades” y su apoyo logístico, hizo posible que prosperaran algunos de los asentamientos costeros intentados por los españoles a fines del XVIII. Casi un siglo después, nuevos intentos (aunque de otro origen) de poblar algún punto de la costa, misiones evangelizadoras o viajes de exploración seguían contando con (y dependiendo de) el apoyo de los indígenas para llegar a buen fin.

El otro aspecto de la relación nómades-sedentarios es el de la *complementación* económica entre los mismos grupos indígenas que era posible, en gran medida, porque tenían patrones de asentamiento diferentes y manejaban distintos recursos naturales.

La relación entre indios y blancos

El auxilio económico (y de otros tipos, como veremos más adelante) se dio desde el mismo momento del establecimiento del Fuerte del Carmen en las cercanías de la desembocadura del río Negro (1779). Lo que

comenzó siendo una necesidad de ganarse la confianza de los indios a través de regalos de chucherías sin valor, se fue transformando en una dependencia respecto de alimentos, defensa, contactos políticos.

El papel de los españoles fue al comienzo el de generosos obsequiantes de esos indios “llenos de infelicidad, y miseria”:

Todas estas gentes no comen más, que carne de caballo; y por haberles robado los Aucaces parte de la caballada, se hallan muy hambrientos, y nos consumen algunos bastimentos, pues por tenerlos gratos al cacique Negro y sus parientes, tengo los más días, que traerlos a bordo, a comer, y darles harina, y porotos para sus familias (Viedma [4-6-1779: 148-149]).

Rápidamente la situación cambió. El Fuerte comenzó a necesitar ganado para el consumo, y lo compraba (por cierto, sin preocuparse por su procedencia) a esos mismos indios que requerían productos como harina, tabaco, aguardiente, que se les habían tornado imprescindibles. En una carta de Francisco de Viedma al Virrey Vértiz del 12 de enero de 1781, le informa que ha comprado a los indios 80 reses vacunas y dos bueyes, por aguardiente, bayeta, sombreros, yerba y algunas chucherías, y que los “particulares” habían comprado 102 animales por su cuenta (Viedma [12-1-1781]).

Hay períodos durante los cuales es notable la afluencia de ganado al Fuerte. Por ejemplo, en octubre-noviembre de 1780, mientras Chulilaquini está acampando en el río Colorado, le envía a Viedma tres bueyes, dos vacas, tres novillos y muchos caballos (12 de octubre), caballos el 15 y el 29 de octubre, diez vacas el 2 de noviembre y otras diez el 7 de noviembre. Negro, por su parte, envía 18 vacunos el 11 de noviembre y 14 vacas al día siguiente. El 17 de noviembre llega el cacique Talquaquia (quien no acostumbraba frecuentar la región) con 17 vacas y cuatro bueyes. Estos no son regalos, a pesar de que no se explicita en cada ocasión cómo pactan el intercambio. El 15 de octubre Viedma anota en su diario: “se fueron los indios habiéndosele pagado el ganado, y caballos bien, y ofrecieron a la siguiente luna traer más ganado” (Viedma [1780b: 1v]). Todo esto ocurre en poco más de un mes.

No sólo los indios iban al Fuerte a vender ganado, en octubre de 1781 Viedma relata en su diario:

Día 13.- Despaché a las tolderías de Calpisquis [en sierra de la Ventana], a los peones Antonio Godoy, y Manuel Fernández, con aguardiente, yerba y abalorios, a comprar vacas, y a tomar lengua si habían vuelto de Buenos Ayres, los dos peones González y Martínez. (Viedma [1781: 41v])

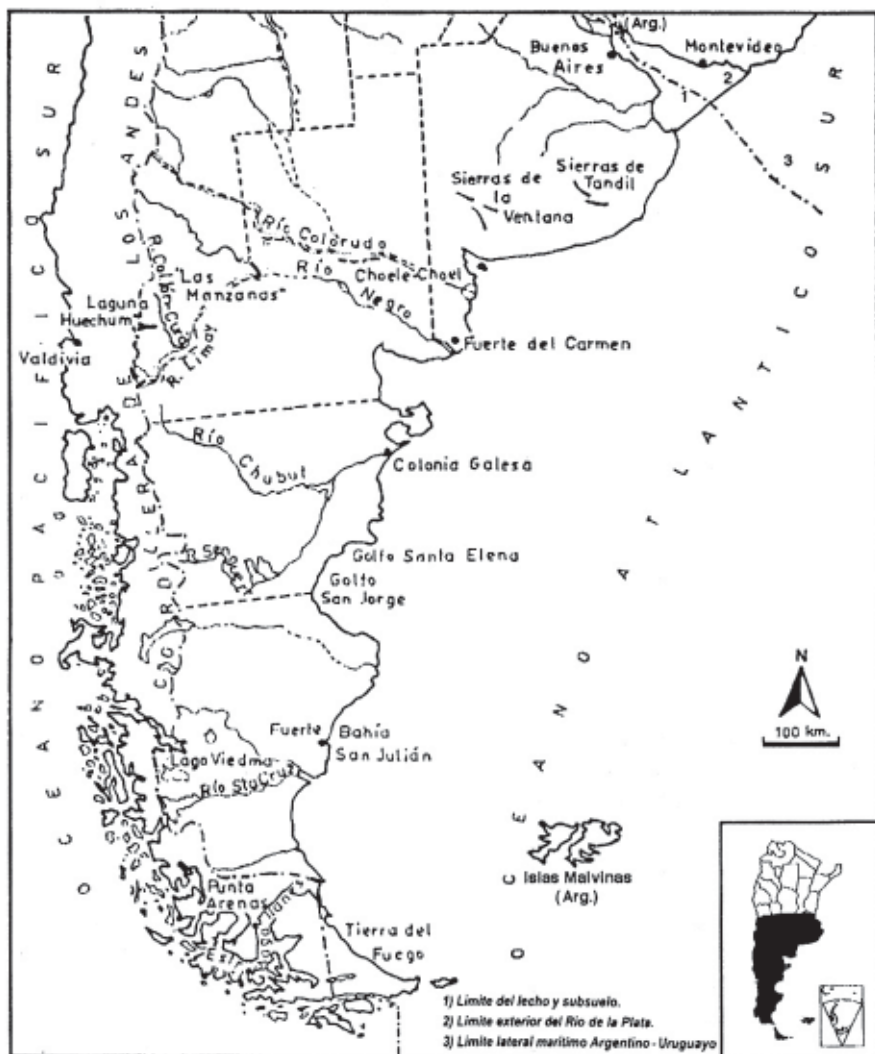
El segundo motivo del viaje de los peones a sierra de la Ventana era también importante, son muchos los ejemplos de solicitud de información a los indios acerca de caminos, grupos vecinos, comunicación con Buenos Aires, etc. Por ejemplo, en una carta dirigida por Viedma al Virrey, le informa que ha convencido a dos indios para que se embarquen hacia Buenos Aires y una vez llegados allí puedan servir de baqueanos en el camino por tierra entre esa ciudad y el río Negro. Francisco de Viedma piensa que, conocido ese camino, será más fácil auxiliar al Fuerte, además ha obtenido otras informaciones (ver Mapa 6):

En el río Colorado está según me aseguran los indios un cacique que llaman el Capitán con cien toldos. Quiliner el otro cacique que V.E. hace mención lo esperan pronto de bolear yeguas, y baguales, y tiene mucha toldería: en la margen de este río [Negro] por la parte del norte hay otro cacique llamado Francisco con 39 tolderías de Tigüelchús, dentro de poco esperan a Julián el cacique con sus tolderías que vienen de la bahía de San Julián; y últimamente las tolderías del cacique Negro que pasan de 60 aunqu están en el Colorado. (Viedma [15-10-1779])

Estas informaciones y otras ayudas integran un tipo de dependencia hacia los indios que no es estrictamente económica. Por ejemplo, después de la inundación de junio de 1779, fue necesario recomenzar la construcción del Fuerte del Río Negro, trasladándolo de la orilla sur del río a su orilla norte más alta. Francisco de Viedma le informa por carta al Virrey que consiguió, a cambio de pan, yerba y tabaco que los indios con sus caballos, los ayudasen a llevar la madera de una orilla o otra. El trabajo les demandó ocho días, pero se hubiera requerido un mes para realizarlo sin esa ayuda (Viedma [12-10-1779]).

En cuanto a la procedencia del ganado que los españoles compran en el Fuerte o van a buscar a las tolderías de sierra de la Ventana, el piloto Basilio Villarino corrobora muy claramente de dónde proviene, a la vez que informa acerca de otro mercado en el que actuaban los indios, Valdivia. Durante su exploración de los ríos Negro-Limay [1782-83] se encuentra varias veces con grupos indígenas. Uno de esos encuentros ocurre aguas arriba de la isla de Choele Choel, con indios que habitaban la laguna del *Huechun* (sur de la provincia del Neuquén), ellos le dicen que

vienen de la Sierra del Volcán [Tandil]; que hace cerca de un año que bajaron a buscar ganado caballar y vacuno, y que con este hacen trato con los de Valdivia, unas veces llevándolos los indios a dicho pueblo, y otras viniendo los cristianos a comprárselo a sus tierras, el cual cambian



Mapa 6: Ubicación de los parajes y localidades mencionados en este capítulo

por sombreros, cuentas, frenos, espuelas y añil para teñir los ponchos (Villarino [1782-83] 1972: 1016).

La comunicación del Atlántico con Valdivia era precisamente lo que Villarino iba a buscar en ese reconocimiento del río Negro, a continuación del párrafo citado agrega: “véase aquí ya abierto el camino y comunicación por la orilla del río con Valdivia”, asombrándose ante el conocimiento de caminos y geografías por parte de los indios.

Otro producto que les compraban los valdivianos eran ponchos y, al parecer, los encuentros tenían lugar todos los años en la misma temporada, enero (Villarino [1782-83] 1972: 1025). Los “del Huechum” y los del “paraje de Las Manzanas” (quienes son los que están informando al piloto en este caso) obtenían en Valdivia: frenos, cuchillos, lanzas y bujerías (Villarino [1782-83] 1972: 1015). Como se puede apreciar en ésta y en la última cita textual, hay una diferencia respecto de los productos que éstos u otros indios obtenían en el Fuerte del Carmen, donde predominaban el aguardiente, el tabaco, la yerba y la harina. Los frenos y las espuelas eran regalados en algunas ocasiones en Buenos Aires a los caciques (Anónimo [19-11-1784]).

El mismo piloto debe recurrir en varias ocasiones a la ayuda de los indios, necesita caballos para poder hacer avanzar sus embarcaciones, y víveres para su tripulación:

Compré dos caballos por haberseme cansado ya uno de los que anteriormente compré; y porque es como imposible poder continuar sin ellos. (Villarino [1782-83] 1972: 1021)

trajeron dos ovejas muertas de regalo, pero uno de ellos, porque no le di sombrero, bujerías, yerba, tabaco y dos frascos de aguardiente, se la volvió a llevar; el otro la dejó por una botija de aguardiente, cuatro hilos de cuentas y una cuarta de yerba, la cual repartí entre la gente. (Villarino [1782-83] 1972: 1084)

Como se puede apreciar existía regateo en el precio, y de ninguna manera era confundido con un regalo por parte de los indios. Más avanzada la expedición, hacia fines de abril, Villarino le avisa al cacique Chulilaquin que va a emprender la vuelta hacia el Fuerte del Carmen. El cacique no quería quedar sin la protección de los barcos españoles porque había tenido un incidente con indios aucas y temía un ataque. Como el argumento de Villarino era la falta de víveres, en pocas horas aparecen dos vacas. Pero ni aún en este caso se trata de un regalo, y el cacique maneja hábilmente la situación, expresando:

El dueño [de las vacas] no quiere ... género de los indios, porque de lo que nosotros gastamos tiene él con abundancia; pues *no es pobre*, y nuestras riquezas se reducen a cueros. *Desea algunas cosas de que acá carecemos, y tienen Uds.:* si Ud. quiere comprarlas por algunas cosas de estas, será de cosa a que estaré agradecido; y si no, las pagaré yo, aunque sea quitándoles a mis mujeres e hijas las mismas alhajas que Ud. les dio (Villarino [1782-83] 1972: 1116, el destacado es mío).

Villarino termina comprando uno de los animales por dos frascos de aguardiente, y el otro “por tres cuchillos viejos, un freno ídem, dos varas de tabaco podrido, dos trompos, y unas pocas cuentas de vidrio” (p. 1117). Además Chulilaquin, mediante su impecable razonamiento, ha resumido la finalidad y el sentido del intercambio.

Para la misma época, Antonio de Viedma emprendía más al sur la fundación de un fuerte en San Julián (aproximadamente en 49° S, provincia de Santa Cruz). Su diario (Viedma [1780-83] 1972) relata los acontecimientos vividos desde su partida de Montevideo, en enero de 1780, hasta el momento en que entrega el mando y regresa hacia esa ciudad en mayo de 1783. En ese lapso construye un fuerte de madera, almacenes, hospital, siembra trigo y obtiene modestas cosechas, y realiza expediciones hacia el oeste, al interior del territorio. El abastecimiento de víveres desde Buenos Aires era deficiente, las enfermedades y el frío hacían estragos y los indios eran una presencia casi constante en torno al fuerte. El cacique del lugar se llamaba Julián y su gente frecuentemente dejaba toldos y familias en las proximidades del Fuerte y viajaba hacia el norte a cazar o robar ganado, o simplemente realizaba partidas de caza:

Habiendo quedado pocos guanacos por aquella intermediación, [el 1° de enero] me dijo Julián que iba con su gente a carnear por unos cinco días (que le cuidase la toldería y gentes que en ella quedaban (y me llevó a que los viese); que no permitiese hacerles daño alguno, y que les diese de comer hasta su regreso (serían como 30 entre viejos, niños y mujeres). (Viedma [1780-83] 1972: 907)

Volvió Julián con los suyos [el 7 de enero], y quedaron muy contentos del trato que a su gente habíamos dado en su ausencia. (Viedma [1780-83] 1972: 907).

La escasez de víveres a que hace referencia reiteradamente Viedma nos indica que esta buena relación con los indios no era desinteresada. En el mes de diciembre anterior había consignado para los días 21 a 24: “Los indios nos surtían de carne de guanaco, a cambio de bizcochos, ta-

baco y otras frioleras”, y entre el 25 y el 29: “Los indios siguieron con la misma buena correspondencia” (p. 906). Es indudable que unos días después, cuando esos mismos indios salen a buscar más carne de guanaco, Viedma debe corresponder a la altura de las circunstancias. En marzo/abril vuelve a repetirse el episodio, los indios van a cazar durante siete días, dejan ocho personas en los toldos para que los españoles les den de comer, y regresan “cargados de carne de guanaco” (Viedma [1780-83] 1972: 912).

La colaboración de los indios hacia la incipiente población de San Julián no se da sólo en víveres:

El 20 [de enero] se retiró Julián con sus toldos, a situarse como a dos leguas de nosotros. Volvió el 22 con diez indios y dos mujeres. Trajo carne de guanaco y una mula para la carretilla, y se retiró a la tarde llevándose otra mula que estaba flaca para engordarla. (Viedma [1780-83] 1972: 908)

También las exploraciones hacia el interior del territorio son posibles gracias al apoyo de los indios. La que tuvo lugar hacia las nacientes del río Santa Cruz y el actual lago Viedma, fue acompañada por el cacique Julián en persona, su hermano, su sobrino y un baqueano. En marzo de 1783, Antonio de Viedma ya llevaba más de cinco meses esperando abastecimiento desde Buenos Aires, “los víveres ya no eran más que harina apollillada, grasa rancia y arroz”, entonces decide:

Viendo que no llegaba embarcación de Buenos Aires, despaché tres soldados acompañados de los indios, para que llevasen una carta a mi hermano don Francisco, comisario superintendente en el establecimiento del río Negro, a fin de que me dijese si tenía alguna noticia de Buenos Aires, por si las Provincias del río de la Plata habían sido invadidas por los enemigos de la Corona; y que me enviasen algunos caballos y bueyes con los mismos soldados a su regreso, y si tenía barco me socorriese con algunos víveres. (Viedma [1780-83] 1972: 934-5).

Con este pedido de noticias acerca de la suerte de las provincias del Río de la Plata, se nos manifiesta patéticamente la situación de la nueva población: tan aislados y olvidados por las autoridades coloniales, que imaginaban que estaban sufriendo un ataque enemigo.

Aunque el ataque siempre latente y siempre temido era el de los indios que iban y venían cotidianamente del Fuerte del Carmen. Esos indios le informan de los avances a Buenos Aires y de sus resultados, por lo que el temor de Viedma no es del todo infundado. Más aún cuando se

entera, por ejemplo:

Que habían estado entre la gente del cacique Negro algunos Aucàz cuando vinieron a vender caballos, y vacas para reconocerle [al Fuerte]: Que fueron diciendo estaba inconquistable, a cuyo informe había respondido el cacique principal de los Aucaz: Que en atacándonos por dos partes nos vencerían pues *estaban hechos a vencer los fuertes de las fronteras de Buenos Aires siendo la misma gente, y teniendo armas de fuego*. (Viedma [1780b: 4v], el destacado es mío)

Es cierto que con un sólo ataque como los que sufrían Luján o Magdalena, el Fuerte del Carmen hubiese escrito otra historia. Insisto en que a los indios no les interesaba su destrucción porque era un punto de intercambio y abastecimiento que les resultaba importante, por todos los ejemplos que vengo mostrando y otros que veremos más adelante, como cualquier establecimiento donde pudieran negociar con los blancos. La diferencia con los fuertes de la frontera de Buenos Aires era notoria: aquí no podían apropiarse de grandes cantidades de ganado.

Desde el lado de Viedma como Superintendente del Fuerte, su debate (explicitado en cartas al Virrey) es continuo: no puede atacar a los indios porque no tiene suficientes fuerzas, reclama que el Virrey nunca soluciona; si apresa a Negro, Calpisqui, Toro “y otros”, se verían privados de los auxilios de ganado y caballos por parte de los indios, pero si sigue en buenas relaciones con los indios, las compras que les hacen de ganados, ponchos y caballos “son el mayor estímulo a que padezcan las fronteras” de Buenos Aires. En la misma carta le advierte al Virrey que si hay que prender a Negro “según V.E. me tiene mandado”, “es indispensable doblar la Guarnición”. Además:

Hay indios de más mala fe que Chanel [Negro] y los demás ..., mientras que aquí logren el despacho a sus ventas, y dulce acogida con que se les trata me parece no han de hacer daño mayor, por sus propias utilidades (Viedma [1-6-1782]).

El problema es que quienes están lejos del escenario de los hechos, examinando los informes y cartas de Viedma al Virrey, no opinan lo mismo. El motivo del dicho examen es producir un Informe donde se aconseje sobre la conveniencia de trasladar la población del río Negro. El lugar elegido sería el Colorado porque sus terrenos parecen más fértiles. Ya hemos leído lo que anota Villarino sobre una ocupación en Choele-Choel, y Viedma “lo dificulta [el traslado] por los muchos indios que hay en aquellos contornos”, pero:

este recelo me parece nacido del miedo, y lo acredita la práctica que [Viedma] ha establecido en el Río Negro de regalar a los indios a manos llenas con crecidas porciones de harina, aguardiente, yerba, bujerías, y otras cosas con grave perjuicio de la Real Hacienda. (Informe [12-3-1782])

Para contradecir esta opinión hay una carta anterior, donde Viedma informa que ha comprado 124 reses a cambio de aguardiente, ropas, yerba y abalorios, solicitando al Virrey le envíe yerba averiada y de mala calidad, “aquella que se deseche en los almacenes a mí me sirve muchísimo para estos infieles”, como también “aguardiente de la tierra el más inferior” (Viedma y Piera [8-1-1782]).

Un último ejemplo, donde se trata de salvar vidas con chucherías sin valor. En enero de 1785 tiene lugar una expedición de los españoles a las tolderías de sierra de la Ventana con fines de ataque y exterminio. Son rechazados por los indios, mueren Juan de la Piedra (Superintendente del Fuerte en ese momento), Villarino y Francisco Piera (ambos presentes desde la misma fundación), y quedan muchos prisioneros. El Comandante a cargo, Isidro Bermúdez, le envía a Negro una serie de regalos para que interceda ante los indios de sierra de la Ventana y obtenga el buen trato y la liberación de los prisioneros. La lista es de catorce renglones, de los cuales siete constituyen adornos casi sin valor: un sombrero, cinco varas de bayeta y doce de tabaco negro, cuatro arrobas de yerba, dos de bizcocho, ocho mazos de abalorios, doce espejos, tres docenas de trompas, tres gruesas de sortijas con piedras, cuatro docenas de cruces, seis docenas de pendientes, dos paquetes de cascabeles, dos frenos, dos pares de espuelas amarillas (González Gallegos [28-2-1785]).

Casi cien años después del establecimiento del Fuerte del Carmen los indios también tienen un papel protagónico en el establecimiento de la Colonia Galesa (hoy Trelew/Rawson) en la costa norte de la provincia de Chubut. Cuando en 1865 llegan las primeras familias, establecen un trato cordial con los indios. El relato del reverendo Matthews consigna cómo los indios entrenan a los colonos jóvenes en el manejo de los caballos, el lazo y las boleadoras para cazar (Matthews [1866] 1954: 35).

Veinte años después, al llegar el gobernador Winter a la Colonia en plena “Campaña del Desierto” (1883), los pobladores le envían una carta intercediendo por los indios cautivos que resume muy claramente la situación que venimos reseñando:

deseamos, como viejos conocidos de los indios, expresar nuestra esperanza de que podáis mostrar hacia ellos toda la benevolencia y amparo que permita vuestro deber. De nuestra parte, aprovechamos la oportu-

nidad de declarar que hemos recibido mucha ayuda de estos indios desde que se estableció la Colonia [1865], y no sentimos nunca, entre ellos, el menor temor por nuestra propia seguridad. En realidad, los indios fueron un muro de seguridad y amparo para nosotros. Creemos que las pequeñas comunidades indígenas en los confines favorecieron siempre la entrada hacia el interior de nuevos establecimientos, tal como fue su comercio con nosotros. (citada por Jones 1956: 136)

Si la relación con los indios no resultaba tan espontánea, siempre quedaba el recurso de comprar su protección. El caso del misionero Teófilo Schmid en la desembocadura del río Santa Cruz (50° S, provincia de Santa Cruz) es un buen ejemplo:

les prometí que si protegían mi persona y mis bienes, me proporcionaban alimento y, en general, se comportaban correctamente conmigo, al regreso de la Allen Gardiner les pagaría con un barril de pan, uno de harina, medio barril de azúcar y tabaco; aparte de todo esto, la nave traería regalos para todos los indios ... tras de consultar entre sí unos instantes se mostraron conformes con el contrato. (Schmid [1858] 1964: 26)

Además de la aparición de estos personajes, que eran potenciales proveedores de los indios, la costa marítima tenía otro atractivo: los buques naufragados, que proporcionaban géneros, ropa blanca, utensilios de cocina, útiles de hierro para ellos y para comerciar en la propias colonias (Schmid [1858] 1964: 32 y 33).

Para esa época seguía dándose el comercio con los establecimientos costeros en los mismos rubros que en el XVIII con los Viedma: carne de guanaco por arroz, porotos, harina y bizcochos, agregándose las plumas de avestruz y los cueros y pieles de guanaco (Musters [1869-70] 1979: 399). Schmid ([1858] 1964: 29) brinda datos de ese intercambio en Punta Arenas. El caso del antiguo Fuerte del Carmen, ahora convertido en la Colonia del Carmen o Carmen de Patagones, es notable. Además de ser un foco de intercambio y comercio, se ha transformado en un centro de reparto de raciones a los indios, que siguen manejando hábilmente la situación, ahora amenazando con malones y robos en caso de no ver satisfechas sus demandas. El viajero inglés Musters llega a esa población llevando un mensaje de los indios, en el que el cacique Casimiro “detallaba sus arreglos para la protección de Patagones. Se incluía también en ellos una lista de los jefes a quienes se debían raciones o regalos de vacas, caballos, etc.” (Musters [1869-70] 1979: 397).

También a través de Musters conocemos la opinión indígena respecto del establecimiento de la Colonia Galesa en la desembocadura del

río Chubut que mencionamos arriba. El cacique Jackechan, “indio del Chubut” (Musters [1869-70] 1979: 184-185) le cuenta las penurias que sufrían los galeses y que él los había ayudado enseñándoles a cazar y proveyéndolos de boleadoras. Pero dice Musters:

tengo que añadir que ese jefe, aunque amigo y bien dispuesto entonces, consideraba a los pobladores intrusos en su territorio y declaraba su intención de exigir el pago más adelante, pudiendo asegurarse que la negativa a pagar arrendamiento sería seguida en tal caso de un procedimiento muy sumario de arreo de ganado y expropiación. (Musters [1869-70] 1979: 401)

Como queda claro, era sólo con el consentimiento de los indios y porque a ellos les convenía la existencia de colonias costeras, que era posible que tales enclaves prosperaran. Esto fue así desde fines del XVIII, cuando comienzan los intentos colonizadores en Patagonia. Pero aún cien años después la amenaza de destrucción y robo era muy tangible para los colonos o, por lo menos, estaba muy bien manejada por los indios.

Es el mismo Musters quien pone en boca de Foyel, uno de los caciques que conoce en su viaje, palabras que sintetizan casi todos los ejemplos dados hasta aquí y apoyan la tesis que estoy presentando:

Dios nos ha dado estos llanos y colinas para vivir en ellas; nos ha dado el guanaco, para que con su piel formemos nuestros toldos, y para que con la del cachorro hagamos mantas con que vestirnos; nos ha dado también el avestruz y el armadillo para que nos alimentemos. Nuestro contacto con los cristianos en los últimos años nos ha aficionado a la yerba, al azúcar, a la galleta, a la harina y a otras regalías que antes no conocíamos, pero que nos han sido casi necesarias. Si hacemos las guerra a los españoles, no tendríamos mercado para nuestras pieles, ponchos, plumas, etc.; de modo que en nuestro propio interés está mantener con ellos buenas relaciones, aparte de que aquí hay lugar de sobra para todos. (Musters [1869-70] 1979: 290-291)

La complementación económica entre diversos grupos indígenas

Para este tema los datos son, en general, más tardíos. Los primeros relatos de la vida indígena, entre los que se incluyen los realizados desde los establecimientos costeros, necesariamente transmiten datos acerca de la relación de los indios con los españoles. Había poco interés en indagar cuestiones que fueran más allá de la seguridad y el abastecimiento de los

fuertes. Recién en el momento en que llegan viajeros con la finalidad expresa de observar y describir el territorio y sus habitantes, se hacen más frecuentes los datos acerca del comercio entre diferentes grupos étnicos (ver Nacuzzi 1989-90).

Los indios de las cercanías de la laguna *Huechun* ya citados, le explican a Villarino que la ovejas y piñones que le llevan “se las habían comprado a los peguenches, por caballos, pellejos, etc.” (Villarino [1782-83] 1972: 1092). Como vimos arriba, estos indios “del Huechum” también conseguían ganado en los campos de Buenos Aires, pero al volver a sus tierras lo hacían con mucho temor, porque solían esperarlos otros indios del sur del Limay para robarles los animales y matarlos a ellos (Villarino [1782-83] 1972: 1017). Esto remite al tema ya tratado de la territorialidad, y es una cuestión a la que se hace referencia en las citas siguientes:

los aucaces se hallaban poseyendo el [terreno] intermedio de aquí [laguna del Huechun] a Valdivia, a los cuales compraban ellos pellejos de guanaco, trigo, maíz, habas, porotos, piñones y aún manzanas (Villarino [1782-83] 1972: 1085).

Parece que los peguenches defienden y estorban el que los indios, que habitan las márgenes de estos ríos y andan vagantes, entren en sus tierras ni pasen a la Cordillera a buscar piñones ni manzanas porque preguntándoles yo, por qué no traían los caballos bien cargados de piñones, ..., dijeron, que los dueños de los pinares se los vendían a estos, y que valían bastante caros; y que las manzanas ... para pasar a las faldas de la Cordillera a buscarlas, es menester que se les compren a los dueños de aquellas tierras (Villarino [1782-83] 1972: 1093-1094).

Ambos relatos son realizados por Villarino cuando se encuentra en el río Limay, al sur de la actual provincia del Neuquén.

También aparecen datos sobre la obtención de caballos por los indios del sector más sureño de la Patagonia. Antonio de Viedma consigna en su diario todos los traslados de indígenas desde y hacia el fuerte de San Julián, entre ellos las partidas comerciales hacia el norte (seguramente los campos de Buenos Aires), para “buscar o cambiar caballos por cueros con otros indios”, que les llevaban hasta cuatro meses (Viedma [1780-83] 1972: 919). Más arriba hemos citado a Villarino, que nos indica otro lugar donde estos indios de San Julián obtenían ganado: en algún punto del curso de los ríos Negro/Limay, asaltando a los “indios del Huechum”. Ya para este momento (fines del XVIII) la posesión o no de caballos distinguía entre indios ricos y pobres, y su disponibilidad decrecía de norte a sur:

no hay suficientes caballos para surtirlos [a los de San Julián], si no fuera por los que los indios pampas de Buenos Aires les cambian por el cuero que les llevan cuando bajan al río Negro, de que resulta tener los de San Julián menos ganado de este que los del golfo de San Jorge y Santa Elena, porque no pueden bajar al río Negro con la continuidad que estos. (Viedma [1780-83] 1972: 958)

Pero en el extremo sur había vecinos aún más pobres a los ojos occidentales. En su viaje entre 1826 y 1830 por la región de los mares australes, Parker King describe a los alakalufes (de la región occidental del estrecho de Magallanes) vistiendo mantas de guanaco, que sólo podían haber obtenido de los tehuelches del continente, de los onas de las isla de Tierra del Fuego, o por intermedio de los yámanas (que habitaban más al sur que todos ellos, en la región insular del extremo austral del continente). También resulta interesante la información de Parker King respecto de otro bien de posible intercambio:

la pobreza de los fueguinos [alakalufes] es tal que difícilmente podrán poseer algo de valor suficiente para canjearlo por los bienes de sus vecinos del norte, exceptuando las piritas de hierro, que creo no existen en la tierra abierta habitada por los patagones, y que a causa de la facilidad con que producen chispas de fuego deben constituir un objeto de importancia. (Parker King [1826-30] 1933: 84-85)

En el norte de Patagonia el comercio era más intenso. En 1829 D'Orbigny resume así el panorama:

La estación de la cosecha es, al mismo tiempo, una época en la cual los indios patagones del sur van con sus pieles a comerciar con los aucas de las cordilleras y de las pampas, y con los puelches que llegan a las márgenes del Colorado. El sitio de reunión para esas citas anuales es por lo general la isla de Choele-Choel, formada por la separación de los dos brazos del Río Negro, a sesenta u ochenta leguas de su desembocadura. Allí se dirige el patagón, con sus pieles de guanaco; el auca y el puelche [pampa] con sus tejidos y el producto de los robos hechos a los cristianos que viven en las pampas; y desde allí, se entablan los intercambios que, desde los tiempos más remotos, tienen lugar entre las naciones australes, cuando las guerras no las dividen. (D'Orbigny [1829] 1945: 705)

En el capítulo 3 me he referido a las complejas relaciones interétnicas que tenían lugar en la región de las sierras de Buenos Aires a fines del siglo XVIII. Los indios del cacique Lorenzo Calpisqui aparecen relacionados con los grupos vecinos con diferentes grados de obligaciones so-

ciales y políticas que muestran un panorama bastante intrincado. Los territorios que cada grupo posee están muy cercanos y parecen estar basados en recursos económicos puntuales, por ej: “indios de las Salinas”, “indios de los piñones”. Además, las mismas sierras de Buenos Aires eran el centro de apropiación y distribución de ganado bagual para diversos grupos, como lo dejan ver diversas referencias en los papeles de Viedma y lo confirma el relato de Villarino cuando hace mención del descontento de los indios ante la posibilidad de que se establezcan españoles en Choele-Choel porque se cortaría la “comunicación con los campos de Buenos Aires, que es de donde se proveen de todos los ganados” (Villarino [1782-83] 1972: 1089). Este piloto ya había observado, muy poco después de superar la confluencia de los ríos Neuquén y Limay, navegando por éste último, el camino de los indios y:

hallé rastros de los que van delante a llevar el ganado a Valdivia; pero muchos rastros más viejos de haber conducido por allí crecidas porciones de ganado caballar y vacuno, y son tantos, que en mi juicio *más es el ganado que estos indios extraen de Buenos Aires, que los que consume aquella provincia*. (Villarino [1782-83] 1972: 1040, el destacado es mío)

Estos grupos de las sierras, y los que frecuentaban los fuertes de San Julián y del Carmen obtenían de grupos algo más sedentarios (los pehuenches y manzaneros ubicados en la actual provincia de Neuquén) diversos productos: ovejas, piñones, manzanas, ponchos a cambio de caballos y cueros que para ellos eran más fáciles de obtener (Villarino [1782-83] 1972: 1092-1093).

Este intercambio se sigue dando noventa años después. Cuando Musters acompaña a un grupo de tehuelches a visitar a sus vecinos de Las Manzanas (en el sur de la actual Neuquén), van con ellos un grupo de mujeres especialmente para llevar cubiertas para toldos y mantos de pieles para vender (Musters [1869-70] 1979: 303). Aquí puede verse esa complementación entre los recursos económicos de los grupos con más movilidad (o más “nómades”) y aquellos de los grupos con pautas de asentamiento casi sedentario. Ya lo había vislumbrado Villarino con bastante claridad cuando anduvo por esa misma zona, ante su pregunta a los indios de por qué no obtenían piñones y manzanas con más abundancia, le contestan que los “dueños de los piñares” se los vendían y que las manzanas se acababan pronto porque una gran cantidad de indios iba a cosecharlas. Su reflexión es la siguiente:

yo presumo que como estos indios *tehueleto*s, *guilliches*, *leubus*, *chulilaquines*, y otros pasan toda su vida vaqueando, cazando y robando,

que es de lo que se mantienen, aquellos que siembran y tienen ganados, precisamente están de asiento en paraje fijo: y así, por venderles a los otros los frutos que se crían y los que recogen por medio de la agricultura, como asimismo por estorbar que estos vagabundos les roben sus haciendas, si les permitiesen la entrada a ellas, emplearán toda sus fuerzas, a fin de que no le entren. (Villarino [1782-83] 1972: 1094)

Ya he tratado el tema de los territorios, su pertenencia a determinados caciques y la estricta etiqueta que regulaba el tránsito por territorios ajenos en el capítulo 3. Ello tenía que ver seguramente con esta *complementariedad* entre los diversos recursos que explotaba cada grupo. Para el siglo XIX y en el “área pan-araucana”, Bechis (1989: 5) se refiere a “una división del trabajo entre las parcialidades” que podría equipararse a mi propuesta. Ya hice referencia a su interesante definición del área, con parcialidades o “unidades políticas” que, del lado argentino, “tenían a ocupar zonas exclusivas de una sola característica ecológica”. Las parcialidades se dedicaban a la producción de objetos de plata, a la producción de mantas, a la cría de ganado lanar, a la guerra (los de la pampa), al comercio (los grupos chilenos), etc. (Bechis 1989: 5).

El movimiento en doble sentido entre “nómades” y “sedentarios”

Todo lo que pueda decirse en cuanto a este tema es aún particularmente especulativo, pero hay algunos indicios que no pueden dejar de mencionarse, aunque sea como orientaciones para trabajos posteriores.

Por un lado, están los grupos asentados en la región cordillerana, en estrecho contacto con sus vecinos del lado chileno que, aún teniendo acceso a determinados cultígenos y, por lo que se podría suponer, a una mayor “sedentarización”, optan por una movilidad a grandes distancias y por períodos que se acerca al de un año, para favorecerse con los bienes a los que sólo se podía acceder de manera directa siendo “nómades”.

Hay un movimiento continuo de partidas de indios entre “el Huechum” y “Las Manzanas” y las sierras de Buenos Aires. Ese “corredor” conformado alternativamente por el río Negro o el Colorado era continuamente transitado con el objetivo de apropiarse de ganado. Chulilaquin afirma que él es de la tierra de “Las Manzanas”, no hay indicios de que ese grupo cultivase alguna especie, parece que sólo se beneficiaban de la recolección de manzanas silvestres. Pero sus vecinos de la laguna “del Huechum”, a sólo una jornada del lugar que alcanza Villarino

en su recorrido, aunque vivían en toldos, sembraban trigo, cebada y habas (Villarino [1782-83] 1972: 1016).

Villarino lo resume taxativamente, informado por un lenguaraz de la región del Huechum: “casi todos los indios que habitan o residen en las sierras del Volcán y pampas de Buenos Aires” eran de la región a la que él había arribado remontando trabajosamente los ríos Negro-Limay-Collón Cura, “el Huechum” (en la región cordillerana de Neuquén) y pasaban mucho tiempo en las mencionadas sierras “por la abundancia que hay de ganados, y por la facilidad de mantenimiento” (Villarino [1782-83] 1972: 1018-1019). Sin el testimonio de Villarino la cuestión sería muy fácil de interpretar de otra manera.

Palermo (1988: 73) ha hecho referencia a las especies cultivadas en la región del actual lago Huechulafquen. El autor también hace mención a cómo estos grupos indígenas se integran a la “macroeconomía regional” mediante un “desdoblamiento de las actividades productivas”, dado que habría un “circuito de consumo interno” que satisfacía las actividades de subsistencia (mediante el ganado, la agricultura, las actividades de caza y recolección), y “una muy intensa circulación, por vía comercial, de excedentes derivados de la ganadería” con lo cual se produjo la incorporación de éstos y otros grupos de la región a los mercados regionales coloniales y republicanos (Palermo 1988: 78-79).

Mandrini, basándose en datos relativos a la pampa en el siglo XIX, denominó “ciclo del ganado” a la “circulación y comercialización de ganados en gran escala” (1985: 211) que constituía “una empresa colectiva que superaba los límites de la tolдерía” (p. 216) y se complementaba con la actividad de las tolдерías que “cubría las necesidades internas” y se integraba a “un complejo sistema de intercambios” que vinculaba a las distintas unidades entre sí (p. 215-216). Para el autor, “los intercambios proveían a cada unidad del mundo indígena, y a éste en su conjunto, de aquellos productos de que carecía” (p. 216).

En un trabajo novedoso para su momento, aunque muy influenciado por la clasificación étnica y la interpretación del poblamiento de la región de Casamiquela (1965, 1969), habíamos hecho referencia con Boschín al tema del cual trata este capítulo y que luego, como se ve, fue retomado por otros autores más ampliamente y con una importante base documental. Refiriéndonos a “tehuelches” (los grupos de la pampa y el norte de la Patagonia) y “mapuches” (los grupos de la región cordillerana de Neuquén), decíamos “que existía una suerte de complemento e interdependencia” entre ellos. Partíamos de un comentario de Cox (1863) en el sentido de que los tehuelches eran los abastecedores jurados de los

mapuches puesto que “los proveían de elementos que obtenían por bandolerismo y por comercio”, es decir, siendo “nómades” y “estaban colaborando para mantener el semisedentarismo mapuche”. La colaboración se daba también en sentido inverso, puesto que hacíamos notar que los “tehuelches” tenían acceso a ponchos sin practicar la textilería y recibían productos agrícolas o de recolección “sin estar sujetos al ciclo de las cosechas” (Boschín y Nacuzzi 1975: 51-52).

En un trabajo posterior dedicado a los tehuelches meridionales, mencionábamos la importancia que había adquirido el intercambio en los siglos XVIII y XIX, sobre todo merced a la aparición de los asentamientos costeros. Afirmábamos: “La caza y la confección de manufacturas no sólo procuran el autoabastecimiento, sino que se dirigen al logro de excedentes que se conviertan en moneda de cambio” (Boschín y Nacuzzi 1979: 28). De esta manera nos explicábamos la aparición de una “estación de caza del guanaco cachorro y/o nonato” entre grupos que se suponían “cazadores superiores” que deberían haber preservado a las hembras preñadas y sus crías. Es que las colonias y también sus vecinos del norte demandaban esos productos a cambio de caballos, ropas, ponchos y otros productos muy apreciados (cfr. Mandrini 1985: 216-217 y Palermo 1988: 78-79).

También hay un movimiento entre el polo “nómade” y el polo “sedentario” a nivel de los individuos. Las cartas de Viedma desde el Fuerte del Carmen dan cuenta frecuentemente de la desaparición de peones, y siempre existe la duda en cuanto a si se los llevaron prisioneros los indios o se fueron con ellos por propia voluntad. La declaración del peón Zárate [1783] se puede leer como la de una persona apresada por seis indios y llevada contra su voluntad a distintos destinos por un año y medio hasta que lo rescatan, o como la de alguien que se fue con los indios por un tiempo y después declara que lo obligaron a hacerlo para evitar castigos de sus superiores y proporciona la información sobre grupos y parajes que ellos le piden.

La información también era útil en sentido inverso: en las tolдерías de Calpisqui había muchos presidiarios del Fuerte que escapaban y se refugiaban entre los indios, sirviéndoles de espías y bomberos (Viedma [24-9-1783]). Viedma piensa que esa situación agrava la relación con los indios, tanto que “no serían los indios tan malos, y contrarios a nosotros si no tuvieran a su lado esta gente foragida”.

Para Villarino, la desaparición de marineros es un problema cotidiano y, en este caso, no es muy creíble que los cautivaran los indios. Sus descripciones de las penurias sufridas a bordo y de la escasez de víveres

son lo suficientemente gráficas como para comprender el intento de algunos de buscar un mejor pasar entre los indios. En su viaje de regreso al Fuerte, Villarino anota en su diario, el 6 de mayo de 1783, que en siete meses y nueve días de navegación, ese era el primer día en que su gente no había tenido que tirarse al agua para facilitar el avance de las embarcaciones (Villarino [1782-83] 1972: 1128).

Entre estos casos individuales, puede incluirse también el de las cautivas que ha sido muy bien estudiado por otros autores. En este caso, obviamente, no había una elección de ir a vivir con los indios, aunque sí hay referidos casos de las que elegían no volver con los blancos cuando después de muchos años había posibilidad de rescatarlas.

Recapitulando, este tema de la *complementariedad*, o de la relación nómades-sedentarios se dio, para decirlo de alguna manera, de una forma natural donde jugaron de manera equitativa las fuerzas de los grupos involucrados dentro del marco de una aculturación no impuesta como fue la ocurrida en la región pampeano-patagónica. Aunque por no-impuesta, no dejó de producir cambios sustantivos e irreversibles en la vida de los grupos nativos.

El establecimiento de colonias costeras terminó de configurar y acelerar los cambios que se venían esbozando desde los primeros contactos aislados en la costa y con el acceso a los ganados de la región pampeana y al caballo que modificó las técnicas de caza, la alimentación y la movilidad de estos pueblos. Con las colonias apareció el intercambio, el fácil acceso a bienes y alimentos que pronto se hicieron indispensables para los grupos indios, y también la manera de aparecer como necesarios para los habitantes de esos enclaves costeros, por su conocimiento de rutas, recursos, grupos vecinos y como proveedores de otros bienes también indispensables para los blancos.

El intercambio con otros grupos indígenas vecinos debió tener raíces muy antiguas, pero debemos pensar que seguramente se incrementó al compás del vigoroso impulso que adquirió el comercio/intercambio en la forma de vida de los antiguos “cazadores de guanaco” de la Patagonia continental extraandina.

consideraciones finales

Estimo que la lectura de los diversos capítulos habrá dejado a la vista los aportes que he intentado realizar, mediante este estudio, al conocimiento de la historia nativa del norte de la Patagonia.

En primer lugar, he presentado un conjunto de documentos inéditos, de los cuales ha sido realizada una primera lectura para este trabajo. Quedan ahora a la consideración de otros especialistas, para que vuelvan sobre ellos con su propia mirada y sus propias preguntas. Hace falta que ese conjunto de documentos sea leído muchas veces más desde diversos enfoques y con otros interrogantes. El aporte, en este caso, es el de haber dado a conocer nuevos papeles de archivo, desvirtuando la aparente falta de documentación que se suponía para el área. Ya podemos dejar de lado la impresión que estamos ante un “desierto” de papeles y la asfixiante sensación de tener que volver siempre sobre los mismos relatos y diarios para tratar de buscar *algo más*. A pesar de que es muy útil reiterar las lecturas, no es bueno hacerlo sabiendo que es lo único que tenemos. En base a estos papeles fue posible delinear cuestiones como la de identidad impuesta, estudiar la extensión de los territorios de cada cacique y la configuración de los movimientos de algunos de ellos, entre otros temas.

En segundo lugar, he realizado una nueva lectura de relatos y papeles éditos, algunos muy conocidos, que habían sido presentados siempre de la misma manera, permitiendo que se cristalizaran las primeras interpretaciones de los temas que trataban. En esta re-lectura salieron a la luz otros temas como el del cacicazgo dual, la delimitación de territorios y grupos étnicos y una comprensión más acabada de los profundos cambios sufridos como consecuencia del contacto con el blanco.

En tercer lugar, y como consecuencia de lo anterior, me fue posible realizar una crítica de las fuentes de segunda mano y de las clasificaciones étnicas que proponen, crítica que ha puesto en tela de juicio los rótulos que se vienen usando para los diversos grupos étnicos y hasta la misma composición de tales grupos. Ha quedado claro que la investigación sobre los grupos étnicos de Patagonia ha permanecido detenida en 1965, que el conjunto de fuentes en que se basó la reconstrucción del pobla-

miento indígena fue siempre el mismo, que hubo poco trabajo de campo cuando todavía era posible y que no existió el trabajo en archivos, todo esto con el agravante de que había un preconceito fuertemente arraigado en cuanto a las características de los grupos cazadores-recolectores. Cuando se agregó a la interpretación una nueva fuente, como el caso del diario de Claraz en Casamiquela (1985), fue para reforzar el esquema ya aceptado.

Como resultado de mi propio análisis de estas tres vertientes de fuentes, se ha derrumbado un castillo de naipes cuidadosamente apuntalado y con algunas telarañas. Mi objetivo principal no era esto, ya expliqué lo complicado que resultó hacer entendible un estado de la cuestión. Siempre resultó más interesante la búsqueda de nuevas fuentes, el enfoque de un problema desde un ángulo diferente al acostumbrado, la formulación de preguntas novedosas. Siempre fue más atractivo simular que nada se sabía sobre cualquiera de los temas propuestos y avanzar en su análisis desde cero. El castillo de naipes se derrumbó sólo con el mínimo movimiento de aire que produce la cuidadosa manipulación de los papeles de archivo, tan vulnerables y frágiles. No busqué centralizar el tratamiento de los diferentes temas planteados en torno a la crítica de lo ya escrito sobre cada uno de ellos. Sólo he formalizado las críticas obvias, aquellas que quedaban en evidencia aún sin señalarlas. Mi interés fundamental fue el de aportar nuevos datos, plantear interrogantes diferentes y nuevos temas, y volver a abrir la discusión sobre temas casi clausurados.

He proporcionado ejemplos claros de cómo fueron leídos e interpretados los papeles y testimonios disponibles. Mi preocupación estuvo centrada siempre en contextualizar adecuadamente los discursos contenidos en ellos, señalar si los relatos de determinados hechos fueron producto de la observación directa o no, ubicarlos en espacio y tiempo y dejar en claro el por qué de su producción. Siempre he destacado los datos que se veían corroborados por su mención directa en otros documentos o porque el contenido de otros papeles los hacían verosímiles. Del mismo modo, he señalado aquellos otros que aparecían sólo una vez, de manera poco clara o cuya confiabilidad podía ser puesta en duda por otros testimonios.

También me he preocupado por hacer absolutamente transparente la ubicación de los papeles inéditos que cito abundantemente. Soy conciente de que la muestra es acotada: para el mismo período hay otros legajos para revisar en el Archivo General de la Nación (para nombrar sólo el más accesible de los repositorios), los que reúnen la documenta-

ción de las Comandancias de Fronteras o sea de los fuertes que limitan por el norte el espacio que ocupaban los grupos indígenas que son objeto de este trabajo. Con esto estoy indicando, como lo propone Eco (1982: 51-52), cómo seguir buscando para confirmar o poner en tela de juicio las *conclusiones provisionales* a las que he arribado y “proporciono a los demás la posibilidad de hacer nuevas indagaciones”. Esto me parece un punto fundamental, dado el grado de estancamiento en que se hallaba la investigación del área propuesta y de los grupos nativos presentes en ella a fines del XVIII. Desde el libro de Entraigas (1960), no se presentaba tal cantidad de fuentes de archivo citadas en un estudio.

La tres variables que se destacan como sostén de esta investigación son la identificación étnica, la territorialidad y el cacicazgo. Están profundamente relacionadas entre sí, y no dejan de entrelazarse cada vez que se intenta un análisis en particular de alguno de esos aspectos.

Como he mostrado, no aparecen en los papeles consultados rótulos globalizantes que permitan delimitar macroetnías como lo hicieron algunos viajeros y después fue retomado/repetido por los etnógrafos. Los blancos en contacto directo y cotidiano con los nativos de la desembocadura del río Negro y sus regiones adyacentes, utilizaron nombres más acotados (nunca expresiones generalizadas) y muchas veces cambiantes según el momento, la situación o la persona que informaba o escribía sobre los grupos. Sus “adscripciones” tenían un sentido fundamentalmente práctico en cuanto a que se debían a la necesidad de identificar y poner nombres a los grupos que cotidianamente visitaban el Fuerte, por eso me he referido a *identidades impuestas*.

Esas identificaciones estaban muy ligadas a las figuras de los caciques quienes aparecían como los interlocutores y negociadores ante los blancos, representando a sus grupos. Por eso el tema de los caciques y las características del cacicazgo ha merecido aquí un amplio tratamiento. Aparecen continuamente mencionados en los papeles de archivo, más aún que los nombres de los grupos en sí, y en base a esas menciones es posible reconstruir sus movimientos, sus alianzas y sus probables territorios.

La territorialidad de los caciques y sus grupos es, entonces, el tercer punto de apoyo de este estudio. A partir de su análisis se pueden apreciar los movimientos continuos, los diversos focos de interés que atraían a los grupos para realizar esos desplazamientos, los lugares más frecuentes de asentamientos y cómo ellos cambian en relación estrecha con la presencia del blanco y sus fundaciones. El tema de la territorialidad se enlaza fuertemente con el de los límites étnicos, es una cuestión geográfica que deviene en una cuestión social. Y los límites étnicos, a su vez,

permiten ir delineando a los subgrupos e ir descubriendo sus identidades impuestas.

Durante el análisis de los distintos subtemas he utilizado algunos conceptos teóricos con una finalidad puramente instrumental. Fueron aquellos que me parecieron básicos para presentar los problemas y mis preguntas derivadas. No quise tener tipologías previas sobre “etnia”, “tribu”, “nación”, “jefaturas”, “estado”, “relaciones interétnicas”, en donde hacer caber los datos y mis interpretaciones de los mismos. En ello pesó el objetivo de hacer una lectura ingenua de las fuentes disponibles que me llevó también a redondear el estado de la cuestión después de haber avanzado bastante en los análisis que me propuse. No quería tener demasiado presente la discusión entre los etnógrafos de Pampa-Patagonia desde las obras de los ’30 hasta las de los ’60.

Sobre el estado de la cuestión hasta los ’60 no hay mucho más que decir. Respecto de otros autores que se han ocupado de los temas referidos a nivel mundial, he dejado las posibles discusiones o comparaciones para estas consideraciones finales, incluyendo a los que han tratado algunas cuestiones referidas a la Pampa y la Patagonia que yo también abordo.

El análisis de pequeños grupos que propuse aquí fue dándose en base a la calidad de los datos de que dispuse y ante la imposibilidad de adscribirlos a grupos más abarcativos, empresa que hubiera resultado altamente especulativa. Como se vio en el capítulo 3, utilicé como conceptos instrumentales algunos de los de Barth (1976, primera edición en inglés de 1970) y de Cardoso de Oliveira (1971). A la hora de buscar un enfoque teórico más amplio (definiciones y análisis de los conceptos de “tribu” y “etnicidad”, por ejemplo) apareció citado reiteradamente Naroll 1964. Lo menciona Barth, también Fried (1971) en un trabajo que es un clásico sobre el concepto de “tribu”, y luego Isajiw (1974) en un novedoso análisis de definiciones de “etnicidad”.

Naroll (1964: 284) después de revisar el concepto de tribu en varios autores (lo que resulta muy útil como compendio de las diferentes opiniones entre 1938 y 1963), define “unidades sociales” o “étnicas” en base a seis criterios: distribución de rasgos particulares, contigüidad territorial, organización política, lengua, ajuste ecológico, estructura comunitaria local. Fried (1971) lo discutió en parte y propuso su propia lista de criterios para definir una “tribu” (a pesar de que sostiene que este término técnico “es el más egregio caso de falta de sentido” dentro del vocabulario de la antropología): la presencia de un número de unidades de parentesco mutuamente interconectadas por lazos de afinidad, la posesión

de un lenguaje común, la posesión y defensa de un territorio, la posesión de un nombre, la posesión de una estructura de gobierno coronada por una autoridad suprema que encarne la voluntad popular (Fried 1971: 4-5 y 8-9). Poco después, Isajiw (1974) como alternativa al concepto del mencionado Naroll que opina serviría para sociedades tribales pero no para grupos étnicos, dio a conocer su análisis sobre 65 estudios sociológicos y antropológicos donde se trataba algún aspecto referido a la etnicidad, pero sólo 13 de ellos incluían una definición de etnicidad. Su estudio analiza en realidad 27 definiciones de etnicidad tomadas de trabajos teóricos, con sus variaciones y los tipos de variables incluidas, y luego lista 12 atributos según su frecuencia de aparición: origen nacional o geográfico común o ancestros comunes, igual cultura o costumbres, religión, raza o características físicas y lengua son los cinco primeros atributos con doce, once, diez, nueve y seis menciones respectivamente, los demás tienen cuatro menciones o menos.

Es notable que la única variable que comparten los tres autores es la lengua, sobre todo, porque el mismo Naroll opina (y no es el único) que la clasificación lingüística “con el material disponible en la literatura etnográfica existente es frecuentemente *trabajo conjetural puro*” (Naroll 1964: 285, la traducción y el destacado son míos). Después hay una cierta coincidencia de Naroll y Fried, sus modelos tienen algunos rasgos en común: el territorio, la organización política y la estructura comunitaria o unidades de parentesco mutuamente interconectadas, si nos tomamos la libertad de entender como semejantes estas dos últimas categorías. Isajiw, en cambio, encuentra una preponderancia de las características “cultura”, “religión” y “raza” (Isajiw 1974: 117).

Por mi parte, no puedo aportar datos sobre el tema “lengua”, del cual casi no se habla en los documentos utilizados en este estudio. Si bien es muy frecuente la mención de lenguaraces, se entiende que actúan en el diálogo con el blanco. No hay indicios de que los usaran para comunicarse entre los diversos grupos, por lo que no se puede conjeturar si tenían lenguas iguales, si ellas eran diferentes, o si usaban una lengua franca. Sólo Villarino menciona en una oportunidad que había empezado a “formar un vocabulario”, llegando a reunir 100 palabras “en lengua Pampa, y Teguelchu” (Villarino [1779: 9v]), aunque redactado de esa manera no se puede dirimir si las considera dos lenguas o una. Las otras tres características comunes a Naroll y Fried, en cambio, sí han sido analizadas aquí aunque no como organizadoras de grandes grupos sino de pequeñas *unidades socialmente efectivas* en el sentido de Barth (1976): los territorios, la organización política y la estructura comunitaria. Esta coincidencia no

fue buscada, y creo que queda claro a esta altura de las cosas, sino que se fue dando en el replanteamiento de mi pregunta básica y sus preguntas derivadas.

En cuanto a las características que Isajiw encuentra como preponderantes (cultura, religión y raza), es obvio que mi análisis no estuvo enfocado hacia esas cuestiones, pero también resulta evidente que si hay algo que unificaba a los grupos a los que he hecho referencia es que compartían una misma forma de vida o “cultura”, aún con algunas diferencias en cuanto al manejo de los recursos económicos que, precisamente, era lo que mantenía al sistema en armonía.

De un conjunto de estudios más recientes en torno al tema de la “etnicidad”, se obtienen enfoques que se aproximan algo más a mi problema particular de investigación. Por ejemplo, A. Cohen (1974: IX) define un grupo étnico como una colectividad de personas que comparten algunos patrones colectivos de conducta normativa y forman parte de una población más grande, interactuando con gente de otras colectividades dentro del marco de un sistema social. A pesar de que su análisis está sustentado en fenómenos contemporáneos y urbanos, su idea de “colectividad de personas” que comparten conductas y se relacionan con otros grupos dentro del marco de un sistema más amplio, puede adecuarse a los grupos indios que he mostrado en el capítulo 3. Para R. Cohen (1978: 399), uno de los principales determinantes teóricos del cambio de enfoque sobre la etnicidad es la consideración del contexto del problema: la emergencia de estados centralizados tiene como consecuencia la aparición del concepto de “sociedad plural”, donde las “tribus” dejan de ser entidades uniformes y aisladas y comienzan a tener relación con asentamientos rurales, urbanos e industriales. Este autor realiza, como Isajiw (1974) una amplia referencia a trabajos que se han ocupado del tema de la “etnicidad” y encuentra las mismas dificultades con la definición del concepto en sí mismo. Tal vez lo más importante de su enfoque para tener en cuenta aquí, es su afirmación de que la etnicidad no existe ni no existen las relaciones interétnicas (R. Cohen 1978: 389) y que el término “tribu” es ideológico y, fundamentalmente, un concepto colonial (p. 384). Esto nos remite a Kroeber (1955: 313, citado por Leacock 1983): “our usual conventional concept of tribe ... appear to be a White man’s creation of convenience for talking about Indians, negotiating with them, administering them”, donde los dos últimos objetivos apuntan directamente a las cuestiones de manipulación de las jefaturas de las que he hablado en el capítulo 4 y a los rótulos que se adjudicaban por comodidad administrativa, como expliqué en el capítulo 3.

Para R. Cohen, además, los límites del grupo étnico no son estables y continuos, sino que son “múltiples y superpuestos conjuntos de lealtades adscriptivas que producen múltiples identidades” (1978: 387). Esta afirmación nos recuerda el concepto de “identidades virtuales” (Cardoso de Oliveira 1971) que efectivamente despliegan los miembros de cada grupo en interacción con los otros (capítulo 3).

El concepto planteado de *identidad impuesta* está basado en el hecho evidente de que hay diversos “rótulos” que se usan en los documentos analizados: “aucas”, “pampas”, “tiquelchus/teguelchus”. Esos rótulos no los inventan los blancos del Fuerte del Carmen, venían usándose desde antes y continuarán usándose después. También debemos acordar que no siempre estuvieron referidos a los mismos grupos ni a las mismas ubicaciones regionales. Son términos que se usaban invariablemente en Buenos Aires, en Mendoza o en Córdoba para designar desde cada uno de esos lugares a grupos diferentes que tenían en común su pertenencia a la frontera en cada uno de esos casos.

En la región de influencia del Fuerte del Carmen, entre 1779 y 1784, los “pampas” son los que están en contacto permanente con el mencionado Fuerte y su gente, representados sobre todo por la figura del cacique Negro. Los “aucas” están más alejados hacia el norte y el noroeste, Calpisqui es el cacique que se destaca, son los que hacen las incursiones a Buenos Aires y no tienen contacto directo con el Fuerte. Luego están “los de las Salinas” y los “ranqueles”, más alejados aún, de los que tienen noticias por terceros. Ellos están más hacia el oeste de las salinas, y parecen conformar el límite oeste de los “pampas”. Hacia el sur, del otro lado del río Negro, estaban los “tiquelchus” que tenían poco trato con los del Fuerte (ver Mapa 4). Ni “auca”, ni “pampa” ni “tehuelche” aparecen en los documentos usados como gentilicios por los respectivos grupos sino como meros rótulos por parte de los que escriben. Como era difícil para los ocasionales cronistas de diversas situaciones rotular a las gentes que iban encontrando, ello se realizaba en base a su ubicación geográfica y sus relaciones con otros grupos. No era una preocupación clave de estos informantes delimitar grupos y naciones, sino hacer posible la convivencia y el trato con ellos, sólo necesitaban identificarlos de alguna manera y a *grosso modo* utilizaban los mencionados rótulos. De modo que no se trataba de “autoidentificaciones”, ni de “identidades contrastantes”, ni de “identidades virtuales” puestas en juego por los indios. Aquí el blanco tiene mucho más protagonismo que el que parece, al “otorgar” o “imponer” identidades con fines puramente prácticos administrativa y políticamente. Por eso me refiero a *identidades impuestas*.

En un ámbito diferente, el del Tucumán Colonial, y dentro de una relación blanco-indio marcada por la encomienda, Cruz se ha referido a cómo “los españoles *fabricaban* denominaciones étnicas” (1990-92: 71) con el propósito de legitimar procedimientos de desagregación y herencia de encomiendas. Muestra el autor como los “indios del pueblo de Tafi” (1552), son identificados luego como “diaguitas” (1608) y más tarde como “amaichas” (1637). Además, menciona una probable correlación entre el ambiente ecológico que ocupaban los grupos y las “etiquetas” que les asignaban los colonizadores, en el caso particular que lo ocupa: la de “amaichas” (conectados con los valles Calchaquíes) y la de “tafies” (relacionados con las yungas orientales y el piedemonte). Las conclusiones de Cruz son que para “la casi totalidad de los aborígenes de la región, las identidades y los límites étnicos fueron un producto de la conquista española”, y que ello se dio “a lo largo del proceso colonial de acuerdo a los intereses circunstanciales por los cuales discurría el afianzamiento del poder” (Cruz 1990-92: 87 y 89).

Las motivaciones de los blancos en el Fuerte del Carmen no tienen un transfondo económico que los beneficiara en lo personal, sólo se trataba de subsistir. Con ese fin eran guiadas las acciones que los ponían en relación con los indios de la región. Pero es notable como se repite el fenómeno de imponer identidades, tanto para ordenar una realidad compleja como para beneficiarse con el número de indios que se podían recibir en encomienda. Aunque cabe preguntarse si no tienen mucho de “afianzamiento del poder” (como lo expresa Cruz) las relaciones interétnicas establecidas desde el Fuerte del Carmen. Recuérdense las complejas relaciones con los caciques descriptas en el capítulo 4 y mi tesis de que a partir del XVIII se preferenciaron desde el poder colonial las negociaciones con un cacique por grupo, cuando parece haber existido anteriormente una tendencia a los cacicazgos duales.

Para el tema de la identificación entre geónimos y gentilicios (el caso de los “pampas” que he tratado en el capítulo 3), tenemos otro ejemplo, también de una área alejada de la de nuestro estudio pero, justamente por eso, muy elocuente. Se trata de la quebrada de Humahuaca y de los “omaguacas”. Según Zanolli (1995: 320), no existe en la documentación del siglo XVI el gentilicio como tal, sino la mención a “de Omaguaca”, por lo que no tendría asidero la mención a una “tribu” de ese nombre que realiza Salas (1945, citado por Zanolli 1995: 319) considerándola la más notoria y característica de la región, con el agravante de que su opinión ha sentado un precedente que todavía tiene peso en los estudios sobre la Quebrada puesto que se considera que los “omaguacas” se si-

tuaron casi exclusivamente en ella. Zanolli concluye, en base a los documentos analizados, que “omaguacas” no era una designación étnica, que “Omaguaca” era una amplia región habitada por los “chichas” y por otros pueblos para los cuales no se hace referencia a gentilicio alguno (Zanolli 1995: 338).

En cuanto al tema de las “etnías” que no aparecen en los documentos (como sucede con los grupos mencionados en el estado de la cuestión que no vemos luego en el análisis particular del capítulo 3), el ejemplo es mucho más cercano geográficamente. Boccara (1996: 660-661) hace notar que es tenido por cierto que a la llegada de los españoles, había “mapuche o araucanos” en el centro-sur de Chile. Arauco era el nombre de uno de los *ayllarewe* en que estaba dividida la población de la región, sus habitantes fueron los que primero opusieron una “resistencia feroz a los conquistadores” y su nombre se generalizó para la región referida a partir de la obra *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1569-89). Pero los españoles “hablaban raramente de los araucanos para designar a todos los habitantes de la Araucanía”. Para el autor, sostener que había “mapuche o araucanos” en el siglo XVI en el centro-sur de Chile, es obviar “el mayor acontecimiento y el principal resultado” de tres siglos de contacto hispano-indígena: un largo proceso de etnogénesis que transformó a los “reche” del siglo XVI en los “mapuche” de la segunda mitad del XVIII. En los siglos XVI y XVII “la palabra [mapuche] no aparece ni una sola vez en los documentos” (cuando sí aparece “reche”), lo que “demuestra una ceguera extraordinaria en la lectura” de los mismos o una “extraña negligencia” en no averiguar por qué no se hablaba de “mapuche” en ellos, “si efectivamente estamos seguros de que existían entonces”.

Estos ejemplos muestran unas tendencias bastante reiteradas por parte de los autores de los papeles de archivo que hoy son la base de nuestros estudios: la imposición de rótulos que no siempre respondían al que los grupos reconocían como propios, una propensión a ir transformando geónimos en gentilicios, la manipulación de esos rótulos tratando de separar, en general, a los amigos de los enemigos o a los “buenos” de los “malos”.

En el caso de mi área de estudio, las denominaciones sí se encuentran en los documentos, aunque no reflejan las autoadscripciones de los grupos y tampoco he rastreado hacia atrás el momento en que comienzan a aparecer en los papeles de archivo. Sí se puede explicar el por qué de tales denominaciones: “pampas” (por la región que ocupaban), “aucas” (por indio “rebelde” o “alzado”, al menos en la región pampeano-patagónica), “tehuelche” (del araucano: gente “brava” o “arisca”).

También es dable suponer que estos rótulos se usaron desde los primeros tiempos del contacto, puesto que el geónimo quechua “pampa” ya estaría en uso en el momento en que los españoles se instalan definitivamente en el Río de la Plata, y “auca” deriva de “araucano” que, para el momento que estamos tratando (fines del XVIII), ya debía ser común del lado argentino merced a la “araucanización”, si es que acordamos que ese proceso, todavía pendiente de un estudio minucioso, estuvo protagonizado por grupos de personas que se trasladaban desde el lado chileno al argentino desde, por lo menos, el siglo XVII. Si aceptamos ese momento como el del probable inicio del uso del término “auca”, también deberíamos tenerlo por válido para “tiquelchus/tigüelchus/tehuelches” y sus variantes, dado que fueron los “aucas” quienes los habrían bautizado de esa manera.

Como queda claro, ninguno es el nombre que los grupos reconocían como propio. A esa primera distorsión se agrega, para el área en estudio, una segunda que ya he señalado: la adscripción que se les otorga desde el Fuerte del Carmen. Es obvio que Viedma utiliza “gentilicios” que ya existían, pero adscribe a ellos a los diferentes grupos sin fundamentarlo demasiado y, reitero, seguramente por una cuestión de comodidad administrativa. No dudo de que otros actores hubieran realizado otras adscripciones usando los mismos rótulos. Al ejemplo de Zizur, de paso por la región, para quien Negro es cacique de los “peguelchus”, se suma el del virrey Vértiz [3-12-1778] quien se refiere a Negro como “cacique principal de los Teguelchús”, con lo que tenemos a un mismo personaje como cacique de dos grupos distintos (si aceptamos, además, que Zizur y el Virrey escriben de diferente forma un mismo nombre) según la óptica de tres funcionarios diferentes que tuvieron, también, distintos tipos de interacción con los grupos indios.

La tercera distorsión sería la realizada por los etnógrafos de este siglo quienes utilizaron, como ya vimos, gentilicios que no aparecen en las fuentes de fines del XVIII y basaron sus reconstrucciones étnicas en diarios de viajes de cien años más tarde y en datos etnográficos que todavía podían recoger en el campo, sin proponer una continuidad entre unas y otros. Es necesario recordar, sin embargo, que las fuentes de archivo no fueron usadas en dichas reconstrucciones y que, durante cincuenta años, la historia del poblamiento nativo de Pampa-Patagonia fue recreada siempre en base al mismo conjunto de fuentes editas. Esas explicaciones perduraron en el tiempo simplemente por el prestigio académico de quienes las propusieron (que muchas veces tienen el mérito de ser pioneros en el tema) y adquirieron la característica de axiomas.

Para los españoles de Fuerte del Carmen, fue más importante la identificación de caciques que la de grupos. Son muy frecuentes las referencias a “los pampas de tal-cacique” o “fulano-de-tal, cacique de los aucas” y otras variantes por el estilo. Los datos acumulados cuando se trata de menciones a determinados caciques son abundantes, tanto que alientan la posibilidad de obtener en el futuro posibles genealogías de familias de caciques y de averiguar la forma de acceso a las jefaturas. Por ahora, sólo podemos adelantar que existían familias que tenían varios caciques en su seno, un indicio de posibles linajes.

También parece cierto que el cacicazgo entre estos grupos estuvo basado “primariamente en las cualidades personales” inusuales, como “inteligencia, ambición, fuerza, carisma o buena suerte” (Spencer 1987: 369-70), aunque creo que ya no podemos considerar a estos grupos como “sociedades igualitarias” en las que no hacía falta un líder porque no había desigualdades permanentes e institucionalizadas entre las unidades sociales fundamentales (familias, linajes, etc.). Tampoco puedo hablar de “señoríos”, en el sentido en que lo utiliza Mandrini (1985: 220-21) para los araucanos de la pampa en el XIX. No se vislumbran todavía “extensas unidades políticas” bajo el dominio de un jefe, pero parece lógico pensar que en camino hacia esas unidades deben haber desaparecido los cacicazgos duales que describí en el capítulo 4. La preferencia del poder colonial de negociar con un cacique por grupo y, luego, la de reconocer a algunos jefes como representantes de determinadas “confederaciones” de ellos para firmar acuerdos, por ejemplo, fueron pasos necesarios en ese camino.

En cuanto a las cualidades personales de los jefes, creo que Spencer (1987) las resume bien, aunque en una primera lectura uno se pregunta a qué se refiere con lo de “buena suerte”. Si es acertada mi hipótesis sobre que el Fuerte del Carmen se instala en tierras del cacique Negro, eso es un golpe de buena suerte para ese cacique quien obtuvo así, como dije, la casi exclusividad de las relaciones con los blancos. Las interacciones de los españoles del Fuerte con otros caciques lo tienen generalmente como mediador, participante o testigo. De las otras cualidades personales de los caciques, se destaca en este caso la de actuar como negociadores. El Fuerte es, ante todo, un lugar de negociación: se ofrece ganado, información, mediaciones, protección, a cambio de productos alimenticios manufacturados, reconocimiento político, regalos y, también, protección. En cambio, no alcanzo a diferenciar, dados los datos de que dispongo, si los jefes que aparecen en este estudio “tenían mucha mayor actividad y responsabilidad ejecutiva y organizativa que deliberativa o decisional”

(Bechis 1989: 4). Estos aspectos parecerían estar más bien igualados, si uno piensa en los largos parlamentos de los caciques amigos de Calpisqui (deliberaban para tomar una decisión) y en la continua actividad ejecutiva de diversos caciques negociando intercambios cotidianos con Viedma, por ejemplo.

Moore (1987: 187-188) sostiene que entre los Cheyenne la autoridad de los jefes se centraba en tres funciones: el comercio, mantener la paz y decidir los movimientos estacionales de la tribu, y que de los tres roles el primero era el más importante y el que condicionaba los otros dos. Este autor observa que el estatus del jefe dependía de la calidad de sus relaciones para comerciar con los blancos y de su habilidad para mantener la paz entre las bandas y campamentos que comerciaban bajo su patrocinio. De esta función preponderante de los jefes como negociadores y conciliadores he proporcionado ejemplos en el capítulo 4.

Con respecto a la sucesión de las jefaturas, “el cargo de ‘jefe’ existe aparte del hombre que lo ocupe” (Flannery 1972, citado por Spencer 1987: 371). He señalado como aparecen familias con muchos caciques, o una distribución horizontal de las jefaturas (entre hermanos, primos, cuñados) y también una tendencia a crear lazos de parentesco entre familias de caciques. Esto no indica necesariamente la herencia del cargo de padres a hijos. Aunque Bechis se refiere a un momento algo posterior (la década de 1830) y a la región que ella define como “pan-araucana”, coincido en que “aunque frecuentemente los líderes sean sucedidos por sus hijos pueden ser éstos líderes por logro y no por adscripción” (Bechis 1989: 3).

Al hablar de “cacicazgo” no lo estoy haciendo como si fuera uno de los grados del esquema evolutivo propuesto por Service (1962, citado por Fried 1971): “banda-tribu-cacicazgo-estado”, sino como personajes que son líderes de grupos no muy extensos y en pleno proceso de cambio. Aunque algunos autores dicen usar esa tipología con “incomodidad” y adscriben a la opinión de que el concepto convencional de tribu es una creación del hombre blanco para hablar sobre los indios, negociar con ellos y gobernarlos (Leacock 1983: 17), otros han acrecentado los términos de la tipología: tribus homogéneas, tribus segmentadas, jefaturas políticamente organizadas, estados tipo feudal, ciudades estado e imperios teocráticos (Ober 1973: 190).

En el caso de Leacock, el contenido de su artículo refiere algunas situaciones y problemas similares a las que he presentado aquí. Por ejemplo, cómo un misionero jesuita organizó, en 1640, una elección de jefes entre los *Montagnais* de la península de Labrador, con los cuales tenía

dificultades en hacerles comprender el principio europeo de autoridad, ya sea de los jefes, de los hombres sobre las mujeres o de los padres sobre sus hijos (Leacock 1983: 22-23). Esto recuerda las formas de manipular las jefaturas que he esbozado en el capítulo 4: el poder colonial prefería negociar con pocos, y va dando preeminencia a los personajes que le parecen más importantes, o con los que pueden establecer el diálogo con mayor facilidad.

En cuanto a la tipología de Oberg, los grupos en estudio parecen una mezcla de tribu (¿homogénea?, ¿segmentada?) con cacicazgo, donde se ha dado “la aparición de un excedente alimenticio en asociación con nuevos rasgos de organización política y marcada estratificación de clase” (Oberg 1973: 207). No puedo adscribir los grupos que he estado describiendo en un tipo como el de “tribu homogénea” o en otro como el de “tribu segmentada” porque las diferencias se basan para el autor en las relaciones de parentesco y en la existencia o no de un sistema de linajes. Mis datos no pueden dar respuesta a cuestiones de ese tipo. En cambio, parece claro que los grupos en estudio comienzan a producir un excedente, alimenticio o de otros bienes, destinado al intercambio principalmente con los blancos, en un sistema de *retorno diferido* en el sentido de Woodburn 1980 (citado por Barnard 1983). El intercambio resulta una práctica que se va acrecentando y generalizando entre los grupos, muy influenciada por la presencia de ganados en la región pampeana. Esos ganados, primero facilitan los desplazamientos y luego se transforman en el objetivo mismo de esos desplazamientos, en el factor de enriquecimiento de algunos grupos y en el motivo de la importancia de determinadas regiones geográficas.

He mencionado en el capítulo 5 el conocimiento minucioso que tenían los grupos nativos del paisaje y de sus recursos económicos, cómo se movían siguiendo rutas preestablecidas y utilizando paraderos conocidos, lo que les permitía explotar de una manera eficiente los mencionados recursos. Estas habilidades no se adquieren en un período corto pero, en contacto con el blanco y sus bienes, los movimientos se incrementaron y la demanda del tipo de bienes requeridos y producidos cambió, ahora sí, muy rápidamente.

Hay dos ejemplos muy notables de la relevancia de esta cuestión sobre los que me interesa volver. Uno de ellos es la mención de 1520 a guanacos pequeños “atados con una especie de cabestro”, junto con la de 1535 de “ovejas mansas [guanacos]” con una “carga de cinco arrobas”. Estos datos que estarían indicando un manejo de los animales que podría estar acercándose a la domesticación, desaparecen en todos los rela-

tos posteriores para dar lugar a menciones sobre la “estación de caza del guanaco cachorro” en 1869. ¿Cómo esos mismos grupos que mostraron conocer bien a los animales que eran su sustento aparecen después colaborando en su extinción? Una pregunta parecida nos habíamos planteado en Boschín y Nacuzzi (1979), aún sin evaluar el dato de los guanacos cargados.

Es cierto que hay trescientos años entre una y otra evidencia, pero se trata de grupos del sur del río Chubut y del puerto de San Julián, adonde el contacto continuo con el blanco comienza recién en 1780. Para ese momento no aparecen ya menciones a guanacos usados como señuelo o animal de carga y sí referencias a que los caballos eran escasos, muy preciados, y se reservaban para los caciques y personajes importantes. Las partidas comerciales hacia el norte eran habituales, y los bienes que ofrecían y obtenían eran los ya conocidos: pieles y cueros por caballos. Es obvio que ocurrieron grandes transformaciones durante el período para el cual no disponemos de fuentes escritas, entre las cuales debe haber jugado un papel de gran importancia la relación con otros grupos de más al norte, más cercanos a Buenos Aires, a Valdivia, a los ganados y a los cambios. Sin esas influencias, supongo que se hubiera optimizado el manejo de la fauna autóctona e incrementado la recolección de vegetales (de lo que también hay datos en 1520 y 1535). A esto me he referido en Nacuzzi 1991, y he criticado una opinión de Palermo quien ha dicho que para los grupos del sur, “el anterior modelo económico se potenció” (1986: 164). Palermo me replica en 1994, diciendo que esos pueblos dependían principalmente de la caza y la recolección y que la presencia del caballo “potenció, facilitó y modificó el antiguo sistema” (Palermo 1994: 65, nota 4). Sucede que nos estamos refiriendo a “antiguos sistemas” diferentes. Para mí se trataba de grupos que iban en camino hacia la domesticación, con un fuerte incremento en la recolección de vegetales que eran sometidos a procesos de conservación (tostado, secado) y elaboración (molienda) para su ingesta. Y *este* modelo no sólo no se potenció o facilitó sino que desapareció. Por lo menos en lo que se refiere al manejo de los guanacos, las habilidades que observaron los viajeros de 1520 y 1535 son abandonadas. Respecto de la recolección, la falta de datos no me permite ser categórica puesto que pudo haber sido una práctica no consignada en las fuentes, pero también es necesario recordar la demanda de harina y bizcochos que los indios hacían en los intercambios de bienes.

El segundo ejemplo es el del cacique Chulilaquin que, dada su proximidad a otros grupos que practicaban la agricultura y tenían asentamientos fijos, puede haber sido representante de un grupo casi se-

dentario o con escasa movilidad, o aún haber pertenecido a ese tipo de agricultores que menciona Villarino en la zona oeste de Neuquén. Sin embargo, lo encontramos practicando un nomadismo con grandes desplazamientos y por períodos muy prolongados desde su base en “Las Manzanas”, donde tampoco tenía acceso a los sectores con mejores árboles, hasta las sierras bonaerenses, para proveerse de ganado.

Estos dos ejemplos muestran con absoluta claridad el tipo de cambios que generó la presencia del blanco en la región: el abandono de algunas pautas económicas, la adopción de otras, la mayor movilidad, la apropiación de ganado y el comercio como actividades casi excluyentes. En el ejemplo de Chulilaquin ni siquiera puedo hablar de un nomadismo estacional, sus movimientos no parecen adecuarse a ningún patrón, excepto el que dibuja la negociación con los blancos y la necesidad de proveerse de determinados bienes.

El tema de la *complementariedad* económica y de otros tipos que he desarrollado en el capítulo 5, se relaciona ineludiblemente con el del uso de los territorios y sus potencialidades económicas. Al respecto, R. Cohen (1978: 390-391) afirma que los grupos que están en contacto directo o muy cercanos geográficamente, pueden desarrollar relaciones equilibradas de simbiosis, y pone el ejemplo de grupos agricultores y pastores nómades con diferencias ecológicas en sus asentamientos, entre los cuales se dan relaciones comerciales. Otros grupos que intercambian bienes y servicios pueden o no ser iguales en poder y el intercambio entre ellos nos dice poco o nada en cuanto a esas diferencias. Sin embargo, grupos con diferencias de poder pero raramente en contacto pueden hacer viable un intercambio pacífico que restringe la dominación de los más fuertes.

Esta restricción fue la que hizo posible que en el área pampeano-patagónica, indios y blancos se complementaran en sus necesidades económicas y sociales. Los indios aceptaron la aculturación no impuesta aceptando algunas de sus pautas culturales (precisamente aquéllas que les permitían una mejor relación con los blancos, como la caza y la apropiación de ganado) pero esto les creó, a su vez, una fuerte dependencia respecto de la relación con los blancos y lo que ella les ofrecía. El modelo de complementación planteado en el capítulo 5 tal vez hubiera seguido funcionando por años si la decisión política de transformar la Patagonia en una tierra libre de “salvajes” no lo hubiera quebrado.

Volviendo al ejemplo de los Cheyenne, había una división de tareas entre tres de sus bandas, especialmente orientadas hacia el comercio: la obtención de pieles de castor, la de caballos y la producción de prendas de vestir (Moore 1987: 188). Aquí he considerado cuestiones referidas a

una “división del trabajo” correlacionándola con una supuesta diferenciación de grupos étnicos: los “aucas” que encuentra Villarino cerca de la Cordillera aportando ponchos y productos agrícolas, los “pampas” y “aucas” que se relacionan con el Fuerte del Carmen especializados en el manejo de ganados, los “tehuelches” del sur del río Negro en la obtención de pieles. Moore se refiere a esas especializaciones *dentro* de lo que él denomina “nación” Cheyenne, a los que considera étnicamente como muy mezclados, con muchos matrimonios entre grupos aliados, y con mujeres y niños capturados y adoptados de tribus enemigas (1987: 189).

¿No es ésta la problemática que he estado describiendo? Nos faltan más de la mitad de las fuentes con las que ha trabajado el autor: censos, entrevistas de principios de siglo y actuales, etc., pero quizás sea posible todavía alentar la esperanza de poder integrar estos micro-grupos que he aislado, en unidades mayores y en estructuras funcionando de manera complementaria. Si, como sostiene Moore (1987: 189), la fuerza de la nación Cheyenne no recae en su ajustada integración política, su homogeneidad y el mantenimiento de sus límites étnicos, sino que es más preciso decir que su fuerza política y militar recae en su dispersión a través de las vastas planicies centrales de norteamérica (con recursos escasos y localizados de pasturas, madera y agua), su especialización productiva y económica y sus especiales relaciones comerciales y matrimonios entre grupos vecinos, sería la hora de barajar y dar de nuevo.

Dar de nuevo: volver a revisar los rótulos atribuidos a los grupos, estudiar más minuciosamente las relaciones entre sub-grupos, tener un conocimiento más preciso de las diferencias ecológicas de Pampa-Patagonia hace 400 años, analizar la división del trabajo por regiones y por grupos, conocer los lugares y los momentos de reunión de diferentes subgrupos en grandes unidades (sus motivos, acciones, resultados), estudiar la relación con los blancos desde la perspectiva de los grupos indios, intentar reconstruir las genealogías de algunos de los caciques, proponer la continuidad que nos falta entre fines del siglo XVII, los comienzos del mismo siglo y la mitad del XVIII.

Pienso que en este estudio sólo he comenzado a tratar algunas de estas cuestiones, y aún está todo por hacerse.

Arms, J. y T. Coan

[1833] 1939. [Extracto de los diarios de los señores Arms y Coan - Noviembre 14 de 1833]. *Revista de la Biblioteca Nacional* III (9): 104-152. Buenos Aires.

Barnard, Alan

1983. Contemporary Hunter-Gatherers: Current Theoretical Issues in Ecology and Social Organization. *Annual Review of Anthropology* 12: 193-214.

Barne, Jorge

[1753] 1969. Viaje que hizo el San Martín desde Buenos Aires al puerto de San Julián, el año de 1752: y el de un indio paraguayo, que desde dicho puerto vino por tierra hasta Buenos Aires. En: *Colección Pedro de Angelis* IV: 66-101. Buenos Aires, Plus Ultra.

Barth, Fredrik (comp.)

1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. México, FCE.

Bechis, Martha A.

1983. Interethnic Relations during the Period of Nation-State Formation in Chile and Argentina: from Sovereign to Ethnic. Disertación Doctoral. New York, New School Social Research Graduate Faculty.

1989. Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿Autoridad o poder?. Ponencia presentada al I Congreso Internacional de Etnohistoria. Buenos Aires, MS.

1992. Instrumentos para el estudio de las relaciones interétnicas en el período formativo y de consolidación de estados nacionales. En *Etnicidad e identidad*, compilado por Hidalgo, C. y L. Tamagno. Buenos Aires, CEAL.

1994. Matrimonio y política en la génesis de dos parcialidades Mapuche durante el siglo XIX. *Memoria Americana* 3: 41-62. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires.

Binford, Lewis R.

1988. *En busca del pasado*. Barcelona, Crítica.

Boccara, Guillaume

1996. Notas acerca de los dispositivos de poder en la sociedad colonial-fronteriza, la resistencia y la transculturación de los rechemapuche del centro-sur de Chile (XVI-XVIII). *Revista de Indias* LVI (208): 659-695. Madrid, Centro de Estudios Históricos del CSIC.

Bórmida, Marcelo

1970. El método fenomenológico en etnología. Servicio de Fichas de Antropología. Buenos Aires, OPFYL.

Bórmida, Marcelo y Rodolfo Casamiquela

1958-59. Etnografía Gününa-Këna. Testimonio del último de los tehuelches Septentrionales. *Runa* IX (1-2): 153-193. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

Boschín, María T. y Lidia R. Nacuzzi

1975. Reconstrucción etnohistórica de la cuenca del río Limay, a través de la información proporcionada por cronistas y viajeros. Siglos XVII a XIX. Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Buenos Aires, MS.

1979. Ensayo metodológico para la reconstrucción etnohistórica. Su aplicación a la comprensión del modelo tehuelche meridional. *Serie Monográfica* 4. Buenos Aires, Colegio de Graduados en Antropología.

Canals Frau, Salvador

1953. *Poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.

Cardoso de Oliveira, Roberto

1971. Identidad étnica, identificación y manipulación. *América Indígena* XXXI (4): 923-953. México, Instituto Indigenista Interamericano.

Casamiquela, Rodolfo

1956. Sobre el parentesco de las lenguas patagónicas. *Runa* VII (2): 195-202. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Antropología.
1962. El contacto Araucano-Gününa Këna. Influencias recíprocas en sus producciones espirituales. *Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía* 1: 83-97. Buenos Aires, Comisión Nacional Ejecutiva 150º Aniversario de la Revolución de Mayo.
1965. Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente. *Cuadernos del Sur*. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur.
1969. *Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. Pruebas Etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los Querandíes*. Santiago de Chile, Museo Nacional de Historia Natural.
- 1982a. Tehuelches, araucanos y otros en los últimos 500 años de poblamiento del ámbito pampeano patagónico [primera parte]. *Síntomas* 4: 17-29. Buenos Aires.
- 1982b. Tehuelches, araucanos y otros en los últimos 500 años de poblamiento del ámbito pampeano patagónico [segunda parte]. *Síntomas* 5: 20-26. Buenos Aires.
1983. *Nociones de gramática del Gününa küne*. París, CNRS.
1985. *Bosquejo de una etnología de la provincia de Río Negro*. Viedma, Fundación Ameghino.
1987. *Toponimia Indígena del Chubut*. S/I., Gobierno de la Provincia del Chubut.

Céspedes del Castillo, Guillermo

1972. Las Indias durante los siglos XVI y XVII. En *Historia social y económica de España y América* III, editado por J. Vicens Vives. Barcelona, Vicens Vives.

Claraz, Jorge

- [1865/66] 1988. *Diario de viaje de exploración al Chubut*. Buenos Aires, Marymar.

- Clastres, Pierre
1987. *Investigaciones en antropología política*. México, Gedisa.
- Cohen, Abner
1974. The Lesson of Ethnicity. En *Urban Ethnicity IX-XXIV*, editado por A. Cohen. London, Tavistock.
- Cohen, Mark N.
1981. *La crisis alimentaria de la prehistoria*. Madrid, Alianza Universidad.
- Cohen, Ronald
1978. Ethnicity: Problem and Focus in Anthropology. *Annual Review of Anthropology* 7: 379-403.
- Consuegra, Manuel
[1782] 1939. Relación que da el cabo de Blandengues Manuel Consuegra de lo acaecido en el viaje que hizo por orden del Excelentísimo Señor Virey a los establecimientos de Patagones. En Sánchez Zinny 1939: 377-379.
- Cox, Guillermo
1863. *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia*. Santiago de Chile, Imprenta Nacional.
- Crivelli Montero, Eduardo A.
1991. Malones: ¿Saqueo o estrategia? El objetivo de las invasiones de 1780 y 1783 a la frontera de Buenos Aires. *Todo es Historia* 283: 6-32. Buenos Aires.
- Cruz, Rodolfo
1990-92. La “construcción” de identidades étnicas en el Tucumán colonial: los amaichas y los tafíes en el debate sobre su “verdadera” estructuración étnica. *Relaciones* XVIII: 65-92. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Digard, Jean P.
1982. A propósito de los aspectos económicos de la simbiosis nómadas-sedentarios en la antigua Mesopotamia: el punto de vista de un antropólogo sobre el Medio Oriente contemporáneo. En *Nómadas y pueblos sedentarios*, compilado por J. Silva Castillo. México, El Colegio de México.

Driver, Harold E.

1961. *Indians of North America*. Chicago, The University of Chicago Press.

Eco, Umberto

1982. *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*. Buenos Aires, Gedisa.

Entraigas, Raúl A.

1960. *El fuerte del Río Negro*. Buenos Aires, Don Bosco.

Escalada, Federico.

1949. *El complejo "tehuelche". Estudios de etnografía patagónica*. Buenos Aires, Coni.

1953. Algunos problemas relativos al límite norte del complejo tehuelche. *Publicaciones de la Comisión de Humanidades, serie A, N° 1*. Comodoro Rivadavia, Instituto Superior de Estudios Patagónicos.

Esteva Fabregat, Claudi

1984. *Estado, etnicidad y biculturalismo*. Barcelona, Península.

Ezcurra, Pedro.

1898. Camino indio entre los ríos Negro y Chubut; la travesía de Valcheta. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XIX: 134-138. Buenos Aires.

Falkner, Tomás

[1774] 1974. *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. Buenos Aires, Hachette.

Ferrario, B.

1952. El problema lingüístico de la Patagonia; su estado actual. *Folia Lingüística Americana* I (1). Buenos Aires.

Flannery, Kent V.

1972. The Cultural Evolution of Civilizations. *Annual Review of Ecology and Systematics* 3: 399-426.

Fried, Morton H.

1971. On the Concepts of "Tribe" and "Tribal Society". En *Essays on the*

Problem of Tribe, editado por J. Helm. Seattle/London, American Ethnological Society.

Harrington, Tomás

[1911-36] 1968. Toponimia del Günuna Küne. *Investigaciones y Ensayos* 5: 331-362. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.

1946. Contribución al estudio del indio Günuna Küne. *Revista del Museo de La Plata* (nueva serie) II, Antropología 14: 237-275. La Plata, Instituto del Museo.

Harris, Marvin

1983. *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid, Siglo XXI.

Hidalgo L., Jorge

1982. Culturas y etnias protohistóricas: área andina meridional. *Chungará* 8: 209-253. Arica, Universidad de Tarapacá.

Isajiw, Wsevolod W.

1974. Definitions of Ethnicity. *Ethnicity* 1 (2): 111-124. New York/London, Academic Press.

Jones, Kristine L.

1983. La Cautiva: An Argentine Solution to Labor Shortage in the Pampas. En *Brazil and Rio de la Plata: Challenge and Response, an Anthropology of Papers Presented at the Sixth Annual Conference of ICLLAS*, editado por Mendez, L.C. y L. Bates. Charleston.

Jones, Lewis

1956. *Una Nueva Gales en Sudamérica*. Bahía Blanca, Tall. gráf. Martínez y Rodríguez.

Kroeber, Alfred L.

1955. Nature of the Land-holding Group. *Ethnohistory* 2 (4): 303-314.

Lafone Quevedo, Samuel A.

1900. *La raza pampeana y la raza guaraní o los indios del Río de la Plata en el siglo XVI*. Buenos Aires.

Latcham Ricardo E.

1927. El problema de los Araucanos. Sus orígenes y su lengua. *Atenea. Revista mensual de Ciencias, Letras y Bellas Artes*, año IV, II (6). Concepción, Universidad de Concepción.

1929. Los indios de la Cordillera y la Pampa en el siglo XVI. *Revista Chilena de Historia y Geografía* LXII. Santiago de Chile.

Leacock, Eleanor

1983. Ethnohistorical Investigation of Egalitarian Politics in Eastern North America. En *The Development of Political Organization in Native North America*, editado por E. Tooker. Washington, American Ethnological Society.

Lee, Richard B.

1968. What Hunters Do for a Living, or, How to Make Out on Scarce Resources. En *Man the Hunter*, editado por Lee, R e I. De Vore. Chicago, Aldine.

Lee, Richard B. e Irving De Vore (eds.)

1968. *Man the Hunter*. Chicago, Aldine.

León Solís, Leonardo

1982. La corona española y las guerras intestinas entre los indígenas de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1760-1806. *Nueva Historia* 5: 31-67. Londres, Institute of Latin American Studies.

1987. Las invasiones indígenas contra las localidades fronterizas de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800. *Boletín Americanista* 36: 75-104. Barcelona, Universidad de Barcelona.

1989-90. Comercio, trabajo y contacto fronterizo en Chile, Cuyo y Buenos Aires, 1750-1800. *Runa* XIX: 177-221. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas/Museo Etnográfico de la UBA.

Leroi-Gourhan, André

1978. Las vías de la historia antes de la escritura. En *Hacer la Historia* I, editado por Le Goff, J. y P. Nora. Barcelona, Laia.

Levene, Ricardo

1939. *Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia. 2ª ed.

Lexipedia

1994-95. *Diccionario enciclopédico*. México, Buenos Aires, etc., Encyclopaedia Britannica Publishers, Inc. 4 vol.

Lista, Ramón

[1878] 1975. *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia*. Buenos Aires, Marymar.

Magrassi, Guillermo

1987. *Los aborígenes de la Argentina. Ensayo socio-histórico-cultural*. Buenos Aires, Búsqueda-Yuchán.

Mandrini, Raúl J.

1985. La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX. En *Antropología*, compilado por M. Lischetti. Buenos Aires, EUDEBA.

1986. La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX). *Anuario del IEHS* 1: 11-43. Tandil, UNCPBA.

1987. Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense. *Anuario del IEHS* 2: 71-98. Tandil, UNCPBA.

1991. Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana (S. XVIII-XIX): El caso del suroeste bonaerense. *Boletín Americanista* 41: 113-136. Barcelona, Universidad de Barcelona.

1992. Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX). Balance y perspectivas. *Anuario del IEHS* 7: 59-73. Tandil, UNCPBA.

1993. Guerra y paz en la frontera bonaerense durante el siglo XVIII. *Ciencia Hoy* 4 (23): 26-35. Buenos Aires, Fundación Ciencia Hoy.

Martínez Sierra, Ramiro

1975. *El mapa de las Pampas*. Buenos Aires, Ministerio del Interior. 2 vol.

Matthews, A.

[1866] 1954. *Crónica de la Colonia Galesa de la Patagonia*. Buenos Aires, Raigal.

Mayo, Carlos A.

s/f. Fuentes para la historia de la frontera. Declaraciones de cautivos. (Cátedra de Historia de América I). Buenos Aires, mecanogr.

1985. El cautiverio y sus funciones en una sociedad de frontera: el caso de Buenos Aires (1750-1810). *Revista de Indias* 45 (175). Madrid, Centro de Estudios Históricos del CSIC.

Moore, John H.

1987. *The Cheyenne Nation. A Social and Demographic History*. Lincoln/London, University of Nebraska Press.

Mori, Juan de

[1535] 1941. Relación escrita por ... de lo ocurrido en la expedición de Simón de Alcazaba al Estrecho de Magallanes [...]. *Revista de la Biblioteca Nacional* V (19): 402-418. Buenos Aires.

Musters, George Ch.

[1869-70] 1979. *Vida entre los Patagones*. Buenos Aires, Solar-Hachette.

Nacuzzi, Lidia R.

1987. Estudio etnohistórico de los tehuelches. Un aporte a la historia nativa del norte de la Patagonia. Plan de Tesis de Doctorado para la Universidad de Buenos Aires. Viedma. MS.

1989-90. El aporte de la etnohistoria al estudio de la arqueología de Patagonia. *Runa* XIX: 161-175. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas/Museo Etnográfico de la UBA.

1991. La cuestión del nomadismo entre los tehuelches. *Memoria Americana* 1: 103-134. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas de la U.B.A.

2000. De la relación Arqueología/Etnohistoria al estudio de las identidades étnicas en perspectiva histórica: deconstruyendo *lo tehuelche*. *Memoria Americana* 9: 253-271. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas de la U.B.A.

2002a. Los grupos, los nombres, los territorios y los blancos: historia de algunos nombres étnicos. En Boccara, G. (ed.); *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas*: 259-289. Quito/Lima, Abya-Yala/IFEA.

2002b. Francisco de Viedma, un “cacique blanco” en tierra de indios. En Nacuzzi, L. (comp.); *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX)*: 25-64. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2005. El queso y los gusanos en el extremo sur de América. Grupos étnicos, disputas académicas y un juicio por registro de marca. *Revista de Indias* LXV (234): 427-452. Madrid, CSIC.

Nacuzzi, Lidia R. y Cecilia Pérez de Micou

1983-85. Los recursos vegetales de los cazadores de la cuenca del río Chubut. *Cuadernos* 10: 407-423. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología.

1994. Rutas indígenas y obtención de recursos económicos en Patagonia. *Memoria Americana* 3: 91-103. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas de la U.B.A.

Naroll, Raoul

1964. On Ethnic Unit Classification. *Current Anthropology* 5 (4): 283-312.

Oberg, Kalervo

1973. Types of Social Structure among the Lowland Tribes of South and Central America. En *Peoples and Culture of Native South America*, editado por D. Gross. New York, Doubleday.

Orbigny, Alcides d'

[1829] 1945. *Viaje a la América Meridional*. Buenos Aires, Futuro. 4 vol.

Pagano, Nora y Miguel Angel Galante

1993. La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional, del centenario a la década del 40. En *La Historiografía argentina en el siglo XX* (I), compilado por F. Devoto. Buenos Aires, CEAL.

Palermo, Miguel Angel

1986. Reflexiones sobre el llamado "complejo ecuestre" en la Argentina. *Runa* XVI: 157-178. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas de la U.B.A.

1988. La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos. Génesis y procesos. *Anuario del IEHS* 3: 43-90. Tandil, UNCPBA.

1989. Indígenas en el mercado colonial. *Ciencia Hoy* 1 (4): 22-26. Buenos Aires, Fundación Ciencia Hoy.

1991. *Los tehuelches*. Buenos Aires, Coquena Grupo Editor S.R.L. (Libros del Quirquincho, Colección La otra historia 8).

1992. Documentos del Archivo General de Indias en el Museo Etnográfico. Catálogo y fichero analítico. *Cuadernos de trabajo* 1. Buenos Aires, Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A.

1993. *Los indios de la Pampa*. Buenos Aires, Coquena Grupo Editor S.R.L. (Libros del Quirquincho, Colección La otra historia 4). 3ª ed.

1994. El revés de la trama. Apuntes sobre el papel económico de la mujer en las sociedades indígenas tradicionales del sur argentino. *Memoria Americana* 3: 63-90. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas de la U.B.A.

Parker King, P.

[1826-30] 1933. Narración de los viajes de levantamiento de los buques Adventure y Beagle en los años 1826 a 1836. *Biblioteca del oficial de Marina* XIII a XVI. Buenos Aires.

Pérez de Micou, Cecilia

1987. Aprovechamiento de la flora local en los sitios de Campo Nassif 1 y Piedra Parada 1. Departamento Languiño. Chubut. *Comunicaciones. Primeras Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 235-241. Rawson, Dirección de Cultura.

1988. Paleoetnobotánica y determinación de territorios de explotación en asentamientos cazadores-recolectores. Precirculados del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina: 52-63. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

1990. Fuegos, fogones y señales. Una aproximación etnoarqueológica a las estructuras de combustión en el Chubut medio. *Arqueología* 1: 125-141. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas de la U.B.A.

Pigafetta, Antonio

[1520] 1963. *Primer viaje en torno del globo*. Madrid, Espasa-Calpe.

Priegue, Celia N.

1966. Extensión hacia el norte de los Guennaken. *Etnía* 3: 5-8. Olavarría, Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce".

Relación Varia de Hechos, Hombres y Cosas de estas Indias Meridionales. Textos del siglo XVI. Buenos Aires, Losada, 1963.

Ribeiro, Darcy

1971. *Fronteras indígenas de la civilización*. México, Siglo XXI.

Rick, John W.

1983. Identifying Prehistoric Sedentism in Hunter-Gatherers: an example from Highland Peru. *Revista de Pré-história* V (5): 155-162. San Pablo, Instituto de Pré-História de la Universidad de San Pablo.

Salas, Alberto M.

1945. *El antigal de Ciénaga Grande*. Buenos Aires, Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A.

Sánchez Labrador, Joseph

1936. *Los indios pampas-puelches-patagones*. Monografía inédita prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff. Buenos Aires, Viau y Zona.

Sánchez Zinny, E. F.

1939. *La guardia de San Miguel del Monte (1580-1830)*. Buenos Aires, Damiano.

Schmid, Teófilo

[1858-65] 1964. *Misionando por Patagonia Austral*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.

Schobinger, Juan

1958-59. Conquistadores, misioneros y exploradores en el Neuquén; antecedentes para el conocimiento etnográfico del noroeste patagónico. *Runa* IX (1-2): 107-123. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A.

Service, Elman R.

1962. *Primitive Social Organization*. Nueva York, Random House.

Silva Castillo, J. (comp.)

1982. *Nómadas y pueblos sedentarios*. México, El Colegio de México.

Socolow, Susan M.

1987. Los cautivos españoles en las sociedades indígenas: el contacto cultural a través de la frontera argentina. *Anuario del IEHS* 2: 99-136. Tandil, UNCPBA.

Spencer, Charles S.

1987. Rethinking the Chieftdom. En *Chieftdoms in the Americas*, editado por Drennan, R. y C. Uribe. Boston, University Press of America.

Thomas, Elizabeth M.

1959. *The harmless people*. Londres, Secker and Warburg.

Topolski, Jerzy

1982. *Metodología de la Historia*. Madrid, Cátedra.

Trinchero, Hugo

1994. Entre el estigma y la identidad. Criollos e indios en el Chaco salteño. En *Cultura e identidad en el Noroeste argentino*, compilado por G. Karasik. Buenos Aires, CEAL.

Veedor, Alonso

[1535] 1941. Relación de las cosas que sucedieron en la armada de Simón de Alcazaba [...]. *Revista de la Biblioteca Nacional* V (19): 385-401. Buenos Aires.

Viedma, Antonio de

[1780-83] 1972. Diario y Descripción de la costa meridional del sur llamada vulgarmente patagónica ... En *Colección Pedro de Angelis* VIII B: 845-963. Buenos Aires, Plus Ultra.

Viedma, Francisco de

[1780a] 1938. Razón de los acontecimientos más principales que han ocurrido [entre el 14-12-1778 y el 30-9-1780] en la expedición que bajo el comando de D. Juan de la Piedra ha salido del puerto de Montevideo *Revista de la Biblioteca Nacional* II (6): 364-384. Buenos Aires.

[1780b]. Ver Fuentes de Archivo.

Vignati, Milcíades A.

1936a. Las culturas indígenas de la Pampa. *Historia de la Nación Argentina* I: 549-590. Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana.

1936b. Las culturas indígenas de Patagonia. *Historia de la Nación Argentina* I: 591-645. Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana.

1941. Contribución a la etnobotánica indígena: el “pan” de los Patagones protohistóricos. *Notas del Museo de La Plata* 6, Antropología 23: 321-336. La Plata, Instituto del Museo.

1967. Los Habitantes Protohistóricos de la Pampasia Bonaerense y Norpatagónica. *Investigaciones y Ensayos* 3: 37-100. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.

1973. Un diario inédito de Pablo Zizur. *Revista del Archivo General de la Nación* 3: 65-116. Buenos Aires.

s/f. Etnografía y Arqueología. Usos, costumbres y cultura de los aborígenes de Buenos Aires, La Pampa y Patagonia: Período Colonial. *Historia Argentina* 5. Buenos Aires, Plaza y Janés S.A.

Villarino, Basilio

[1782-83] 1972. Diario del piloto de la Real Armada D. ... del reconocimiento que hizo del río Negro en la costa oriental de Patagonia... En *Colección Pedro de Angelis*, VIII B: 967-1138. Buenos Aires, Plus Ultra.

Wachtel, Nathan

1978. La aculturación. En *Hacer la Historia* I, editado por Le Goff, J. y P. Nora. Barcelona, Laia.

Walther, Juan C.

1970. *La Conquista del Desierto*. Buenos Aires, EUDEBA.

Watanabe, Hitoshi

1968. Subsistence and Ecology of Northern Food Gatherers with Special Reference to the Ainu. En *Man the Hunter*, editado por Lee, R e I. De Vore. Chicago, Aldine.

Woodburn, J.

1980. Hunters and gatherers today and reconstruction of the past. En *Soviet and Western Anthropology*, editado por E. Gellner. Londres, Duckworth.

Zanolli, Carlos E.

1995. Omaguaca: La tierra y su gente. Presencia Chicha hacia el sur de Talina. Siglo XVI. En *Espacio, Etnías, Frontera*, editado por Presta, A.M. Sucre, ASUR.

Abreviaturas AGN: Archivo General de la Nación (Buenos Aires)
AGI: Archivo General de Indias (Sevilla)
ME: Museo Etnográfico (Buenos Aires)

Andonaegui, José de

[19-12-1750]. [Carta de ... al Marqués de la Ensenada]. Copias del AGI (Audiencia de Charcas, legajo 215) en ME (J-9).

Anónimo

[19-11-1784]. Razón de los regalos para los Indios Caciques, que se han presentado a solicitar la paz Buenos Ayres 19 de noviembre de 1784. AGN IX 16-3-12.

[2-12-1790]. [Carta de ? a Nicolás de Arredondo]. [Sin lugar,] 2 de diciembre de 1790. AGN IX 16-4-7.

Bores, Manuel

[10-12-1784]. Declaración del Sargento de Dragones ... , que fue a recorrer la banda norte del río [Negro] a traer o castigar los indios que habían robado los caballos de tres pobladores. Río Negro, 10 de diciembre de 1784. AGN IX 16-3-12.

González Gallegos, Pedro

[28-2-1785]. [Carta de ... a Francisco de Paula Sanz]. Fuerte del Carmen Río Negro 28 de febrero de 1785. AGN IX 16-4-2.

Informe

[12-3-1782]. [Informe sin firma sobre los establecimientos de la costa patagónica]. Buenos Aires, 12 de marzo de 1782. AGN IX 16-3-9.

Maciel, [cacique]

[1784]. Declaración del cacique Pampa Maciel, que en compañía de

otros ha llegado a esta capital y sirve a todos ellos de lenguaraz. Biblioteca Nacional de Río de Janeiro. Colección de manuscritos De Angelis. I 29.10.37.

Maestre, Joaquín

[7-10-1798]. [Resumen de carta de ... al Ministro de Real Hacienda]. AGN IX 17-7-1.

Marcoleta, Domingo de

[1745]. [Memorial impreso de ... acompañado de una Información como también los Acuerdos sobre la hostilidad del indio Calchano o Caleliano]. Sin lugar ni fecha. Copias del AGI (Audiencia de Charcas, legajo 317) en ME (I 22).

Martínez de Salazar, José

[23-6-1664]. [Carta de ... al Rey de España]. Copias del AGI (Audiencia de Charcas, legajo 22) en ME (E-9).

Núñez

[27-1-1792]. [Carta de ... a Nicolás de Arredondo]. Fuerte del Carmen. Río Negro 27 de enero de 1792. AGN X 16-4-8.

Piedra, Juan de la

[5-12-1778]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz]. AGN IX 16-3-1.

Querini, Manuel

[1-8-1750]. Misiones de indios que tiene actualmente la Provincia de el Paraguay de la Compañía de Jesús. Córdoba de Tucumán y Agosto 1º de 1750. Copias del AGI (Audiencia de Charcas, legajo 199) en ME (J 10).

Vértiz, Juan José de

[3-12-1778]. [Borrador de carta de Vértiz? a Juan de la Piedra]. AGN IX 16-3-1.

[24-10-1780]. [Carta de ... a José de Gálvez]. Buenos Aires 24 de Octubre de 1780. [Con el] Testimonio del Expediente obrado en el Superior Gobierno de Buenos Aires, sobre haberse denegado las paces a los indios Aucaces. Copias del AGI (Audiencia de Buenos Aires, legajo 60) en ME (J 25).

Viedma, Francisco de

- [4-6-1779]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz]. A bordo de la zumaca San Antonio ... en el río Negro, 4 de junio de 1779. AGN, Biblioteca Nacional, legajo 196, manuscrito 2083. También en AGN IX 16-3-2 y en *Revista de la Biblioteca Nacional* II (7): 401-416. Buenos Aires, 1938.
- [12-10-1779]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz]. Fuerte del Carmen en el río Negro, 12 de octubre de 1779. AGN IX 16-3-2.
- [15-10-1779]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz]. Fuerte Nuestra Señora del Carmen en el Río Negro 15 de octubre de 1779. AGN IX 16-3-2.
- [11-11-1779]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz]. Fuerte de Nuestra Señora del Carmen en la costa Patagónica a 11 de noviembre de 1779. AGN IX 16-3-2.
- [1780b]. Continuar del Diario de los acaecimientos y operaciones del nuevo Establecimiento del Río Negro en la costa patagónica desde 1º de octubre de este año hasta el día último de su fecha. AGI, Audiencia de Buenos Aires, legajo 327.
- [7-3-1780]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz]. Fuerte del Carmen en el Río Negro, 7 de marzo de 1780. AGN IX 16-3-5.
- [2-10-1780]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz]. Fuerte del Carmen en el Río Negro, 2 de octubre de 1780. AGN IX 16-3-5.
- [1781]. Diario de los acaecimientos y operaciones del Establecimiento del Río Negro desde el día seis de Abril de este año de 1781, hasta el último de su fecha. AGN. Biblioteca Nacional, legajo 167, manuscrito 208. Colección Félix Frías. También en *Revista de la Biblioteca Nacional* II (7): 503-552. Buenos Aires, 1938.
- [12-1-1781]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz]. Fuerte del Carmen 12 de enero de 1781. AGN IX 16-3-6.
- [1781]. [Diario de ... desde el 6 de abril hasta el 31 de diciembre de 1781]. AGN, B.Nac. leg. 167, man. 208. Colección Félix Frías. También en *Revista de la Biblioteca Nacional* II (7): 503-552. Buenos Aires, 1938.
- [1-6-1782]. [Carta de Viedma? a Juan José de Vértiz]. Fuerte del Carmen 1 de junio de 1782. AGN IX 16-3-10.
- [5-6-1782]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz, y] Relación de los víveres

y demás efectos que han costado las ciento noventa y nueve cabezas de ganado Fuerte del Carmen Río Negro 5 de junio de 1782. AGN IX 16-3-10.

[21-8-1783]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz]. Fuerte del Carmen Río Negro 21 de agosto de 1783. AGN IX 16-3-2.

[24-9-1783]. [Borrador de carta de ... a Juan José de Vértiz]. Fuerte del Carmen Río Negro 24 de setiembre de 1783. AGN IX 16-3-2.

[23-10-1783]. [Borrador de carta de ... a Juan José de Vértiz]. Fuerte del Carmen Río Negro 23 de octubre de 1783. AGN IX 16-3-12.

Viedma, Francisco y Francisco J. Piera

[8-1-1782]. [Carta de ... a Juan José de Vértiz, y] Noticia de las prendas, y bujerías, que quieren los indios, a cambio de ganado vacuno, y caballos. Fuerte de Nuestra Señora del Carmen Río Negro 8 de enero de 1782. AGN IX 16-3-9.

Villarino, Basilio

[1779]. Diario [desde el 8 de febrero hasta el 30 de junio] formado por mí D. ... , Piloto de la Real Armada y Capitán del Bergantín N.S. del Carmen en la comisión que tuve a la descubierta del río Colorado de orden del Comisario Superintendente y Comandante de la expedición Patagónica D. Juan de la Piedra. AGN. Bibl. Nac., legajo 167, manuscrito 217. Colección Félix Frías.

[1780]. Diario de los reconocimientos del Río Colorado, Bahía de Todos los Santos, e internación del Río Negro hechos por el 2º Piloto de la Real Armada D. ... [desde abril 23 a mayo 27]. AGN. Bibl. Nac., legajo 167, manuscrito 210. Colección Félix Frías.

Zárate, Fernando

[1783]. Copia de la declaración del peón ... que ha estado cautivo entre los indios [... del] cacique Chulilaquini. AGN. Sala IX 16-3-12.

Zizur, Pablo

[1781]. Diario que yo D. ... primer Piloto de la Real Armada; voy a hacer desde la Ciudad de Buenos Ayres, hasta los Establecimientos Nuestros en la Costa Patagónica; por comisión del Excelentísimo Señor Virrey [...]. AGN. Sala IX 16-3-6. También en: Vignati 1973.